

MARX VIVE

Siglo y medio
del Manifiesto Comunista.
¿Superación,
vigencia o
reactualización?

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Autores Varios

MARX VIVE
Siglo y medio del Manifiesto
Comunista. ¿Superación,
vigencia, reactualización?

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Presentación

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros, precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de la propiedad. En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

*Carlos Marx – Federico Engels
Manifiesto del Partido Comunista*

A una década del derrumbe del “socialismo realmente existente” en Europa del Este y la Unión Soviética, la crítica al capitalismo además de haber adquirido nuevamente vigor, deviene de manera creciente en la necesaria construcción de alternativas. Y no puede ser de otra forma: la sociedad del capital expresa en forma contradictoria con la violencia que le es propia, sus límites históricos. Atrás ha quedado aquella vieja ilusión lisonjera del fin de la historia, que acompañó el discurso y la práctica capitalistas durante buena parte de la década de los noventa y que pretendió erigirse en forma histórico-concreta de una “nueva” utopía capitalista, edificada sobre el fetiche de la capacidad emancipadora de la individualización de las relaciones sociales. Poderes mágicos del mercado, nuevas consideraciones sobre una “actualizada” ética capitalista de la igualdad, la libertad y la justicia, exacerbaciones de las posibilidades del contrato, en suma, restablecimiento de lo “genuinamente” capitalista, han quedado cuestionados por fantasmas que hoy siguen recorriendo el mundo: la crisis y el comunismo.

De esos fantasmas se ocupó el seminario *Marx vive. Siglo y medio del Manifiesto Comunista. ¿Superación, vigencia, reactualización?*, organizado por la Universidad Nacional de Colombia y realizado del

26 al 28 de agosto de 1998. Sus resultados se encuentran en este libro que compila los trabajos presentados en el evento por un grupo importante de intelectuales, en su mayoría profesores universitarios e investigadores sociales.

El acontecimiento del sesquicentenario del *Manifiesto* de Carlos Marx y Federico Engels concitó un doble propósito: el examen de una de las obras más importantes y profundas de la crítica sustancial y radical a la sociedad capitalista y de su consecuencia política de compromiso histórico con la causa del trabajo vivo, así como el debate en torno a los límites y a las posibilidades actuales de recorrido del fantasma del comunismo en las condiciones de un capitalismo que potencia y despliega sus relaciones de dominación y explotación a escala universal.

Las miradas al *Manifiesto* y su trascendencia en el tiempo histórico, aquí contenidas, son expresivas del lema que caracterizó al seminario: “¿Superación, vigencia, reactualización?”. En efecto, más allá de lecturas apologéticas, dogmáticas o escolásticas del *Manifiesto*, los trabajos presentados son demostrativos de visiones plurales, que abordan su objeto de manera compleja al considerar no sólo la cuestión de la vigencia, sino al preguntarse por la superación o la reactualización de la obra de los clásicos del marxismo. Ahí radica una de las virtudes de este libro: la preocupación de sus autores por elaborar desde variados tópicos un intento de análisis que –considerando el tiempo y la espacialidad de la sociedad del capital estudiada en el *Manifiesto*– conduce a cuestionamientos teóricos y políticos fundamentales del trabajo vivo sobre las formas actuales de dicha sociedad y las posibilidades de confrontarla.

En ese sentido, el libro puede ser considerado como una importante contribución a los desarrollos marxistas de los años noventa, que –como es de amplio conocimiento– han adquirido un significativo impulso a nivel internacional, particularmente en la rica producción intelectual anglosajona y europea continental y, en menor medida, latinoamericana. Por otra parte, también aporta a las crecientes preocupaciones políticas y prácticas que se sitúan en la perspectiva de alternativas anticapitalistas.

Desde la perspectiva colombiana, la obra que aquí se pone a consideración marca una nueva etapa luego de la desesperante pausa en lo corrido de esta década (nuestros años de plomo), apenas interrumpida por esfuerzos teóricos individuales en variados cam-

pos del análisis marxista e importantes ediciones de compilación como las del profesor Renán Vega Cantor (*Marx y el siglo XXI*), que pretenden dar al traste con una cierta actitud intelectual, en algunos casos, de complacencia y connivencia, y, en otros, de abandono definitivo de la crítica hacia la integración activa en mayor o menor medida, en favor de los proyectos teóricos y políticos del capital.

Lo que se aprecia en los trabajos del libro *Marx vive* es una reivindicación del poder de la crítica. Por ello, lo que aquí se encontrará son propuestas de confrontación con la realidad capitalista, intensos debates entre distintos entendimientos de la obra de los clásicos, crítica aguda y certera a proyectos ideológicos del capital, como los representados por el neoliberalismo y, más recientemente, por el neoinstitucionalismo. En suma, diversas aproximaciones que es posible desplegar y potenciar –en el propósito de desestructuración del capital– a partir de la recuperación de constructos fundamentales en el legado de los clásicos, tales como

el entendimiento materialista de la historia, el postulado de la contradicción de clases, el carácter histórico del capitalismo y, por tanto, de su naturaleza necesariamente superable, la crisis como vida permanente del sistema, el entendimiento del Estado como esencial al orden y no como simple aparato, la imposibilidad de alcanzar el poder en el marco mismo del sistema, el carácter internacional del mismo, la ausencia de patria de los explotados, la consideración de que el orden social vigente no cede terreno hasta agotar todas sus posibilidades y, sobre todo, a pesar del peso enorme de las formas sociales del capitalismo, que es menos sólido de lo que parece, y que esa fragilidad crea siempre la perspectiva objetiva de una resurrección del comunismo, que no solamente es objetiva, sino subjetiva¹.

El libro se ha estructurado en cuatro partes: 1. *El Manifiesto hoy*; 2. *La fase actual del capitalismo*; 3. *Dominación capitalista y sujeto histórico*; y 4. *Conflicto armado, reforma y revolución*.

La primera parte, *El Manifiesto Comunista hoy*, comprende los trabajos cuyo propósito principal se refiere a la valoración de los aportes del *Manifiesto* para la comprensión y definición de la sociedad capitalista contemporánea. Desde diversas miradas disciplinarias, son puestos en discusión aspectos esenciales y fundamentales de la conceptualización y de la categorización marx-

1. Ver más adelante artículo de Víctor Manuel Moncayo C., p. 22.

istas, para ser cuestionados por su capacidad de interpretación y análisis de problemas teóricos, políticos, ideológicos, sociales y culturales que caracterizan la sociedad capitalista hoy. Aunque la variedad de los ensayos que componen esta parte del libro dificulta su organización temática, a todos les es común el propósito de querer desentrañar el fundamento histórico de la crítica marxista. No se trata, en consecuencia, de una simple reseña sobre la validez o no de los postulados del *Manifiesto*. Lo que aquí se encuentra es, más bien, una puesta en escena de esos postulados en las nuevas condiciones históricas del capitalismo. Por ello, los trabajos contienen reflexiones críticas en torno a la universalización de las contradicciones de la relación social capitalista y sus distintas formas, a las clases sociales y las luchas de clase; propuestas de análisis sobre los asuntos de la dominación política, la revolución y el internacionalismo proletario en el capitalismo actual; consideraciones sobre la discusión modernidad-posmodernidad desde el *Manifiesto*; cuestionamientos sobre la problemática de la recepción e interpretación dogmática de la obra de Marx en la URSS; así como lecturas sobre la ética y la historia en Marx.

La segunda parte, *La fase actual del capitalismo*, contiene los trabajos que pretenden una caracterización –particularmente desde la economía política– de los rasgos esenciales del capitalismo contemporáneo. Esta parte muestra aspectos del debate marxista en torno a las transformaciones del proceso de acumulación y las nuevas formas asumidas por la relación social capitalista. Aunque existe consenso en señalar que el capitalismo se encuentra en una nueva fase histórica, cuyos orígenes se remontan a la década de los setenta, y que tal fase está impregnada por la dominación del capital financiero, los trabajos muestran diversas conceptualizaciones sobre la definición de la fase y poseen variados énfasis en su caracterización. Capitalismo monopolista transnacional, globalización capitalista, reestructuración capitalista, crisis integral, financiarización del capital, transnacionalización y dependencia son conceptos propios de las caracterizaciones actuales y de las pretensiones de categorización del capitalismo contemporáneo que en esta parte del libro son expuestos, debatidos e incluso controvertidos intensamente. Tales caracterizaciones demuestran al mismo tiempo un cierto estado provisional de los intentos teóricos por aproximarse a una definición categórica de la fase y de las formas actuales del capitalismo, con las obvias consecuencias políticas que comprende cualquier definición.

La tercera parte, *Dominación capitalista y sujeto histórico*, aborda uno de los campos de mayor controversia en la teoría marxista: el asunto del qué hacer, de cómo transformar y de quién transforma la sociedad. Asuntos por cierto fundamentales, si se considera la pretensión de la teoría marxista esencialmente desestructuradora y de transformación revolucionaria de la sociedad capitalista. Al ampliarse la variedad y la complejidad de las contradicciones, al crecer las categorías sociales que cuestionan su dominación, la universalización capitalista confronta un desarrollo, explosivo en muchos casos, de nuevas franjas opositoras, tanto en la periferia como en los países del capitalismo central. Los trabajos que comprenden esta parte del libro muestran la riqueza del debate actual y las posiciones diferenciadas y enfrentadas en torno a la mencionada problemática. En ellos se encontrarán cuestionamientos, siempre presentes en las discusiones sobre las posibilidades de superación histórica del capitalismo: se trata de las categorías marxistas de “clase social” y “clase obrera”; de su controversia con otras conceptualizaciones como “movimiento social” o “actor social; del asunto sobre la objetividad y la subjetividad de la clase; de la clase devenida o no en sujeto; de la vanguardia, del partido, de la organización, de las formas de lucha y de la unidad de los oprimidos. ¿Quién ha de desestructurar el capitalismo?, ¿quién ha de construir una sociedad distinta? Esas son preguntas que, en este apartado, quedan abiertas a la reflexión, al debate y al análisis de la experiencia práctica.

A diferencia de las otras partes del libro, en donde consideraciones sobre el caso colombiano apenas se contemplan, en la cuarta parte, *Conflicto armado, reforma y revolución*, se aprecia la intencionalidad del seminario de agosto de 1998 de tratar, de manera directa, las discusiones—cada vez más actuales—sobre aspectos relacionados con el conflicto social y político armado, en particular con la búsqueda de una solución política negociada. Por ello, esta parte contiene los trabajos que emprenden el estudio de dicho conflicto, como otra de las expresiones de la lucha de clases, que caracterizan la historia del proceso político colombiano de por los menos las últimas cuatro décadas. Antes que un examen de las posibilidades actuales o no de la lucha armada, a la luz de una teoría marxista de la guerra y de la revolución, se encuentran reflexiones juiciosas sobre el carácter histórico de la insurgencia colombiana—el análisis comparado incluido— y sobre todo interesantes apreciaciones sobre los problemas y las perspectivas de una salida política negociada.

Finalmente, con los trabajos presentados en el libro *Marx vive* queda abierto un muy amplio espectro de posibilidades de problematización –desde diversas miradas y entendimientos– de cuestiones que interesan hoy en el debate académico y político. Más allá del regreso a la obra de Marx y a la crítica del capital, la pregunta ¿qué alternativa? permanece incólume. En ese sentido, Perry Anderson hace una hermosa recomendación:

Si miramos las perspectivas que podrían emerger más allá del neoliberalismo vigente, buscando orientarnos en la lucha política contra él, no debemos olvidar tres lecciones básicas dadas por el propio neoliberalismo: Primera lección: no tener ningún miedo de estar contra la corriente política de nuestro tiempo (...). Segunda lección: no transigir en las ideas, no aceptar ninguna dilución de los principios (...). Tercera lección: No aceptar como inmutable ninguna institución establecida (...).

Jaime Caycedo Turriago - Jairo Estrada Álvarez
Santafé de Bogotá, agosto 28 de 1999

Primera Parte

El Manifiesto Comunista hoy

El Manifiesto Comunista hoy

*Víctor Manuel Moncayo C.**

Quiero reiterar el saludo a los colegas invitados internacionales, a los profesores cubanos, al profesor español. Felicitar al Comité Organizador de este evento y agradecerles a todos ustedes la acogida que le han brindado a la convocatoria que se ha hecho para esta conmemoración, que no solamente tiene ese sentido sino el de volver, en el ambiente universitario, a replantear la temática que gira alrededor de la significación de la obra de Marx.

Los elementos publicitarios que hemos utilizado para esta convocatoria están presididos por un grabado que evoca la época del *Manifiesto*; recrea la circunstancia de marzo de 1848 en Bruselas. Hacía pocas semanas acababa de editarse en Londres la primera edición del *Manifiesto*. Marx es conducido por los gendarmes en cumplimiento de una orden de expulsión, por haber descatado su compromiso de no inmiscuirse en la política interna de los países europeos y, en particular, de esa Bélgica que empezaba a organizarse como Estado nacional. Muy pronto va a ser conducido a la frontera francesa en compañía de su mujer y sus hijos.

¿Cómo hablar hoy de Marx? Hoy, cuando la fase actual del capitalismo nos dibuja un panorama difícil de afrontar, cuando se nos dice que la historia ha terminado, que debemos resignadamente ceder el paso al capitalismo triunfante, que ya es caduco hablar de clases y de lucha entre ellas, que es preciso hablar más bien –entre otras cosas– de etnias, de culturas múltiples, que el proletariado ha desapa-

* Rector de la Universidad Nacional de Colombia.

cido, que no hay programas ni alternativas, que la única es la integración al sistema, que los experimentos socialistas han fracasado, que no hay partidos ni movimientos, ni opciones anticapitalistas.

¿Cómo hablar de Marx en esas circunstancias? ¿Cómo hacerlo si aun las masas han destruido sus estatuas, levantadas antes como símbolos de una resistencia o de regímenes erigidos en su nombre? ¿Cómo hablar de él si se nos dice que no hay proyecto, que no hay posibilidades, que estamos abandonados al espontaneísmo, que hay límites insuperables para la acción subversiva, cuando se nos dice que ha muerto o que si acaso vive es pieza de museo, que ha sido olvidado, que ya nada de su obra nos es útil para decir, hablar o actuar?

¿Cómo resistir a que nos digan dinosaurios por volver a hablar de Marx? Se impone remontar ese terreno al cual nos quieren conducir, y eso nos impone la necesidad de volver a hablar de capitalismo, no dejarnos enredar en eufemismos, en nación, en pueblo, en constituyente, en derechos humanos, en sociedad civil. Hay que volverse a atrever a hablar del sistema, hay que romper el tabú que nos impide hablar del sistema. ¿Por qué no volver a llamar las cosas por su nombre?, ¿por qué tenemos que seguir eufemísticamente hablando de país, de nación, de comunidad, de instituciones nacionales, de pueblo?

Es que, como lo plantea Derrida en un texto ya bastante conocido, Marx –y más que Marx su obra– es también un fantasma como el comunismo, que con Engels describía al inicio del *Manifiesto*. Efectivamente es así; nos están haciendo vivir con miedo a ese fantasma. Por eso la consigna es que “ha muerto”. Hay una especie de conjura universal para evitar que volvamos a su obra, y debemos regresar a ella aunque no en términos apologéticos ni religiosos. Tenemos que descubrir y develar que existe un gran temor de que vuelva a ser útil en una época bien distinta de la que él vivió, entendió y combatió. No podemos comprender nuestro presente olvidándolo, al menos para quienes creemos obstinadamente que la historia no ha concluido.

Hay que pensar que frente a ese fantasma de su obra, al fantasma de “Marx hoy”, Marx fue también un cazador de fantasmas, no sólo del comunismo en su búsqueda, sino contra los fantasmas de la ideología, del fetichismo, del opio religioso, de la creencia en las ideas abstractas. Recordemos que en la *Ideología Alemana*, escrita sólo unos tres años antes de la publicación del *Manifiesto* nos decía: “Hasta el presente los hombres siempre se han planteado ideas falsas

sobre sí mismos, sobre lo que son o deben ser... Como creadores se han inclinado frente a sus propias creaciones. Liberémoslos de las quimeras, de las ideas, de los dogmas, de los seres imaginarios bajo cuyo yugo se estrellan". Y él con Engels eran personajes jóvenes entonces, de 29 y 27 años, que veían más sobre la naturaleza de su época que sus contemporáneos y quizá muchísimo más que otros después de ellos. Como hoy lo tenemos que hacer, ellos mismos, cuando apenas habían transcurrido 25 años del *Manifiesto*, fueron capaces de mostrar las limitaciones de ese texto para una coyuntura, para una época distinta. Claro está que nos decían que los principios generales allí expuestos se podían conservar en sus grandes líneas; pero al mismo tiempo afirmaban que había que revisar aquí y allá algunos detalles, que las cosas eran distintas, que había progresado la gran industria en los 25 años transcurridos, que la clase obrera de entonces había tenido progresos importantes, que se habían vivido experiencias prácticas, no solamente la Revolución de Febrero sino sobre todo la Comuna de París, que en sus voces, como decían ellos, durante dos meses puso por primera vez en manos del proletariado el poder político, y los llevaba a decir que esas circunstancias les hacían pensar que ese programa había envejecido en muchos puntos. Concretamente decían: La Comuna ha demostrado que "la clase obrera no puede contentarse con tomar tal cual es la máquina del Estado y hacerla funcionar por su propia cuenta".

Esa actualización de entonces o esa actualización de hoy, es la que nos diría que el problema de la superación del capitalismo es complejo, es histórico; no reside en la toma de los aparatos ni en medidas jurídicas sobre la propiedad, ni en la planificación; pasa por la destrucción de las formas sociales propias del capitalismo, la mercancía, el propio Estado, el sujeto igual, el derecho. Incluso, todavía se piensa que la meta no es la destrucción del aparato sino aprovecharse de él. Esa es la tarea a la cual nos invita un seminario como éste y que esta Universidad afortunadamente aún nos permite hacerlo.

¿Cómo podemos determinar en qué medida la obra de Marx está presente en la actualidad y qué parte de ella está vigente? Evidentemente 150 años después, como expresión subversiva conserva su frescura y uno podría, retomando en parte a Trotski, decir que hay elementos rescatables aún: el entendimiento materialista de la historia, el postulado de la contradicción de clases, el carácter histórico del capitalismo y, por tanto, de su naturaleza necesariamente superable, la crisis como vida permanente del sistema, el entendimiento del Estado

como esencial al orden y no como simple aparato, la imposibilidad de alcanzar el poder en el marco mismo del sistema, el carácter internacional del mismo, la ausencia de patria de los explotados, la consideración de que el orden social vigente no cede terreno hasta no agotar todas sus posibilidades y, sobre todo, a pesar del peso enorme de las formas sociales del capitalismo, que es menos sólido de lo que parece, y que esa fragilidad crea siempre la perspectiva objetiva de una resurrección del comunismo, que no solamente es objetiva sino subjetiva. Retomando a Hegel, "el hombre no es el mismo sino en la medida en que supera todas las condiciones existentes: la inmovilidad en la historia sería su muerte".

Hoy tenemos ventajas relativas. Los marxismos, especialmente el marxismo soviético y otros tantos han dejado de existir, en especial los que usurparon su nombre convirtiéndolo en dogmatismo, en ideología de Estado, en determinismo, en certeza histórica. Pero existe el riesgo de que con el colapso de ese marxismo, la lucha o las luchas tomen formas ambiguas, divisivas; luchas que pierdan la identidad del oponente. Por eso hay que insistir una vez más en el rescate de la significación de la obra y romper con los marxismos, con el entendimiento de que hay una doctrina, de que hay una concepción del mundo, de que hay una verdad, de que hay una teoría, de que hay un método, de que hay una ciencia, de que hay una receta. Eso está en crisis y más que en crisis, eso es lo que ha muerto y a eso debemos imputarle el fracaso de los socialismos reales, de que no bastó la eliminación privada de los medios de producción, que no fue ningún cambio la nacionalización, que los productos siguieron siendo mercancías y la fuerza de trabajo también, que la planificación centralizada no modificó las relaciones ni fue nada distinto del mercado, que por eso quizá no ha sido posible la revolución en los países desarrollados, que por eso nos hemos ensimismado en las diferencias supuestamente del discurso teórico, económico o político de los marxismos.

Hay, pues, necesidad de volvernos a plantear el debate sobre la significación de la obra de Marx. Si algún uso o utilidad le atribuyó Marx a su obra, nunca fue en función de las necesidades del capitalismo, sino todo lo contrario: en función de su destrucción. Por algo no abandonó el calificativo de "Crítica de la Economía Política" y expresó que constituía el "más temible proyectil que jamás se haya lanzado hasta ahora a la cabeza de los burgueses", que le asestaría un golpe del cual nunca podría recuperarse.

Siendo ese radical e incancelable antagonismo al Capital el signo central de la obra, su valor de utilidad es absolutamente inadmisibile para la relación de dominación, pues la ataca y la controvierete en su propio corazón, y bien sabemos que su vocación no es suicida sino de perennidad. El capitalismo no puede convivir con ese producto, no puede consentir su circulación; tiene que impedir su consumo, pero no puede de ninguna manera eliminarlo. Como manifestación de la oposición de clase está ahí, como cualquiera de las que históricamente se han producido y continúan produciéndose.

Cuando el valor de uso enfrenta la dominación, la tendencia al rechazo impide su mercantilización. Así lo vivió Marx con el manuscrito que se convirtió en la *Contribución a la crítica de la economía política* en 1859, que duró en manos del editor Duncker más de seis meses. Era lo que Marx llamaba “la conspiración del silencio”, con la cual lo honraba “la chusma literaria alemana” o “la canalla literaria” de que hablara Engels. Y así lo entreveía respecto de *El Capital*, cuando consideraba el riesgo de la confiscación y prohibición de la obra, e incluso llegó a concebir, vista la tardanza en el lanzamiento y la carencia de publicidad, la necesidad de enfocar el libro desde un punto de vista burgués para fines puramente mercantiles. Idéntica preocupación lo asaltaba cuando, luego de lanzada la edición, decía: “El silencio en torno a mi libro comienza a ser inquietante. No oigo ni veo nada. Los alemanes son unos buenos muchachos. Sus servicios como lacayos de los ingleses, de los franceses y hasta de los italianos en esta ciencia les autoriza naturalmente a ignorar mi libro”.

Por esas razones, Marx confía a Engels toda una campaña para que en cualquier lugar y en cualquier periódico se hable del libro, para forzar al debate, a la discusión, para enfrentar la economía del capital. En carta a Kugelman, Engels decía:

En estas circunstancias, para hablar como nuestro viejo amigo Jesucristo, debemos tener la inocencia de la paloma y la prudencia de la serpiente. Esos buenos economistas vulgares son lo suficientemente inteligentes como para dar muestra de circunspección ante este libro y, sobre todo, para no hablar de él, a menos que se vean obligados a hacerlo. Y a eso es a lo que tenemos que obligarles. Si se habla del libro simultáneamente en 15 o 20 periódicos –poco importa que sea bien o mal, en forma de artículos, cartas, en la parte no redaccional, en forma de carta de lectores– simplemente como una publicación importante, que merece atención, entonces toda la banda comenzará a aullar...

Parte de esa insólita campaña publicitaria son los muchos artículos firmados o anónimos que redactó Engels.

Esos son los mismos avatares que hoy tienen que sufrir, a pesar de que exista y se proclamen las libertades de prensa y de comunicación, quienes de manera enhiesta enfrentan al Capital en cualquier terreno discursivo, o en el arte, en el teatro, el cine o la poesía. Es la literatura subversiva –y por ello oculta–, bien distinta de la que sí publican, incluso pagada, con la pretensión de serlo o con el calificativo de tal, los diarios de gran circulación o las editoriales empeñadas en la llamada cultura popular.

Sin embargo, esa resistencia inicial a la obra de Marx, tanto en el mundo de la edición como en el de la circulación y de la crítica que la consume, poco a poco fue cediendo, hasta conducirnos al estadio apacible de hoy, en el cual se presenta en el mercado con la misma naturalidad con que lo hace la crema dental, los productos de tocador o el folletín de Corín Tellado. Algo muy fundamental tiene que haber ocurrido para que esa resistencia fuese vencida, que no es precisamente el triunfo de la crítica que ella representaba, sino justamente lo inverso. Su valor de uso original tiene que haber sido transformado, haciéndolo posible y aceptable para el capitalismo, y sobre esa base se ha desplegado como valor de cambio, como producto mercantil.

Los orígenes de esa posibilidad de mercantilización se encuentran, quién lo creyera, en la conversión de la obra de Marx en el marxismo. Todo comienza aún en vida de Marx, con la publicación del *Anti-Dühring* de Engels, cuyo propósito de vulgarización de las ideas de Marx condujo, como lo reconoce el propio Engels, a transformar en positiva la crítica negativa; a dar paso a la exposición coherente de un método, el dialéctico, y a una concepción del mundo, la comunista. Simultáneamente, el movimiento obrero alemán de la época, atravesado por diversas corrientes ideológicas, descubre en esa presentación la utopía que siempre se busca, pues encuentra en ella un cuadro teórico para su acción, una guía de su práctica. De allí arrancan todos los entendimientos que hacen de la obra de Marx un sistema, para considerarlo como filosofía, como ciencia, como ideología, como epistemología, como economía política, como doctrina, como concepción del mundo, como ciencia de la sociedad, como nueva utopía, dejando atrás, muy atrás, más que olvidado, el hecho histórico central de Marx como expresión subversiva y desestructurante de la relación capitalista. Y de allí provienen también los múltiples y varia-

dos marxismos y sus innumerables prolongaciones partidistas, en enconada disputa por la legitimidad de su herencia.

Lo que comúnmente se llama el marxismo, se eleva así a la categoría de sistema científico de interpretación del mundo, de saber universal, que por ese carácter se considera como la mejor garantía para el éxito de la difusión de las ideas revolucionarias y para la misma acción revolucionaria. Recordemos que Lenin nos hizo aprender y nos invitó a repetir el estribillo: no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria.

Así se desvió la obra de Marx hacia una racionalidad que la convirtió en lo contrario de lo que fue: pasó de ser crítica y se transformó en dogmática, impregnada de religiosidad. Dejó de tener el objetivo crítico y revolucionario para afirmarse como saber positivo, que puede reinar en todos los ámbitos del pensamiento y de las ciencias, antes que un hecho destructor y crítico de los discursos propios del sistema capitalista de producción.

En breve, el o los marxismos otorgaron a la obra de Marx un valor de uso diferente. Dejó de tener utilidad como crítica y como posición anticapitalista, para pasar a servir, a ser un valor de uso, como doctrina trascendente, coherente, completa o al menos perfectible, como guía para la acción, como ideología del proletariado, como ciencia verdadera y revolucionaria, como concepción alternativa del mundo, como receptario para la acción y para la construcción de una sociedad sin clases y sin explotación, como una nueva economía política, que debe incluso explicar y dar solución a los problemas críticos del capital, como posibilidad de nuevas teorías sobre las formas sociales de la dominación, como epistemología definitiva y universalmente válida.

Vaciada así la obra de Marx de su valor de uso primigenio, pudo ya incorporarse al mundo mercantil, pues quedó desprovista de su ingrediente incómodo: aquel que preocupó a Marx por la censura y la prohibición y que lo llevó a considerarla como mortífero proyectil contra la burguesía.

Se trata, entonces, de intentar interrumpir la mercantilización de la obra de Marx en una acción que es sinónima de la interrupción de los marxismos, para recuperar y acariciar, no sin cierta delectación, la significación crítica de aquel acontecimiento teórico.

Como se recordará, una de las tareas emprendidas por Marx, anunciada desde el plan de los Manuscritos de 1844, fue completar y

agotar el conocimiento de la economía política clásica. Su afán era tal que en carta a Engels en abril de 1851 manifestaba:

Ya he llegado a tal punto que en cinco semanas habré terminado con esta mierda de la economía. Una vez hecho esto redactaré en mi casa la Economía Política, mientras que en el Museo me lanzaré a otra ciencia. Esto comienza a aburrirme. En el fondo esta ciencia no ha hecho ningún progreso desde A. Smith y D. Ricardo, a pesar de todas las investigaciones particulares y frecuentemente muy delicadas que se han realizado.

Marx estaba, pues, empeñado en conocer plenamente el objeto de su crítica. De todo ese trabajo dan cuenta los volúmenes de la *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, textos anteriores a *El Capital*, verdaderos laboratorios donde se fue gestando la crítica que habría de culminar en esa obra.

Al considerar el discurso de la Economía Política, Marx reconoce que son sus conocimientos los propios y adecuados a la relación capitalista, y que se incorporan a ella como parte de las condiciones sociales y técnicas de la explotación. Es una ciencia que, como todas, traduce en abstracciones conceptuales o del pensamiento, las formas o abstracciones sociales que sustentan y constituyen la relación de dominación, erigiéndolas en objetos de conocimiento y, por ende, respetándolas y reproduciéndolas. Marx se ocupa de esa ciencia en cuanto en ella están las formas sociales de la dominación capitalista, bajo su expresión más prístina.

Pero Marx no se limita a ese conocimiento exhaustivo de la Economía Política, ni pretende sustituirla ni rivalizar con ella, produciendo lo que podría denominarse un nuevo conocimiento sobre los mismos objetos, es decir una nueva economía política, sino someter la economía al fuego de la crítica y, en su lugar, plantear la dominación capitalista y la relación central del antagonismo Trabajo-Capital.

He ahí una diferencia de perspectiva que es fundamental. No se puede aceptar la versión economicista de la obra de Marx, como general y habitualmente lo hacen tanto los marxismos como quienes los critican y condenan. Marx no es un continuador y enriquecedor de la teoría del valor de los clásicos, ni su punto culminante; no es un representante más o el mejor de la ciencia económica. Marx encontró en los objetos de la economía política, en el intercambio, en el valor trabajo, formas sociales constitutivas de la relación de dominación. Su propósito no fue recrearlas bajo una conceptualización alternativa,

sino contribuir a su destrucción con la crítica de las abstracciones del pensamiento que las deifican y reproducen, interrumpiendo el discurrir de la ciencia económica.

En el mismo sentido, así como Marx no ha inaugurado una nueva economía política, tampoco ha abierto el camino para nuevas ciencias de las formas sociales de la dominación, como lo pretenden quienes insisten en las imposibles teorías marxistas del Estado, del Derecho, de la religión, de las regiones superestructurales o, en general, de la sociedad o de la historia, ni muchísimo menos se trata de un método trasladable a las ciencias exactas o naturales para otorgarles una significación distinta. Las ciencias todas, como parte del saber burgués son, de una manera u otra, traducción discursiva de las formas sociales de la dominación. Marx no es un científico de nuevo estilo, sino el cultor de la ciencia de la subversión, vale decir un científico antisocial en cuanto es radicalmente anticapitalista: su norte es la búsqueda afanosa de la destrucción de la sociedad basada en la explotación salarial.

Tampoco puede admitirse que, de contrabando, se cuelen las orientaciones que hacen de la obra de Marx un método, la epistemología redentora en las tortuosas rutas del conocer y del pensar. La introducción de 1857, erigida como clave de ese método salvador, por ser materialista y dialéctico, no es otra cosa que el análisis del método científico correcto de la economía política, ciencia propia y adecuada a la relación capitalista, materia central de la crítica marxista; es el método de aprehensión y reiteración conceptual de las abstracciones reales de la sociedad burguesa. Lo que es importante en ese texto no es el pretendido método, sino el entendimiento de la producción material en términos de antagonismo, abandonando la imagen tópica de base-superestructura, aquel dogma tan caro a todos los marxismos, y rescatando el enfoque de la totalidad atravesada por el enfrentamiento que supone la dominación.

Frente a la materialidad mercantil de la obra de Marx, que corre y circula aquí y allá y engalana más de una biblioteca, es preciso interrumpir su valor de uso como ciencia, como método, como ideología para la acción revolucionaria, como modelo o utopía de nuevas relaciones sociales, y rescatar, en la medida restringida del discurso, su utilidad como negación y crítica de las formas sociales de la dominación, como acción demoledora de las categorías de la economía política y de otras tantas ciencias sociales y disciplinas que deifican como objetos de conocimientos otras formas constitutivas de la rela-

ción de explotación; como crítica de la sociedad burguesa, para abrir el camino, no sabemos cuándo ni cómo, a la esencia amorosa de las relaciones sociales, aun cuando esta expresión tenga sabor rosa y nos recuerde la retórica de Marx a su compañera y nos incline a ver como absurdo que, simultáneamente, se hable de relaciones de producción y de un galán rendido a los pies de su amada. Quienes así piensen, como dijera Marx, son desgraciados tontos y tontos permanecerán por *sécula seculórum*.

Esa obra, toda, no sólo el *Manifiesto*, es una expresión de oposición de clase contra el capital en un lugar específico, en el lugar de los discursos. Es la negación del trabajo, de la relación salarial, aunque esa negación no los elimine. Como tal esa obra nunca ha estado en crisis, ni puede llegar a estarlo; tuvo un valor de ruptura, la tiene hoy, ha producido y puede producir efectos. No podemos permitir que a ella se le impute el socialismo real que tiene otros responsables.

Recordemos una frase: “No somos doctrinarios que le ofrecen al mundo un nuevo principio, aquí está la verdad, ¡arrojados! No le decimos a la gente: abandona tus falsos objetivos, nosotros te daremos la verdadera clave de la lucha”; y la *boutade*: “Lo único que puedo decir es que no soy marxista”. Y pensemos que aquí nos invitan a reflexionar sobre las perspectivas, es decir, a pensar si subsisten posibilidades anticapitalistas. No podemos aceptar que se nos imponga un falso debate, que nada significa Marx, que no hay nada más allá del capitalismo, que hay que caer en los brazos de la socialdemocracia. Es una de las tantas formas de acallar las luchas para desviar su radicalidad.

Esa obra no está en crisis. No puede estarlo. No porque sea la luz, la verdad, sino porque es una expresión de oposición de clase que logró corroer el sistema capitalista, así no haya tenido éxito, entre otras cosas por el olvido, porque lo hemos enlodado pretendiendo academizarlo. No hay doctrina salvadora, no hay caminos diseñados, no hay utopías o recetas. Hay historia de luchas. No importa de qué se reclamen, si del marxismo o del socialismo; lo importante es el rechazo de la relación, la no veneración de sus formas. En ese sentido hay perspectivas de muchos Marx, que están seguramente agazapados y escondidos en las luchas cotidianas, que no tienen la figura del anciano de monóculo, pero que son como él: topos del capitalismo, roedores de sus bases. No hay que ser marxista sino anticapitalista. Hay que mostrar la lógica del antagonismo, la forma valor como base de la explotación. No se trata de estirar los textos

marxistas para que cobijen la situación actual, sino partir de los nuevos fenómenos y volver a verificar la temática de Marx con completa independencia enfrentándose a lo ortodoxo.

Las formas de organización que han existido han podido tener un valor anticapitalista; mencionémoslas: sindicatos, partidos, movimientos, guerrillas. Seguramente lo han perdido, pero hay que reconocer que la práctica anticapitalista no pasa por una forma determinada de organización. El comunismo renacerá sin duda. Lo que está próximo a desaparecer es toda una generación de sus defensores: la mía, la nuestra, la vuestra, la de todos aquellos que hemos vivido con la convicción o la ilusión de que es posible combatir el sistema dominante.

Marx y el comunismo viven. Nos asustan con ellos, nos los vuelven fantasmas, todos hacen alianza –la gran alianza– para cazarlos: las nuevas potencias, los papas de ahora, los radicales, los socialdemócratas, todos a una. Pero la obra está ahí. ¡Vive, Vive! Y gracias a ella lo que significó su autor. El comunismo temido y ahuyentado no ha muerto. No puede morirse lo que no ha nacido.

*La actualidad del Manifiesto Comunista.
Tres tesis sobre la mundialización
del capital, trabajo y lucha de clases*

*Renán Vega Cantor**

Al confrontar las múltiples facetas del pensamiento de Marx y Engels, tal y como aparece en el *Manifiesto Comunista*, se deben evitar dos extremos frecuentes: de una parte, considerar que la mayor parte de sus análisis son letra muerta y no tendrían nada que aportar al mundo de hoy; de otra parte, dar por sentado en forma ingenua que nada ha cambiado en la última parte del siglo y que las cosas siguen siendo idénticas –concepción que es profundamente ahistórica– a como lo eran en tiempos de Marx y Lenin y que, por consiguiente, debemos contentarnos con repetir en forma dogmática y canónica las afirmaciones de los clásicos del marxismo, sin preocuparnos por indagar cuál es su correspondencia con la realidad contemporánea.

Porque una cosa es que, evidentemente, las transformaciones objetivas del capitalismo mundial en el último cuarto de siglo han supuesto modificaciones significativas de las clases sociales, del trabajo, de la clase obrera, de los estados, etc., que sólo mentes muy obtusas y sectarias se negarían a reconocer. Pero otra bien distinta es que, en aras de la novedad se enmascare el capitalismo, cambiándole de nombre por una parte y, por otra, se diga que las contradicciones básicas de la “nueva” sociedad –y ya es bastante si se llegase a reconocer que está atravesada por contradicciones– ya no tienen nada que ver con la lógica del capital. De esa forma, entonces, se entrarían a privilegiar las

* Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional.

“contradicciones” simbólicas, los imaginarios, los medios de comunicación, las identidades parciales, los consensos, el pluralismo etc., presentando todo eso como la expresión de las nuevas relaciones sociales –que de nuevas no tienen nada– y sin ningún tipo de nexo con el “viejo orden” capitalista. Eso, por supuesto, no quiere decir que todas esas cuestiones no sean importantes y no deban ser estudiadas; lo que resulta muy discutible es que se intenten separar del capitalismo, más aún cuando la relación social capitalista abraza a todo el mundo.

Al hablar del legado del *Manifiesto Comunista*, es pertinente recuperar un tipo de análisis y un lenguaje que hoy, es necesario repetirlo, a pesar de las transformaciones del capitalismo, permite acercarse de una forma mucho más coherente y seria a la comprensión de los mecanismos básicos del mundo actual, que lo que nos prometen y anuncian la diversidad de “nuevos” paradigmas –o mejor, paradogmas.

Primera tesis: Tal y como lo vislumbró el *Manifiesto Comunista* hace un siglo y medio, en la actualidad asistimos a la plena mundialización del capital, lo que ha significado la planetarización de las contradicciones propias de la relación social capitalista.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones.

La burguesía al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita... Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas partes del mundo... Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones, *Manifiesto Comunista*, 1, p. 76¹.

Cuando se leen el *Manifiesto Comunista* y *El Capital* –libros a los que hoy prácticamente todo el mundo considera obsoletos y pasados

1. Nos hemos basado en la edición del “Manifiesto del Partido Comunista” que aparece incluida en el importante libro analítico y documental *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 5a. edición, 1969.

de moda— es sorprendente la frescura del cuadro social y económico que allí se analiza. Es como si Marx y Engels fueran autores contemporáneos y nos estuvieran describiendo lo que está aconteciendo hoy en uno y otro rincón del planeta. Justamente, en términos generales, al margen de detalles secundarios que obviamente han cambiado, este es el aspecto más fuerte y perenne de la obra de Marx. La idea central, planteada en una forma simplificada, es que el capital es una relación social que tiene unas características históricas propias.

Entre tales características sobresalen la universalización de las relaciones mercantiles, a partir de las cuales hasta los seres humanos y/o su fuerza de trabajo se han convertido en una mercancía; la extracción de plusvalía como fuente de valorización del capital, plusvalía que se convierte en el origen de la ganancia y en la razón de ser de la sociedad capitalista, mediante la imposición de relaciones despoticas en los lugares de trabajo; la extracción de plusvalía origina una polarización social, que se manifiesta en la lucha entre distintas clases sociales o fracciones de clase; el capitalismo utiliza distintos procedimientos —entre ellos la ciencia y la tecnología— para aumentar la extracción de plusvalía y valorizar el capital; la relación capitalista se despliega en el plano internacional rompiendo las barreras y los frenos que intentaban obstaculizarla.

Cuando se trata de examinar la situación actual del mundo, lo que se debe verificar es si las características esenciales del capitalismo, señaladas por Marx en la segunda mitad del siglo XIX, se han modificado o no. Con respecto al aspecto más epidérmico, la generalización de la mercancía, con el cual se inicia el análisis del primer tomo de *El Capital*, es evidente que la mercancía se ha extendido en una forma tal que hasta de pronto ni el mismo Marx lo había imaginado. El capitalismo ha mercantilizado no sólo todas las relaciones sociales, los productos de la naturaleza, los sentimientos, sino incluso los propios órganos humanos y hasta el material genético. ¿Acaso no existe el más repugnante y criminal comercio de sangre humana, de órganos, de ojos y córneas, de niños, de mujeres? ¿Acaso hoy no se puede hablar de un capital genético que supone la conversión en mercancía de la biodiversidad planetaria, de los ríos, de las plantas? Hoy son mercancías todas las cosas, desde las más microscópicas —como los genes— hasta las más descomunales, como los satélites artificiales. Si la mercantilización se ha generalizado de tal manera, es posible decir que, por lo menos en el reino de las apariencias, el sistema que domina el mundo es el capitalismo.

Si abandonamos la esfera de lo aparente –de lo cual la mercancía es su manifestación más palpable– para incursionar un poco más allá y tratar de escudriñar en la relación social que se mueve tras bambalinas, nos encontraremos con que esa relación de capital y trabajo está más extendida que en cualquier otro momento de la historia. Incluso esa relación no sólo se ha diversificado hasta llegar a los confines del mundo, sino que ha recobrado las viejas formas que se creían extinguidas desde fines del siglo XIX –por lo menos en los países capitalistas altamente industrializados–, tal y como se observa hoy en Estados Unidos, en Inglaterra y en otros lugares de Europa occidental.

Aunque, desde luego, las formas de trabajo prefordistas se combinan con las formas más sofisticadas en las que se emplea la computadora y las nuevas tecnologías, en el mundo todavía predominan los métodos más salvajes de explotación del trabajo, y no sólo en el Sur del planeta sino incluso en regiones enteras del Norte². Estas condiciones de trabajo que nos remontan a épocas aparentemente olvidadas en la historia del capital, son empleadas como chantaje por parte del capital internacional para destruir a los últimos sindicatos que sobreviven en los países del Norte. Así vemos que se generaliza el traslado de unidades productivas, la transferencia de capital de un territorio a otro, la búsqueda incesante de trabajo cada vez más barato, hasta el punto que el autor alemán Horst Afheldt ha podido decir, en su libro *Bienestar para nadie. La economía de mercado deja en la calle a sus hijos*, que hoy por hoy el trabajo humano es más barato que las basuras³. ¿Si todo esto no es capitalismo, entonces qué es? Si todos estos elementos no tienen una extraordinaria semejanza con los análisis del *Manifiesto Comunista* y del primer tomo de *El Capital*, sobre las formas de extracción de plusvalía, las características de la jornada de trabajo, la subsunción real del trabajo al capital, etc., entonces hay que trastearnos a Marte para conseguir una relación distinta que no sea capitalista.

Desde luego, el proceso no puede ser completamente idéntico al bosquejado por Marx –aunque las líneas esenciales de su razonamiento permitan captar lo que hoy sucede en el mundo–, en la medida en que la expansión del capital produce una serie de procesos que no

-
2. Ver, por ejemplo, Walden Bello y Dark Victory, *The United States, Structural Adjustment and Global Poverty*, Pluto Press, Londres, 1994, pp. 95 y ss.
 3. Citado en Oswaldo Bayer, “Basuras del mundo, uníos”, *Casa de las Américas*, No. 202, enero-marzo de 1996, pp. 125-127.

alcanzaron a ser analizados por Marx, pero que sí fueron analizados por otros marxistas, tal como la polarización mundial que produce al tiempo riqueza en un lado y miseria en el otro. Esa mundialización del capital está entonces atravesada por dos contradicciones mayores: de un lado, la que opone capital y trabajo y, de otro lado, la que opone el centro y la periferia, o para ser más precisos, Norte contra Sur.

Esta polarización mundial, a pesar de todos los discursos apologéticos sobre la integración económica y los acuerdos económicos, se incrementa a diario y aumenta las diferencias entre la opulencia y el despilfarro a todos los niveles de las clases dominantes del Norte y sus congéneres en el Sur y la miseria y el desamparo de más del 80 por ciento de la población del orbe, lo que hace no mucho se llamaba Tercer Mundo. A este nivel los conflictos se agravan y los factores de enfrentamiento aumentan día a día. Es una lucha por los recursos minerales y naturales, por la fuerza de trabajo, por sobrevivir y en un tiempo no muy lejano será por el control de las aguas del mundo. Tarde o temprano el capitalismo mundial tendrá que enfrentar esta realidad, la que a mediano y a largo plazo ya no podrá ser resuelta con solo medidas represivas y de control demográfico. Hoy como ayer, los “bárbaros” del Sur, de todos los colores, se aprestan a invadir a los “civilizados” del Norte.

Marx mismo había analizado otros elementos, que durante el tiempo de los “Treinta gloriosos” se consideraron obsoletos, pero que hoy vuelven a cobrar vigencia. Por ejemplo, el relativo a la pauperización de la clase obrera y de importantes sectores de la población. Hasta hace unos quince años, tanto en Europa como en Estados Unidos, cuando todavía no habían aparecido los nefastos resultados de las políticas neoliberales, agenciadas en Inglaterra por M. Thatcher y en Estados Unidos por R. Reagan y en Francia y España por los regímenes socialistas, pocos creían en el retorno de la pobreza y de la miseria al Norte próspero. Hoy, después de esos “exitosos” experimentos neoliberales y tras el desmonte del Estado de Bienestar, ha reaparecido la pauperización relativa y en algunos casos absoluta de grupos crecientes de población. No es casual que en Inglaterra y Estados Unidos haya reaparecido el siniestro nombre de *Underclass* y en Francia los sociólogos hayan inventado la apelación SDF (*sans domicile fixe*) para denominar a esas franjas de población⁴.

Marx también había visualizado la posibilidad de que el capital-dinero se independizara del capital productivo y asumiera la forma de un capital especulativo que se valoriza en actividades pura-

mente dinerarias. Y tal es la característica del capital financiero en la actualidad que asume la forma de un capital desligado de cualquier actividad productiva, para convertirse en un capital puramente parasitario que aparentemente se autovaloriza. Esta particularidad del capital financiero es la fuente de imprevisibles crisis del capitalismo actual, como lo han demostrado los casos de México en 1995 y de los mercados financieros en Asia en estos mismos instantes.

Con estos elementos, solamente hemos querido mostrar cómo la mundialización del capital es, justamente, la universalización de la relación social capitalista y no la consolidación de una sociedad post-industrial, poscapitalista, de servicios, informática o comunicacional –nombres todos que hoy se emplean para encubrir la realidad esencial, explotadora e inhumana, del modo de producción capitalista y embellecerlo ante el mundo entero. Esas denominaciones, abierta o soterradamente, pretenden que los elementos sustanciales del capitalismo –magistralmente comprendidos y analizados por Marx– habrían desaparecido. A pesar de las transformaciones que ha experimentado, el capitalismo sigue siendo capitalismo –aunque ahora también se enmascare su esencia con la denominación neutra de “economía de mercado”–, con el agravante de que la mundialización del capital ha aumentado la polarización, los antagonismos y la desigualdad en todos los rincones del planeta.

Segunda tesis: Como lo postula el *Manifiesto Comunista*, las clases sociales y la lucha de clases son consustanciales a la sociedad capitalista contemporánea.

La moderna sociedad burguesa... no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha que han venido a sustituir a las antiguas, *Manifiesto Comunista*, 1, p. 73.

Esta afirmación del *Manifiesto* es todo un programa, tanto teórico como político, para examinar una de las características estructurales del capitalismo en sus diversas fases históricas. A partir de ese postulado, examinemos algunos elementos de la situación contemporánea.

El capitalismo, por su propia lógica interna, es una relación social contradictoria que no se puede concebir sin conflictos sociales,

4. Herbert J. Gans, *The War Against The Poor*, Basic Books, Nueva York, 1995, pp. 27 y ss.

en razón de los diferentes tipos de antagonismos que lo caracterizan, entre los cuales los fundamentales son la contradicción capital-trabajo y la contradicción capital-naturaleza. Así mismo, en el proceso de subordinación y destrucción de relaciones sociales no capitalistas –economías colectivistas indígenas, economías campesinas y familiares, etc.– el capitalismo origina conflictos y luchas con diferentes sectores sociales que se oponen a la subordinación o desaparición pura y simple, como todavía hoy sucede en muchos lugares del mundo en donde las comunidades locales defienden sus propias formas productivas y culturales (en la India, entre los pueblos nativos de varios países de nuestra América) contra el embate embrutecedor y homogeneizante del capitalismo mundial.

Desde el punto de vista del *Manifiesto*, la historia del capitalismo es la historia de la lucha de clases, la que no se puede entender si, como sucede en muchas interpretaciones que privilegian factores técnicos, se desconoce la incidencia directa de esa lucha en los procesos de acumulación capitalista. Por dicha circunstancia, ciertos autores han mencionado la manera como se puede elaborar un análisis histórico de las ondas largas del capitalismo, no únicamente considerando los aspectos económicos y técnicos sino también la lucha de clases, por lo que bien se podría hablar de los ciclos y las fases de esa lucha⁵.

Entre los analistas sociales contemporáneos se ha impuesto la “moda”, predominante entre los “científicos” norteamericanos, de proscribir conscientemente y deliberadamente del lenguaje político esa incómoda e impronunciable palabra de cinco letras, *c-l-a-s-e*, por presentar un incontestable sabor marxista. Como bien lo ha explicado el lingüista Noam Chomsky:

En Estados Unidos no se permite hablar sobre diferencias de clases. De hecho sólo a dos grupos se les permite tener conciencia de clase en Estados Unidos. Uno de ellos es la comunidad empresarial, que es profundamente consciente del concepto de clase. Si se lee su literatura se podrá comprobar que está salpicada de miedo a las masas, a su creciente poder y a cómo defenderse de ellas. Es una especie de marxismo vulgar, sólo que invertido. El otro grupo es el sector gubernamental, que se encarga de la alta planificación. También aquí los conceptos de clase aparecen profusamente. Hablan de

5. Esta postura es explícita en Ernest Mandel, *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1986, pp. 33-55.

cómo hay que preocuparse de las crecientes aspiraciones del hombre común y de las masas empobrecidas que buscan mejorar sus condiciones de vida, perjudicando al mundo de las empresas. Así que ambos grupos tienen conciencia de clase, tienen una tarea por delante. Pero, es extremadamente importante convencer al resto de la población, hacerle creer que no existe eso que denominan clase. Todos somos iguales. Todos somos norteamericanos. Vivimos en armonía. Todos trabajamos juntos. Todo es magnífico⁶.

El reconocimiento de la lucha de clases por parte del marxismo no es, ni mucho menos, una invitación a despertar los instintos supuestamente violentos del ser humano, sino la constatación de la lógica interna bajo la cual se ha desarrollado la sociedad capitalista a lo largo de los dos últimos siglos. Eso desde luego no significa, ni mucho menos, que las contradicciones de la sociedad capitalista sólo se reduzcan a las contradicciones de clase, pues evidentemente existe otra serie de diferenciaciones sociales de tipo cultural, sexual, étnico o generacional, que no se puede entender en el marco exclusivo de las clases sociales. Pero eso no impide, como bien lo decía Max Horkheimer, que la distinción de las clases sociales no se muestre “superior a los otros puntos de vista, pues se puede demostrar que la supresión de las clases trae consigo siempre el cambio de las demás contradicciones, pero no lo contrario; la supresión de las contradicciones no comporta la disolución de las clases”⁷.

Obviamente, para que exista lucha de clases se requieren como condiciones previas, primero, que en el plano objetivo existan las clases –es decir grupos sociales con intereses contrapuestos o antagónicos tanto en la producción como en la dimensión política– y, segundo, que la existencia de ese antagonismo genere diversas formas de conciencia social. Justamente esos dos componentes, pero principalmente el segundo, son vitales en la concepción de Marx sobre la dinámica social, tal como lo ha comprobado el marxismo inglés en iluminadoras obras históricas como las de Edward Thompson y George Rudé⁸. A partir de la conciencia de clase, es posible entender la historia de la sociedad

-
6. Noam Chomsky, *Mantener la chusma a raya*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 1995, pp. 85 y ss.
 7. Max Horkheimer, *Ocaso*, Ediciones Anthropos, Barcelona, 1986, p. 154.
 8. Ver, por ejemplo, George Rudé, *Revolución popular y conciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona, 1981; Edward Thompson, *Costumbres en común*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

capitalista desde su mismo origen, observando tanto a la clase dominante como a las clases subalternas –entre las que sobresale la clase obrera–, sus múltiples y complejas relaciones, sus alianzas y sus contradicciones.

Teniendo en cuenta estos elementos, podemos señalar que, en el momento actual, asistimos a una fase completamente inédita en la historia tanto del capitalismo en general, como de la lucha de clases en particular. Entre otras cosas, en el plano de la lucha ideológica –que es un componente esencial de las clases y de su lucha– hoy por hoy se proclama a los cuatro vientos que una de las características del fin de la historia es el fin de las clases sociales. Y esa extinción teórica ha sido tomada como artículo de fe por parte de los voceros más radicales del posmodernismo y del neoliberalismo, para proclamar en coro que uno de los pilares sobre los que se sostenía el edificio teórico y político de la doctrina de Marx habrían desaparecido como por encanto⁹. Esta celebración triunfal se acompaña con la presunción de que con la desaparición de la Unión Soviética se resolvió de una vez por todas –en contra de Marx– la cuestión de la lucha de clases, pues se suponía que la URSS representaba en el plano mundial a la clase obrera o por lo menos a los intereses de los trabajadores.

Naturalmente, en las actuales circunstancias de profundos cambios mundiales se han afectado los roles y la misma estructura de clases del capitalismo contemporáneo, tanto por el lado de las clases dominantes como de las clases subalternas¹⁰. Esa transformación ha sido motivada por diversos factores: las modificaciones productivas, técnicas y culturales del capitalismo; la desaparición de la Unión Soviética; la reestructuración forzosa de la clase obrera en Europa occidental; el retroceso de los procesos revolucionarios en todo el

-
9. En la historiografía se observa, en distintos lugares del mundo, la pretensión por parte del postestructuralismo –una variante del posmodernismo– de abandonar definitivamente el término clase como forma de analizar las contradicciones sociales, objetivas, de una determinada sociedad para ocuparse prioritariamente de la retórica y del imaginario que dominan en cierta época. Ver, para un análisis crítico al respecto, Bryan Palmer, “¿Existe, si es que alguna vez existió, la clase obrera?”, en Varios, *A propósito del fin de la historia*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1994, p. 172.
 10. Un análisis sistemático de la estructura de clases del capitalismo contemporáneo ha sido realizado por el escritor marxista norteamericano Eric Olin Wright en una serie de exhaustivas investigaciones sobre el tema que han sido sistematizadas en su libro *Clases*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1994.

planeta y una correlación de fuerzas adversa para las clases o fracciones de clase interesadas en destruir el capitalismo.

En la actualidad, casi en todos los rincones del mundo las fuerzas revolucionarias han retrocedido, bien porque han sido derrotadas a sangre y fuego como ocurrió en América central y en otras regiones del mundo periférico donde el imperialismo –encabezado por Estados Unidos– hizo gala de los más sanguinarios y criminales métodos de exterminio, o bien porque han sido cooptados por el neoliberalismo, como sucedió en algunos lugares de Europa oriental después de 1989. ¿Esta terrible realidad significa verdaderamente el fin de las clases sociales y, en consecuencia, el fin de la lucha de clases? ¿Hemos llegado después de todo a ese tan anunciado capitalismo “civilizado” y de “rostro humano” que aseguraría el bienestar y la libertad de la población de todo el mundo al combinar la “economía” de mercado y la democracia parlamentaria? ¿En lo sucesivo las diferencias sociales ya no se explican ni se resuelven en términos de intereses antagónicos y de conflictos, sino en términos de acuerdos, consensos, pactos y alianzas?

Si se recuerdan algunos elementos de la lucha de clases en el último siglo, no es difícil confirmar la certeza del análisis marxista, pues en forma directa e indirecta los principales procesos que transformaron el mundo, para bien o para mal, estuvieron relacionados con diferentes expresiones de la lucha de clases, tanto en el interior de los países y en el plano internacional, como en el caso de las luchas de liberación colonial que transformaron durante algún tiempo el mapa del orbe¹¹. Un aspecto básico que marca el siglo XX estuvo relacionado con la forma como la burguesía internacional, tras las luchas obreras y populares de fines del siglo XIX y tras la Revolución Rusa de 1917, instauró el Estado-nacional social, para romper, bloquear y encausar la lucha internacional de los trabajadores que se había librado sin cortapisas de fronteras nacionales desde mediados del siglo anterior.

Al limitar las luchas en el plano estrictamente nacional, en Europa occidental por lo menos, la burguesía aceptó temporalmente una alianza tácita entre capital y trabajo. Este pacto supuso el reconocimiento por parte de los sindicatos –como representantes organizados de una porción de los trabajadores– de una reglamentación

11. Jacques Kergoat, “Luttes des classes: quelques problèmes”, en *L'Homme et la Société*, No. 3-4, 1995, pp. 60 y ss.

laboral y de adelantar luchas estrictamente nacionales. Con cierto éxito la burguesía internacional logró controlar –sobre todo después de la derrota histórica de la clase obrera durante el período fascista– las luchas reivindicativas del conjunto de las clases subalternas. De esta forma, las sujetó a los marcos estrictamente nacionales, en los que operaba la regulación del Estado, el control del mercado interior, y una legislación acorde a esos parámetros, tales como legislación laboral, código de trabajo, reconocimientos y derechos¹². Hasta cuando esta estrategia fue funcional a las diferentes burguesías nacionales, éstas parecieron alimentar la extraña creencia de que el capital sí tiene patria, siempre y cuando eso significara difundir la misma idea entre los trabajadores –en contra de lo que anunciaba el *Manifiesto Comunista* que los obreros no tienen patria. Pues bien, así se restringió la lucha social de las organizaciones obreras y populares a los parámetros nacionales, lo que no solamente generó desiguales resultados en los logros sociales, económicos y políticos –tal como se puede constatar mirando el nivel de vida que llegó a tener la clase obrera de Europa occidental, comparada con la de los países pobres– sino que contribuyó a desunir a los trabajadores a escala mundial.

Pero resulta que hoy la burguesía internacional está abandonando su esquema de Estado-nacional social, con todo lo que eso implica de nefasto para las conquistas materiales y económicas de los trabajadores, para dar paso a un capitalismo mundial que impone condiciones similares de explotación en todos los lugares del planeta, casi sin tener en cuenta las diferenciaciones nacionales y culturales. Esto indica que estamos asistiendo al cierre de un ciclo de la lucha de clases y a la emergencia de uno nuevo, en el que cambian radicalmente las condiciones, lo que desde luego no implica ni el fin de las clases ni de sus luchas.

Ante las nuevas condiciones impuestas por la mundialización del capital, las formas tradicionales de lucha de las clases subalternas –como los sindicatos y los partidos nacionales– han entrado en un proceso de deterioro y de descomposición, puesto que las nuevas condiciones que genera la mundialización suponen también plantear nuevas formas de lucha, en las que participen tanto los actores clásicos como los nuevos actores que se han configurado en las últi-

12. René Gallissot, "Lutte de classes et État national social", en *L'Homme et la Société*, No. 3-4, 1995, pp. 81-89.

mas décadas, es decir los trabajadores directamente vinculados a la producción y los que se desempeñan en la circulación y el consumo. Por el momento, la que conduce la lucha de clases en una forma absolutamente consciente –como una auténtica clase para sí, según los célebres términos de Marx– es la burguesía internacional, puesto que arremete en forma premeditada y planificada contra los trabajadores del mundo entero, eliminando las conquistas de un siglo y medio, tales como la jornada laboral limitada, el derecho al trabajo, reimplantando el trabajo infantil y hasta formas de esclavitud, eliminando todos los mecanismos estatales que bloqueaban la libre movilidad del capital, mercantilizando todos los aspectos de la vida social, cultural y hasta la propia naturaleza, etc.

En esas condiciones, aunque es evidente que las clases subalternas se encuentran desorientadas –desorientación que indudablemente ha sido agravada por la crisis de los socialismos históricos– y sin brújula para enfrentar los nuevos escenarios del capitalismo mundial, lo que se bosqueja a mediano y largo plazo es una reorientación de las luchas de clases de los sectores subalternos que, en primer lugar, hoy deben seguir defendiendo sus conquistas porque en ello se juegan su propia sobrevivencia y, al mismo tiempo, deben pensar en nuevos mecanismos que posibiliten la extensión de sus luchas en el plano internacional para enfrentar al capitalismo. Es decir, se debe luchar tanto a escala local como a escala global, esto es pensar y actuar local y mundialmente a la vez¹³, como lo proponen lúcida-mente los zapatistas en el sur de México.

La mundialización del capital genera agudos problemas que involucran a poblaciones enteras, como sucede, por ejemplo, con la desaparición forzosa del campesinado y la aterradora y descontrolada urbanización de todo el mundo¹⁴; las frustraciones que originan la contradicción entre las bellezas que anuncian los medios electrónicos de comunicación y la imposibilidad real de disfrutarlas; la descomposición social y moral de importantes sectores de la población juvenil e infantil de los distintos continentes, etc. Todo eso pone de presente la magnitud de la andanada neoliberal del capitalismo mun-

13. Jean Chesneaux, *La modernité-monde*, La Découverte, París, 1989, p. 226.

14. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995, pp. 290 y ss.

dial, que se puede considerar como una acción consciente de los ricos y poderosos del mundo contra los pobres y desvalidos del planeta¹⁵.

Podemos, entonces, decir que en estos momentos la recomposición y crisis de las clases históricas clásicas –clase obrera, campesinado– se manifiestan en la hegemonía abierta del capital mundial, que desarrolla una forma particular de lucha de clases, cuyo objetivo fundamental es arrasar con las conquistas democráticas de los trabajadores del mundo entero. La única respuesta que hasta ahora se ha vislumbrado contra esa arremetida mundial de la burguesía han sido conflictos localizados y aislados –como en Francia, Corea del Sur, México, Suráfrica– o la descomposición y la delincuencia, que es la otra cara de ese mismo proceso. En esa medida no tiene ningún fundamento decir que las clases y las luchas han desaparecido en el mundo del siglo XXI –puesto que son claras las diferencias abrumadoras entre los pocos que todo lo tienen y entre las vastas mayorías que no tienen nada– sino que en estos momentos, simplemente la lucha va en una única dirección: del capitalismo mundial contra los pobres y desvalidos, que hoy ven amenazada hasta su propia sobrevivencia, pues contingentes significativos de población –como sucede en África– son considerados como población innecesaria o desechable.

Aunque todavía no se vislumbran fermentos de una nueva conciencia de clase –que esta vez tendrá que ser mundial y local al mismo tiempo–, teniendo en cuenta la historia del capitalismo y el grado de radicalización de las contradicciones sociales, de la injusticia y de la desigualdad planetaria, es de esperar que se vayan gestando los embriones de una nueva subjetividad social entre las víctimas de la mundialización del capital. Y eso es fundamental si se quiere que la especie humana sobreviva como algo más que una marcada de parias y de esclavos, o como simple apéndice de la tecnología y consumidora irracional de mercancías.

Tercera tesis: Aunque tanto el trabajo como la clase obrera han experimentado notables transformaciones, tal y como lo señaló el *Manifiesto Comunista*, la base fundamental del funcionamiento del

15. Eduardo Galeano, “La ecología en el marco de la impunidad”, en Joaquín Sempere (Presentación), *Ecología solidaria*, Editorial Trotta, Barcelona, 1996, pp. 55-62.

capitalismo actual sigue siendo la explotación del trabajo de la clase obrera.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste se alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado, *Manifiesto Comunista*, I, p. 79.

La situación del obrero moderno... lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depauperaba y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza, *Manifiesto Comunista*, I, p. 85.

Teniendo en cuenta las transformaciones experimentadas por el mundo del trabajo, se formula una serie de interrogantes significativos:

¿La clase-que-vive-del-trabajo estaría desapareciendo? ¿La disminución del proletariado tradicional, industrial, de la era del fordismo, conlleva inevitablemente la pérdida de referencia y de relevancia del ser social que trabaja?... ¿La categoría trabajo no está más dotada del estatuto de rol central en el universo de la praxis humana existente en la sociedad contemporánea? ¿La llamada "crisis de la sociedad del trabajo" debe ser comprendida como el fin de la posibilidad de la revolución del trabajo? ¿El trabajo dejó de ser el elemento estructurante de una nueva forma de sociabilidad humana? ¿No es más protoforma de la actividad humana, la necesidad de realizar el intercambio material entre el hombre y la naturaleza?¹⁶.

Estas preguntas centrales para estudiar la situación del trabajo en el mundo actual, no pueden ser respondidas en forma definitiva, si se tiene en cuenta que muchos de los procesos hasta ahora están en curso de evolución y que muestran tendencias complejas y contradictorias. Lo que sí se puede es señalar algunas de esas tendencias.

En la década de 1980 se presentaron una serie de transformaciones técnicas y productivas que afectaron drásticamente, desde el

16. Ricardo Antunes, "¿Adiós al trabajo?", Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo, Impresos Piedra Azul, Caracas, 1996, p. 10.

punto de vista subjetivo y objetivo, a la clase obrera, por lo que es factible afirmar que ésta ha soportado su más aguda crisis a lo largo del siglo XX¹⁷. Entre las transformaciones más notables se encuentran la introducción y desarrollo de las nuevas tecnologías en la fábrica, entre las cuales descollan la microelectrónica, la informática y la robótica. Al mismo tiempo, desde el Japón se difunde el toyotismo o el Ohnismo (nombre derivado de Taichí Ohno, el ingeniero que impulsó los principales cambios en la fábrica de automóviles Toyota)¹⁸, que postula la necesidad de implementar formas flexibles de producción y de adecuar la producción al mercado. En el plano internacional se observa un proceso de desconcentración industrial y de traslado de las viejas industrias hacia otras zonas del mundo, principalmente del mundo periférico. En todos los lugares del mundo se asiste al desmantelamiento del Estado-nacional social, lo que supone la eliminación de importantes conquistas sociales, económicas y políticas de los trabajadores del mundo entero¹⁹. Así, la descentralización productiva y el avance tecnológico están íntimamente ligados en la estrategia del capital internacional, cuyo objetivo supremo continúa siendo el de siempre: aumentar los niveles de explotación y de control laboral y desorganizar, al mismo tiempo, a los trabajadores.

Consideremos con algún detalle ciertas de estas transformaciones del mundo del trabajo, principalmente aquellas referidas a la introducción de un nuevo modelo productivo o un nuevo régimen de acumulación.

En una concepción bastante evolucionista, el toyotismo, posfordismo o la producción flexible es visto como una nueva fase, superior a las demás, que estaría en proceso de difusión y de consolidación en todo el mundo²⁰. Recordemos que el fordismo estaba caracterizado principalmente por la producción en masa, a través de la cadena de montaje y por la producción de productos homogéneos; el control de

17. *Ibid.*, p. 13.

18. Ver, entre otros, Helena Sumiko Hirata (éd.), *Autour du "Modèle" japonais. Automatisation, nouvelles formes d'organisation et de relations de travail*, L'Harmattan, París, 1992; Robert Boyer y Jean-Pierre Durand, *L'aprèsfordisme*, Syros, París, 1993.

19. Varios autores, *El trabajo en los noventa. Rupturas y conflictos*, Universidad Nacional de Colombia, Universidad de Cartagena, Bogotá, 1994, pp. 15-37 y 76-85.

20. Esta concepción se aprecia, por ejemplo, en R. Boyer y J. P. Durand, *op. cit.*

tiempos y cadencias mediante el uso del cronómetro, el predominio del obrero parcial, y la fragmentación de las funciones de ejecución y elaboración en el proceso de trabajo; y la existencia de un obrero masa concentrado en grandes aglomeraciones fabriles de producción centralizada. El fordismo puede considerarse como la forma de trabajo que ha predominado en el capitalismo central después de la segunda guerra mundial y que, desde fines de la década de 1960, se difundió por el Tercer Mundo en forma de “fordismo periférico”²¹.

En contraposición, y en respuesta a la crisis del capitalismo, en distintos lugares (en Italia, Suecia, Alemania) se han desarrollado formas de producción que se pretende más “flexibles”, pero como dice David Harvey siguen siendo formas capitalistas, porque se basan en la explotación del trabajo vivo y porque mantienen la dinámica técnica y organizativa propia del capitalismo²². Esta es la misma crítica que han enfatizado diversos autores, resaltando que en esencia es una contradicción en los términos –si se tiene en cuenta el carácter despótico y expoliador del capitalismo– que éste pueda convertirse en un modo de producción flexible. En este sentido, la difusión del toyotismo por diversos lugares del mundo es en realidad “una decisiva adquisición del capital contra el trabajo”²³. El toyotismo se inscribe dentro de la lógica del capital, es decir la producción de mercancías y la valoración del capital mediante la extracción de plusvalía.

Si bien es cierto que en distintas factorías del mundo el modelo japonés se ha impuesto, no se puede considerar que ese modelo sea predominante ni siquiera en el mismo Japón, sino que coexiste al lado de formas fordistas de producción e incluso con viejas-nuevas formas, que han reaparecido, propias del siglo XIX, tal y como la explotación pretayloriana; es decir, amparadas en la explotación pura y simple, brutal, que el capital hace del trabajo de hombres, mujeres y niños del mundo entero²⁴.

21. B. Coriat, “El taller y el cronómetro”, Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Siglo XXI Editores, México, 6a. edición, 1999; A. Lipietz, *Espejismos y milagros. Problemas de la industrialización en el Tercer Mundo*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992; R. Antunes, *op. cit.*, pp. 14-15; George Lutz, “Un mercado (mundial), muchos mundos”, en Varios, *Extranjeros en el paraíso*, Ed. Virus, Barcelona, 1994, pp. 30-32.

22. David Harvey, *A Condição Pos-Moderna*, São Paulo, Ed. Loyola, 1992, citado en R. Antunes, *op. cit.*, p. 19.

23. R. Antunes, *op. cit.*, p. 29.

Es, entonces eurocentrista el análisis que se efectúa tanto sobre las transformaciones del trabajo como sobre el supuesto fin del trabajo en la sociedad “postindustrial”, en la medida en que no tiene en cuenta de ninguna forma lo que pasa con el trabajo en el resto del mundo, lo que no es cualquier cosa si recordamos que estamos hablando del 80 por ciento de la población trabajadora del mundo. ¿O es que mientras se difunden las técnicas productivas más sofisticadas en Europa, Estados Unidos y Japón, al mismo tiempo no se refuerzan las formas más brutales de explotación y reaparecen formas de trabajo incluso semiesclavas y esclavas en diversos lugares del mundo?

Al respecto se pueden recordar algunos hechos significativos. Según diversos documentos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se calcula que en la actualidad existen en el mundo unos 250 millones de esclavos, siendo una buena parte de ellos niños y niñas que laboran en países como India, Pakistán, Sri Lanka, Brasil, Filipinas, Nepal, entre otros²⁵. Y en este caso solamente estamos hablando de los esclavos “productivos”, es decir aquellos que son funcionales al capitalismo internacional, porque su fuerza de trabajo es expoliada al máximo en economías locales o regionales, para proporcionar plusvalía a empresarios ligados directamente al capitalismo internacional, y no estamos hablando de las nuevas formas de esclavitud sexual y de prostitución. Si esta realidad no debe ser considerada cuando se estudia el tema del trabajo y de sus transformaciones, entonces debemos concluir que sólo interesa lo que pasa en Europa o en Japón. Porque incluso en Estados Unidos o en Inglaterra han reaparecido formas de explotación propias de un período aparentemente olvidado del capitalismo, como es el trabajo infantil, en plenas “ciudades posmodernas” como Nueva York, Los Ángeles o San Francisco²⁶.

Además, implícitamente se supone, en forma muy optimista que la introducción de tecnologías sofisticadas como la informática y la robótica no acarrea ningún tipo de problema a los trabajadores, ni

24. *Alternatives Économiques*, No. 137, mayo de 1996, consagrado al tema “Les habits neufs du Taylorisme”.

25. Organización Internacional del Trabajo, “La esclavitud, el tráfico de niños, la prostitución y demás formas intolerables de trabajo infantil en el punto de mira de la conferencia de Amsterdam”, Informes de Prensa, 25 de febrero de 1997, copia a máquina.

26. W. Bello, *op. cit.*, pp. 98 y ss.

tampoco acentúa las clásicas formas de subordinación del trabajo al capital²⁷. Considerando esta combinación e interpenetración de “viejas” y “nuevas” formas de explotación, David Harvey es profundamente enfático:

Curiosamente el desarrollo de nuevas tecnologías ha generado excedentes de fuerza de trabajo, que permitieron el regreso de estrategias absolutas de extracción de plusvalía, más viables aún en los países capitalistas avanzados. El regreso de la superexplotación en Nueva York y Los Ángeles, del trabajo en casa y del “teletransporte”, así como el enorme crecimiento de las prácticas de trabajo del sector informal por todo el mundo capitalista avanzado, representa de hecho una visión bien sombría de la historia supuestamente progresista del capitalismo. En condiciones de acumulación flexible, pareciera que sistemas de trabajo alternativos pueden existir lado a lado, en el mismo espacio, de una manera que permita que los emprendedores capitalistas elijan a su antojo entre ellos. El mismo molde de camisa puede ser producido por fábricas de gran escala en la India, por el sistema cooperativo de la “Tercera Italia”, por explotadores en Nueva York o Londres o por sistemas de trabajo familiar en Hong Kong²⁸.

Entre las grandes transformaciones del mundo del trabajo ocurridas en los últimos tiempos, sobresale la desestructuración de la clase obrera clásica en Europa y en Estados Unidos, al mismo tiempo que con los proyectos neoliberales adelantados desde finales de la década de 1970 se desorganizó gremial y políticamente a los sectores sindicales más fuertes para establecer condiciones favorables al capital. Como resultado en Inglaterra, por ejemplo, se restablecieron condiciones laborales propias del siglo XIX, tales como la eliminación del salario mínimo, de la jornada laboral limitada, eliminación de sindicatos, aumento de los niveles de explotación, todo tipo de facilidades al capital internacional, que hacen que hoy por hoy Inglaterra esté entre los primeros países del mundo en cuanto a inversión de capital extranjero. Se llega hasta el caso, por cierto irónico, que inversionistas coreanos y taiwaneses –es decir provenientes del Sur– prefieran invertir en Inglaterra antes que en sus propios territorios,

27. Denis Hayes, “Silicon Valley: poisons dans la salte blanche”, *Terminal*, No. 50, julio-agosto de 1990, pp. 21-24.

28. D. Harvey, *op. cit.*, en R. Antunes, *op. cit.*, p. 20.

pues les resulta más barato pagar salarios en el lugar que fue la cuna de la revolución industrial y no en sus países de origen²⁹.

La derrota del movimiento obrero en los centros capitalistas ha tenido diversas implicaciones mundiales, entre las que sobresalen la deslocalización de empresas hacia países periféricos; la descentralización productiva de los grandes conglomerados y de las multinacionales con el fin de pagar salarios miserables y de aumentar su nivel de ganancias; la eliminación pura y simple del derecho laboral, para imponer condiciones salvajes de explotación de la fuerza de trabajo; la generalización del trabajo infantil y femenino en todos los rincones del globo; la difusión del trabajo parcial, precario y temporal, incluso en países como Francia, Estados Unidos e Inglaterra. Con todas estas modificaciones se percibe, como es apenas natural, una notable transformación y recomposición de la clase obrera mundial, la que desde el punto de vista objetivo ha crecido hasta niveles nunca antes vistos, pues a ella se han incorporado importantes contingentes de los países del Sur, donde avanzan procesos de industrialización salvaje, como ha sucedido entre los ex-tigres asiáticos y los llamados nuevos países industrializados (como Brasil y México).

Sin embargo, este proceso de crecimiento de los trabajadores asalariados a escala mundial, en el que se destaca particularmente la importancia del trabajo femenino, ha ido acompañado de su desorganización, desconcentración y despolitización, es decir la fragmentación de la conciencia de clase y el aumento de la subordinación y el control por parte del capital internacional.

Considerando este carácter contradictorio, se puede decir que nunca como ahora, desde el punto de vista del ser de clase (*clase en sí*), la clase obrera fue tan numerosa en una perspectiva mundial, pero tampoco nunca como hoy, en el plano de su conciencia (*clase para sí*), fue tan débil y tan fragmentada. Y ésta, justamente, es la situación contradictoria que en la actualidad vive la clase obrera y el conjunto de trabajadores, puesto que en la perspectiva marxista, el factor subjetivo –el grado de conciencia de su papel histórico– es aún más importante que el factor objetivo en el proceso de lucha contra el capital. Y la crisis del movimiento obrero no solamente afecta a los obreros, sino que incide en el conjunto de la sociedad, en la medida

29. Richard Farnetti, *Le royaume désuni. L'économie britannique et les multinacionales*, Syros, París, 1995, pp. 65 y ss.

en que las transformaciones estructurales del siglo XX en el ámbito político y democrático han estado ligadas a las luchas y conquistas obreras o a sus derrotas y fracasos.

En síntesis, si existe un capitalismo flexible, no sería tanto por las bondades que de él se anuncian en cuanto a los beneficios que produciría a los trabajadores –y que implicarían el fin de la alienación–, sino porque el capitalismo actual combina distintas formas de trabajo de diversas épocas, desde las formas más avanzadas tecnológicamente hablando, hasta la resurrección y generalización en algunas zonas del mundo de formas esclavas y semiesclavas de trabajo. En forma aguda, el geógrafo marxista norteamericano David Harvey sintetiza el proceso en curso:

La insistencia de que no hay nada esencialmente nuevo en el empuje hacia la flexibilización y de que el capitalismo sigue periódicamente esos tipos de caminos es, por cierto, correcta (una lectura cuidadosa de *El Capital* de Marx sustenta esta afirmación). El argumento de que hay un agudo peligro de exagerar el significado de las tendencias de aumento de la flexibilidad y de la movilidad geográfica, dejándonos ciegos ante la fuerza que todavía tienen los sistemas fordistas de producción implantados, merece cuidadosa consideración. Y las consecuencias ideológicas y políticas de la superacentuación y de la flexibilidad en el sentido estricto de la técnica de producción y de las relaciones de trabajo, son suficientemente serias para llevarnos a hacer sobrias y cautelosas evaluaciones sobre el grado dominante de la flexibilidad (...) Sin embargo, considero igualmente peligroso fingir que nada ha cambiado, cuando los hechos de la desindustrialización y de la transferencia geográfica de fábricas, de las prácticas más flexibles de empleo de trabajo y de la flexibilidad de los mercados de trabajo, de la automatización y de la innovación de productos miran a la mayoría de trabajadores frente a frente³⁰.

El desarrollo técnico en el capitalismo, que está directamente relacionado con el proceso de valorización y de extracción de plusvalía, supone la tendencia a que el capital constante desplace al capital variable, es decir que el trabajo muerto sustituya al trabajo vivo, lo cual no implica, como plantean las utopías reaccionarias del capital –tipo Alvin Tofler y otros tecnofanáticos–, la eliminación completa y definitiva de los trabajadores y mucho menos en los países del Sur del mundo, donde a la par con la innovación tecnológica se observan

30. D. Harvey, *op. cit.*, citado en R. Antunes, *op. cit.*, p. 19.

procesos de explotación salvaje de los trabajadores, en las zonas francas, en las industrias de exportación, en la agricultura comercial, en las zonas mineras, etc.

La mundialización del capital tiene efectos contraproducentes sobre el mundo del trabajo, entre los que sobresalen la destrucción de los sindicatos; la homogeneización por lo bajo de las condiciones laborales y productivas; la creciente movilidad del capital frente a la pretensión capitalista de fijar a los trabajadores sobre sus países o regiones de origen, lo que está íntimamente ligado a la política xenófoba y antimigratoria que se impulsa hoy en Europa occidental y Estados Unidos; la generalización de las zonas francas en los países periféricos, en donde predomina el trabajo infantil, femenino y semiservil; el uso intensivo de la tecnología en algunas regiones del Sur, con el fin de debilitar las organizaciones sindicales del Norte y de reducir salarios y aumentar ganancias por parte de las empresas multinacionales y los capitalistas europeos o norteamericanos, etc.³¹.

Desde el punto de vista de la calificación del trabajo, también la situación actual es profundamente ambigua, puesto que a la par con la exigencia de un aumento de la cualificación técnica de ciertos grupos de trabajadores –que es propio de los círculos de calidad japoneses de la industria automovilística, por ejemplo–, grandes contingentes de fuerza de trabajo sufren una descalificación absoluta, hasta el punto que casi no necesitan saber ni leer ni escribir para realizar actividades productivas en diversos sectores, como por ejemplo en cierto tipo de servicios (comidas rápidas, supermercados, ventas, etc.)³².

El otro punto clave es el de la desmaterialización del trabajo o la generalización del trabajo intelectual³³. Y en cuanto a este punto la situación es igualmente contradictoria, puesto que se observan procesos productivos muy sofisticados, por ejemplo en la informática, en telecomunicaciones, electrónica e ingeniería genética, en que el trabajo intelectual tiende a desplazar al trabajo material, o para ser más exactos este último deviene cada vez más abstracto e intelectual. Pero, al mismo tiempo, en otros sectores y actividades se

31. Henk Thomas, Editor, *Globalization and the Third World Trade Unions. The Challenge of Rapid Economic Change*, Zed Books, Londres y Nueva Jersey, 1995; Varios, *Extranjeros en el Paraíso*, Editorial Virus, Barcelona, 1995.

32. R. Antunes, *op. cit.*, p. 40.

observa el abandono absoluto de cualquier tendencia hacia la intelectualización por el reforzamiento de las formas más bestiales e inhumanas de explotación material, como sucede en la mayor parte de industrias “tradicionales” del mundo pobre, tales como la minería, la construcción, las industrias químicas, etc.

En conclusión, hemos tratado de mostrar que el mundo del trabajo en la actualidad no se caracteriza por una tendencia exclusiva y generalizable a todo el mundo, sino por ser un proceso complejo y contradictorio, como el propio capitalismo. Teniendo en cuenta todos estos procesos a escala orbital, es muy dudoso pensar que el proletariado esté en vía de desaparición o que el trabajo sea un valor social en vía de extinción. En este sentido la *clase que vive-del-trabajo* sigue siendo fundamental en la sociedad contemporánea y de seguro lo seguirá siendo en el próximo siglo³⁴, aunque desde luego esté soportando un doloroso e inhumano proceso de recomposición social, política y cultural, y sea una de las principales víctimas de la arremetida mundial del capital y de la imposición del neoliberalismo.

Si a esta catastrófica situación de los trabajadores del mundo, le sumamos la no menos crítica situación ambiental del planeta –producida directamente por la lógica de funcionamiento del sistema capitalista–, podemos comprender, entonces, las dos contradicciones fundamentales del capitalismo: capital-trabajo y capital-naturaleza. En esta perspectiva, las palabras finales del *Manifiesto Comunista* relacionadas con el hecho de que al destruir el capitalismo los obreros no tienen nada que perder, salvo sus cadenas, y tienen un mundo que ganar, pueden ser actualizadas diciendo que la gran masa de la humanidad sufrida y explotada no tiene nada que perder, salvo sus cadenas. A cambio tiene un planeta por salvar.

33. A. Gorz, “La declinante relevancia del trabajo y el auge de los valores post-económicos”, *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, No. 2, noviembre 1996-marzo 1997, pp. 27-38; Paolo Virno, “Notes on the ‘General Intellect’”, en Saree Makdisi, Cesare Casarino y Rebecca E. Karl Editores, *Marxism Beyond Marxism*, Routledge, Nueva York Londres, 1996, pp. 265-272; Toni Negri, *Fin de siglo*, Paidós, Barcelona, 1992, pp. 61 y ss.; Maurizio Lazzarato y Toni Negri, “Travail immatériel et subjectivité”, *Futur Antérieur*, No. 6, 1991, pp. 86-99; Maurizio Lazzarato, “Le concept de travail immatériel: la grande entreprise”, *Futur Antérieur*, No. 10, 1992, pp. 55-6; M. Lazzarato, “Le ‘cycle’ de la production immatérielle”, *Futur Antérieur*, No. 16, 1993, pp. 111-120.

34. R. Antunes, *op. cit.*, pp. 46-47.

Modernidad y posmodernidad en el Manifiesto Comunista

*Sergio de Zubiría Samper**

Quiero para iniciar esta reflexión, manifestar mi emoción y felicitar a la Universidad Nacional de Colombia y al Comité Organizador “Marx Vive”, porque nos permite en estas horas tan difíciles del pensamiento crítico, darle un espacio a uno de los pensadores emblemáticos de la tradición occidental de la crítica.

El título de la presente ponencia está colmado de malentendidos, tan lleno de lugares comunes y diría que hasta de prejuicios, que relacionar Modernidad y Posmodernidad en el *Manifiesto Comunista* para muchos sería casi una herejía. Lo que me hace ineludible hacer referencia a algunas reglas del juego, para que podamos crear un escenario adecuado de comprensión y comunicación.

Limitaciones trágicas

El debate Modernidad / Posmodernidad, considero, ha adolecido de dos trágicas limitaciones. La primera, el prefijo “post” ha sido el término más desafortunado, porque insinúa a cualquier oyente, remite a cualquier lector, a una idea evolucionista y lineal, como si la posmodernidad viniera necesariamente después de finalizada la modernidad. Y hoy podemos postular que los teóricos más rigurosos de la posmodernidad nunca la han entendido así, como una etapa

* Profesor del Departamento de Filosofía, Universidad de los Andes.

siguiente o una etapa post a la experiencia vital de la modernidad. La segunda gran limitación es nuestro todavía persistente maniqueísmo; siempre tendemos a caricaturizar la perspectiva distinta a la nuestra. Y en ese sentido, en las caricaturizaciones se dan ejemplos tan disímiles, como para algunos creer que la posmodernidad simplemente es “todo vale”, o un relativismo escéptico o simplemente una nueva ideología de consumo. Una alumna mía, con ese pensamiento casi imagen que caracteriza actualmente a muchos jóvenes, un día me decía: “Eso que usted está hablando me suena es como a importaculismo”. Pero, desde la otra orilla, el maniqueísmo caricaturizador posmoderno también ha visto la modernidad como la responsable de los campos de concentración, de la destrucción de la naturaleza, etc., como la filosofía de la identidad totalitaria realizada, y esa es otra caricatura.

Creo que luego de más de 15 años de debate filosófico, podemos tener una mente y un lenguaje decantado para comprender que no es posible seguir en ese maniqueísmo. Creo que hay dos textos emblemáticos y reveladores que nacen el mismo año de 1985: *El discurso filosófico de la modernidad*, de J. Habermas, y *El fin de la modernidad*, de G. Vattimo. Ambos textos muestran la altura e importancia teórica de esta discusión para comprender nuestra época. Considero que, decantando el lenguaje y luchando contra nuestro perseverante maniqueísmo, podríamos llegar a tres acuerdos provisionales.

El primero, tanto la noción de Modernidad como de Posmodernidad es muy plural y bastante polisémica. Hay modernidad neoliberal, hay modernidad rawlsiana, existe modernidad comunitarista, también modernidad habermasiana y otras alternativas. Podríamos postular hasta que, en el seno de cada una de las anteriores, existen modernidades y no sólo modernidad. García Canclini en su texto *Culturas híbridas* (1989), llega a plantear que en América Latina coexisten contradictoria y desigualmente varias modernidades.

El segundo, que hay ciertos “rasgos de familia”, utilizando un pertinente término de Wittgenstein, que no excluye que existan miembros de familia muy distintos. Estos “rasgos de familia”, considero, son los ejes donde gira el debate entre modernos y posmodernos, aunque las perspectivas en el seno de cada grupo son demasiado desiguales. Estos posibles cuatro ejes son: 1. Los modernos propugnan tendencialmente por el universalismo; Habermas ha aportado una frase bellísima que sintetiza el debate: “Ser resueltamente moderno es considerar que en el hablar, en el pensar y en el ac-

tuar hay principios universales". En cambio los posmodernos en su mayoría no están de acuerdo: ni en el pensar, ni en el hablar, ni en el actuar hay principios universales. Habrá principios contextuales, más o menos generales o comunitaristas, pero no absolutamente universales; 2. En general los modernos creen que el sentido de la historia va hacia la modernidad, y es lo deseable. En ese sentido poseen un sentido unitario de la historia: ojalá todos vayamos hacia la modernidad. Los posmodernos, en general no. Por eso Vattimo ha expuesto reiteradamente que hoy vivimos la experiencia del fin del sentido unitario de la historia. No de la historia, como finalizada o terminada, porque ella es interminable (M. Ende), sino que hay unos que van para la modernidad, pero no necesariamente todos. Hay comunidades culturales concretas que yuxtaponen modernidad, tradición y posmodernidad, otras que desean no ir hacia la modernidad, y hay que respetarlo; 3. La experiencia del tiempo que propugnan los modernos siempre valora el futuro, el cambio, la innovación, y en ese sentido hay una cierta relación de valoración mayor hacia lo nuevo y hacia el futuro que hacia otros tiempos. En cambio, los posmodernos creen que la experiencia del tiempo puede ser diversa y por eso adoran la frase de Nietzsche "el eterno retorno de lo mismo", o pueden comprender la frase de muchas comunidades indígenas de América Latina que dicen "el futuro está atrás, el pasado está adelante"; 4. En general, los modernos creen en una teoría y práctica del progreso. Aunque sean muy diversos los criterios para evaluarlo, se imaginan y narran la historia como un progreso moral, un progreso cultural, un progreso técnico, mientras los posmodernos, por lo menos, tienen la duda o desconfianza ante el concepto. Será que no es posible retrocesos, será que no es posible estancamientos, no avances o de carácter contradictorio, o un "eterno retorno" sin pasado ni futuro u otras posibilidades.

Y el tercero de nuestros acuerdos provisionales: abrirnos, aunque sea por unos momentos, a la posibilidad de esa frase y giro bastante difícil, que planteara J. F. Lyotard en *La posmodernidad (explicada a los niños)* (1986), una apertura como homenaje a su muerte reciente: "Una obra no puede convertirse en moderna si, en principio, no es ya posmoderna. El posmodernismo así entendido no es el fin del modernismo sino su estado naciente, y este estado es constante", aceptando que para todos nosotros, formados en la historia evolucionista es un giro bastante difícil e inaccesible. Desde que nació la modernidad aparecieron pensadores posmodernos y, en sentido histórico, en

el siglo que emergió la modernidad nacieron también componentes posmodernos. Tal tesis no podría compartirla G. Vattimo, porque este autor ubica aproximadamente el nacimiento de la posmodernidad filosófica en la segunda etapa de F. Nietzsche, luego de *El origen de la tragedia* (1871). De todas maneras, la propuesta de Lyotard es una posibilidad de impedir que el prefijo "post" se nutra de rasgos unilineales, evolucionistas y maniqueos.

Lecturas modernas

El *Manifiesto Comunista* (1848) ha sido en los últimos años tema y preocupación de lecturas modernas y posmodernas. Es notorio un renacimiento y revitalización de sus posibles lecturas gracias a esas dos perspectivas. Tal vez las propuestas más emblemáticas de una lectura moderna son las insinuadas por Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982) y Jacques Derrida *Espectros de Marx* (1995), de una lectura posmoderna, esta última con un subtítulo verdaderamente atractivo: *El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*.

Tanto Berman como Derrida, confiesan avergonzados que hace mucho tiempo no leían el *Manifiesto*, como tenemos que confesarlo también algunos de nosotros, pero gracias, de alguna manera, a toda esta importante discusión moderna/posmoderna que ocupa bastante a distintos intelectuales desde los años 80, releen el *Manifiesto*. Derrida desde fisuras y giros posmodernos; Berman desde una propuesta de lectura moderna.

Las interpretaciones dominantes tanto del *Manifiesto Comunista* como del marxismo, en los años 80 y 90, consideran, y estoy de acuerdo con ello, que el texto es una pieza clave, una de las más importantes del siglo XIX para reflexionar sobre qué es eso de la modernidad. Berman incluso narra una circunstancia bastante trágica: que cuando él tenía seis años todo el mundo le decía "usted vive en un barrio moderno, usted vive en un edificio moderno, usted vive en una ciudad moderna", y poco después de terminar su libro, su hijo Marc de cinco años, le fue arrebatado en un accidente automovilístico y a él le dedica su obra, porque "su vida y su muerte acercan al hogar muchos de los temas e ideas del libro: la idea de que los que están más felices en el hogar, como él lo estaba, en el mundo

moderno pueden ser los más vulnerables a los demonios que los rondan”.

En muy pocos casos se ha señalado que el *Manifiesto Comunista* pueda contener rasgos posmodernos, y considero que, en general, es plausible estar de acuerdo en que lo dominante en el texto es su carácter de pieza clave para entender esa enigmática, compleja palabra, y hoy impresionantemente polisémica: modernidad, moderni-zación, modernismo. Pero, de todas maneras, nos arriesgaremos, con muchos grandes lectores contemporáneos de Marx y Engels, al afirmar que se pueden develar algunas fisuras, pequeños entretejidos de espectros posmodernos.

Hoy creo que el *Manifiesto Comunista* se podría leer, por lo menos, desde cuatro perspectivas. Propuestas de interpretación, todas ellas, que enriquecen la vitalidad de la tradición marxista. La primera: es uno de los más pertinentes textos del pensamiento occidental para apropiarse qué es la modernidad en general. La segunda: en el *Manifiesto* nace la modernidad crítica y, en ese sentido, Marx no es tanto la apropiación de la modernidad en general, sino de un tipo de modernidad crítica. Tercera: Marx es un crítico de la modernidad en su forma capitalista, uno de los más profundos críticos, pero postula una modernidad diferente: comunista, socialista, siempre anticapitalista. Y cuarta, que es la más difícil y arriesgada y, por momentos, no la más pertinente: el *Manifiesto* es una crítica de la modernidad en general, tanto en sus formas capitalistas como no-capitalistas y, en algún sentido, hay en él atisbos, pequeñas claves posmodernas.

En un recorrido sucinto por las lecturas modernas dominantes del *Manifiesto Comunista*, podríamos recurrir a algunas de sus tesis y acentos en el seno del interesante debate del marxismo actual.

J. Habermas sostiene que en el marco del discurso filosófico de la modernidad, el *Manifiesto* es el texto que denunció precozmente algunos de los elementos patógenos de la modernidad. La gran crítica contenida en el *Manifiesto* es al hombre y al sujeto abstracto que instauran las revoluciones burguesas modernas. Ese sujeto que vuelve la igualdad y la libertad derecho a la disociación, al egoísmo. En este sentido, el *Manifiesto* y el marxismo son una crítica radical a la subjetividad abstracta de la modernidad capitalista.

Iring Fetscher formula que el marxismo es una especie de aceptación crítica del desarrollo moderno capitalista, que Marx y Engels

saludan en el *Manifiesto* la importante dinámica del crecimiento capitalista, pero al mismo tiempo critican lúcidamente los enormes destrozos, costos humanos y naturales que tiene esa forma de modernidad capitalista.

Callinicos, uno de los más recurrentes críticos de la posmodernidad, plantea que Marx, Nietzsche y Saint-Simon pueden ser considerados como los fundadores de las tres formas más influyentes de modernidad. Cada uno de ellos inaugura una tradición para entender las características centrales de la modernidad. Llama la atención que tanto para Berman como para Callinicos, Nietzsche sea situado como un típico representante de la modernidad.

Pero, quisiera detenerme un poco en el texto emblemático de Marshall Berman, que es de cierta forma el que anticipa la polémica sobre el papel del *Manifiesto* en el contexto de una interpretación moderna de su contenido. Berman confesando algo sobre el *Manifiesto Comunista* dice: "Hace más de 30 años cuando yo era joven me enseñaron que el *Manifiesto Comunista* era un trabajo obsoleto y que aun cuando pudiera ayudarnos a entender el mundo de 1860, lo cierto es que no tenía ninguna relación con el mundo de 1960, el mundo de la guerra fría y el Estado de bienestar. Es irónico, pero a medida que me hago viejo, el *Manifiesto* parece rejuvenecer y hasta podía resultar que tenga más relevancia a finales del siglo XX que a mediados del XIX". Cada día se convierte en una especie de guía que nos indicará cómo es en verdad la vida en el capitalismo contemporáneo; la fuerza del *Manifiesto* reside en la luz que hoy nos arroja para comprender la vida espiritual de fines del milenio.

Pero, además, Berman logra una definición de la modernidad de una de las maneras más literarias y vitales que pueda hacerse:

Hay una forma de experiencia vital, la experiencia del tiempo y del espacio de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo de hoy. Llamaré a este conjunto de experiencia vital, la modernidad. Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo, y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. En una palabra, ser modernos es formar parte de ese universo en que, como dijera Marx: todo lo sólido se desvanece en el aire.

Tuvimos la mala fortuna de que la hermosísima traducción de esa última frase, que Berman escoge como título de su libro, casi ninguno de nosotros la conoció en nuestra juventud.

Berman sostiene cuatro grandes tesis del *Manifiesto Comunista* en su visión de la modernidad:

En primer lugar, Marx concibe la modernidad en el *Manifiesto* como una totalidad; totalidad cultural, totalidad económica, totalidad religiosa, y esa es una virtud, estableciendo siempre relaciones entre el todo y la parte, y viceversa. Es de los pocos pensadores que hace un esfuerzo reflexivo de comprender la interrelación y la malla de todas las expresiones de la modernidad.

En segundo lugar, no bifurca modernidad, modernismo y modernización, como lo hacen aproximaciones como el neoliberalismo. La modernidad desde su acta de nacimiento establece las distinciones y relaciones entre estos tres momentos constitutivos del proyecto; en cambio el neoliberalismo reduce la realización del programa moderno a una modernización sin modernidad. Marx nunca le hizo el juego a esa modernización tecnológica que renuncia a la autonomía, la subjetividad, la crítica, etc.

En tercer lugar, clarifica integralmente el nexo entre cultura moderna, economía y sociedad burguesa moderna, que no lo hacen otras teorías de la modernidad. No cae en concepciones reduccionistas de tipo "culturalista" o "economicista", sino encuentra los nexos dialécticos entre estas esferas de la vida social.

Y en cuarto lugar, logra percibir las profundas ambigüedades y contradicciones de la modernidad capitalista, así como las percibe Fausto, como las percibe Nietzsche, como las percibe Benjamin y muchos otros, pero con una gran capacidad anticipatoria. En su cuidadosa lectura del *Manifiesto*, ilustra estas contradicciones con cinco metáforas implícitas a lo largo de las profundas palabras de este texto: lo efímero y evanescente de la experiencia moderna; la autodestrucción innovadora; el hombre desguarnecido; la metamorfosis de todos los valores; la pérdida de aureola.

El momento más dramático de esta interpretación de la modernidad evanescente, productiva/destructiva, solipsista, incierta en los valores y que todo lo mercantiliza, es la conclusión con que cierra su lectura de Marx: ¿Cómo asumir hoy el *Manifiesto Comunista* y su fuerza, en una situación en que no se puede desconocer la tensión

existente entre la percepción crítica de Marx y sus esperanzas radicales? Y responde con una posición, que considero muy valiente y exigente para su cumplimiento, la cual recuerda la fértil tradición del marxismo desesperanzado de Walter Benjamin. Recordando a A. Gramsci, remite Berman a este gran marxista que entendió la esencia de una lectura contemporánea del *Manifiesto*, con estas bellísimas y enigmáticas frases: “Pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad”, próxima a aquella consigna colmada de imaginación de los jóvenes en mayo del 68: “Seamos realistas, exijamos lo imposible”.

Fisuras posmodernas

Al lado de estas propuestas modernas, encontramos por lo menos cuatro autores, que empiezan a sugerir perspectivas de leer el *Manifiesto Comunista* de otra manera. Que sugieren giros, matices, fisuras de carácter posmoderno. Su precursor, nos parece, es M. Blanchot, en uno de los más breves trabajos que se ha escrito sobre Marx (dos páginas), bastante desconocido por los lectores hispanoparlantes e intitulado “Los tres lenguajes de Marx”.

Blanchot, en ese trabajo de dos páginas, con inmensa agudeza, nos dice: “Siempre venideros de Marx, vemos tomar fuerza y forma a tres clases de lenguajes, los cuales son los tres necesarios, pero separados y más que opuestos, como yuxtapuestos. El contraste que los mantiene juntos designa una pluralidad de exigencias a la que desde Marx, cada uno al hablar, al escribir, no deja de sentirse sometido...”; algo muy valioso del *Manifiesto*, nos lo recuerda Blanchot, es que es un lenguaje, y ser comunista no es sólo aceptar un sistema o una teoría filosófica: es también un constante desafío en nuestra manera de hablar y la ineluctable necesidad del asedio de la justicia, la dignidad y la igualdad humana.

Ser comunista es una forma de hablar, una forma de hablar que está en Marx y Engels. El lenguaje comunista es siempre a la vez tácito y fuerte, político y sabio, directo e indirecto, total y fragmentario, lento y casi instantáneo. En Marx hay por lo menos tres lenguajes visibles, y en el *Manifiesto* se puede percibir que coexisten en forma incómoda y heterogénea. El primero es el lenguaje filosófico, que es directo, pero lento. Marx aparece como el escritor de pensamiento, en el sentido de que ha salido de la gran tradición del logos filosófico (“lo que concebís para la propiedad antigua, no os

atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa”). Pero, al mismo tiempo hay un lenguaje político, que es momentáneo, más que directo y más que breve, cortocircuita todo lenguaje (“el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia”). Además, hay un tercer lenguaje: es el lenguaje indirecto, el más lento de los tres, el del discurso científico (“todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas”).

Uno de los problemas del marxismo posterior a Marx y Engels es que predominó uno solo de estos lenguajes. Stalin y gran parte del marxismo soviético creyeron que Marx sólo era científico. Se cortó la fuerza de su “pluralidad de exigencias”, se pasteurizó la noción de “ciencias”, y se pretendió que un mundo tan complejo fuera entregado a la custodia de un único agente.

Inspirado por momentos en M. Blanchot, Jacques Derrida empieza con una micrología, la frase inicial del *Manifiesto Comunista*, y dedica su texto al gran luchador comunista contra el *apartheid*: Chris Hani. Los *Espectros de Marx: el estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (1995) es una obra muy sugerente hacia una propuesta posmoderna de comprensión del *Manifiesto* y, en general, del pensamiento de Marx.

Como M. Berman, pero con intenciones muy diferentes, inicia su trabajo confesando sus muchos años de ausencia de lectura de este emblemático trabajo: “Hace más de un año tenía decidido llamar a los espectros por su nombre desde el título de esta conferencia de apertura ‘Espectros de Marx’; el nombre común y el nombre propio estaban ya impresos, estaban ya en el programa cuando muy recientemente releí el *Manifiesto del Partido Comunista*. Lo reconozco avergonzado: no lo había hecho desde hacía decenios –y eso debe revelar algo–. Bien sabía yo que allí esperaba un fantasma, y desde el comienzo, desde que se levanta el telón”. Y unas páginas más adelante nos asevera Derrida en forma categórica: “Será siempre un fallo no leer y releer y discutir a Marx. Es decir, también a algunos otros, y más allá de la ‘lectura’ o de la ‘discusión’ de escuela. Será cada vez más un fallo, una falta contra la responsabilidad teórica, filosófica, política... No habrá porvenir sin ello. No sin Marx. No hay porvenir sin Marx. Sin la memoria y sin la herencia de Marx: en todo caso de un cierto Marx: de su genio, de al menos uno de sus espíritus. Pues ésta será nuestra hipótesis o más bien nuestra toma de partido: hay más de uno, debe haber más de uno”.

Cuando Marx afirmaba sinceramente “Yo no soy marxista”, es porque sabía que su teoría no debería ser ni unívoca ni homogénea, sino que abría la posibilidad de marxismos; y él mismo era contradictorio, porque un pensar vigoroso así tiene que ser. La vitalidad de su legado implica reconocer que existe más de un Marx, pero también menos de uno; de otra manera lo petrificamos, lo esterilizamos. No se necesita ser marxista o comunista para rendirse ante la evidencia de que “habitamos todos un mundo” que conserva de forma directa o no, visible o no, con una gran profundidad, la marca de la herencia de Marx. De al menos alguno de sus espíritus.

¿Pero cuál es el espectro que nos asedia? ¿Qué contiene el espectro que interpela al Marx del *Manifiesto* y a Hamlet? “¡Ah, el amor de Marx por Shakespeare!”. Nos asedia la justicia. El problema más difícil es que el derecho moderno se ha sustentado en la venganza no en la justicia, como lo saben Hamlet, Marx, Nietzsche, Benjamin, entre otros. La justicia ha tendido a reducirse en reglas, normas, representaciones jurídicas-morales o deber cumplido. Una justicia reducida a compensación o retribución. La justicia de Marx es otra justicia, como la de Shakespeare. El padre de Hamlet se le aparece como el espectro que exige el asedio y la justicia.

El espectro del *Manifiesto* es el asedio de una justicia distinta a una justicia solamente jurídica. Marx lo dice en sus *Reflexiones de un joven para elegir profesión*. Lukács hablará del jacobinismo plebeyo del joven Marx; aquel individuo que escoge el derecho por dos razones, dos ideales que aunque parezcan ser incompatibles son compatibles por el asedio de la justicia. En una profesión uno puede ennoblecer su espíritu y al mismo tiempo servirle a toda la humanidad. La justicia tiene que ver con el donar. Quien no esté en el estado de ánimo de regalar, de donar, de tener sentimientos morales ante el dolor ajeno, nunca será justo. En ese sentido tenemos que deconstruir el espectro de Marx; necesitamos que por fin el derecho se sustraiga a la fatalidad de la venganza. Nuestra deuda con el legado del marxismo tiene que ver con una justicia que tenga que ver con el asedio, el espectro, la conjunción con el otro.

Otro pensador que, consideramos, también inaugura una posibilidad de comprensión y lectura posmoderna del pensamiento de Marx es Antonio Negri. En su ya divulgada obra *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad* (1994 en castellano), y en otros ensayos en colaboración con F. Guattari como *Las verdades nómadas: por nuevos espacios de libertad*

(1989), desarrolla sugestivas propuestas de lectura del marxismo en este fin de siglo. La complejidad y lucidez de sus sugerencias nos exigirían algunas referencias más detalladas, que rebasan las intenciones de este escrito; por tanto, nos limitaremos a esbozar puntual y brevemente algunas de sus tesis.

Tanto Negri como M. Foucault perciben que las maneras para pensar el poder han sido muy estrechas. Dos modelos han predominado: los jurídicos, que sólo interrogan por lo que lo legitima, y los institucionales, que reducen el problema al Estado. Se hace necesario ampliar las dimensiones de una definición del poder con premisas tales como: el poder no es sólo una cuestión teórica sino algo constitutivo de nuestra experiencia; la relación entre racionalización y abusos del poder es evidente; no se trata de un proceso abstracto a la razón (“aburrido papel de racionalista o irracionalista”), sino de análisis de racionalidades específicas, como la locura, la muerte, el derecho, la enfermedad, la sexualidad, etc.; analizar las formas de resistencia a los diferentes tipos de poder; promover nuevas formas de subjetividad distantes al tipo de individualismo que ha dominado los últimos siglos.

La tradición democrática del sujeto y del poder es urgente buscarla en Maquiavelo, Spinoza, Marx y Foucault, y la categoría central de esa herencia es la noción de “poder constituyente”. Por esto Negri sostiene: “El paradigma del poder constituyente es el de una fuerza que irrumpe, quebranta, interrumpe, desquicia todo equilibrio preexistente y toda posible continuidad. El poder constituyente está ligado a la idea de democracia como poder absoluto”. Y han sido muchos los intentos para su “domesticación” (“poder constituido”) en la historia moderna: constitucionalismo, la idea de soberanía, el sujeto adecuado como “nación”, “pueblo”, “derechos”, entre otras de las estrategias posibles.

Marx representa, para Negri, un punto crucial al lograr la intersección entre la crítica del poder y la crítica del trabajo. En su largo recorrido de la crítica, Marx logra en forma lenta y difícil llegar a construir en la noción y práctica del “comunismo”, la categoría de “poder constituyente”. En la noción de comunismo llega a sintetizar la tradición materialista, como definición de la democracia como expresión de la potencia y el poder.

Sin embargo, Negri complementa su teoría del poder constituyente exigiendo ir “más allá” de los límites de lo moderno. Y lo moderno posee como primer límite su temor a que la multitud pueda

expresarse como subjetividad y como segundo límite, la neutralización de la multitud en lo político, a través de su separación de lo social. Por eso necesitamos un socialismo –dice Negri– que vaya más allá de lo moderno, porque lo moderno es miedo a la multiplicidad y escisión de lo político y lo social. Y esa necesidad de ir “más allá” de lo moderno lo sustenta en el párrafo final de su conocida obra, así: “La constitución de la potencia es la experiencia misma de la liberación de la multitud. Es indiscutible que, de esta forma y con esta fuerza, el poder constituyente no pueda dejar de reaparecer; y que no pueda sino imponerse como hegemonía en el mundo de la vida es necesario. A nosotros nos toca acelerar esta potencia y, en el amor del tiempo, interpretar su necesidad”.

Quisiéramos terminar rindiéndole un homenaje a A. Sánchez Vásquez, quien ha sido para muchos de nosotros, importante orientador e inspirador en la historia del marxismo latinoamericano. Es de esos marxistas que saben que el vigor crítico de un pensamiento es saber dialogar con los objetores, y dialoga en los últimos años con la posmodernidad. Notas de ese diálogo han sido publicadas en un breve, pero insinuante ensayo, “Posmodernidad, posmodernismo y socialismo” (1993). En una conversación crítica y sincera con la posmodernidad, Sánchez Vásquez postula una interesante ubicación del pensamiento de Marx.

Marx de alguna manera es un pensador moderno, pero es un pensador moderno que tiene algunos atisbos radicalmente críticos de la modernidad, al proponer superar algunos elementos de una modernidad patógena. Un Marx mucho más radical que Habermas en esa crítica. “La visión marxiana de la modernidad es inseparable de la crítica a fondo de su forma burguesa”.

Hablaríamos de cuatro elementos: el universalismo, la idea de progreso, la historia teleológica hacia un único fin, y el productivismo. Y los acentos del profesor Sánchez Vásquez son los siguientes: Marx sigue siendo universalista. Es hijo de Kant, heredero de Hegel. Marx sigue siendo alguien que cree desesperanzada o esperanzadamente en el progreso, pero no en una cualquiera concepción del progreso, porque existen muy diversas vertientes de la idea de progreso: la versión escatológica cristiana del progreso, aquella que se origina en las ciencias naturales y en la tecnociencia, también la versión que se origina en la economía y la calidad de vida, pero existe otra alternativa que convierte en criterio la autonomía y autogestión de los ciudadanos libres. A esa es la que se arriesga el radicalismo de Marx.

“Marx no se desprende totalmente del lastre racionalista universal, progresista, teleológico y eurocéntrico del pensamiento burgués ilustrado”.

Marx nunca creyó en un socialismo o en el capitalismo productivista, en la producción que destruye o en la tecnociencia como único criterio de desarrollo social; nunca le apostó a una modernización sin modernidad. No podría conciliar con una visión neoliberal de la modernidad.

Consideramos, para terminar, y Sánchez Vásquez lo solicita al concluir su ensayo, que en Marx no hay una concepción teleológica unilineal de la historia.

Contribuir a fundar, esclarecer y guiar la realización de ese proyecto de emancipación que, en las condiciones posmodernas, sigue siendo el socialismo –un socialismo si se quiere posmoderno– sólo puede hacerse en la medida en que la teoría de la realidad que hay que transformar y de las posibilidades y medios para transformarla, esté atenta a los latidos de esa realidad y se libere de las concepciones teleológicas, progresistas, productivas y eurocéntricas de la modernidad, que llegaron incluso a impregnar al pensamiento de Marx y que se han prolongado en nuestro tiempo.

Acompañado de dos afirmaciones de Marx en el *Manifiesto Comunista*, sería inútil persistir en esa unilinealidad teleológica. Dos breves alusiones en la última parte del capítulo II y la primera del capítulo I escriben Marx y Engels: “Surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de toda la sociedad. Las comunidades, de alguna manera, y los individuos decidirán su destino histórico”; nada más ajeno a una posible interpretación determinista o teleológica de la historia.

Y aquella frase que ya casi todos conocemos de memoria: “La historia de toda la sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”. Advirtiéndose que el “hasta nuestros días” es necesariamente una frase condicional, podrá haber y existirán historias y destinos distintos. Y recordando la famosa nota de pie de página que le añade Engels a la nueva edición del *Manifiesto Comunista*, esa frase que también de alguna manera relativizada, es una parte de la historia, no toda la historia. Engels añade: “La historia escrita”. Por eso quien le añadió al marxismo una idea teleológica unilateral de la historia, no creo que haya sido Marx.

Bibliografía

- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Siglo XXI Edit., España, 1988.
- Blanchot, M., *La risa de los dioses*, Edit. Taurus, Madrid, 1976.
- Derrida, J., *Espectros de Marx*, Edit. Trotta, España, 1995.
- García Canclini, N., *Culturas híbridas*, Edit. Grijalbo, México, 1990.
- Habermas, J., *El discurso filosófico de la modernidad*, Edit. Taurus, Madrid, 1995.
- Lyotard, J. F., *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Edit. Gedisa, España, 1996.
- Negri, A., *El poder constituyente*, Edic. Libertarias, España, 1994.
- Negri, A. y F. Guattari, *Las verdades nómadas*, Edit. Iralka, Bilbao, 1996.
- Sánchez Vázquez, A., "Posmodernidad, posmodernismo y socialismo", en *Revista Plural*, No. 3, Año 1.
- Vattimo, G., *El fin de la modernidad*, Edit. Gedisa, España, 1996.
- Vega, R. (editor), *Marx y el siglo XXI*, Edic. Pensamiento Crítico, Bogotá, 1998.

La añeja novedad del posmodernismo. Manifiesto Comunista y posmodernismo

*Luis Guillermo Vasco Uribe**

Ya colocados en los umbrales del siglo XXI, muchos intelectuales de nuestros países se abisman ante la galopante marcha del capitalismo en el mundo entero y el papel que en ella juegan los distintos medios de comunicación, en especial aquellos electrónicos, y les parece que se trata de una situación nueva por completo, tanto en los aspectos económico y social, como en el campo cultural, situación que los apabulla al tiempo que los deslumbra, sintiéndose perdidos pues no logran comprenderla. Han acudido al término *posmodernidad* para denominarla, al tiempo que declaran que ninguna de las teorías que existen son suficientes para dar cuenta de lo que ocurre; mientras tanto, tocan clarines de muerte, no sólo para la historia, sino también para todas las que llaman categorías trascendentes, las ideologías y aquellos que nombran metarrelatos o grandes narrativas, afanándose por sepultarlos, en especial al marxismo, con la intención de aparentar que sus concepciones son por completo novedosas.

En las condiciones de hoy, las fuerzas materiales del capitalismo, con su gigantesco crecimiento, les semejan cataclismos devastadores que todo lo arrasan y que los avasallan, confesándose incapaces para controlarlas y refugiándose en los más ocultos campos del pensamiento, que ellos mismos denominan universos simbólicos y, a veces, mundos posibles. En sus consideraciones, la

* Profesor titular, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

cultura adquiere un peso y una importancia cada día mayores y forjan conceptos nuevos para tratar de seguir sus huellas y de comprender sus caminos, que creen inéditos.

Pese a sus rimbombantes y estruendosas baterías conceptuales, sus mentes continúan obnubiladas y ante sus ojos enceguecidos todas las cosas parecen haberse confundido e interpenetrado, borrándose las especificidades y diferencias que antes permitían fijar los límites entre ellas y definir con claridad sus identidades. Así les ocurre con las clases sociales, las ideologías y las culturas. Los campos que antes veían distintamente nítidos, ahora se les antojan mezclados en una confusión indescriptible que pareciera conducir a la completa homogeneización a través de los caminos de la globalización, la mundialización y la transnacionalización.

En la noche de oscuridad y de silencio que ha caído sobre ellos, las únicas luces que parecen alumbrarlos no se encienden en el mundo exterior, en la sociedad en la que viven, sino que estallan aquí y allá dentro de sí mismos, en sus cerebros agobiados, fugaces, pasajeras. Y persisten en refugiarse en los mundos imaginados e imaginarios que crean en sus delirios empavorecidos, en las construcciones de nuevos sentidos, posmodernidad avestrucciana que hoy reina por doquier, nueva acometida del idealismo más reaccionario. De ahí que no importe, para ellos, que todavía retumben –aunque un tanto asordinadas ahora– las voces que hace siglo y medio reconocieron y todavía hacen reconocibles, comprendieron y todavía hacen comprensibles las condiciones del mundo de hoy, sustancialmente el mismo que vieron y previeron entonces. Como si carecieran de oídos, simplemente no las escuchan.

Como han perdido la memoria histórica, nada “recuerdan” de las anticipadoras palabras que sobre el desborde global del sistema capitalista escribieron los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, en especial en aquella obra de cuya aparición celebramos este año el 150 aniversario, el *Manifiesto del Partido Comunista*:

“Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes”¹.

Esta necesidad de expansión, sin la cual el crecimiento del capitalismo se estancaría al no poder conseguir la realización de la plusvalía, ni nuevas fuentes de materias primas, ni mano de obra barata,

ni mantener y acelerar la circulación del capital, ni su rotación, no es un elemento accesorio o circunstancial de la producción burguesa; al contrario, constituye una de sus características esenciales. Sabemos que esta peculiaridad estuvo en la base del surgimiento del sistema colonialista mundial, la primera forma que asumió el carácter expansionista del capital en su camino globalizador al engarzar en una unidad los continentes:

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos *factores fundamentales* en el movimiento de la *acumulación originaria*. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la *guerra comercial* de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero².

Pero esta creación de un sistema productivo y un mercado mundial rompió también con el aislamiento, con las particularidades locales y nacionales en otros campos de la vida social, creando e imponiendo un carácter globalizante que ha buscado homogeneizar el mundo bajo la égida de la burguesía y de acuerdo con su modelo y sus necesidades:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional.

Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen ne-

-
1. Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1965, p. 37.
 2. Carlos Marx, *El Capital*, tomo I, 3ª ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 638, énfasis de Marx.

cesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos³.

*Hace siglo y medio se avizoraba ya, tras las primeras formas de concentración del capital, esa transnacionalización de la producción en manos de grandes trusts monopolistas, que alcanzó un alto nivel a comienzos de este siglo con la ruptura que significó el advenimiento del imperialismo y que ahora aparece ante la visión de los posmodernistas como si fuera una novedad nunca antes vista. Este sistema de organización del capital no sólo afectó la elaboración de las mercancías, sino que llevó a la aparición y creación de nuevas y crecientes necesidades y, por tanto, de los productos para satisfacerlas, impactando significativamente los modos de vida de las poblaciones que se vieron involucradas. Hasta los más alejados lugares del mundo fueron conectados unos con otros, y lo siguen siendo aún, por los tentáculos de la burguesía, originándose así un intercambio y una interdependencia universales que abarcan a todos los países y que se extienden a todas las esferas de la vida social y no únicamente al mundo de la economía: "En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material como a la producción intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal"*⁴.

Otros ven la novedad de la situación posmoderna en un campo que no se ubica esencialmente en el proceso industrial de elaboración de las mercancías, ni en la ampliación y penetración rampantes del capital financiero, sino que, por el contrario, se realiza en el área de los medios de comunicación. Olvidando que son las empresas capitalistas de conquista, colonización e imperialización las que enlazan primordialmente y en primer lugar al mundo entero, piensan que son la televisión, Internet, los satélites, etc., etc., los sujetos que han hecho del planeta una "aldea global" y que avanzan en la creación de una cultura mundial, que rompe y arrasa con la diversidad cultural; y ven en esta circunstancia la especificidad de la condición

3. *Manifiesto...*, p. 37.

4. *Ibíd.*, pp. 37-38.

del globo a finales de este siglo. Pero no es así, hace ya siglo y medio que Marx y Engels entrevieron este papel de los medios de comunicación en la transnacionalización del mundo y de la cultura, y también que ellos seguirían siendo sólo eso, medios al servicio de la producción burguesa. Para que ésta sea posible a escala planetaria, el orbe entero debe ser transformado por la burguesía, cual modernos dios, a su imagen y semejanza:

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza⁵.

Tampoco el desarrollo gigantesco de las ciudades con su masiva concentración de la población, monstruoso mercado cautivo que conforman millones de millones de consumidores, ni la invasión de los últimos resquicios de la tierra y del hombre que no habían sido colonizados hasta ahora, señalan una condición novedosa en el mundo de hoy. En la época de Marx y Engels ya comenzaba a desarrollarse una situación en la que: "La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente"⁶.

Pero es necesario gritar lo que los posmodernistas callan: que la transnacionalización del mundo no es uniforme, que no significa que todos los países avanzan en camino hacia un capitalismo de pleno desarrollo, vía en la que simplemente unos estarían más cerca que otros de alcanzar la meta; al contrario, el mundo se ha jerarquizado

5. *Ibíd.*, p. 38, subrayado mío.

6. *Ibíd.*, p. 38.

con ella vertical y radicalmente y, al menos en este momento, llamarla más bien norteamericanización del mundo resulta mucho más adecuado a la realidad; y esto es válido no sólo al nivel de la producción material sino también en el campo de la cultura, en el campo intelectual, aunque por supuesto, como ya ha ocurrido en el pasado dando origen a dos guerras mundiales por el reparto del mundo, también ahora los Estados Unidos de América se ven obligados a competir por las áreas de influencia, especialmente con el Japón y con la Unión Europea.

Es claro, entonces, que el imperialismo ha dividido el globo en dos grandes campos: un puñado de países imperialistas, encabezados por los Estados Unidos de América, y de empresas transnacionales que en virtud de la apropiación privada del capital moran en ellos, y el resto del mundo, cuyos países son objeto de la explotación más voraz y de la dominación más cruel por parte de las grandes metrópolis capitalistas, que exprimen al máximo sus recursos y reprimen brutalmente a sus pueblos cuando se levantan para tratar de dar un vuelco a su situación. Mientras los primeros son los usufructuarios de esta internacionalización del mundo, los segundos son sus víctimas, que precisan levantarse para destruir al capitalismo imperialista.

En este accionar, la función de los bancos, del capital financiero, se hace cada vez más importante, produciendo una gigantesca concentración del capital. Hoy, este papel se ejerce cada vez con mayor fuerza, plegando los Estados nacionales a sus designios o, como se da en forma creciente en la actualidad, pasando por encima de ellos, disminuyendo su importancia y su poder, con lo cual se va alcanzando aquella situación que Marx consideró también como una característica del modo de producción capitalista, en el cual la coacción que mantiene la dominación de la burguesía y obliga a los trabajadores a vincularse fatalmente a la producción capitalista es cada día más directamente económica. Además, se acentúa la fusión en gran escala de los bancos con las empresas directamente productivas, es decir, la fusión del capital financiero con el industrial, llegando a altísimos niveles de concentración del capital.

Asistimos, pues, no al advenimiento de un nuevo mundo posmoderno, poscapitalista y poscolonial, sino a la realización plena de aquel capitalismo que en su etapa imperialista caracteriza a lo que los "nuevos" teóricos llaman la modernidad. Si miramos la situación actual luego de la restauración del capitalismo en los países de lo que

fue el campo socialista y vemos las cosas desde esta perspectiva, y sólo desde ella, el período del desarrollo del socialismo en un conjunto de países, que se inició con la Revolución de Octubre en la Rusia zarista, además de todo lo que implica como experiencia para los revolucionarios y de lo que representa como herencia revolucionaria para los pueblos, ha dado paso, tras una ardua y prolongada lucha en la que el socialismo fue derrotado temporalmente, a la implantación del capitalismo en todo el orbe. La construcción socialista creó condiciones materiales –desarrollo de las fuerzas productivas, elevación del nivel de vida del pueblo dotándolo de una capacidad de consumo que permite su incorporación masiva al mercado, por ejemplo– e ideológicas –como el revisionismo, entre otras– que han hecho posible la implantación plena del capitalismo, con sus crisis, miserias y desastres, en países que hasta el momento del triunfo revolucionario eran de capitalismo incipiente, como Rusia, o colonias, como China.

Pero lo que esto significa no es que haya terminado la época de la revolución proletaria que vaticinaron los autores del *Manifiesto*, sino, por el contrario, que se afianza aún más la necesidad de que ésta tenga un alcance mundial, que sea internacional, que los pueblos de los diversos países se unan para derrocar a la burguesía en todo el orbe, con el proletariado a la cabeza, y dando comienzo a su tarea revolucionaria golpeándola primero en sus países respectivos.

Crítica y mixtificación del Manifiesto Comunista

*Ricardo Sánchez**

Estamos ante el texto político más famoso, conocido y controvertido no sólo en las ideas políticas, sino en todas las sociedades humanas, lo cual equivale a decir en todas las lenguas, religiones, culturas, edades, entre hombres y mujeres.

De igual manera su influencia es inmensa y por partida doble: en el campo de las ideas políticas, de su historia, gramática y propuestas y en el campo de la acción social y de la lucha política. En la conciencia, organización, movilización y lucha de millones de personas que se han agrupado con las banderas y las ideas del ensayo político de los jóvenes Carlos Marx y Federico Engels.

Es un escrito inaugural de una gran madurez que desde su publicación en 1848 tomó vida propia, entró a formar parte de la existencia del movimiento político de los obreros modernos por su emancipación, de los propósitos revolucionarios que han sacudido la escena humana, en varios capítulos centrales, algunos espléndidos, otros macabros.

También ha inspirado y acompañado la realización de huelgas, movilizaciones masivas, insurrecciones, guerras, luchas políticas por doquier. No podía ser de otra manera. El *Manifiesto Comunista* es el documento paradigmático de la revolución, la que tiene por objeto, por

* Profesor de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Este texto es la introducción a la edición colombiana del *Manifiesto*, Ediciones Ciencia y Derecho.

fin, un cambio radical de las relaciones sociales capitalistas, de la propiedad privada burguesa, de sus instituciones, símbolos, cultura e imaginarios. Una revolución que emancipe no sólo a los trabajadores sino a la humanidad entera. En tan breve escrito, se realiza un esfuerzo de síntesis y precisión, de los principios fundamentales del comunismo.

Dice esto: “La Revolución Comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales”.

Su pensamiento político ha tenido una materialización social como ningún otro texto político. Ni siquiera el *Contrato Social* de Rousseau, que es la Biblia de la Revolución Francesa, o *¿Qué es Tercer Estado?*, el lúcido panfleto del Abate Siéyes, o *El Estado y la Revolución* de Lenin.

Además, se trata de un espléndido texto literario, un ensayo político, de pensamiento, de ideas, cuya frescura de estilo preanuncia obras maestras del estilo de Marx, como *El diez y ocho brumario de Luis Bonaparte*.

Federico Engels en el prefacio a la edición inglesa de 1888, al reseñar la suerte del *Manifiesto*, su extraordinaria influencia, concluye: “Y así, la historia del *Manifiesto* refleja en medida considerable la historia del movimiento moderno de la clase obrera; actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, la plataforma común aceptada por millones de trabajadores, desde Siberia hasta California”.

En el prefacio a la edición alemana de 1872, tanto Marx como Engels advirtieron del envejecimiento de este programa en algunos de sus puntos: “Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este *Manifiesto* siguen hoy en su conjunto, enteramente acertados”.

Por esta razón, y por el hecho de estar en la conciencia internacional del proletariado, es que ambos autores, en este prefacio concluyen: “Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar”. Prefieren más bien anunciar para futuras ediciones un “Prefacio que pueda llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días...”.

La estructura del *Manifiesto* está organizada en cuatro capítulos, siendo el primero el más largo. El nombre de cada uno indica el asunto

to que va a ser tratado. Con su preámbulo, sucinto a la manera de las Declaraciones políticas de las revoluciones, especialmente la Francesa, expone la motivación central que decide la escritura y publicación del texto.

La razón es que el comunismo ya es una fuerza política ampliamente reconocida, frente a la cual se han unido todas las potencias de Europa: “El Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes”.

Entonces, se hace necesario que se expongan los conceptos, fines y aspiraciones, su propio programa de manera pública, dándole vida al fantasma y oponiéndolo a las leyendas de sus opositores sobre su existencia.

El capítulo primero se denomina: Burgueses y proletarios. El capítulo segundo: Proletarios y comunistas. El capítulo tercero: Literatura socialista y comunista. Éste a su vez tiene los siguientes apartes: 1. El socialismo reaccionario. A) El socialismo feudal. B) El socialismo pequeño-burgués. C) El socialismo alemán o socialismo “verdadero”. 2. El socialismo conservador o burgués. 3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos. El capítulo cuarto: Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición.

La historia escrita de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases; es uno de esos principios que se presentan y se ilustran para centrar el tema en la moderna sociedad burguesa, principio recogido de Maquiavelo y de filósofos de la Ilustración.

El texto se mueve de una manera multidimensional: presenta los cambios en las relaciones sociales de producción, en la estructura económica, simultáneo con los cambios tecnológicos e instrumentales, los procesos de transformación cultural, institucional, política e ideológica, y la conformación dinámica como sujetos y actores de la burguesía y el proletariado y de las capas medias: el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano y el campesino.

Sobre la extrema complejidad de estas capas medias dan cuenta los autores en este párrafo:

Las capas medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de

su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así, no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Se crea la gran industria y el mercado mundial, en una incesante transformación de las fuerzas productivas. La burguesía conquistará el poder político, “finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno”. Es una revolución de las condiciones productivas las que el capitalismo trae. Los autores hacen el elogio respectivo y contundente: “La burguesía ha desempeñado en la Historia un papel altamente revolucionario”.

Todo esto en la escena internacional, en la economía-mundo. En una dinámica y perspectiva de internacionalización desigual y jerarquizada. Su punto de partida es la constitución del planeta tierra como una unidad del nuevo sistema, que desde entonces conocerá la expansión, ocupación y dominio como razón de su existencia.

En este carácter internacional de la historia humana –desigual y combinada– el *Manifiesto* nos da luces intensas para abordar los nuevos procesos de internacionalización de la economía, las comunicaciones, los saberes... y que debe corresponderse con un nuevo internacionalismo de la solidaridad, no sólo contra la explotación y la opresión sino también contra la humillación y la ofensa.

El *Manifiesto* no habla de dominación de los países metropolitanos sobre los países agrarios o atrasados y sus efectos negativos. Utiliza las perniciosas y confusas categorías de “países bárbaros y semi-bárbaros” y de países “civilizados”.

Es un análisis de la internacionalización, de la economía mundo, que no señala el carácter de la esclavitud, del racismo, de la ofensa colonial en el surgimiento y desarrollo del capitalismo. Imposible soslayar esta ausencia en una lectura del texto, cuya estirpe es eurocentrista, porque la conquista y colonización de Europa sobre América, África, Asia no fue sólo progreso, también fue barbarie.

Es una condición inherente la que lleva al cambio permanente:

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores.

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas reservadas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen migas antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado y los hombres al fin se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Como lo afirma Marshall Berman, aquí se plantea la experiencia de la modernidad, la continuidad permanente y el carácter antagónico del desarrollo social, lo cual se va a enlazar con el surgimiento y comportamiento del proletariado, agente encargado de ser el sepulturero del régimen existente. El libro de Berman toma como nombre la metáfora, *todo lo sólido se desvanece en el aire*.

El *Manifiesto* llega más allá en el señalamiento revolucionario y progresista de la burguesía. Quiero llamar la atención sobre un párrafo que poca o ninguna atención suele ocupar a los lectores de la obra, y que a mi juicio constituye no obstante, uno de los señalamientos, de los logros de la modernidad, de su espíritu creativo, imaginativo, audaz, crítico: “La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento en la holgazanería, ha sido ella la que primero ha demostrado lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedras góticas, y ha realizado campañas muy distintas a los éxodos de los pueblos y a las Cruzadas”.

Ese carácter inevitable de búsqueda de la acumulación de propiedad privada de los medios de producción en unos pocos, desemboca en las crisis comerciales y de sobreproducción. Se plantean en el *Manifiesto* y ocuparán varias veces la atención de los análisis de Marx. Tienen el carácter de epidemia, de estado de barbarie momentánea, de hambre, de guerra devastadora mundial: la industria y el comercio se extinguen.

Hay aquí una crítica a la naturaleza del trabajo asalariado proletario “ya que le quitan todo carácter sustantivo y le hacen perder con ello todo atractivo. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina...”.

La simpleza, la monotonía, en una palabra, la enajenación. Los autores profundizan agudamente su crítica mostrando el carácter carcelario, militar y esclavo de la fábrica, y el régimen despótico que las regula. Dicen así: “Masas de obreros, hacinados en la fábrica, están organizados en forma militar. Como soldados rasos oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro”.

No llega hasta allí la opresión; se extiende a la sobreexplotación y degradación de las mujeres y los niños, perdiendo toda significación social las diferencias de edad y sexo, siendo víctima a su vez de otros agentes: “el casero, el tendero, el prestamista, etc.”.

El gobierno del Estado moderno

En la simultaneidad de gran industria y mercado mundial está la perspectiva de hacerse “a la hegemonía exclusiva del Poder Político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”.

Al reconocer enfáticamente que la burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario, saca conclusiones radicales, contundentes, sobre la profundidad de esa acción. Un paso de negro a blanco. Un cambio de proporciones revolucionarias en todas las esferas de la sociedad, en una relación entre economía y cultura decisiva. “Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales e idílicas”.

En el *Manifiesto* la relación entre economía y política es directa en una perspectiva histórica: “Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. *La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política*”.

Va a desarrollarse un proceso combinado de centralización y de unificación, de surgimiento del Estado nacional. Por ello agrega: “Las provincias independientes ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido consolidadas en *una sola nación*, bajo *un solo gobierno*, *una sola ley*, *un solo interés nacional* de clase y *una sola línea aduanera*”.

Esa ruptura, verdadera superación frente al feudalismo, está igualmente enfocada así: “En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una *Constitución Social y Política* adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa”. Esto se realiza en un proceso sociológico profundo, de dominio del campo por la ciudad y de creación de las urbes con sus multitudes, masificando las ciudades, “sustrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural”.

Crítica a los valores y a la familia

En su radical apreciación de las realidades, representaciones, instituciones, ideologías, creencias hay unas conclusiones, y afirmaciones, cuya crudeza es ejemplar en su contundencia. Se trata de la crítica a los valores y a la familia.

Para el *Manifiesto*, la burguesía “ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio”, las libertades son ilusiones que en manos de la nueva clase dominante se convierten en la “única y desalmada libertad de comercio”. Lanza en ristre contra los valores, reducidos a meras ilusiones, fetiches de encubrimiento y dominación. Como las religiones y la política. Pero, también las profesiones y los oficios y los saberes, en una precaria realidad verdadera. “La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al sabio los ha convertido en sus servidores asalariados”.

Esta crítica engloba la educación. Con razón han podido denominar como panfleto, tanto Troski como Howsbawm, al escrito de Marx y Engels. Donde este género adquiere la máxima expresión es en la crítica despiadada a los otros socialismos, su literatura, realizando un contundente ajuste de cuentas. Sobre la familia se escriben párrafos críticos irónicos que, no obstante, no han resultado tan radicalmente ciertos, como lo creyeron sus autores, pero que mere-

cen ser leídos con atención por la radiografía que presentan sobre la realidad de esta institución.

La idea de revolución

Si el *Manifiesto* expone las grandes líneas históricas de la revolución burguesa, igualmente lo va a realizar con la revolución comunista, aunque con distintos resultados. Ello es obvio ya que se trata de procesos de distinto cumplimiento. Mientras la revolución burguesa ha tenido realización y está en pleno desarrollo, el capitalismo, la revolución comunista es asunto del futuro, así se crea que la revolución de 1848 es el comienzo, la prueba de fuego inicial, como lo sería posteriormente la Comuna de París. Pero no triunfó. El *Manifiesto* viene, no obstante, a ser una racionalización de la acción política, creando el espacio de la política, con su respectivo programa de diez puntos orientadores. Contiene igualmente afirmaciones de estrategia, táctica para la unidad, organización y movilización del movimiento obrero moderno, por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, del Estado y el dominio del capitalismo.

Uno de los aspectos que quiero señalar especialmente, en esta constitución del espacio político, es el concepto introducido en el último capítulo acerca de *la oposición social y política* y el comportamiento frente al ejercicio de esa oposición. Desde la que se identifica como revolucionaria hasta la que llama a aliarse con otros partidos de oposición, distintos a los comunistas, pero que juegan un papel progresista.

La idea de revolución es la de su carácter permanente tanto en la época burguesa como en la que se inaugura, la comunista, y está acompañada de una valoración de la violencia, no sólo en el sentido de reconocer su carácter inevitable en la trama de las estructuras y conflictos económico-sociales, sino, igualmente, como necesaria y positiva. Esta segunda valoración es la que debemos interrogar y cuestionar hoy en día.

El primer paso es lograr la hegemonía política para despojar paulatinamente a los burgueses de su propiedad y capital. El segundo paso es la centralización estatal de los medios de producción para lograr el desarrollo y la organización del proletariado como clase dominante, y ante esta perspectiva se advierte: "Como es natural, en primera instancia, esto sólo puede ocurrir por medio de intervencio-

nes despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones burguesas de producción, vale decir, en virtud de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que, en el caso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y que resultan totalmente inevitables como medios para revolucionar todo el modo de producción”.

Derogar a la fuerza, es la afirmación de Marx y Engels para el triunfo de la revolución. La franqueza de los autores en este sentido es absoluta, sin mediar ninguna consideración. Es quemante y patético el párrafo con que termina la obra: “Declaran francamente que sus objetos sólo podrán alcanzarse mediante la subversión violenta de cualquier orden social preexistente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen un mundo por ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Las páginas del *Manifiesto* dedicadas a la revolución comunista, a los partidos políticos, al programa y a la acción, son una combinación de perspicacia y audacia, de razón y utopía, en que el acento profético y el eco de lo mesiánico y bíblico están innegablemente presentes.

El *Manifiesto* es un texto que sustenta y profetiza su idea de revolución, sobre una concepción fuerte del progreso de la Ilustración, de la Revolución Francesa e Industrial. Los diez puntos del programa son la síntesis del credo del progreso con toda su carga de razón y mixtificación.

Un escrito que en sus límites críticos es, no obstante, un clásico imprescindible.

El Manifiesto Comunista y la transnacionalización de la dominación política

*Roberto Regalado Álvarez**

Buena parte de la literatura contemporánea da la impresión de que la civilización de entre milenios se encuentra postrada ante “la globalización”: le rinde culto como a un dios, o invoca a otros dioses para que protejan de ella a los mortales comunes. El presente trabajo se propone captar los cambios aludidos a través de la idea de la *metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional*. Justamente el proceso de concentración y transnacionalización del capital y del poder político, la transnacionalización del monopolio y del Estado imperialista, es el hilo conductor que nos permite desentrañar la madeja de la “globalización”. Al igual que —como afirma el *Manifiesto del Partido Comunista*— el desarrollo del capitalismo condujo a la unión de las antiguas provincias independientes “en una *sola* nación, bajo un *solo* Gobierno, una *sola* ley, un *solo* interés nacional de clase y una *sola* línea aduanera”, hoy la oligarquía financiera transnacional necesita colocar al mundo bajo “un *solo*

* Las ideas expuestas en esta ponencia son resultado del trabajo de un colectivo de autores integrado por Rafael Cervantes Martínez, profesor del Instituto Técnico Militar “José Martí”, Felipe Gil Chamizo, funcionario del Departamento de Relaciones Internacionales del Partido Comunista de Cuba, Roberto Regalado Álvarez, coordinador del equipo de análisis del mencionado Departamento y Rubén Zardoya Loureda, decano de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Gobierno”, “una sola ley”, “un solo interés” de clase, en este caso *transnacional*, y “una sola línea aduanera”.

Al plantear el problema en estos términos, hacemos énfasis: primero, en que *la economía mundial ha alcanzado un nivel de concentración económica, cuya forma dominante y sujeto fundamental es el monopolio transnacional, personalizado en una nueva élite burguesa, la burguesía financiera transnacional*; segundo, en que *la ley del desarrollo desigual agiganta la brecha entre naciones ricas y pobres y, tercero, en que la forma antagónica del proceso de universalización de las relaciones sociales provoca agudas confrontaciones entre las diferentes clases y sectores sociales, nacionalidades, naciones y regiones, entre los diversos espacios geoeconómicos y en el interior de ellos, entre los diferentes sectores de las burguesías y en el interior de éstos.*

La comprensión científica del proceso de *transnacionalización política*, al que asiste la humanidad contemporánea, sólo es posible si se le concibe como el momento decisivo del despliegue de una *metamorfosis integral* en las relaciones de poder, vinculada a la *nueva forma histórica* en que se realiza la reproducción económica del imperialismo. En el curso de esta metamorfosis, acelerada por el desplome de la Unión Soviética y el campo socialista europeo, se van perfilando progresivamente nuevos mecanismos de dominación y subordinación.

La fuerza social dominante en la sociedad capitalista contemporánea es la oligarquía financiera transnacional. Se trata de una burguesía para la cual constituye una cuestión de vida o muerte ocupar todos los espacios, cada vez más reducidos en el ámbito planetario, en los cuales pueda garantizar sus condiciones materiales y espirituales de existencia. Esta élite, que realiza su actividad económica esencialmente en forma especulativa, va configurando un dominio transnacional en el que se apropia de la mayor parte de la plusvalía mundial, apoyada en un grado tal de concentración del capital que le permite negar la libre competencia en los eslabones decisivos de su reproducción ampliada. En la medida en que sus intereses entran en una relación antagónica con los intereses de los restantes sectores de la burguesía, la nueva aristocracia de las finanzas va dando pasos importantes hacia la conformación de una identidad propia. La transnacionalización del monopolio tiende a otorgarle a la oligarquía transnacional un carácter antinacional, aunque en algunos de sus sectores ello no sea aún tan evidente.

La necesidad de garantizar la rotación global del capital en condiciones de una acentuada estratificación interna de la burguesía, de una depauperación acelerada del proletariado y el campesinado y de la marginación de una franja creciente de la población mundial, se expresa de forma política en la necesidad de construir una maquinaria de violencia, apta para cumplir funciones políticas transnacionales y dirimir las contradicciones interimperialistas. Sin embargo, esto no pasa de ser una *posibilidad formal*, porque el imperialismo transnacional es incapaz de eliminar las contradicciones entre los diferentes sectores de la oligarquía financiera. La burguesía financiera transnacional es incapaz de eliminar la confrontación política en el plano nacional e internacional, en la misma medida en que le resulta imposible crear un monopolio único. La contraposición de intereses al interior de esta élite burguesa no obedece, en esencia, a diferencias nacionales, sino a contradicciones interimperialistas, intermonopolistas, cuyas expresiones más importantes son la conformación de bloques regionales rivales y el antagonismo creado entre los sectores que se orientan hacia una globalización total, y aquellos que necesitan refugiarse en espacios regionales para asegurar sus posiciones económicas y políticas transnacionales.

Tan poderosa es la tendencia a la constitución de una maquinaria de poder transnacional, que se impone por sí misma la apariencia de que la humanidad asiste a un proceso de configuración de un Estado global, a partir de los viejos y nuevos mecanismos e instituciones supranacionales que han surgido y se han consolidado desde el fin de la segunda guerra mundial, como el Consejo de Seguridad de la ONU, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y la OTAN. En todos estos casos, nos hallamos ante instituciones que administran determinadas cuotas de poder político, entre las cuales existe cierta organicidad en el ejercicio de sus funciones, que ha llegado a conferirle el aspecto de una estructura estatal supranacional. Sin embargo, el elemento fundamental de la maquinaria de poder político transnacional lo constituyen los propios Estados nacionales, tanto los Estados imperialistas, que asumen atributos transnacionales, como los Estados dependientes, a los que los primeros intentan convertir en correas de transmisión de la voluntad de la oligarquía financiera transnacional. Las instituciones supranacionales a las que hemos hecho referencia, no pasan de realizar funciones estatales complementarias a las ejecutadas por los Estados imperialistas. Una parte del problema consiste en

identificar qué funciones de los Estados imperialistas se transnacionalizan, qué funciones de los Estados dependientes se atrofian y cuáles permanecen atadas a sus menguadas instituciones; cuáles han sido asumidas por entidades supranacionales, qué funciones políticas supranacionales “andan en busca” de nuevas estructuras, y cuáles no pueden ser estructuradas como consecuencia de las colosales contradicciones que desata el proceso de transnacionalización del imperialismo. La otra parte del problema es *determinar en qué medida la metamorfosis política fortalece el poder del capital monopolista transnacional y en qué medida crea nuevas y más agudas contradicciones internacionales y socioclasistas que socavan las bases del sistema de dominación imperialista.*

Todas las determinaciones del proceso de transnacionalización política presentan el doble carácter de instrumentos de dominación y de fuentes de contradicciones destructivas para el sistema capitalista en general.

El grado descomunal de concentración alcanzado por el capital monopolista transnacional agiganta y potencia la relación político-económica característica de la sociedad capitalista. Uno de los principales instrumentos de sujeción utilizado por la oligarquía transnacional, que la convierte en un gigante con pies de barro, es la *especulación financiera*. A ella se añaden las imposiciones de la banca transnacional, el proteccionismo, el intercambio desigual, el pago de la deuda externa, y la forma peculiar en que tiene lugar la división internacional del trabajo, que coloca en una condición de inferioridad a los sectores de la economía que funcionan en monedas no convertibles.

La transnacionalización de las funciones legislativas, ejecutivas y judiciales de los Estados imperialistas, en primer lugar del Estado norteamericano, constituye una auténtica cruzada contra los principios de soberanía, autodeterminación e independencia de los Estados nacionales, a los que se impone un número creciente de normas jurídicas transnacionales y los mecanismos coercitivos correspondientes que garantizan su cumplimiento. Y repárese en la diferencia esencial existente entre el Derecho Internacional Público, tal y como ha venido desarrollándose desde la formación de las naciones burguesas, y el Derecho Transnacional que, de manera cada vez más evidente, tiende a suplantarlo. Si en el primer caso nos hallamos ante un conjunto de principios, usos, tratados y convenios llamados a regular las relaciones entre Estados soberanos, por encima de los cuales

no se reconoce una instancia suprema, en el segundo caso se trata de normativas impuestas por los Estados imperialistas a los Estados subordinados, concernientes tanto a las relaciones interestatales, como al funcionamiento interno de estos últimos. Merecen ser destacadas, en este sentido, las leyes transnacionales “unilaterales” (con frecuencia llamadas “extraterritoriales”), que incluyen disposiciones para la actuación, también transnacional, de los poderes ejecutivo y judicial del Estado imperialista; las impuestas a través de tratados internacionales e instituciones supranacionales –mundiales y regionales–, acompañadas de mecanismos de “verificación”, control y sanción de los “infractores”; y las que adoptan los parlamentos de las naciones dependientes, como “requisito” para la suscripción de acuerdos políticos, económicos y militares, o como resultado de presiones directas o indirectas de las potencias imperialistas. La oposición internacional a la promulgación por el Estado norteamericano de las leyes Helms-Burton y D’Amato-Kennedy, constituyen una evidencia de que también este camino está sembrado de escollos y conduce al agravamiento de las contradicciones interimperialistas y a la exacerbación de los sentimientos nacionalistas de los pueblos oprimidos, con su inestimable potencial revolucionario. Una de las expresiones más acabadas en las cuales la dominación política y económica alcanza su expresión jurídica transnacional, es el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI).

Algo análogo se aprecia cuando observamos la relación directa que guardan la magnitud, la sofisticación y la concentración transnacional del poder militar y la fuerza pública, con el grado de agudización de las contradicciones económicas y socioclasistas y con el nivel de desarrollo potencial de la lucha antimperialista. Terminada la “Guerra Fría”, el imperialismo no sólo no ha cesado de invertir colosales recursos en el desarrollo de la tecnología y de las doctrinas militares, represivas, de inteligencia y de contrainsurgencia –frecuentemente ocultas bajo la máscara de la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico–, sino que se ha propuesto subordinar directamente los ejércitos y la fuerza pública de los Estados neocoloniales.

La transnacionalización acentúa el carácter antidemocrático del modo de producción capitalista, y la tendencia histórica al divorcio y a la enajenación progresiva del Estado con respecto a la sociedad. En la medida en que el poder económico transnacional incrementa su fuerza coercitiva directa y se concentra y transnacionaliza el poder político, *el capitalismo alcanza la forma de organización política más antide-*

mocrática de su historia. Si las principales decisiones políticas se adoptan en los centros de poder transnacional, es evidente que la mayoría de la humanidad, confinada en espacios territoriales nacionales, se ve privada de la posibilidad de tener una participación política efectiva. El carácter antidemocrático del sistema capitalista se manifiesta, de manera aún más aguda, en los países dependientes, cuyos habitantes van dejando de ser meros ciudadanos de una u otra nación y, por consiguiente, súbditos de burguesías nacionales, para subordinarse, a través de múltiples mediaciones, a una oligarquía financiera que ejerce su dominio transnacional, con marcado desdén hacia los símbolos patrios, las lealtades históricas, las tradiciones culturales y la idiosincrasia de los pueblos.

El proceso de transnacionalización y desnacionalización política no transcurre en forma homogénea; para constatarlo basta echar una ojeada, por ejemplo, a las diferencias existentes en este sentido entre los Estados Unidos y la Unión Europea. El Estado imperialista norteamericano posee una vocación feroz a convertirse, por sí mismo, en un Estado transnacional, en un Estado que pretende institucionalizar su “derecho” a ejercer funciones legislativas, ejecutivas y judiciales transnacionales, institucionalización que trata de imponer, incluso, a las restantes potencias imperialistas. Por su parte, en la Unión Europea es evidente el nacimiento de protoformas de un Estado transnacional regional, al cual los Estados nacionales miembros ceden cuotas de soberanía, en correspondencia con su poderío económico y político.

Con respecto al mundo subdesarrollado, podemos hablar de un proceso de *desnacionalización del poder político*, de devaluación de los Estados nacionales, de atrofia de sus funciones nacionales y de adquisición de funciones transnacionales subordinadas, que amenaza con convertirlos en dependencias del capital monopolista transnacional, en la misma medida en que los capitales y las burguesías nacionales dependientes son absorbidos o destruidos por él. Estos Estados se transforman progresivamente en apéndices orgánicos de la maquinaria de poder transnacional, que les impone patrones y códigos de conducta de obligatoria observancia: económicos (privatización, convertibilidad de la moneda nacional, supresión de aranceles), políticos (prescripción de normas de organización estatal y de mecanismos “democráticos”, limitación de las funciones estatales a la lucha contra el “terrorismo” y el narcotráfico, al control policiaco y al freno de la emigración), militares (reducción de fuerzas

armadas, participación subordinada en sistemas de “seguridad colectiva”), sociales (recorte de gastos en salud, educación, seguridad social), ideológicos (imposición de la dogmática neoliberal, de la mitología de la globalización y de formas discursivas “posmodernas”). Se trata, por supuesto, de un proceso cargado de contradicciones extremas, cuya intensidad y plenitud en los diferentes Estados depende de las más diversas circunstancias históricas concretas.

La institucionalización de la acción transnacional del Estado imperialista norteamericano se manifiesta de forma patente en la aprobación de la ley Helms-Burton, en los procesos de certificación en “buena” o “mala” conducta de naciones soberanas, en la elaboración de informes sobre la situación de los derechos humanos en otros países, en la imposición de programas contra el narcotráfico y el “terrorismo” –que incluyen operaciones directas e inconsultas de las fuerzas armadas y de los servicios especiales norteamericanos–, la facultad que el Congreso estadounidense concede a las Cortes de ese país para “juzgar” y “sancionar” a gobiernos extranjeros, las cláusulas de condicionalidad política impuestas en los acuerdos y tratados bilaterales suscritos con otras naciones del hemisferio, y la sobresaturación ideológica que conduce a los Estados de los países dependientes a adoptar “voluntariamente” las legislaciones y “recomendaciones” del imperialismo. Este proceso alcanzó su expresión más acabada en la Cumbre de las Américas, celebrada en diciembre de 1994.

La expresión ideológica fundamental de este nuevo sistema de dominación es la “defensa colectiva de la democracia representativa”, presentada por la doctrina de la gobernabilidad como una panacea universal contra todos los males del capitalismo contemporáneo. A partir de la reunión de la Asamblea General de la OEA realizada en Santiago de Chile en 1991, esta institución supranacional queda explícitamente facultada para determinar si un gobierno es “democrático” o no, y para adoptar medidas coercitivas contra cualquier nación latinoamericana y caribeña que no venza las ordalías de su Santa Inquisición. Desde entonces, el imperialismo norteamericano no ha cesado de ejercer presiones bilaterales y multilaterales con el objetivo de que tales conceptos sean refrendados en todos los foros e instituciones en los que participan los gobiernos del subcontinente.

Es preciso insistir en la incapacidad del imperialismo norteamericano para cumplir los objetivos fundamentales de su política hemisférica, a saber: la destrucción de la Revolución Cubana y el

sometimiento absoluto de los pueblos a sus dictados. Durante cuatro décadas la destrucción de la Revolución Cubana ha constituido uno de los objetivos fundamentales de la política hemisférica del imperialismo. En los años 90, la política de bloqueo y aislamiento del gobierno de los Estados Unidos contra Cuba alcanzó su punto culminante, en un empeño oportunista por sacar partido del impacto provocado en la economía cubana por la desaparición de la Unión Soviética y los restantes Estados socialistas europeos. Sin embargo, el Estado socialista cubano continúa siendo la principal fuerza de oposición al sistema de dominación y a la transnacionalización del imperialismo norteamericano en América Latina y el Caribe. Su resistencia contribuye a destruir el mito de que la “globalización imperialista” impone indefectiblemente una camisa de fuerza a todo tipo de Estado nacional, y de que es “inviabile” poner en práctica políticas independientes en beneficio popular, porque ello conduciría a la autarquía, a la pérdida de los mercados externos y al fin de los flujos de inversión de capitales. La existencia de la Revolución Cubana demuestra que es posible materializar un proyecto de desarrollo nacional, incluso en condiciones de bloqueo.

Si a lo largo de la historia del neocolonialismo en América Latina y el Caribe, las burguesías nacionales habían contado con ciertos espacios, no disputados por el imperialismo, para su reproducción como clase social, y detentaban al menos una porción del poder del Estado-nación, actualmente esas burguesías se encuentran en vías de absorción y destrucción por parte de la oligarquía financiera transnacional y, consecuentemente, se reducen las cuotas de poder político que pueden ejercer. Se trata de un proceso que transcurre en medio de la agudización de la competencia interimperialista por el control de las regiones, subregiones, países, localidades y ramas de la industria y por los servicios que reúnen los requisitos indispensables para garantizar la reproducción ampliada del capital monopolista, y que cuentan con la infraestructura, la capacidad de asimilación de nuevas tecnologías, la fuerza de trabajo y los mercados necesarios para la obtención de jugosas ganancias.

Los sectores de las oligarquías criollas insertados dentro del ciclo del capital monopolista transnacional, desplazan a los grupos políticos y económicos orientados por la vieja lógica del capitalismo nacional y, como justo premio a su complicidad en la aplicación de políticas desnacionalizadoras, reciben la encomienda de enfrentar la “crisis de gobernabilidad” que provoca el saqueo imperialista. La

progresiva refuncionalización de los Estados nacionales limita la actividad de los parlamentos a la aprobación formal de legislaciones de factura transnacional, en tanto sus órganos ejecutivos y sus tribunales, atados de pies y manos, se empeñan en mantener la “estabilidad macroeconómica”, a pesar de los vaivenes de la especulación financiera y del pago oneroso de la deuda externa. En tales condiciones, se fraccionan los partidos tradicionales, se rompen los consensos y se desarticulan las alianzas que funcionaron durante la posguerra: grupos políticos y económicos que habían establecido reglas relativamente estables para el reparto del gobierno y la riqueza nacional, se encuentran hoy en bandos opuestos; se acentúa el descrédito y la descomposición de las instituciones del Estado y la disociación entre la política real y los procesos electorales.

En la misma medida en que el imperialismo acentúa su dominación a escala transnacional, se refuerza la necesidad histórica de que la lucha adquiera cada día más un profundo carácter internacionalista. A la capacidad de la izquierda de aunar las luchas de todos las clases y sectores sociales oprimidos, bajo la forma de movimientos políticos orientados hacia un internacionalismo integral, continúa encomendada la misión histórica de hacer desaparecer el sistema social basado en la compraventa de la fuerza de trabajo y en la anulación de la personalidad, y sustituirlo por una sociedad de productores asociados, en la que el libre desarrollo de cada individuo constituya una condición para el libre desarrollo de toda la humanidad.

El Manifiesto Comunista y el internacionalismo: un mundo por ganar

*Fermín González**

Mucho se está escribiendo sobre lo vigente del *Manifiesto* y lo que ha sido superado por el devenir histórico. Marx y Engels, como parte de su permanente aprendizaje del curso de la lucha de clases y del conocimiento de la sociedad, fueron completando y ampliando muchos de los conceptos básicos que allí plasmaron magistralmente. No actuaban allí como los representantes de una clase contra otra, sino en nombre del progreso social que requería hacer consciente el proceso inconsciente de la historia. Para hacerlo se apoyaban en la función de la clase obrera, destinada a enfrentar todo lo que impedía e impide la humanización del hombre y la mujer. Por eso, podemos decir que el *Manifiesto* es causa y efecto de la maduración del proletariado, pero no con un horizonte propio, sino determinado por el designio universal de que para liberarse como clase, deberá liberar a toda la humanidad.

Para esta época de transnacionalización del capital, consideramos que el internacionalismo proletario es, de las partes esenciales del *Manifiesto*, la más vigente; con mucho que revisarle y agregarle, con mucho del deber internacionalista que nos genera el mundo actual, pero sobre todo con mucho de la necesidad, de la que hablaba el Che, que hace del pensar y actuar internacionalista un factor determinante para la revolución socialista mundial, tanto en la lucha por el poder como en la transición al socialismo.

* Investigador de la Fundación para el Trabajo y la Vida.

El *Manifiesto* comienza con una metáfora de corte internacionalista, “Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo”, y concluye con un llamamiento de similar contenido, “Proletarios de todos los países, uníos”. Todo lo que entre el inicio y el cierre desarrolla, va dirigido a unir ambos conceptos, es decir, la caracterización y diagnóstico del capitalismo y de la lucha de clases, junto con la conclusión dirigida a orientar estratégicamente el accionar revolucionario. Para ello recurre a explicar la concepción materialista de la historia y así desenmascarar el capitalismo moderno, a analizar la esencia de la lucha de clases, de la explotación del hombre por el hombre, y a formular un esbozo de programa de lucha para enfrentarlo. La esencia del internacionalismo está en el *Manifiesto*, concebido como la extensión de la lucha de clases nacional al escenario mundial.

En su apretada argumentación, el *Manifiesto del Partido Comunista* nos muestra una burguesía mundial que ha internacionalizado la producción y el consumo; “se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones”, “tanto en la producción material como en la intelectual”. “El progresivo perfeccionamiento en los medios de producción y el constante progreso en los medios de comunicación”, internacionaliza la lucha de los pueblos y la homogeneiza dentro de las dos grandes categorías de clase. “La burguesía forja un mundo a su imagen y semejanza”. Lo nacional de clase ha acabado con la diversidad de pueblos y credos. El internacionalismo reina como necesidad, para enfrentar a una burguesía que actúa universalmente, pero con base en el naciente Estado nacional moderno.

Al internacionalismo se liga la polémica idea: “Los trabajadores no tienen patria”. Era la guía política más concreta del internacionalismo proletario para la ubicación de los trabajadores frente a las guerras interburguesas. Su patria sería la patria universal. Marx destacó que a la cabeza de la Comuna de París se hubiera colocado a un “extranjero”. Fueron las Brigadas Internacionalistas las que levantaron el ánimo y avivaron la lucha popular durante la Revolución Española. Fueron las protestas y solidaridad internacional, comenzando por la de la propia juventud norteamericana, las que ayudaron significativamente a la derrota yanqui en Vietnam, al igual que sucedió luego con la Revolución Sandinista y la lucha salvadoreña. La Revolución Cubana regó con su sangre la lucha del pueblo angoleño, en una gesta que ninguna de las internacionales pudo en su época concretar.

Pero, no siempre se entendió así. Ya en la *Crítica al programa de Gotha*, Marx reafirmaba en 1875 uno de los ejes del *Manifiesto*: “Naturalmente, la clase obrera para poder luchar, tiene que organizarse como clase en su propio país, y éste es la palestra inmediata de sus propias luchas. En ese sentido, su lucha de clases es nacional, no por su contenido, sino, como dice el *Manifiesto Comunista*, “por su forma”. Pero “el marco del Estado nacional de hoy”, por ejemplo del Imperio Alemán, se halla a su vez, económicamente, “dentro del marco del mercado mundial” y políticamente, “dentro del marco de un sistema de Estados”. No comprender esto llevó a la ruptura de la Segunda Internacional, con partidos socialdemócratas apoyando a sus “patrias capitalistas” en la primera guerra mundial. Tiempo después el Partido Comunista norteamericano, liderado por Browder, apoyaba a “su patria” frente a la segunda guerra mundial. Los socialistas franceses compartían gobierno durante la liberación argelina, y muchos partidos progresistas aún hoy vacilan frente a los conflictos limítrofes que interesadamente alimentan las burguesías latinoamericanas. La idea no era nada sectaria ni fuera de contexto, como han querido presentarla.

Las luchas anticoloniales y de liberación nacional

Claro es también, desde el inicio del *Manifiesto*, que para Marx y Engels la lucha de clases revolucionaria se limitaba en ese entonces a Europa (el idioma español quedaba por fuera de la primera traducción), dejando de lado las luchas anticoloniales, independentistas que se desarrollaban en el resto del mundo. Esto es algo que más adelante van corrigiendo al estudiar la lucha de clases en la India y en China, pero que nunca llegan a ampliar en profundidad hacia Latinoamérica. Su preocupación es analizar los principales centros del poder económico, entre ellos el naciente Estados Unidos de Norteamérica y las principales colonias de la época.

Esto nos puede explicar la posterior incomprensión relativa de figuras libertadoras como la de Simón Bolívar, no sólo como un problema de falta de información, sino producto de la necesidad de encuadrar el debate de clase a nivel universal entre burguesía y proletariado, con sus formas modernas definidas, algo interesadamente desviado por la burguesía comercial e industrial de entonces, ávida de nuevos mercados, que mostraba a estos líderes anticoloniales como paradigmas de lucha por la libertad, pero escondiendo el

carácter de clase de sus luchas. La época histórica llevó a que en el *Manifiesto* se trataran en forma secundaria las luchas anticoloniales, como factores de incidencia en la lucha de clases en la Europa de entonces, algo que luego Lenin complementa con sus posiciones frente al colonialismo y su análisis del imperialismo.

Aparecen también en el *Manifiesto* conceptos sobre el carácter progresista de la lucha de la burguesía y de la necesaria alianza con ésta frente al feudalismo latente, que luego fueron relativizados por ellos mismos. La idea del progreso que la llegada del capitalismo moderno implicaba para ese mundo colonial e indígena, acompañado de “sangre y barro”, dejaba la ubicación de la naciente lucha de clases nacional y la posición de los futuros revolucionarios de esos países dentro de un marco confuso. Algo que en sus futuros escritos, principalmente en *El Capital*, Marx va ajustando, si bien relativiza todo al triunfo de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados, la cual liberará a sus hermanos del hoy llamado tercer mundo. “En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra”.

Ese era el internacionalismo que alcanzaban a concebir en 1848, muy marcadamente dirigido en una sola dirección, tanto entre los países con lucha de clases avanzadas, como desde ellos hacia los que las contenían en germen o en débil desarrollo. Todavía usan la categoría de países “bárbaros y civilizados”, que ya no aparece luego tan marcadamente en *El Capital*. La doble vía del internacionalismo aún no se había producido en la práctica y no podía ser teorizada. Con el tiempo los “civilizados” mostrarían la barbarie del capital, y los “bárbaros” un humanismo y naturalismo autóctono, del cual tendría que aprender la civilización occidental. Es Lenin quien analiza esa fase de surgimiento del imperialismo y, por tanto, de luchas de liberación nacional, revolucionarias frente al imperialismo y potencialmente socialistas.

Es el desarrollo desigual del capitalismo, su concentración monopolística y la revolución socialista de octubre, los que terminan incorporando al mundo colonial y semifeudal a la letra del *Manifiesto*, y haciendo del paso del nacionalismo burgués al nacionalismo revolucionario y de éste al socialismo, una fase a recorrer en la lucha de los países del llamado tercer mundo. Proceso éste diverso, con ritmos y plazos también diversos, pero con una lógica recurrente producto de la explotación y opresión imperialista.

Hay quienes desde lecturas europeas vaticinan que la transnacionalización del capital entierra definitivamente los nacionalismos, lo cual económica e históricamente es cierto. Pero desconocen que en el terreno de la política estas son las formas de respuesta que toman y tomarán muchos de los movimientos antineoliberales amplios que se están desarrollando, desde la experiencia cardenista en México, la lucha bolivariana en Venezuela encabezada por militares patriotas, hasta el reverdecer de las posiciones nacionalistas progresistas en el campo de la religión. La toma de posiciones nacionalistas frente a la injerencia y agresión extranjera, es una reacción dentro del sentido común, lo que no significa que su sentido de clase no siempre estará definido de antemano, ni existirá la conciencia del reducido espacio para su desarrollo. Comprenderlo y disputar, desde adentro del movimiento de masas, su conducción, sin perder el rumbo y la independencia de clase, será uno de los más importantes desafíos para los revolucionarios internacionalistas.

El internacionalismo y el derrumbe burocrático

“El desarrollo internacional del capitalismo ha predeterminado el carácter internacional de la revolución proletaria. *La acción unida de los países más civilizados por lo menos es una de las primeras condiciones para la emancipación del proletariado*”. El desarrollo subsecuente del capitalismo ha entrelazado tan estrechamente todos los sectores de nuestro planeta, tanto el “civilizado” como el “incivilizado”, que el problema de la revolución socialista ha asumido completa y decisivamente un carácter mundial. La burocracia soviética trató de liquidar el *Manifiesto* con respecto a este problema fundamental. La degeneración bonapartista del Estado soviético es una ilustración abrumadora de la falsedad de la teoría del socialismo en un solo país”¹.

Enterrado Stalin y comenzado el declive de la teoría del socialismo en un solo país, la expansión del socialismo en el mundo es muy rápida. Sin embargo, los espectros del pasado lo persiguen. Es Krushev quien traslada a la URSS fábricas enteras de la naciente República Popular China, con el argumento de la necesidad de sostener al primer Estado obrero. Después de la segunda guerra mundial, una ola anti-imperialista y revolucionaria recorre el

1. León Trotsky, *Noventa años del Manifiesto Comunista*.

mundo. Cuando más se necesitaba de la Tercera Internacional para coordinar y orientar las luchas proletarias, ella ya no existe. En las vísperas de la guerra ha sido clausurada como gesto de buena voluntad frente a los “aliados”. La integración socialista en un mercado común es la que la reemplaza en la posguerra, lo que lleva a que en las relaciones internas y externas del campo socialista prime la visión tecnocrática y economicista sobre la solidaridad y la lucha internacionalista.

Años después, y bajo la dirección de Breznev, el Partido Comunista de la Unión Soviética reconocía, con 60 años de retardo, la realidad y proclamaba la lucha intersistémica entre el capitalismo y el socialismo, pero aclarando que ésta no se enmarcaba dentro de las leyes de la lucha de clases. Es decir, no era antagónica. No la consideraban como la continuación de las contradicciones de clase en otro plano, sino sujeta a coexistencias armadas y acuerdos diplomáticos. Esta nueva teoría reemplazaba la caduca del “socialismo en un solo país”. El cambio era producto de que entre los años 60 y 80; la Unión Soviética había pasado a actuar como un factor objetivo de apoyo y estímulo a la revolución mundial. Su existencia y solidaridad permitieron que se sostuvieran la revolución cubana y vietnamita y que surgieran nuevas revoluciones. Sin embargo, su internacionalismo era burocráticamente condicionado, vacilante y más determinado por sus acuerdos como sistema con el capitalismo, que por los impulsos revolucionarios que llegaban del resto del mundo. Cortando la relación entre la lucha de clases y la lucha de sistemas, buscaban relativizar esa presión sobre sus políticas internas e internacionales, y graduar el enfrentamiento con el capitalismo de acuerdo con sus intereses y visiones políticas, ambos muy deformados por la vida de los aparatos y los privilegios de la casta dirigente.

Pero, y a pesar de las concesiones que se le hacían, la presión del imperialismo crecía. Era la lógica de la lucha de clases, implementada por un capitalismo que ya no soportaba el modelo económico keynesiano con su caída en la tasa de ganancia, construido para la competencia social histórica con el socialismo. El enfrentamiento era llevado a niveles de mayor agresividad y al terreno atómico, lo cual exigía un salto en el internacionalismo de la dirección soviética, tanto en forma como en contenido, que necesariamente se revertiría al interior de la URSS. La opción triunfante dentro de una lucha interna, que nunca se presentó ni se llegó a dar con claridad, fue la de la entrega y la traición.

El devenir de los hechos mostró cuánto incidió en el derrumbe del “socialismo real” la lucha de sistemas, la carrera armamentista y la injerencia extranjera. Razón tenía J. Posadas cuando dijo en 1981, “Si la URSS no apoya al proceso revolucionario mundial se muere, se descompone, ella y los

*burócratas. Antes, Stalin no podía convivir con la Revolución mundial, pero ahora la Unión Soviética no puede vivir si no impulsa el proceso revolucionario mundial". Lo primero que Gorbachov abandonó fue la solidaridad internacionalista y su vínculo con las luchas anticapitalistas, y allí se terminó de decidir el rumbo de la Perestroika. En el último Congreso del PCUS desaparece del temario la discusión de la situación internacional, y ya no son invitados de honor los partidos hermanos y los movimientos revolucionarios de todo el mundo. Lo que Marx llama en la *Crítica al programa de Gotha*, "las funciones internacionales de la clase obrera", se dirigen a la conciliación con el imperialismo y al desmonte de su mayor conquista universal, el Estado obrero.*

El "internacionalismo histórico"

Son varias las versiones del internacionalismo del *Manifiesto Comunista*, que hoy recorren el amplio campo de lo que se llama izquierda. El internacionalismo del posibilismo socialdemócrata, el internacionalismo trotskista y maoísta, el internacionalismo intergaláctico de Marcos y los zapatistas, y el internacionalismo del Che.

Para la Internacional Socialista lo fundamental de su actuar son los *thinks tanks*, que orienten a sus seguidores y a las capas y direcciones medias necesitadas de hacer política dentro de un modelo neoliberal excluyente en lo económico e intencionalmente incluyente y cooptador en lo político. Su propuesta se limita a reformas que democratizen el modelo desde adentro y avanzar gradualmente y "dentro de las posibilidades", en la humanización de la transnacionalización económica. Esto implica que su solidaridad internacional sea funcional a los intereses económicos y políticos de los gobiernos o países que representan (la patria capitalista). Han intervenido en Centroamérica impulsando las negociaciones de paz, pero más como condicionadores de límites que como impulsores de las propuestas de los revolucionarios. Al mismo tiempo han reducido su solidaridad, aun con sus mismos seguidores, cuando están inmersos en luchas que les complican sus relaciones políticas o de Estado. La gran reducción en las políticas de asilos y refugiados políticos en Europa es una muestra del retroceso que en este sentido han tenido.

El internacionalismo maoísta se desenvuelve en la década del 60 con el auge de la Revolución Cultural China. Declaradamente ant imperialista, sin caracterizar correctamente a la Unión Soviética, es-

timula tendencias revolucionarias en los partidos comunistas, las que irrumpen para salir a copiar la experiencia de la Revolución China. Es un internacionalismo supremamente ideologizado que, luego de su crecimiento, se va ahogando. En ello influyen tanto las luchas internas que se desatan en China, que llevan a cambiar su política exterior y sus lazos con las fuerzas revolucionarias, como sus propios errores producto de aplicaciones mecanicistas en la lucha de clases de cada país. Los que han logrado sobrevivir esa época hoy, toman dos caminos diversos. Unos se acercan y apoyan la experiencia de la Revolución Cubana, otros se refugian en el fundamentalismo.

Las distintas tendencias de la IV Internacional fundada por Trotsky, asumieron la división del trabajo impuesta por su aislamiento internacional, concentrando su esfuerzo en la comprensión marxista del proceso mundial, en particular alrededor de los sucesos al interior del campo socialista y del tercer mundo, lo que luego revierten como producción teórica. Su internacionalismo funciona en tanto genera experiencias organizativas radicales, así como debates y análisis creativos, tanto sobre el acontecer mundial como dentro de los procesos nacionales. En el accionar práctico pesa su pequeñez, y sus esfuerzos en la lucha de clases tienen un alto componente internista con peso político militante en las luchas concretas, pero sin lograr disputar la conducción de masas. Desaparecido el eje fundamental de su confrontación, “la burocracia soviética expropiadora del poder proletario” e incorporados muchos de sus aportes en el pensamiento de los revolucionarios actuales, su existencia como Internacional resistente, cerrada y receptáculo único del verdadero marxismo se cuestiona históricamente y exige replanteamientos de fondo.

La propuesta zapatista del “internacionalismo intergaláctico”, representa una audaz y refrescante ola de solidaridad universal. Cuando muchos dirigentes de organizaciones de izquierda temían hablar siquiera de una posible nueva Internacional, los zapatistas lanzan sus Encuentros por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, propiciando abiertamente coordinaciones internacionalistas que lograrán gran impacto en la opinión internacional y preocupan al capitalismo en general.

Podríamos marcar dos limitantes de estos encuentros llamados por el EZLN: su composición y su proyección, las cuales sin duda marchan unidas. De la desconfianza justificada frente a los partidos de izquierda que existe en las capas medias de todo el mundo, se ha hecho toda una estrategia de construcción de movimiento y de inter-

nacional que no incluye a las fuerzas políticas ya organizadas. Esto ha implicado que los participantes en estas reuniones internacionales hayan sido mayoritariamente a título individual y de ONG, en particular europeas. Esta composición limita mucho el internacionalismo concreto que con gran voluntad intentan generar, y lo que en realidad se ha logrado es una coordinación internacional de solidaridad con la lucha de los indígenas de Chiapas, para lo cual ha sido muy efectiva y útil. Su perspectiva estratégica requiere que se reconozca que hay otros pueblos y trabajadores en el mundo que están luchando contra el neoliberalismo, y que lo hacen desde organizaciones sociales pero también desde fuerzas y partidos con los cuales el zapatismo no busca con el mismo interés una integración política internacionalista. Preocupa que hasta ahora no se haya logrado más que coyunturalmente, que confluyan en espacios y debates comunes estos Encuentros por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, con el Foro de São Paulo que agrupa a una amplia franja de partidos, fuerzas y movimientos de centro izquierda de América Latina y el Caribe.

El Foro de São Paulo

Un nuevo tipo de internacionalismo naciente es el que se ha desarrollado alrededor del Foro de São Paulo, nacido defensivamente al calor del derrumbe de la Unión Soviética, entre todo lo que se consideraba la “izquierda ampliada antineoliberal”. Hoy vive la crisis interna de tener que asumir un carácter más ofensivo frente a la crisis global del modelo. Allí coexisten dentro de reglas de juego flexibles, socialdemócratas y centroizquierdas, con marxistas revolucionarios de todos los orígenes (comunistas, socialistas, guevaristas, maoístas, trotskistas, nacionalistas revolucionarios). Los siete eventos realizados demuestran su importancia y potencialidad como espacio de intercambio político nunca antes construido, pero también sus límites.

Es claro, hasta ahora, que por la diversidad ideológica y el papel de freno consciente que, en su interior, juegan los sectores que temen liderar la respuesta popular frente a la crisis neoliberal, y apuestan a la convivencia humanizada dentro del mismo, no será éste el espacio que con el tiempo se transforme en la nueva Internacional de los explotados, marginados y oprimidos del planeta. Sin embargo, su funcionamiento y el tener que confrontar desde posiciones revolucionarias a estas posiciones derrotistas y conciliadoras, ha permitido y obligado al acercamiento desde la razón y la pasión, entre

fuerzas de la izquierda revolucionaria que en el pasado eran incapaces siquiera de relacionarse fraternalmente. Su desafío es lograr que funcionen sus Secretarías Regionales, lo cual lo acercaría más a las realidades subregionales y a las luchas populares.

El internacionalismo necesario

Así como el *Manifiesto* preparó el debate para la conformación de la Primera Internacional, hoy se requiere un marco teórico sólido, colectivamente elaborado, para avanzar hacia un nuevo tipo de organización internacionalista, que agrupe a todos los anticapitalistas del planeta. Si logran ser superadas las barreras de los sectarismos, dogmatismos y ombliguismos, el horizonte se aclara y se agranda, lo cual aumenta las posibilidades pero también los retos por delante. Sigue valiendo aquello de “no hacer nada parcialmente que pueda terminar negando el todo a construir”, que debería ser el eje orientador del proceso de construcción de la necesaria coordinación internacionalista proletaria, concebido lo proletario como un concepto programático incluyente, capaz de hegemonizar horizontalmente la diversidad de la lucha popular. De ello hace parte indispensable tener en cuenta el análisis crítico de las experiencias pasadas, así como lo concreto de la realidad organizativa y política en que hoy luchan los pueblos.

La construcción de un programa y de una concepción global común es la base para poder pensar en el empalme de estos diferentes espacios y de las diferentes experiencias históricas. Sería la vía para provocar un salto en el internacionalismo que esta época requiere.

El programa exige la revisión económico-política de la lectura marxista de la época actual del capitalismo. De su paso de capitalismo monopólico de Estado a capitalismo monopólico transnacional, y cómo esto incide en el escenario político y social, de donde se desprenderá sin duda la vigencia del internacionalismo.

Al mismo tiempo, se requiere recuperar las experiencias realizadas. Una apretada síntesis sobre qué recuperar de las Internacionales anteriores podría ser la siguiente. De la Primera, recuperar su profundo debate teórico fundacional, para con esa rigurosidad buscar entender la nueva etapa del capital y la función del sujeto histórico en sus múltiples formas actuales. De la Segunda, tomar su carácter de multiplicador, nivelador y organizador en fuerzas concretas, de

las ideas que guíen el accionar general, para poder impulsar la reconstrucción del tejido social y las organicidades políticas. De la Tercera –en sus cuatro primeros Congresos cuando aún vive Lenin–, tomar su decisión de funcionar democráticamente, asumiendo la lucha de los pueblos del mundo como el campo común de nuestra lucha anti-capitalista, así como la impostergable necesidad de comprender la fase de construcción del socialismo. Esto incluye defender incondicionalmente –frente al imperialismo– a los Estados obreros existentes, sin justificar por ello sus deformaciones y degeneraciones, y por considerarlos conquistas de la revolución socialista mundial. De la Cuarta, rescatar su preocupación por hacer de las prácticas revolucionarias aportes a la profundización de la teoría marxista, y su ejemplo de rechazar todo viejo o nuevo burocratismo que ponga en juego la construcción de conciencia y poder de clases revolucionarios. De la revolución cubana, comenzando por el internacionalismo del Che continuado bajo la dirección de Fidel, tomar su capacidad de ligar, desde su propio pueblo, desde abajo, su futuro al de cualquier pueblo del mundo que requiera solidaridad y apoyo internacionalistas.

De la lucha de los pueblos originarios, de las mujeres, de los ambientalistas y de tantos otros viejos y nuevos movimientos sociales deberemos tomar sus intentos para darle sentido de historicidad a sus luchas específicas, las cuales han sido interesadamente fragmentadas por la ideología neoliberal, con el soporte del pensamiento posmoderno.

A modo de conclusión

Cuando Marx escribe el *Manifiesto*, era el mercado el que se internacionalizaba. Hoy se internacionaliza la producción, la tecnología, el capital y las comunicaciones. Si aceptamos que todo aquel que es despojado por la vía del mercado es un proletario, con la transnacionalización actual podemos decir que el proletariado se ha internacionalizado y ampliado en forma irreversible. La lucha por el poder sigue naciendo desde el marco del Estado nación, pero sólo en su extensión integradora e internacionalista podrá sobrevivir y consumarse como proyecto socialista.

La realización de la plusvalía toma hoy múltiples vías, afectando directa o indirectamente los niveles de pobreza. Los prole-

tarios de hoy no sólo son despojados de su fuerza de trabajo, sino de la posibilidad de venderla. No sólo son despojados de su identidad nacional y cultural, sino de su género, su etnia, sus derechos elementales, como la posibilidad de respirar y beber aire y agua puras.

Esta fragmentación de los sujetos sociales y el continuo diferencial existente en las condiciones de vida entre “burgueses y proletarios (contemporáneos)”, no ha sido traba para la permanencia de la lucha por el socialismo. Allí donde no existen los trabajadores como fuerza dominante, caso Nicaragua o El Salvador, o donde existen cosmovisiones y relaciones de producción distintas a la capitalista, como en Chiapas, los pueblos han sido capaces de actuar y luchar en representación del programa histórico de la lucha de clases revolucionaria e internacionalista que se inauguró con el *Manifiesto*. Sin embargo, la debilidad de las direcciones que el proletariado ha logrado darse ha permitido la falta de una confluencia teórica, política y organizativa que refuerce sus luchas, y lleve a aprender de los errores cometidos. Éste ha sido el lado flaco de la lucha del proletariado, el cual ha llevado a derrotas innecesarias que costaron muchas vidas y la pérdida de plazos históricos.

Por eso cabe, para finalizar, un pensamiento de Antonio Labriola, quien en 1895 con motivo del aniversario del *Manifiesto Comunista*, decía:

El comunismo crítico (el marxismo, para Labriola) no fabrica las revoluciones, no prepara las insurrecciones, no arma sublevaciones. Es, sí, todo y uno con el movimiento proletario, pero ve y sostiene este movimiento con el pleno conocimiento de la conexión que tiene o puede y debe tener, con el conjunto de todas las relaciones de la vida social. No es en suma un seminario en que se forme el estado mayor de los capitanes de la revolución proletaria, sino sólo la conciencia de tal revolución y, sobre todo, en ciertas contingencias, la conciencia de sus dificultades².

2. “En Memoria del *Manifiesto Comunista*, Roma, 1895.

*Algunas consideraciones
sobre el asunto “Marx hoy”. A propósito
de la recepción de su pensamiento
en la desaparecida Unión Soviética*

*Rubén Jaramillo Vélez**

En primer lugar, quisiera reiterar algo sobre lo cual he insistido repetidas veces: se trata de pensar a Marx, es decir, también, de pensar en primer lugar lo que Marx pensó, y luego, de pensar *a través* de Marx, de pensar *con* Marx, no de repetir mecánicamente su pensamiento. Por ello, antes que hablar de “Marxismo hoy” resulta necesario hablar de “Marx hoy”. No sólo porque existen, en efecto, diferencias entre “Marx” y “Marxismo”, por las diferentes interpretaciones a su pensamiento, sino específicamente en nuestro caso porque, dada la precariedad de nuestra cultura filosófica y, por tanto, de nuestra actividad crítica, con frecuencia se olvidan los criterios y se pasa por alto la referencia principal, derivándose a lo que ya por su condición de “ismo” debe ser problematizado.

Hablar de “Marx hoy” podría tener el mismo sentido y se ubica en el mismo nivel que hablar de “Aristóteles hoy”. Marx es un clásico del espíritu y del pensamiento humano como lo es Aristóteles. Si quisiéramos mencionar por su nombre a los diez intelectuales que han resultado ser absolutamente determinantes en el destino y la memoria del ser humano genérico contemplados desde hoy, entre estos diez nombres tendría que figurar el de Marx.

* Profesor, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Deberíamos comenzar con Platón y Aristóteles. En la modernidad deberíamos proseguir con Descartes y Newton; con Kant y Hegel, con Marx, con Charles Darwin, con Sigmund Freud. Octavio Paz escribió en alguna ocasión –aunque en su caso seguramente tan sólo sería por hacer una frase– que todos éramos “de alguna manera marxistas”. Es decir, que el espíritu contemporáneo efectivamente está impregnado por lo que pensó y escribió Carlos Marx.

Ahora bien, específicamente en este respecto, tenemos que re-actualizar un esfuerzo muy particular al enfrentarnos al asunto “Marx hoy”. Lo primero que debemos preguntarnos es si lo que se hizo en su nombre correspondía –o no– a su pensamiento. Y con ello nos estamos refiriendo a la revolución del siglo XX, o a las revoluciones del siglo XX que se hicieron invocando el nombre de Marx.

Basta pensar en la concepción del Estado. La concepción que tenía Marx del Estado se movía en dirección a su desaparición. Marx consideraba un antagonismo entre la sociedad y el Estado, y pensaba que una vez que la sociedad se liberara éste desaparecería, porque los miembros de la sociedad serían capaces de autoregular su convivencia sin necesidad de recurrir a él. No quisiera considerar ahora este problema en sí, porque debo decir que muy seguramente no estoy por completo de acuerdo con Marx en este respecto.

Lo que quiero señalar, en primer lugar, es precisamente de qué manera, por razones ancestrales de la historia y la sociedad rusas, en el desarrollo del marxismo allí, y específicamente del “marxismo-leninismo”, como ya se lo puede constatar en un escrito fundamental de Lenin: *El Estado y la revolución*, éste adquiere una gran importancia. Como dice Oskar Negt –uno de los más importantes sociólogos marxistas de la República Federal de Alemania, ordinario de la Universidad de Hannover– en la Unión Soviética el Estado se convirtió en la “sustancia omnipresente de la sociedad”. Esta deformación llegó a su pleno desarrollo durante la dictadura de Stalin, durante el régimen totalitario de Stalin.

Por ello, también, uno de los problemas que por ineludible honestidad intelectual se debe plantear cualquier estudioso de la obra de Marx y de la herencia de su pensamiento, ha de ser el indagar en qué medida en las formulaciones del propio Lenin, a partir de su escrito de 1903 (el *Qué hacer*, que incide en la división del partido socialdemócrata ruso) se estaban introduciendo los gérmenes que condujeron a ese desarrollo. Debemos recordar de qué manera, a partir de

ese año y hasta el diecisiete, otro revolucionario ruso, que ingresaría al partido bolchevique en medio de las dos revoluciones de ese año, León Trotsky, afirmaba ya, poco después de aparecer el panfleto de Lenin, que la fórmula jacobina de tal escrito podría conducir a que la dirección de la sociedad y del país ya no recayera en la clase trabajadora, ni en el partido, ni en el comité central, sino en las manos del secretario general del partido, convertido en dictador. Eso fue lo que desafortunadamente sucedió.

Otro punto que me parece debe ser considerado expresamente: Marx era un heredero del pensamiento de la Ilustración. Si bien fue un crítico de la Ilustración, fue también su heredero: el pensamiento de Marx es un pensamiento abierto a la experiencia. Marx fue un pensador radical, no un dogmático. No existe en Marx, en ninguna parte de su obra, una invitación a cerrar dogmáticamente el pensamiento.

Desafortunadamente, ya en el año veinticuatro, tras la muerte de Lenin, se consolidó en la incipiente Unión Soviética, en medio del fragor de la construcción heroica –hay que decirlo– de la nueva sociedad, tras los esfuerzos de la guerra civil, un cuerpo de doctrina cerrado y dogmático, el “marxismo-leninismo”. De la misma manera que se produjo la beatificación de Lenin. Hay que recordar que la propia compañera de Lenin, la camarada Krupskaya, protestó cuando se erigió en 1927 el mausoleo para guardar embalsamado el cadáver del revolucionario: le decía a Stalin que el mismo Lenin no hubiera estado de acuerdo con este tipo de homenaje, ciertamente vinculado en la mentalidad rusa a los cultos atávicos de los antepasados. Contamos con el testimonio de nuestro gran poeta, César Vallejo, de su viaje a la Unión Soviética a comienzos de la década del treinta, que constataba la presencia en la cultura cotidiana de los proletarios rusos de esos vínculos a la Rusia ancestral, de ese tipo de costumbres asiáticas aún vigentes en el pueblo ruso.

Mientras el pensamiento de Marx es un pensamiento abierto a la experiencia, dispuesto a la corrección, producto de la experiencia; mientras Marx era un intelectual de una extraordinaria honestidad, que de continuo buscaba documentar sus asertos (quienes han frecuentado su obra lo saben), al cerrarse y comprimirse su pensamiento en un cuerpo de doctrina, se produjo con esa fórmula –o con esa serie de fórmulas– un sistema en el cual las leyes de la naturaleza simultáneamente se transformaron en “modelos ontológicos” (O. Negt) para las leyes sociales.

Desafortunadamente, fue el propio camarada de Marx, Federico Engels, quien dio el primer paso en esta dirección con su *Anti-Dühring*, que se convirtió en el primer “manual” para la enseñanza de la doctrina de Marx por la época de la segunda internacional. Fue a través de un discípulo de Engels –más que de Marx–, Jorge Plejanov, que se inició en Rusia el estudio de la obra de Marx. Pero ello tuvo sus consecuencias. La “concepción monista de la historia”, la lectura que hizo Plejanov de la doctrina de Marx bajo el influjo de Engels, acentuó esa confusión entre las leyes de la naturaleza y las que rigen el proceso social, conduciendo, como dice Lucio Coletti, a una verdadera “metafísica de la materia”. Tal confusión –literalmente– no existe en Marx. Y no debe olvidarse, por otra parte, que uno de los más importantes teóricos de la segunda internacional, el austríaco Karl Kautsky, también compartía la falsa interpretación engelsiana del pensamiento de Marx.

El pensamiento de Marx es esencialmente crítico; su obra es fundamentalmente crítica. No se encuentran en Marx “fórmulas”, ni mucho menos recetas para construir esa sociedad liberada y final de la humanidad en que pensaba. Marx fue fundamentalmente un pensador crítico, un intelectual; incluso su vinculación a las actividades revolucionarias en Europa fueron de índole teórica. Es cierto que estuvo en las barricadas de Colonia en el cuarenta y ocho, poco antes de fundar la *Neue Rheinische Zeitung-Organ der Demokratie*, pero a partir de entonces su vinculación a la causa revolucionaria de los trabajadores se ubicó en esa dimensión. Como dice Hans Magnus Enzensberger en un bello poema en su homenaje, él no ve en su mano ninguna metrallera. Lo que tuvo siempre Marx en su mano fue un lápiz, o un libro, o un cigarro. Marx era un individuo embargado por completo por el estudio, poseído por una extraordinaria curiosidad intelectual que le llevó, por ejemplo, ya muy viejo, a aprender la lengua rusa para estar en condiciones de estudiar en el original la problemática agraria de Rusia e investigar si, en efecto (como lo querían su admiradora rusa Vera Sasulich, y los intelectuales populistas que habían introducido su pensamiento allí) sería posible en Rusia una especie de socialismo agrario a partir de la *Obchina* o del *Mir*, la ancestral aldea comunal rusa.

Lo que sucedió en los años veinte, con el surgimiento en la Unión Soviética de esa doctrina cerrada del “marxismo-leninismo”, fue la transformación de un pensamiento fundamentalmente crítico

en una ideología afirmativa, dogmática, que un Theodor Adorno no vacila en calificar de "religión secular de Estado".

Ahora bien, para comprender por qué este pensamiento tan rico, tan lleno de matices, en el cual encontramos el eco de grandes desarrollos de la cultura de Occidente (como magistralmente lo explicaba Lenin en un folleto de divulgación para los obreros rusos, *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*: el idealismo alemán, que a su vez es un resultado secular de la reforma protestante; el socialismo utópico francés, cuyos orígenes se remontan a las herejías cátaras o albigenses, a las profecías del místico calabrés Joaquín de Fiore a finales del siglo XII; y la economía política inglesa, esa ciencia que se sistematiza con Adam Smith y de la cual tanto aprendió Marx), se viera reducido a la condición de una escolástica dogmática y estéril, será necesario remitirse a y considerar expresamente las características del país en el cual en octubre de 1917 triunfó una revolución que invocaba el nombre de Marx.

Tenemos que recordar el concepto de un marxista de los años veinte que estuvo muy vinculado a la primera etapa de la que luego se llamaría la "Escuela de Frankfurt": Carlos Augusto Wittfogel, quien, en un libro que se tradujo al español con el título *La sociedad hidráulica*, planteaba el problema relativo a la estructura de la dominación en la antigua China y acudía al concepto de "despotismo oriental". Hablaba de "sociedad hidráulica", porque allí el control ancestral sobre las aguas resultaba fundamental para quienes detentaban el poder, pero en el concepto de "despotismo oriental" encontramos también un eco de la célebre afirmación de Hegel en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*: que en el Oriente sólo había uno que era libre, el déspota, porque los otros estaban sometidos, eran siervos, y como en su opinión toda la historia de Occidente ha sido el desarrollo de la libertad y la individuación, el Oriente aparece paradigmáticamente como la tierra de la sumisión, del despotismo. Pues bien, este concepto de "despotismo oriental" no se pudo utilizar en la época de Stalin y, entre otras cosas, tampoco se publicó por entonces en la famosa *Marx-Engels Gesamtausgabe* (la primera edición de las *Obras completas* de los clásicos dirigida por David Riazanov, un eminente erudito marxista que, al entrar en contradicción con Stalin, terminaría sus días en un campo de Siberia, como tantos otros) un ensayo muy importante de Marx: *La historia de la diplomacia secreta en el siglo XVIII*, precisamente porque en este trabajo, redactado en inglés en la biblio-

teca del Museo Británico, Marx introducía tal noción y explicaba la alianza de la oligarquía inglesa con los zares.

Por tanto, lo que en primer lugar debe ser considerado es el caso de Rusia, las peculiaridades de la formación social rusa. Se debe recordar el atraso que, en opinión de León Trotsky –en un ensayo de 1906: *Resultados y Perspectivas*, que Isaac Deutscher considera el “Manifiesto Comunista del Siglo XX”, lo que me resulta un poco exagerado– aparece como su característica fundamental. El atraso. Porque en Rusia las ciudades no se formaron, como en Occidente, a través de ese desarrollo tan peculiar que un Max Weber ha estudiado con tanta detención, el desarrollo propio de una clase –la burguesía– como un desarrollo global, integral, sino que fueron básicamente fundaciones militares, fortalezas dependientes del Estado. En síntesis, Rusia no vivió etapas definitivas en la configuración de la sociedad europea occidental.

Por la época en que se estaban formando las ciudades europeas, esas pujantes ciudades mercantiles flamencas y toscanas, por la época del ascenso de esa ciudad a la que Alfred von Martín llamara la “capital burguesa de la historia”: Florencia, por esa misma época Rusia se encontraba sometida al dominio de la horda mongólica. Los primeros zares no fueron más que administradores tributarios de la horda, tenían la función de recoger entre los boyardos, la nobleza rusa, el tributo que debían pagarle anualmente. Por la época en que se produce en Europa el Renacimiento, el resultado final de aquella “revolución burguesa en el mundo feudal” –como intituló José Luis Romero su gran libro– Rusia era un país sometido.

Ernst Bloch resume las carencias en la historia de Rusia recordando que no conoció la escolástica tardía: no conoció el “nominalismo”, la “vía moderna”, como se le llamó entonces, en el siglo XIV, el movimiento intelectual precursor de la filosofía de la subjetividad y que a través de Guillermo de Ockam influye decisivamente en Lutero, en ese redescubrimiento de la subjetividad que se produce con Lutero. Rusia no conoció la escolástica tardía y tampoco el Humanismo del Renacimiento. Lo que hubo en Rusia de Renacimiento, cuando lo hubo, se limitó a algunas obras por encargo de algunos arquitectos venecianos o florentinos que se trasladaron allí. Pero, no se produjo en Rusia un desarrollo global que se hubiera manifestado en una cultura integral, como la que impregnó las zonas más desarrolladas de Europa occidental, la Toscana, Flandes, las ciudades alemanas a finales del siglo XV.

Tampoco conoció Rusia la Reforma, algo que me interesa subrayar particularmente, porque nos permite pensar también en una carencia de nuestra propia cultura: España no conoció la Reforma, los "alumbrados" de Sevilla, Casidoro de Reina (el traductor de la Biblia), tuvieron que huir de España porque de lo contrario hubieran sido llevados a la hoguera.

Rusia no conoció el nominalismo, no conoció el Humanismo del Renacimiento, no conoció la Reforma. Tampoco conoció la Ilustración, y si bien es cierto que ya Pedro el Grande (que a comienzos del siglo XVIII como príncipe heredero había viajado como incógnito a los astilleros de Holanda) introdujo las matemáticas y los nuevos aportes de la ciencia europea, y que Catalina la Grande se carteaba con los intelectuales franceses y adquirió la biblioteca de Diderot pagándole por anticipado el sueldo correspondiente a su condición de bibliotecario vitalicio, la Ilustración no alcanzó allí a encarnar en un movimiento influyente: el propio Diderot se dio cuenta bien pronto, cuando se trasladó a Rusia, que no era tenido en cuenta. En este respecto vale la pena recordar que cuando se comenzó a publicar en Rusia la *Enciclopedia*, durante la segunda mitad del siglo XVIII, su edición se suspendió en la letra k, porque las clases señoriales de Rusia se percataron de su carácter subversivo: en efecto, en la confrontación con la barbarie medieval rusa era una obra subversiva. Ya en Francia lo era, pero cuando, a partir del año 1751 comenzó a publicarse, durante unos quince años, contó con el apoyo de Madame de Pompadour, la favorita del Rey Luis XV: esa era la diferencia.

Y finalmente, Rusia no conoció, además de la Ilustración, la revolución burguesa: Rusia no tuvo revolución burguesa.

En 1825, con el levantamiento de los "decembristas", se inicia la historia de la revolución rusa. Se trataba de oficiales del ejército y miembros cultos de la nobleza que habían conocido a partir de 1812, en la ofensiva contra Napoleón, la Europa central (habían permanecido con sus tropas de ocupación tres años en París tras la derrota del emperador) y que al regresar a su país tomaron conciencia del atraso y la necesidad de reformas, por lo cual conspiraron contra el régimen autocrático de Nicolás I, quien aplastó el movimiento. Sin embargo, su hijo, Alejandro II, se vio en la necesidad, tras la derrota en la guerra de Crimea (1856), de introducir reformas inherentes a la adecuación del Estado y el país al desarrollo del capitalismo, la más importante de las cuales fue la supresión de la servidumbre. Y a partir de entonces nos encontramos con ese desarrollo tan peculiar y

apasionante del populismo ruso, de los movimientos terroristas y, finalmente, apenas durante la última década del siglo XIX, de las primeras organizaciones marxistas. Pero no hubo revolución burguesa en Rusia, el pueblo ruso no conoció ni experimentó una noción que para las naciones de Occidente constituía ya, entonces, una premisa de su actividad práctica, mercantil, cultural, público-política: la noción de Estado de Derecho.

Que las personas vivan en tal situación, con las garantías del Estado de Derecho y con la conciencia de lo que ello significa, es algo bien decisivo. Y la inmensa mayoría de los rusos no podían ser sujetos de derecho antes de 1861: no eran “personas” sino siervos de la gleba, pertenecían a las fincas. Antes de ese año los campesinos rusos eran llamados “almas”, como en la gran novela de Gogol, *Las almas muertas*. Se vendían con las fincas, y éstas se heredaban conjuntamente con sus siervos.

Si nosotros pensamos en todo ello y lo consideramos desde la perspectiva de la filosofía moderna, debemos decir que la experiencia de la subjetividad *es una experiencia social*. Un país en el que no existe la noción del Derecho, en el que no se respeta al individuo humano como tal, y en el que no opera socialmente la noción de persona, no puede hacer una experiencia global, orgánica, de la subjetividad. Y ello explica también por qué cuando se leyó a Marx en Rusia a través de la obra de Jorge Plejanov (un intelectual muy respetable por lo demás, y cuyos aportes tampoco se pueden considerar completamente deleznable), se hubiera llegado a una versión tan rudimentaria del pensamiento de Marx –un pensamiento que resulta de y resume toda la tradición de Occidente– eso que Coletti llama con tanto acierto una “metafísica de la materia”. Porque detrás de esa recepción no habían tenido lugar experiencias genéricas globales como las del nominalismo, el Humanismo renacentista, la Reforma, la Ilustración, la revolución burguesa, el liberalismo.

Y en ese país tan atrasado, en el cual la ciencia, el conocimiento, estaban restringidos a círculos muy estrechos, y apenas comenzaron a desarrollarse un poco más en el período de reformas patrocinado por el zar Alejandro II, se produjo, a partir de los años setenta del siglo pasado, un vertiginoso desarrollo industrial y capitalista.

Las cifras que registran el crecimiento económico en Rusia en la última década del siglo son parangonables a las de los Estados Unidos de Norteamérica por esa misma época, pero con una gran difer-

encia: la industrialización en Rusia era en buena medida "importada". Durante la gestión de un político desarrollista: el conde de Witte, que manejó la política económica en los años noventa hasta la crisis de 1903-1904, que desemboca, además, en la primera revolución rusa tras la derrota en la guerra contra el Japón, el ritmo de crecimiento de la economía rusa, el aumento de lo que llamamos hoy "producto nacional bruto", fue tan acelerado como en los Estados Unidos, precisamente el país sin pasado feudal, en el cual la sociedad burguesa y el capitalismo pudieron desarrollarse plenamente. Aunque, desde luego, debemos tener en cuenta que en los índices se refleja el atraso anterior, puesto que un país que inició su revolución industrial en forma tan intempestiva, casi a partir de cero, podría mostrar muy rápidamente altas tasa de desarrollo.

A finales del siglo comenzó a predominar en Rusia el modo de producción capitalista, aunque en una forma muy peculiar. Basta con dar un ejemplo: en las refinerías de petróleo de Bakú, cerca del mar negro, propiedad de la familia Nobel (concretamente de un hermano del ingeniero Alfred Nobel, el creador del famoso premio), se utilizaba la misma tecnología extractiva que empleaba la empresa de John D. Rockefeller en los Estados Unidos por la misma época; pero el petróleo se transportaba en camellos y en odres de cuero, tal y como se había transportado la miel en la Edad Media.

Porque el país no se había desarrollado orgánicamente hacia el modo de producción capitalista, sino de una manera desigual; por lo cual se produjo muy rápidamente en Rusia una notable concentración de trabajadores, superior en promedio a la de Europa occidental. Con la excepción de empresas tan grandes como lo eran en Alemania las grandes acerías de *Krupp* en Hessen, por ejemplo, las otras fábricas alemanas no reunían en promedio los nueve mil obreros que ya trabajaban a principios de este siglo en las grandes acerías *Putiloff* de San Petersburgo. Y fue allí precisamente donde se formó el primer *soviet* en 1905, el primer consejo de obreros del ciclo revolucionario. Ya entonces trabajaban allí más de nueve mil obreros, una cifra parangonable con la de concentraciones fabriles de Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica.

Sin embargo, la clase de los trabajadores industriales, la clase en que había pensado Marx como agente del proyecto revolucionario que debería conducir al comunismo, seguía siendo minoritaria: en 1917 Rusia podía tener unos 130 millones de habitantes, de los cuales escasamente de tres a cinco eran propiamente trabajadores indus-

triales. La gran mayoría de la población la constituían los campesinos, atrasados, premodernos. Por eso también se entiende que en los años veinte la clase trabajadora rusa fuera la menos eficiente del mundo. A pesar del élan revolucionario, que impulsaba a muchos sacrificios –como se verá luego en el movimiento estajanovista– se cometían demasiados errores, se estropeaban con frecuencia las máquinas, porque quienes las operaban eran obreros muy recientes, campesinos que comenzaban a proletarizarse o pertenecían apenas a una segunda o tercera generación de proletarios.

Por ello no se deben olvidar los hechos; esta condición vertiginosa del desarrollo del capitalismo en Rusia tiene que ser considerada para comprender las peculiaridades de su revolución. Lenin lo sabía, porque era un político muy realista, y por ello lo recordaría en la víspera de su llegada a Rusia, en un breve discurso que pronunciara en la estación del ferrocarril de Zürich, cuando acudió a tomar el vagón que el alto mando del ejército alemán había puesto a su disposición, con la idea de que al llegar a Rusia derrocará el gobierno provisional y firmara luego la paz con Alemania, de manera que el alto mando pudiera desplazar un millón de hombres al frente occidental para que, siguiendo el diseño estratégico del conde Schlieffen, tomaran a París y, de esta manera, ganaran la guerra. A finales del mes de marzo de 1917, cuando ya el proceso de la revolución rusa llevaba varias semanas en su desarrollo, al despedirse de los obreros suizos y de los dirigentes que lo acompañaron a tomar el tren que lo llevaría a la estación de Finlandia en Petrogrado, Lenin celebraba en primer lugar que al proletariado ruso “le correspondiese el gran honor de comenzar una serie de revoluciones engendradas por una necesidad objetiva de la guerra imperialista”. Porque creía que la revolución rusa terminaría siendo en realidad la primera chispa de un incendio general en Europa.

Y Lenin no pensaba entonces que en Rusia se cumplieran las premisas para llevar a cabo una revolución socialista. Pero, consideraba que los obreros de Europa occidental y que los gobiernos revolucionarios instalados en Berlín, en Bruselas y en París, por ejemplo, podrían acudir en ayuda del proletariado ruso:

...Sabemos muy bien que el proletariado ruso es menos organizado y consciente que los obreros de otros países... pero las condiciones históricas... han hecho del proletariado ruso por cierto tiempo, muy corto tal vez, el jalador de los puestos de avanzada del proletariado revolucionario del mundo entero... Rusia es un país poblado de

campesinos, uno de los más atrasados de Europa, el socialismo no puede vencer directamente desde ahora en él. Pero el carácter agrícola del país, con enormes posesiones rurales conservadas por los latifundistas, puede dar, como lo prueba la experiencia de 1905, gran envergadura a la revolución democrático-burguesa y hacer de nuestra revolución el prólogo de la revolución socialista mundial, una etapa de esta revolución... En Rusia el socialismo no puede vencer solo e inmediatamente..., el proletariado ruso no puede, por sus solas fuerzas, llevar a su fin victoriosamente la revolución socialista. Pero puede dar a la revolución rusa tal amplitud que ésta engendre las mejores condiciones para la revolución socialista y sea, en cierto sentido, el principio. El proletariado ruso puede acomodar las circunstancias para que su más fiel, seguro y principal colaborador, el proletariado socialista de Europa y Norteamérica, entre en las batallas decisivas..., las condiciones objetivas de la guerra imperialista son una garantía de que la revolución no se limitará a la primera etapa de la revolución rusa, que la revolución no se limitará a Rusia.

El ciclo revolucionario que inauguró la revolución rusa duró efectivamente sólo dos o tres años. Ella tuvo efectos inmediatos en Europa, por ejemplo en la abdicación de las dinastías de origen feudal y la proclamación de la República en Viena y Berlín. El 9 de noviembre de 1918, un año después del triunfo de los bolcheviques en San Petersburgo, el emperador Guillermo de Hohenzollern abandonó Alemania; dos meses más tarde se fundó la República de Weimar. Pero la revolución radical por la que luchaban los dirigentes de la *Liga Espartaco*, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fracasó. Con su asesinato el 15 de enero de 1919 se inicia el proceso de la contrarrevolución, que conduce al año subsiguiente al primer intento de *putsch*, dirigido por el burócrata Kapp: ya por entonces un cabo desmovilizado, Adolf Hitler, se desempeña como espía del ejército en el Munich revolucionario que ha conocido un efímero episodio de gobierno popular.

El hecho es que a comienzos de los años veinte la revolución rusa se vio aislada y la estrategia coyuntural de Lenin, que había formulado al llegar a la estación de Finlandia en Petrogrado con las célebres "Tesis de Abril" (en las que afirmaba que la revolución ya había consumado la etapa democrático-burguesa y debía pasar a la fase socialista) perdió su base: la revolución en Europa occidental y particularmente en Alemania.

Por ello tuvo que dar Lenin un viraje decisivo tras el levantamiento de Kronstadt. Porque los propios trabajadores y marinos de la ciudadela militar que guarda a Petrogrado, que habían jugado un papel protagónico en el levantamiento de octubre, se alzaron contra la dictadura de Lenin invocando el principio que éste había sostenido en abril: que había que entregarle todo el poder a los *soviets*. Y Lenin se vio obligado a dar un viraje de 180 grados y reintroducir, con la Nueva Política Económica (NEP), una forma de capitalismo que luego se estabilizó como “capitalismo de estado”. Porque en las ciudades rusas se estaba padeciendo hambre y el déficit de abastecimientos condujo a la rehabilitación de instituciones de origen campesino y tradicional como los *artels*, los talleres de las aldeas, que proveyeron de productos manufacturados, como por ejemplo calzado, a los habitantes de las ciudades.

En medio de esta crisis de subsistencias, ya en el año de 1921, en el que se produce tal viraje, los revolucionarios rusos tienen que aceptar su aislamiento y se comienza a debatir en la incipiente Unión Soviética si el socialismo, tal y como lo habían proclamado los clásicos, habría de ser necesariamente un sistema internacional que englobara a gran cantidad de países, o si era posible construir el socialismo en un solo país, como sostenían algunos, entre ellos José Stalin, quien alegaba que tratándose de un país tan grande y que albergaba una tal cantidad de reservas y riquezas, de minerales, de bienes agropecuarios, esto era factible. Por lo demás, la actitud de Stalin reflejaba su realismo, porque, evidentemente, la coyuntura revolucionaria centro-europea, que había pasado por momentos fulgurantes en Berlín, en Viena, en Budapest, ya había concluido, dando paso más bien al proceso contrarrevolucionario.

Y con ello debemos tematizar ahora lo relativo al ascenso de Stalin.

Cuando Lenin fue víctima del atentado que finalmente le costaría la vida, empezó a pensar en la posibilidad de su muerte y durante su convalecencia se planteó el problema de su sucesión. Alcanzó a formular la idea de que era necesario separar a Stalin de la dirección del partido. Según documentos que sólo se dieron a conocer tras la lectura del “Informe Secreto” de Nikita S. Krushev al vigésimo congreso del partido comunista de la Unión Soviética en 1956 –como los “diarios” de la secretarías de Lenin–, éste desconfiaba de Stalin. En una de sus últimas cartas, que terminó siendo su testamento, decía que Stalin, convertido en el secretario general del par-

tido, había concentrado un poder enorme en sus manos y que él "no estaba en condiciones de asegurar que pudiera manejar ese poder con suficiente cautela". Pero, además, expresamente en una posdata dictada el 4 de enero de 1923 –su último año de vida– decía: "Stalin es demasiado rudo y este defecto, muy admisible en las relaciones entre nosotros los comunistas, se hace inadmisibile en el cargo de secretario general, por lo cual propongo que encuentren la manera de deponer a Stalin de su cargo y encuentren a otro hombre que difiera de Stalin y lo supere en un punto, es decir, que sea más tolerante, más leal, más amable, más considerado con sus camaradas, menos caprichoso". Esto lo escribía Lenin a comienzos de su último año de vida y antes de anunciar a Stalin –quien había insultado a su compañera– que de no pedirle excusas en forma expresa a ésta, debería considerar terminada su relación personal con él.

A la muerte de Lenin se desencadena la pugna entre los diferentes sectores del partido y Stalin se las arregla para enfrentar a quienes considera sus rivales. Con mucha astucia se alía primero con la llamada "derecha" del partido: Bujarin, Zinoviev y Kamenev; y luego con la izquierda, para finalmente aislarla y apropiarse de su programa. En el año 1927 logra que se decrete el exilio de Trotsky a Alma-Ata en la Mongolia Soviética y luego a la isla de Prinkipo en las cercanías de Constantinopla: años más tarde terminará asesinado por un sicario a su servicio en México Distrito Federal, tras la invasión del ejército alemán a la Unión Soviética.

De manera que aproximadamente diez años después del triunfo de la revolución de octubre, se estabiliza en la Unión Soviética una dictadura unipersonal en la que el pensamiento de Marx, reducido a una colección de fórmulas rudimentarias sistematizadas de manera dogmática, se convirtió en un instrumento de legitimación de un proyecto desarrollista de gran envergadura. Si se consideran las cifras, el primer plan quinquenal, iniciado en 1929 y que se cumplió antes de los cinco años, sentó las bases de la industrialización vertiginosa de la Unión Soviética. No podemos desconocer que, sin los planes quinquenales, ese país se hubiera convertido en una inmensa colonia alemana. Fue la industria siderúrgica y fueron las fábricas de armamentos que produjeron los aviones Iluschin y los tanques T-34, por ejemplo, las que incidieron decisivamente en el viraje de la segunda guerra mundial a partir de la batalla de Stalingrado y salvaron, no sólo a Europa sino al mundo entero, de lo que hubiese sido realmente una satrapía sin precedentes. Aunque tenga-

mos que decir que, en la aplicación de sus métodos terroristas, la dictadura de Stalin nada tenía que envidiarle a la de Hitler.

A partir del año 1929, entonces, con la política desarrollista de industrialización acelerada, con la liquidación de los campesinos acomodados (“Kulaken”) y el control despótico sobre los obreros y el pueblo ruso, se estabilizó el régimen estaliniano. Desde el punto de vista teórico y teniendo en cuenta el destino del pensamiento de Marx, debemos recordar no sólo los primeros productos de la “filosofía” oficial, caracterizados por una impresionante indigencia conceptual, sino sobre todo el famoso “capítulo teórico” elaborado por Stalin para la *Historia del Partido Comunista Bolchevique de la URSS* re-dactado por un comité de escritores al servicio del dictador.

Y por eso podemos hoy, precisamente, ya liberados de esa religión secular de que hablara Adorno, preguntarnos por el sentido del pensamiento original de Marx. Me parece que la crisis contemporánea desborda ya esa connotación que se nos hizo evidente a mediados de la década anterior, y que la disolución de la Unión Soviética corroboró. Es la crisis del así llamado “socialismo realmente existente”, como se lo comenzó a denominar a partir de la interesante obra de Rudolf Bahro: *La Alternativa*.

Pero se trata también de una crisis más profunda. Es el final de una época histórica vinculada al ascenso de la burguesía, a la universalización de la historia, a su planetarización. Resulta sintomático que ahora, por ejemplo, nos encontremos en la moda de la “posmodernidad”, en algunos casos para eludir un planteamiento serio acerca del proyecto inconcluso de la ilustración y de la modernidad misma, en un intento de pensar supuestamente más allá de Marx y en realidad más acá, una solución bastante fácil por lo demás.

Para comprender el destino de la herencia del pensamiento marxiano en la URSS debemos, entonces, resumir lo esencial. En primer lugar, no se produce en la concepción global de la realidad, de la sociedad y del hombre esa burda metodología de reducción mecanicista, que obedece en el fondo a una lógica aristotélica: si A luego B, características del marxismo-leninismo soviético.

Tampoco proviene de Marx esa concepción del predominio de la materia, en el sentido de aquella “metafísica de la materia” a que se refiere Coletti para calificar el pensamiento de Plejanov, el cual en este punto influirá en el marxismo ruso.

Es necesario, además, desglosar el pensamiento de Marx del de Engels allí donde son evidentes las diferencias. Es lo que ha hecho, por ejemplo, el filósofo colombiano Juan Mora Rubio, catedrático de la Universidad Autónoma de México desde hace más de veinte años, en un ensayo muy afortunado que lleva por título *Marx y Engels, sus diferencias con Hegel*, en el que prueba cómo, en efecto, el pensamiento de Engels diverge del de Marx en un punto fundamental, y que fue el viejo Engels –el patriarca de la segunda internacional– quien sentó las premisas de lo que luego se convertiría en un dogma del marxismo soviético, la idea de una "dialéctica de la naturaleza", que permitía fundir en una sola concepción las leyes que rigen los procesos naturales y aquellas que explican el proceso social e histórico: eso no corresponde de ningún modo a lo que pensó originalmente Marx.

En segundo lugar, en relación con la problemática del Estado y la sociedad, hay que recordar que Marx no sólo era un heredero de la Ilustración sino del historicismo (inherente a ella y que se funda un poco con Voltaire). Por ello afirmaba, y en esto le seguía Engels, que ninguna formación social e histórica desaparece sin haberse desarrollado plenamente.

Por ello debemos preguntarnos, con toda honestidad y sin tomar partido de antemano, si la polémica que se dio a comienzos del siglo entre bolcheviques y mencheviques, en relación con el carácter de la revolución rusa, estaba plenamente justificada. Durante mucho tiempo, por el fragor pasional del proceso revolucionario, la palabra "menchevique" fue considerada un término casi insultante. Pero hoy en día, por ejemplo, los estudiosos de la problemática agraria consultan frecuentemente a un teórico menchevique, Chayanov, porque encuentran en sus obras propuestas y análisis muy serios.

En ese sentido, se debe pensar si la revolución bolchevique "forzó" a Marx. Ya un importante "marxista-occidental" –para utilizar la categoría acuñada por Merleau-Ponty y retomada recientemente por Perry Anderson– decía que la revolución rusa había sido una "revolución contra *El Capital*": ni más ni menos que Antonio Gramsci. Fue una revolución contra *El Capital*, porque se produjo en un país en el cual la clase trabajadora no había llegado a convertirse en la predominante y más representativa de la sociedad. Porque Rusia era un país predominantemente campesino, por lo cual las primeras elecciones para la Asamblea Constituyente, que tuvieron lugar

unos meses después del asalto al palacio de invierno, no las ganaron los bolcheviques sino los “eseristas”, el partido social-revolucionario, fundado en 1900 y heredero de la tradición populista que ya había consumido el esfuerzo de tres generaciones de revolucionarios rusos, en respuesta a lo cual Lenin ordenó cerrar la Asamblea Constituyente e instauró la dictadura unipartidista, de la misma manera que liquidó a los anarquistas rusos. Es una historia que amerita ser recordada, porque la revolución rusa tiene muchas raíces y los bolcheviques, hay que decirlo, las quisieron ignorar para gobernar despóticamente en una situación de emergencia, de guerra civil, que desafortunadamente se estabilizó, convirtiéndose en la forma regular de gobierno.

Pensando el asunto comparativamente, el caso resulta muy similar a lo que aconteció con la dictadura de los jacobinos durante la revolución francesa: me atrevería a sugerir que Lenin –o el estilo leninista– fue un Robespierre que duró setenta años (mientras el episodio terrorista de la revolución francesa se sostiene a partir del diez de agosto de 1792 hasta la caída de Robespierre y sus amigos en el otoño del 94). Naturalmente, en medio de la lucha revolucionaria se toman medidas de emergencia y resulta muy cómodo para un intelectual durante una conferencia criticar a quienes en medio de la batalla asumen la responsabilidad por tales medidas. Sin embargo, no podemos renunciar a la crítica y aceptar que ella tiene su propio ámbito y posibilidad para juzgar el asunto.

Por tanto, debemos considerar de qué manera a través del leninismo se produjo una deformación “voluntarista” del pensamiento original de Marx. Se trata del voluntarismo jacobino, blanquista, que criticaría ya en 1918 una gran teórica y revolucionaria marxista, Rosa Luxemburgo, en un folleto elaborado en la cárcel de Breslau por entonces: *La Revolución Rusa*. Cuestionaba allí el estilo voluntarista de Lenin y criticaba que los bolcheviques hubiesen acabado con la libertad de prensa, que caracterizó hasta octubre la primera etapa de la revolución. El propio Lenin había dicho al llegar a Rusia en abril que en ese momento éste era “el país más libre del mundo”, porque las energías populares que el triunfo de la revolución de febrero habían desencadenado se manifestaban en toda clase de panfletos y periódicos que desaparecieron tras el asalto al palacio de Invierno y la formación del gobierno de Lenin. Para terminar, desearía leerles una extensa cita de este escrito, porque me parece que las palabras de Rosa difícilmente pueden ser remplazadas por otras:

Lenin dice que el estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial. El gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ese es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

Entonces cita a Trotsky, para criticarlo a renglón seguido:

"Gracias a la lucha abierta y directa por el poder –escribe Trotsky– las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro".

A lo cual comenta Rosa:

Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de éste desarrollo ascendente al suprimir la vida pública. O de otro modo tendríamos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos (El discurso de Lenin: ¡Rusia ya está ganada para el socialismo!).

¡En realidad lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas. La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre la libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la justicia, sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de ésta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la libertad se convierte en un privilegio especial.

Vale la pena recordar de qué manera uno de los primeros acontecimientos de lo que luego se convertiría en una verdadera revolución en la República Democrática Alemana en 1989 fue la manifestación del 15 de enero de ese año, conmemorativa del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. En esa ocasión más de cien manifestantes fueron arrestados por portar carteles con la frase de Rosa que hemos citado: "Libertad es siempre Libertad para el que piensa de manera diferente". El texto continuaba:

Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá cuando lleguemos hasta el punto en que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles. Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el supuesto tácito de que en la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia –o tal vez por suerte– ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico, yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias y las señales son principalmente de carácter negativo. Así, sabemos más o menos qué eliminar en el momento de la partida, para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variaciones utópicas.

El sistema social socialista sólo deberá ser y sólo puede ser un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica de la que, en última instancia, forma parte) tiene el saludable hábito de producir siempre, junto con la necesidad social real, los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución.

Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un ucuse. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad etc.). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse: lo constructivo, lo positivo, no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a la luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miser-

able, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progresos espirituales (una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917). Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín No. 29). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela misma de la vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza. Cuando se elimine todo esto, ¿qué quedará realmente?

En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los *soviets* como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los *soviets* también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y de reunión, sin una lucha libre de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes y aprobar por unanimidad las mociones propuestas –en el fondo, entonces una camarilla–, una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de los gobiernos jacobinos (la postergación del congreso de los *soviets* de períodos de tres meses a períodos de seis meses). Sí, podemos ir aún más lejos, esas condiciones

deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etc. (Discursos sobre la disciplina y la corrupción).

Es esto lo que he llamado la rutinización de la lógica jacobina, el hecho de que una circunstancia coyuntural, de que unas medidas de emergencia que naturalmente los revolucionarios se ven obligados a tomar bajo la presión de los acontecimientos –porque la revolución, como decía Engels, no es un baile de gala, es un proceso muy dramático– luego se estabilizan, se consolidan, y dan lugar al sistema totalitario.

Por ello y para terminar, volviendo al principio, repito que el pensamiento de Marx fue esencialmente crítico. No es un dogma, un cuerpo cerrado de doctrina y, como decía Karl Korsch, uno de los inspiradores del así llamado “marxismo occidental”, al marxismo se le debe aplicar el marxismo, el pensamiento de Marx debe ser pensado con sus categorías y debe ser considerado como una obra en marcha. Porque el marxismo no termina con Marx sino que se encuentra en pleno desarrollo, como lo muestra la obra de Perry Anderson –*Consideraciones sobre el Marxismo Occidental*–, que señala las diferentes generaciones del mismo, desde Marx y Engels, pasando por la segunda generación, de Kautsky, Labriola, Plejanov; la tercera generación, de Lenin, Trotsky, Mehring, Rosa Luxemburgo; y luego las que le siguen: la de Gramsci, Lukács, Korsch; Horkheimer, Marcuse, Adorno, hasta llegar a la actualidad. Sólo una experiencia no dogmática de este pensamiento tan rico y de sus raíces en Kant y Hegel, en Adam Smith y David Ricardo, en Saint-Simon y Proudhon, puede realmente dar cuenta de lo que pensaba Marx. Éste es entonces el punto con el que quisiera redondear esta intervención.

El marxismo y las alternativas en la historia

*León Arled Flórez G.**

Las alternativas

Intervenir en un seminario titulado “Alternativas anticapitalistas” para conmemorar los 150 años del *Manifiesto Comunista*, no deja de ser una tarea complicada, que compromete cierta rigurosidad en el análisis y que permea las orillas de la especulación futurista. No obstante, como el motivo de celebración que nos reúne no tiene que ver con una ceremonia fúnebre para despedir los restos de un difunto, esbozaremos algunas opiniones que se refieren a la situación actual del marxismo en relación con el problema de las alternativas en la historia¹.

Se habla de alternativas, porque en cada coyuntura histórica se presentan distintas opciones o vías para el desarrollo de los sucesos que han determinado el devenir social. En este sentido, desde la perspectiva de las alternativas en la historia, trataremos de analizar la situación del marxismo frente al catolicismo y al liberalismo, en-

* Profesor del Departamento de Historia, Universidad Javeriana.

1. Esta reflexión se inspira en el artículo de un historiador soviético publicado en plena época de *Perestroika*, en la ya desintegrada Unión Soviética. En él se trataba el problema del stalinismo y de las diferentes alternativas históricas que existieron (la liberal y la democrática), pero que finalmente sucumbieron para definir el curso histórico que tomó la sociedad soviética en manos de José Stalin. Ver B. G. Maguilnitzki, “Las alternativas en la historia de la sociedad soviética”, en *Baprocí Histori*, No. 11, noviembre de 1989, pp. 3-16.

tendidas estas tres corrientes como las más importantes alternativas que ha tenido la historia de la humanidad hasta nuestros días. Asumiremos el catolicismo, el liberalismo y el marxismo, no como filosofías o ideologías, sino como concepciones de la historia.

De entrada se objetará al catolicismo como una concepción de la historia y aceptaré como válida la objeción, pues en apariencia éste semeja más una concepción ahistórica de la humanidad, ligada más a la conservación que al cambio, a lo trascendental que a lo temporal, a lo espiritual que a lo material, a Dios que al hombre. Al respecto diré que el catolicismo lo asumimos aquí como concepción de la historia en un sentido menos estricto, como una alternativa histórica que pretendió responder a los problemas de génesis, existencia y proyección del hombre en el universo, en un mundo en permanente cambio.

El liberalismo, por su parte, puede verse como una ideología, como una teoría económica, pero creo que desde John Locke, David Hume o Adam Smith, los ideólogos del liberalismo desarrollaron toda una concepción de la historia fundada en los avances materiales y tecnológicos de la humanidad, que como motor histórico, conducirían al inevitable triunfo del capitalismo en todo el orbe. Huelga agregar que el capitalismo como sistema, en la pluma de los ideólogos liberales, constituía la panacea para los males de la humanidad. Ese es el espíritu de la obra de Adam Smith *La riqueza de las naciones*.

Damos por sentado que el marxismo es, también, una concepción de la historia, tal vez la más humanista, la más política y la más ajena al dogmatismo característico del catolicismo y al economicismo, rasgo esencial de la concepción liberal. Por lo demás, históricamente, catolicismo, liberalismo y marxismo han sucumbido al papel que, desde la antigüedad y hasta la edad moderna, se le atribuye a la historia: ser la sierva legitimadora del orden establecido. Pero, antes que legitimadoras, las tres han sido concepciones revolucionarias de la historia, porque han contribuido inevitablemente a su transformación.

Escribimos esta nota en una época en que se cosecha el arrepentimiento y se cultiva el escepticismo. Con el derrumbe del sistema socialista, ha ocurrido algo similar a lo que pasaba en los funerales de los caciques muiscas: se ha querido sepultar el cadáver junto a sus dolientes. La caída del muro ha pretendido aplastar la concepción materialista de la historia. En ese sentido, obran el neoliberalismo, el departamento de Estado norteamericano que ya sentenció "el fin de la historia", e incluso buena parte del discurso de la denominada

“posmodernidad”. De todas maneras, sin apelar a optimismos infundados, las concepciones de la historia son históricas y como tales mientras respondan a los problemas contemporáneos, no sólo seguirán siendo concepciones de la historia sino que constituyen alternativas para el devenir social; eso es lo que ha impedido la muerte del catolicismo, ha favorecido la fortaleza del liberalismo y no le resta vigencia al marxismo.

El catolicismo

El catolicismo como vertiente del cristianismo es uno de los más ejemplares fenómenos de la humanidad. Más que conservador, el catolicismo ha sabido adaptarse a los cambios de la historia. Esa ha sido su constante. A pesar de todos los obstáculos sufridos, sigue siendo una alternativa política, ética y filosófica para la humanidad. Más que del marxismo, los ataques contra el catolicismo han venido del liberalismo, del mundo moderno que éste ha erigido. Primero fue la reforma protestante, de allí el catolicismo salió mal librado; casi toda Europa izó las banderas de Lutero y Calvino. El catolicismo tuvo que limitar su pretensión universalista y paulatinamente se vio sometido al poder temporal de monarquías que, poco a poco, se volvieron absolutas. Vino después la revolución francesa de 1789 y los efectos de ésta sobre la Iglesia católica fueron devastadores. Ambos, reforma y revolución, como escribió el historiador Óscar Saldarriaga², habían logrado sacudir a fondo, no sólo el poder temporal –económico, político y logístico– de la institución, sino también y, sobre todo, su sistema escolar, corazón del “poder moral” católico, y con él, su tradición de pensamiento filosófico. La modernidad con su rostro conquistador, había logrado separar al catolicismo de su pasado intelectual. En los años siguientes a la revolución francesa y, en especial bajo el dominio napoleónico sobre amplias áreas de Europa, “los centros de la Iglesia, los que todavía existían, quedaron subordinados a la autoridad civil o dejados de lado de tal modo, que no les quedó otra solución que someterse espontáneamente a las directrices estatales”³.

2. Parte de lo que aquí exponemos sobre el catolicismo es tomado de Óscar Saldarriaga Vélez, “Catolicismo y Modernidad: la restauración de la filosofía neotomista en Colombia 1868-1968”, ensayo inédito.

Hacia comienzos del siglo XIX, la tensión entre el catolicismo y los paradigmas de la modernidad se habían hecho insostenibles: el “Hombre”, el “Mundo” y “Dios”, tal como los había definido el catolicismo pos-tridentino, se desmoronaban ante las filosofías pos-cartesianas y neokantianas en teoría del conocimiento y en metafísica; la teología, la exégesis bíblica y la dogmática se enfrentaban a las investigaciones de los protestantes y de los llamados “católicos modernistas”, en ciencias históricas y filológicas; en biología y psicología las nociones de vida, conciencia y alma se enfrentaban al evolucionismo, a la psicología experimental y al psicoanálisis; en cosmología la noción de materia, de espacio, de tiempo y de energía ante la física termodinámica y atómica; en moral y ética social, ante las sociologías liberales y socialistas y el auge de las luchas del proletariado.

No quedaba duda que era contra todo el catolicismo occidental, modelado por su teología de la autoridad y su antropología del pecado, contra quien las sociedades modernas en su crisálida secular se dirigían. La estrategia de salvación para la Iglesia católica no fue otra que la reinstauración de una vieja filosofía cristiana, de estirpe aristotélica, pero adecuándola a los tiempos modernos: el neotomismo. Éste demostró que en su terreno, la lógica, sí podía dar cuenta del problema de las relaciones entre fe y razón. La filosofía tomista reinstaurada por León XIII a partir de la promulgación de la encíclica *Aeterni Patris* en 1879, habría sido no sólo el fundamento teórico de una política cristiana, sino además, el principio de una política clerical. Según el historiador canadiense Pierre Thibault, el resurgimiento del tomismo en el siglo XIX habría constituido para el Papa, un elemento de la estrategia para reestructurar su antiguo poder espiritual sobre las sociedades temporales, en un contexto dominado por el liberalismo. El neotomismo, en palabras de Thibault, fue más una estrategia católica para insertarse en la modernidad⁴. Eso garantizó la supervivencia del catolicismo y lo revitalizó frente al proyecto moderno libe-

-
3. Heinrich M. Schmidinger, “El debate sobre los comienzos de la neoescolástica italiana: Salvatore Rosselli, Vincenzo Buzzetti y Gaetano Sanseverino”, en Co-reth, Emerich *et al.* (eds), *Filosofía-cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX*, Encuentro eds., Madrid, 1994, citado por Óscar Saldarriaga, *ibídem.*, p. 8.
 4. Las hipótesis de Pierre Thibault, a pesar de las críticas sobre la falta de rigor en el tratamiento de los datos históricos, son altamente valoradas por Saldarriaga. Ver Saldarriaga, *Ibídem.*, pp. 2-3.

ral; por ese, entre otros motivos, el catolicismo sigue siendo una alternativa histórica que se mantiene y evoluciona, que independientemente de haber comprometido su existencia al lado de la concepción liberal, avanza, se transforma y fragmenta; esa es la pugna interna que se refleja en el fortalecimiento de corrientes como la teología de la liberación y la proliferación de sectas cristianas de corte protestante en América Latina. Ambos fenómenos son, a nuestro parecer, reacciones de los feligreses y de sectores del clero frente al conubio entre la Iglesia católica y el liberalismo.

El liberalismo

Adam Smith concebía la historia como una línea finita, portadora de un comienzo pero conducente a un fin. Así explica la evolución humana a través de cuatro estadios socioeconómicos consecutivos, cada uno de los cuales se basaba en un modo de subsistencia particular: caza, pastoreo, agricultura y comercio. Lo que tenemos, como escribió el historiador Josep Fontana, es la combinación de una visión de la historia como ascenso de la barbarie hacia el capitalismo, un programa para el pleno desarrollo de éste, dentro de un marco de liberalismo económico, con un sistema político que garantice el respeto por la propiedad privada. La historia vista de esta manera anticipaba la evolución de las naciones hacia un futuro de riqueza y prosperidad para todos, marcado por el triunfo de los supuestos liberales⁵. La historia en manos de Smith quedaba condenada a un sonambulismo evolucionista, dictado por los cambios espontáneos en la esfera económica. Escapaban a esta concepción las contradicciones sociales y las pugnas políticas.

El liberalismo ha visto en lo material, en la propiedad y la riqueza, en los bienes temporales, el motor del devenir histórico. A él pertenecen las ideas de mercado y progreso, los conceptos abstractos de igualdad y libertad. La teoría del utilitarismo y la revolución industrial, la apología del individuo y la mayor felicidad para el mayor número de personas. Al liberalismo como concepción moderna de la historia, pertenecen el racionalismo y las ciencias modernas, los grandes inventos y el desarrollo tecnológico.

5. Josep Fontana, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 90.

La sociedad moderna reinstaló al hombre en el centro del universo, hizo que la historia fuese de nuevo concebida con protagonistas humanos y no como algo determinado por una fuerza extraña al hombre y sobrenatural. En la medida en que fomentó la riqueza y sacralizó la propiedad, el liberalismo elevó la desigualdad a términos inimaginables, profundizando de paso los antagonismos sociales. Ciertamente era que la "libertad" por sí sola no eliminaba la pobreza.

Hegel dijo en alguna parte que la historia no se escribe sobre un jardín de rosas. La génesis del modelo de sociedad liberal tampoco. El surgimiento del capitalismo fue particularmente violento, como seguramente habría podido ser la transición entre cada uno de los estadios en que Smith segmentó la historia. La época de acumulación originaria de capital, que daría pie al triunfo de los supuestos liberales, se caracterizó, en palabras de Marx, por un proceso violento en que los pequeños propietarios de medios de producción fueron expropiados. El liberalismo creó una sociedad de hombres liberados de los medios de producción. He ahí la clave del liberalismo: un nuevo sistema de esclavitud fundado en el salario y en el desempleo como requisito. Un conjunto de libertades: de mercado, de precios, de credo, de movimiento, de palabra, etc. En esencia, un sistema de expropiación generalizada. Una sociedad fundada en el mercado, pero en un mercado de hombres que toman la forma de mercancías, para a su vez producir y reproducirse. Semejante sistema nació en las entrañas del mundo medieval; a él pertenece su legado, pero en pugna con ese legado se erige y edifica para crear una concepción de la historia, que basada en el desarrollo económico y no en las ideas del pecado y la salvación, legitime la concepción liberal, fundada en el modo de producción capitalista, o mejor en el modo de expropiación (explotación) capitalista.

La historia de la concepción liberal es la historia de los métodos o modelos de apropiación de la riqueza bajo el modo de producción capitalista; en otras palabras, es la historia de los métodos o modelos de expropiación de la fuerza de trabajo. Es, además, la historia de una contradicción insoluble, aquella señalada magistralmente por Marx, consistente en que el carácter social de la producción culmina en una manera privada de apropiación de la riqueza. Por esta razón, al capitalismo lo persigue el fantasma endémico de las crisis cíclicas. Las políticas contra éstas dieron origen a los modelos económicos: mercantilismo, libre comercio, regulación económica y en la actuali-

dad al neoliberalismo. Todos, intentos infructuosos por conjurar la crisis, pero exitosos en la mira de preservar el sistema.

La historia de la concepción capitalista liberal deambula en una paradoja fatal: se expande como alternativa de supervivencia, pero con la expansión compromete a la vez su propia existencia⁶. En el proceso de expansión el capitalismo, siguiendo un modelo medieval, se ha hecho imperialista. Primero, mediante el reparto territorial del mundo, reflejado en la creación del sistema colonial en todo el orbe. Después, mediante la repartición del mundo en zonas de influencia económica. En la actualidad, bajo los supuestos del neoliberalismo se gesta una nueva fase de expansión denominada “globalización”, más decididamente financiera bajo los supuestos del mercado libre y un mundo dividido en bloques económicos. En esencia se trata del avance del proceso de acumulación capitalista, pero de una acumulación que aproxima la concepción liberal a sus límites infranqueables.

Una amenaza real ha tenido la concepción capitalista liberal en el proceso de su evolución histórica: el marxismo⁷. Desde 1871 con la Comuna de París y después de 1917 con la revolución de octubre, el reto de las revoluciones proletarias de carácter socialista amenazó el orden capitalista mundial en su proyecto de expansión. El triunfo del bolchevismo y la creación de un sistema de países socialistas luego de la segunda guerra mundial, paradójicamente contribuyó al desarrollo capitalista mediante la competencia. Los países capitalistas occidentales de Europa y Norteamérica implementaron mecanismos de regulación económica que favorecieron el nivel de vida de los trabajadores, como instrumento para calmar las tensiones sociales internas ante el peligro de una alternativa socialista. Estas políticas hicieron inevitable la expansión del sistema hacia la periferia. El imperialismo fue una manera de realizar en la periferia los niveles de acumulación capitalista que el mercado metropolitano constreñía, debido a las organizaciones obreras y a las demandas sindicales⁸.

-
6. Ver Charles Bergquist, *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*, Siglo XXI eds., Bogotá, p. 30.
 7. Por no considerarlos anticapitalistas, no vemos al fascismo o al nazismo como amenazas a la concepción liberal. Tampoco creemos que lo sean las alternativas de origen islámico, así no compartan los supuestos éticos de la economía capitalista.
 8. *Ibidem.*, pp. 29-31. Ver también el libro más reciente, Charles Bergquist, *Labor and the Course of American Democracy. US History in Latin American Perspective*, Verso, Londres, Nueva York, 1996, pp. 45-80; Philippe Braillard y Pierre de Senarclens, *El im-*

Muchos son los logros del proyecto de modernidad liberal, pero cabría preguntarse si en cinco siglos de existencia el capitalismo ha alcanzado su plenitud y superado sus contradicciones, como lo festejan los sepultureros precoces del marxismo, si al cabo de cinco siglos, o menos, o más, el liberalismo y su modo de producción se han agotado. Como escribió Perry Anderson: "La convicción de que no hay una alternativa económica viable para el mercado libre surge más bien del fracaso del comunismo soviético que del éxito del capitalismo coreano"⁹.

Umberto Eco en un artículo polémico¹⁰ veía, en lo que algunos ven un mundo posmoderno, el renacer o la persistencia de la Edad Media. Personalmente creo que estamos asistiendo a una nueva etapa, no del medioevo, sino de expansión del capitalismo. Lo que ahora se denomina "globalización", no es más que un nuevo período de reparto del mundo entre bloques de potencias liberales, que impulsan de manera soberbia y obstinada una alternativa histórica, que ilusamente consideran sin competencia.

El marxismo

A mediados del siglo XIX, cuando es redactado el *Manifiesto Comunista*, crecía la conciencia de que las promesas Smithianas de felicidad y riqueza para todos que ofrecía el sistema capitalista no iban a cumplirse. La difusión del liberalismo y el aumento de la riqueza no aproximaban a la humanidad al anhelado puerto de prosperidad sino, por el contrario, la empujaban inevitablemente al abismo de la desigualdad. Precisamente explorando las causas de la desigualdad entre los hombres es que emerge la concepción marxista de la historia. Ésta nos muestra la evolución humana a través de unas etapas de progreso, que no son definidas fundamentalmente por el grado de desarrollo de la producción, sino por la naturaleza de las relaciones que se establecen entre los hombres que participan en el proceso productivo. Desde la costumbre de matar y alimentarse con los de su propia especie en la época primitiva, pasando por la apropiación de

perialismo, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, pp. 7-71.

9. Perry Anderson, *Los fines de la historia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995, p. 127.

10. Umberto Eco, "La Edad Media ha comenzado ya", en Umberto Eco y otros, *La Nueva Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 3ª reimpresión, 1995, pp. 9-34.

unos seres humanos por otros mediante la esclavitud en las sociedades antiguas y modernas, hasta el hábito de vivir del trabajo de los demás en el capitalismo, el marxismo destaca las relaciones de producción. Conceptos como esclavismo, feudalismo, capitalismo o socialismo, entendidos como proyectos hacia el futuro, no se refieren al carácter predominantemente agrario o industrial de la producción, sino al tipo de relación que existe entre amo y esclavo, señor y vasallo, empresario capitalista y obrero asalariado, o a la relación de igual a igual entre hombres libres en una sociedad que habrá eliminado la explotación. De ahí que, tras un breve exordio, el *Manifiesto Comunista* afirme: “La historia de todas las sociedades hasta nuestros días¹¹ es la historia de las luchas de clase”¹².

La historia definida por etapas, en donde lo fundamental son las relaciones de producción, es decir, la lucha de clases, conduce a explicar un presente de miseria y sometimiento. El capitalismo en Marx no es ya el punto de llegada de toda la evolución humana, sino una fase más que deberá ser destruida, como las anteriores, para conducir a la plenitud que será una sociedad sin clases, sin explotación. El capitalismo debe ser destruido, porque es una “forma de esclavitud”. Ese es el fundamento ético del marxismo; por lo demás, en Marx, el pasado explica el presente, como ocurre en toda visión de la historia, pero no lo legitima.

No obstante, la visión futurista de Marx y Engels acepta una parte de la promesa Smithiana, pero cambiando los términos en que está formulada. Las fuerzas productivas que el capitalismo ha movilizadas, potenciadas por la ciencia, pueden asegurar la prosperidad para todos, a condición de abolir el marco social capitalista que las encuadra¹³.

En descubrir la lucha de clases como motor que jalona el devenir social y plantear la práctica política y no la evolución económica como clave del cambio histórico, radica la diferencia del marxismo respecto de la concepción histórica del liberalismo y del catolicismo fundada en la teoría del pecado y la promesa del más allá. Desde la

11. Marx y Engels aclaran en pie de página, que se refieren a la historia escrita, pues en 1847 la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida.

12. Carlos Marx, Federico Engels, *Obras Escogidas*, Tomo 1, Progreso, Moscú, 1976, p. 111.

13. Ver Fontana, *op. cit.*, p. 150.

aparición del *Manifiesto*, en febrero de 1848, el marxismo ha sido el fantasma, la pesadilla del liberalismo y el catolicismo. El materialismo marxista es para el catolicismo como la abolición de la propiedad privada para el liberalismo. El marxismo en sus 150 años de historia ha contribuido a cambiar el mundo. Se puede afirmar que el siglo XX comenzó en 1917. La revolución soviética partió la historia en dos. La segunda guerra mundial culminó con la creación de dos sistemas socioeconómicos y el establecimiento de la guerra fría.

El socialismo con su expansión al Asia, África y América Latina se convirtió en sistema universal. Un liberalismo que no se consolidaba históricamente, veía tempranamente comprometida su existencia. El mundo al borde de una tercera conflagración mundial dependía del equilibrio que las potencias exhibían en el cosmos y en las armas de destrucción masiva. Al tiempo, en economía, la potencia socialista se levantaba como un gigante con pies de barro. El socialismo, con enormes dificultades, se industrializó y expandió en medio de dos guerras mundiales. Tal vez la falta de acumulación de riqueza para su expansión, la competencia con un modo de producción más desarrollado y las carreras cósmica y de armamentos definieron su efímera existencia. Caben allí varias explicaciones de índole político: el culto a Stalin, las complicidades capitalistas de Kruschev, el imperio de la burocracia bajo Breznev o la "traición" de Gorbachov. Se puede argumentar también la falta de madurez del capitalismo para su transición al socialismo. No hay que olvidar a Gramsci cuando, refiriéndose al octubre rojo de 1917, decía que la revolución rusa había sido una revolución contra el capital, pero de Marx. La culpa se le puede atribuir igualmente a la genialidad conspiradora de Washington o de Roma o a su viejo contubernio. En fin, la caída del socialismo puede también atribuirse a efectos milenaristas, a la capa de ozono o a movimientos feministas. Todas las explicaciones pueden aportar una respuesta, pero ese no es el caso de esta reflexión. Lo que aquí nos ocupa es el hecho de si el marxismo en su corta, pero riquísima experiencia, ha agotado sus posibilidades históricas. El liberalismo en cinco siglos de existencia no ha logrado deshacerse del catolicismo; ¿será que lo hará de una concepción más joven como el marxismo que ofrece la solución a sus contradicciones?

No queremos, desde luego, hacer votos de voluntarismo histórico, ni apología de evolucionismo social, de aquel que propone una buena hamaca para esperar el advenimiento del capitalismo maduro. El marxismo como concepción de la historia, no es ni más ni me-

nos que una teoría de la práctica para la transformación de la sociedad. El liberalismo no se impuso sobre el catolicismo en un cielo sereno, sino en una ardua confrontación que todavía no da muestras de llegar a su fin. ¿No es prematuro vaticinar el fin del marxismo? Que los países socialistas hayan colapsado frente a la economía y la democracia liberales no implica que el marxismo, como alternativa histórica, se encuentre acabado. El liberalismo y su proyecto, el capitalismo, está planteando problemas que en su propio contexto no puede resolver; sólo lo haría al precio de su propia existencia. No me refiero exclusivamente a los problemas ambientales y ecológicos. Ahora, más que nunca, el capitalismo está globalizando la miseria, la está llevando a límites incontrolables: tras el genocidio de Ruanda está la “ayuda humanitaria y desinteresada” de Washington. El epitafio del *Manifiesto*, que llama a todos los trabajadores del mundo a unirse, no ha perdido vigencia.

El marxismo, si reconocemos su esencia dialéctica, es esencialmente crítico de cualquier orden existente, su permanente negación. No de otra manera el marxismo es ajeno a la contemplación y se funda en la práctica; por eso, como alternativa anticapitalista y no por longevo, es que el marxismo sigue vigente. ¿Qué otra concepción de la historia goza de la coherencia ideológica y del prestigio histórico frente al liberalismo? ¿Qué concepción de la historia ha sido la más atacada y repudiada por los ideólogos liberales en el presente siglo? O será que llegó el fin de la historia, porque como dice Fukuyama: “El fin de la historia no equivale a haber alcanzado un sistema perfecto, sino a la eliminación de alternativas mejores”¹⁴. No creemos que un sistema de esclavitud como el capitalista sea la mejor alternativa para la humanidad. El *Manifiesto Comunista* reconoció el papel revolucionario de la burguesía, pero también demostró su carácter retrógrado. Precisamente, en la imperfección del capitalismo se ubican las premisas del surgimiento, fortalecimiento y desarrollo de nuevas alternativas en la historia, y el marxismo es una de esas alternativas, que no han sido, como ya se sentenció, eliminadas por el liberalismo.

14. Perry Anderson, *op. cit.*, p. 102.

Ética y libertad en Marx

Guillermo Restrepo Sierra*

Estamos celebrando los 150 años del *Manifiesto del Partido Comunista*, y es muy pertinente preguntarse si Marx formuló explícitamente una ética para la sociedad capitalista de su época o para una sociedad futura socialista. Ni lo uno ni lo otro parece ser cierto. Marx nunca formuló explícitamente una ética o algo por el estilo. No obstante, existen numerosas alusiones en sus textos que indican que Marx no fue indiferente a los problemas éticos. Por ejemplo, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, se expresaba así:

Ya es hora que los comunistas expongan ante la faz del mundo sus conceptos, *sus fines* y sus tendencias. La historia escrita es la historia de las luchas de clases en conflicto que enfrentan a *opresores y oprimidos*. Cada etapa recorrida por la burguesía ha sido acompañada de un correspondiente *progreso* político. *La burguesía ha sido impiadosa* al desgarrar las ataduras feudales para sustituirlas por el frío interés, el cruel pago al contado. La burguesía ahogó el fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en *las aguas heladas del cálculo egoísta*. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas por *la desalmada libertad de comercio*. Ha establecido una *explotación abierta, descarada, directa y brutal* que ha sustituido a la explotación velada por ilusiones religiosas. Ha despojado de su aureola a todas las profesiones y ha convertido al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta y al hombre de ciencia en sus *servidores asalariados*. Ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo, que encubría las relaciones familiares y las ha reducido a *relaciones de dinero*.

* Profesor titular del Departamento de Matemáticas de la Universidad del Valle.

Los términos resaltados expresan una profunda indignación moral ante las consecuencias negativas del progreso capitalista. Pero, simultáneamente expresa Marx en el *Manifiesto* las enormes posibilidades de liberación humana universal que abre este sistema económico. Afirma que la burguesía, a lo largo de su dominio de clase, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas. Experimenta sentimientos de admiración por el empleo de las máquinas en la industria, la aplicación de la química a la industria y la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico. Se maravilla del surgimiento –como por encanto– de una sociedad urbanizada.

Este optimismo ante las posibilidades que ofrecían la ciencia y la técnica para crear un mundo más humano, salido de las entrañas del trabajo social, estaba ensombrecido por su convicción de que la burguesía no sabría utilizar debidamente tales posibilidades. Para Marx, el gran obstáculo para la realización de estas posibilidades es la propiedad burguesa, que enfrenta a los trabajadores y a los dueños del capital. El Estado burgués protege la propiedad, y con ello garantiza el derecho de apropiación de los excedentes económicos por parte de la burguesía. La meta del comunismo sería, entonces, la abolición de la propiedad bajo la forma de capital y acabar con los antagonismos de clase. De este modo “surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada quién será la condición del libre desenvolvimiento de todos”¹.

Las citas anteriores expresan indignación y piedad ante los sufrimientos causados por la violencia social y política generada en los procesos de transición de las sociedades agrarias precapitalistas a las sociedades modernas capitalistas. Un cambio que no resulta de la planeación racional de un individuo o grupo de individuos, sino que se gesta en la entrañas de la sociedad misma como una fuerza inmanente y necesaria². Estas consideraciones lo llevan a precisar con profunda visión moderna de lo que hoy constituye la teoría general de los procesos, que la sociedad capitalista no es eterna. Es simplemente

-
1. *El Manifiesto, obras escogidas*, Editorial Progreso, 1971, p. 19.
 2. Marx expresaba esta idea claramente en el prólogo a la primera edición de *El Capital*. El desarrollo de las sociedades es un “proceso histórico–natural y [por tanto] no se puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de las que él es socialmente criatura, aunque se considere subjetivamente muy por encima de ellas”.

una de las tantas formas posibles en que se estabiliza el desarrollo social del hombre. Al mismo tiempo expresan dichas citas la esperanza de que es posible crear una *Gemeinschaft* (comunidad) de hombres libres que puedan, sin obstáculos sociales, desarrollar sus potencialidades inscritas en el orden natural. Quien busque los hilos de una posible ética marxista, debe entonces pensar en los procesos de lucha del hombre moderno por crear una sociedad futura más humana.

Reiteramos que Marx nunca escribió un tratado de ética ni se propuso hacerlo; que sus textos están cargados de alusiones éticas que expresan su insatisfacción con la inhumanidad del capitalismo, y que abrigaba la convicción de que es posible crear las bases materiales y políticas para el surgimiento de una sociedad que permita a cada quién darle un sentido humano a su existencia. No obstante, Marx dejó indicaciones fundamentales sobre los sistemas éticos en general. De una manera convincente argumentó que todos los sistemas éticos están enraizados en las formas de la vida social, las cuales están en continuo proceso de cambio y transformación.

Unas breves palabras sobre los sistemas éticos son pertinentes en este momento. Un sistema ético se compone de unos enunciados declarativos acerca de un modelo de "vida buena", de reglas especiales para caracterizar "lo humano" del hombre biológico y de reglas especiales para distinguir los medios "lícitos" de los "ilícitos", socialmente aceptables, para lograr los fines compatibles con dicho modelo. No es nuestro propósito, ni es pertinente para los fines de esta conferencia, resaltar las diferentes tipologías de los sistemas éticos. Pero digamos, en aras de la brevedad, que las teorías éticas de perfil individualista (sofistas, estoicos, epicureístas) son extrañas al pensamiento marxista. En cambio la ética aristotélica tiene fuertes nexos con el marxismo, en lo que respecta a sus acentos en la idea de comunidad y en los nexos entre ética y política.

Aunque la *Ética a Nicómaco* se inicia con una definición teleológica del bien como aquello hacia lo cual tienden todas las artes, todas las investigaciones, e igualmente todas las acciones y proyectos, en realidad el tema predilecto es la política. Su obra la *Política*, es una secuela de la ética. Ambas constituyen las ciencias prácticas de la felicidad humana, de las actividades que la constituyen y de los procedimientos para alcanzarla. La ética muestra los estilos de vida necesarios para la felicidad, mientras que la política se ocupa de las instituciones necesarias para hacer posible estos estilos de vida y salvaguardarlos.

¿Cómo es posible esta unión tan estrecha entre ética y política? Era posible en la época de Aristóteles, cuando la *polis* (ciudad-Estado pequeño y autónomo) permitía el encuentro de los terratenientes esclavistas en las asambleas y simposios para cultivar la amistad, y al mismo tiempo definir los planes de acción para lograr el bienestar de todos. De estas reuniones estaban excluidos los esclavos, los artesanos, los labradores y las mujeres, dentro de unas reglas de orden jerárquico aceptadas socialmente. El individuo estaba inmerso en la colectividad y lo bueno era aquello que la comunidad apreciaba y deseaba. La perspectiva ética era, pues, una forma o estilo de vida en la que obrar bien y vivir bien podían coexistir. Se trata de una teoría ética enraizada en una sociedad muy particular, la *polis* griega, en la cual el bien común de la aristocracia excluía los deseos humanos del *demos* (la gente común), los cuales eran considerados como simples deseos animales y fuentes de errores y distracciones.

La declinación y derrumbe de la *polis* con el absolutismo macedónico de Alejandro, planteó la antítesis inevitable entre Estado e individuo. Ya no se pregunta por las formas de vida social en las cuales pueda tener cabida la justicia, o qué virtudes deben ser cultivadas para crear una vida comunal. Ahora se interroga sobre lo que cada uno debe hacer para ser feliz, o sobre qué bienes se pueden conseguir como persona privada.

¿Son la ética y la política dos campos diferentes? Una respuesta a esta pregunta depende del tiempo y del lugar. Ya hemos analizado la respuesta positiva de Aristóteles. Maquiavelo dio una respuesta negativa tajante a este interrogante. Los fines de la vida política y social están determinados en el orden de la necesidad natural. Se refieren únicamente a las artes de obtener y conservar el poder, y al mantenimiento del orden político y de la prosperidad en general. Las reglas morales son reglas técnicas en relación con los medios para obtener fines políticos. Además, han de usarse dando por sentado que todos los hombres son corruptos en alguna medida. Podemos violar nuestras promesas y acuerdos en cualquier momento, si ello conviene a nuestros intereses, puesto que todos son malvados y, por tanto, tienen la misma capacidad y disposición para hacer lo mismo. Por otra parte, como todos los hombres son influidos por ideas tales como la piedad, la clemencia y la generosidad, conviene utilizar estas ideas dentro de un juego de cálculos racionales precisos sobre su valor para mi causa en un momento dado. Lo importante de la acción es su éxito. El fin es todo y los medios son justificados por los fines. A

la pregunta, ¿qué debo hacer?, responde: aquello que convenga para influir sobre los demás, según nuestros propios fines. El individuo de Maquiavelo ya es el individuo liberal moderno que no tiene vínculos sociales, o pretende no tenerlos, soberano en sus decisiones y metas, en un mundo histórico gobernado por las leyes de la necesidad histórica. La posición de Maquiavelo plantea una contradicción, aparentemente insoluble, entre ética y política en la sociedad moderna.

Marx crece en el ambiente de una familia judía, liberal y libre-pensadora, en la que se leía a Rousseau y a Voltaire. En su casa se respiraba liberalismo. En sus primeros años universitarios participó en un club de amigos hegelianos que entre sí se trataban de su "irreverencia". Pero muy pronto aprendió a detestar a los "librepensadores" por su actitud meramente crítica, vana e ineficaz y conducente al nihilismo, al romanticismo revolucionario y a las fanfarronadas geniales. Lucha inútilmente desde la prensa liberal de la época por la liberación política de Alemania. Llega a París en 1843 como exiliado político, y en su cabeza se empiezan a gestar las ideas de la liberación del hombre entero, a través de la revolución social y no simplemente política como pensaban los liberales. Se relaciona con las sociedades secretas comunistas, que empezaban a funcionar en París bajo la influencia del movimiento obrero. Queda vivamente impresionado por la fraternidad obrera que surge de la conciencia empírica y espontánea que tienen los obreros de su miseria universal³. Aprende a compartir las miserias y esperanzas de los obreros en París, y empieza a dudar de la eficacia de las soluciones políticas y a sospechar de las enormes posibilidades de transformación social y de progreso que había en el sector obrero. En realidad, Marx descubre que la comunidad no es una colección de cuervos que viven en despiadada competencia los unos contra los otros, como afirmaba J. S. Mills. Que aun en la sociedad moderna conformada por desarraigados de pequeñas comunidades agrarias y artesanales, había un sentido de comunidad humana y de solidaridad que rebasaba los límites formales de la simple igualdad universal ante la ley.

La comunidad de Marx (*Gemeinschaft*) no es la sociedad que estudian los sociólogos, ni la sociedad civil hegeliana que se opone al

3. Estanislao Zuleta en su libro *Violencia, democracia y derechos humanos*, Ediciones Altamir, 1991, p. 67, se refiere con marcado e injustificado desdén liberal a este episodio de la vida de Marx.

Estado como espacio de lo público. En la comunidad marxiana existe participación, mutualidad, intereses comunes, unión, comunión. No es la comunidad tribal en la que la libertad de sus miembros queda eliminada por la fuerza misma de la rigidez de las estructuras sociales. Tampoco es la comunidad en que vivió Aristóteles. Se trata de una comunidad de hombres dotados de libertad, entendida como capacidad de liberación y autodesarrollo y de razón, entendida fundamentalmente como capacidad para entender el mundo y actuar en él responsablemente. No se trata de la libertad civil de J. S. Mill concretada en los derechos o libertades individuales, entendidos como una muralla que interponen los individuos para defenderse de las acciones de la sociedad representada en el Estado liberal, y que no puede ser traspasada por el llamado ejercicio legítimo del poder. Tal comunidad marxiana se origina, crece y se desarrolla dentro de un proceso cultural permanente de luchas políticas y sociales locales y globales, ligadas a las contradicciones internas del sistema capitalista.

Esta idea de comunidad marxista debe ser explicada con cierto detalle para resaltar el carácter no comunitarista de la sociedad capitalista. La idea clave es el concepto de alienación. Para Marx, en la sociedad capitalista los individuos están alienados. El capitalismo es una sociedad alienante. Es decir, su verdadera realidad está oculta por velos invisibles exteriores al hombre mismo, que es preciso descorrer. Estos velos o representaciones creadas por el hombre mismo (religión, Estado, la mercancía fetichizada, las relaciones contractuales entre individuos iguales, las relaciones sociales de explotación, etc.) se erigen como fuerzas externas dominadoras y esclavizadoras, que obstaculizan el libre desarrollo social de los dones naturales de cada hombre particular. Las tareas inmediatas del hombre moderno son, señala Marx, tareas liberadoras, luchas contra la enajenación.

Debo manifestar, en primer lugar, que a mi entender la teoría de las alienaciones es mucho más que una simple descripción o inventario crítico de las contradicciones sociales y culturales dentro del capitalismo. En ella hay, además de esto y fundamentalmente, una invitación a la práctica de una ética liberadora. Cuando el hombre se exterioriza en la acción y sale de sí mismo, encuentra situaciones que interfieren con su libertad. Encuentra a la naturaleza en primer lugar, como dato informativo para la actividad sensible y la actividad motora, como fuente de energía y como objeto de transformación a través de la técnica, según límites objetivos que descubren las cien-

cias naturales y matemáticas. Las exterioridades problemáticas son aquellas creadas por el hombre mismo, y que en el ámbito de la representación se convierten en fetiches dominadores por fuera de la sociedad real misma. Son las alienaciones marxianas.

La menos radical de todas es la enajenación religiosa. Marx parte de la hipótesis de que no existe una realidad humana genérica desde el punto de vista biológico (hombre-especie). La realidad humana es fundamentalmente histórico-cultural⁴. En la religión el hombre transfiere este ser genérico a un más allá de la historia real, y de este modo fomenta las formas de resignación con la realidad social existente. Por otro lado, la religión genera una escisión en la conciencia individual del hombre moderno, quien se expresa, unas veces, como el ciudadano igual ante la ley y, otras veces, como el habitante de un mundo trascendental que rige su vida por principios éticos no armonizados con la ley positiva. Vive al mismo tiempo en la ciudad de Dios y en la ciudad de los Hombres gobernada por el Estado laico liberal. Tal Estado se ha abrogado la representación de lo público y universal de los miembros de la sociedad, supuestamente, y ha relegado la religión al ámbito de lo privado. El Estado liberal se emancipó de la religión, pero “la emancipación religiosa del Estado no es la emancipación religiosa del hombre real”, afirma Marx en *La cuestión judía*⁵. Por otra parte, el Estado laico moderno, por ser repre-

4. La tesis de una esencia humana genérica es de Feuerbach. En *La ideología alemana* (1845), Marx dirá que la esencia humana está determinada por las relaciones sociales, lo que significa que está por fuera del hombre-especie universal.
5. Marx escribe sobre la cuestión judía en 1844, Marx y Engels, *Obras fundamentales completas*, Vol. 1, Fondo de Cultura Económica, México, p. 476. En este texto plantea el tema de la emancipación política y la emancipación humana. Argumenta que el Estado se emancipa de la religión cuando, como tal, no profesa religión alguna. Esta emancipación del Estado respecto a la religión, no es la emancipación total de la religión: “El límite de la emancipación política se manifiesta en seguida en el hecho de que el Estado puede liberarse de una traba sin que el hombre se libere realmente de ella; en que el Estado pueda ser un Estado libre sin que el hombre sea un hombre libre” (p. 469). Todo parece indicar que la crítica de Marx a la religión es sólo un pretexto para empezar la crítica del Estado y del Derecho, de los ámbitos hegelianos de la realidad moral, pues afirma: “El Estado político pleno es, por su esencia, la vida genérica del hombre por oposición a su vida material. Las premisas de esta vida egoísta se mantienen todas en pie, al margen de la esfera del Estado, en la sociedad civil. Allí donde el Estado político ha alcanzado su verdadero desarrollo, el hombre

sentativo, no se exime de la influencia de la religión en sus decisiones y procedimientos, pues al estar inmerso en la cultura en alguna forma, su funcionamiento está impregnado de representatividad religiosa. Marx nunca fue lo que hoy se llama “ateo militante” y sus ideas sobre la religiosidad humana jamás fueron objeto de escarnio sino más bien de respeto. Reconocía que la religión era fuente de consuelo, instrumento de resignación e instrumento de lucha de los oprimidos. Pero utópicamente pensaba que en una sociedad de relaciones transparentes, la religiosidad se torna innecesaria⁶.

La crítica al Estado y a la política empieza por el señalamiento de la doble existencia de los hombres en la sociedad capitalista, como ciudadanos iguales todos ante la ley (ente público) y como hombres particulares que en la “sociedad civil” desarrollan sus actividades laborales y económicas y satisfacen sus necesidades. El Estado moderno, erigido como una fuerza exterior a la “sociedad civil”, ha tratado de conciliar estas dos existencias separadas, sin reparar que en la vida real los hombres están separados y enfrentados entre sí, los unos como propietarios capitalistas y los otros como asalariados. En realidad, la ilusión liberal consiste en suponer que la “sociedad civil”

lleva, no sólo en el pensamiento y la conciencia, sino en la realidad, en la vida misma, una doble vida, una celestial y otra terrenal: la vida de la comunidad política en la que se considera como ser colectivo y la vida de la sociedad civil en la que obra como particular” (p. 470). Por otra parte, dice Marx que “la emancipación política representa un gran progreso y, aunque no sea la forma más alta de emancipación humana, sí es la forma más alta de emancipación humana dentro del orden del mundo actual” (p. 471).

6. En la *Contribución a la crítica de la economía política* dice Marx: “La verdadera felicidad del pueblo exige que la religión sea suprimida en cuanto felicidad ilusoria del pueblo. Exigir que se renuncie a las ilusiones que se refieren a nuestra propia situación es exigir que se renuncie a una situación que necesita ilusiones. La crítica de la religión es, pues, en germen, la crítica de este valle de lágrimas del que la religión es la aureola”. “La crítica de la religión desilusiona al hombre, para que piense, actúe y forme su realidad como un hombre que ha pasado a ser razonable, para que se mueva en torno a sí mismo, y por consiguiente, en torno a su verdadero sol. La religión no es más que el sol ilusorio que se mueve en torno del hombre, en tanto que éste no se mueve en torno a sí mismo”. Y luego agrega que una vez se desenmascare al hombre de su vida sacralizada y religiosa, se debe proceder a desenmascarar al hombre de su vida profana. “La crítica del cielo se convierte así en crítica de la tierra; la crítica de la religión en crítica del derecho y la crítica de la teología en crítica de la política”.

es un conjunto homogéneo de individuos libres e iguales, que buscan sus propios intereses en un plano de igualdad real. La exterioridad del Estado es el signo de la influencia exclusivista que ejerce sobre él una clase de la sociedad en detrimento de las demás⁷. El que hoy, bajo la influencia de muchas luchas inspiradas en el pensamiento socialista, la naturaleza exclusivista de los Estados representativos se haya modificado sustancialmente, no cambia en lo más mínimo las apreciaciones de Marx. El ideal liberal de un Estado democrático auténticamente representativo de unos intereses generales, o de una supuesta voluntad general, es una ilusión.

La raíz de la alienación política, la separación de la política y del Estado de la sociedad civil, las encuentra Marx en la existencia de las clases sociales. Se trata, entonces, de una alienación subordinada a una alienación más profunda: la alienación social. Postula Marx que la alienación política solamente puede superarse mediante la supresión de la alienación social.

En este punto conviene hacer una digresión, antes de entrar en el punto central que es la contradicción entre el capital y el trabajo. Marx articula el sistema de las alienaciones en una totalidad débilmente organizada, por medio de relaciones jerárquicas de subordinación. El primer eslabón de esta cadena jerárquica es la realidad social. Dentro del método histórico-genético del marxismo, esta idea de subordinación tiene un gran valor explicativo. Pero, puede ser interpretado, y así se ha hecho muchas veces, como un determinismo ontológico. Este punto es muy oscuro en Marx, pues deja abiertas las

7. Cuando Hegel reflexiona sobre el Estado en 1802, vivía en una Alemania que ignoraba aún la noción de lo público y de lo político (en 1802 Hegel escribió la Constitución Alemana). Cada príncipe particular gobernaba su Estado o principado como su bien o cosa suya. Los súbditos no eran verdaderos ciudadanos, no eran otra cosa que súbditos, y el Estado no les importaba. En esa época Hegel luchaba contra el Estado feudal absolutista en el cual las relaciones entre príncipes y súbditos eran relaciones de carácter personal. Cuando Hegel publica sus *Fundamentos de la filosofía del derecho* la situación había cambiado sustancialmente, hasta tal punto que Hegel no vaciló en llamar al Estado prusiano modelo de su constitución. Después de 1831, año en que muere Hegel, el Estado prusiano adquiere nuevamente perfiles reaccionarios. En los *Fundamentos*, ve al Estado como el instrumento de la conciliación de los intereses particulares de la sociedad civil. El Estado hegeliano es el ámbito de la libertad. Jean-Yves Calvez, *El pensamiento de Carlos Marx*, Editorial Taurus, Madrid, 1966, pp. 180-186.

puertas para interpretar que la religión, la política, el Estado, la moral y el derecho son simples subproductos fantasmales e ilusorios de las relaciones sociales. Mas no debe concluirse del esquema teórico de Marx que tales instancias superestructurales [metáfora arquitectónica de la base y la superestructura en la ideología alemana de 1845] no tengan eficacia práctica fundamental en la vida social, en la vida individual y en las luchas por la emancipación.

Es en la crítica de las relaciones sociales capitalistas, donde Marx encuentra la fuente de todas las alienaciones. Marx había descubierto que en la sociedad moderna no había comunidad. Si hubiese comunidad y transparencia en la estructura social capitalista, sería una comunidad armónica, en la cual los hombres no experimentarían la necesidad de una conciliación ilusoria y externa de sus conflictos en el Estado. El proceso de producción capitalista es un proceso real e ilusorio al mismo tiempo, pues oculta sutilmente la explotación de los trabajadores. Sin recurrir a ningún tipo de coacción económica o política, el sistema logra que los trabajadores produzcan excedentes en cada empresa capitalista. Hasta aquí no hay ni una pizca de injusticia, pues todo ocurre dentro de los principios sacros del liberalismo. Los obreros libremente firman un contrato con sus iguales capitalistas. Éstos compran la fuerza laboral de los obreros según las normas del mercado y, posteriormente, la usan durante los procesos productivos. Al final del proceso, después de pagar salarios, descontar costos de producción, pagarse su esfuerzo personal y vender las mercancías producidas, el capitalista aparece con un excedente completamente diferente de los clásicos excedentes producidos por los mecanismos de la usura. El capitalista, por ostentar la condición jurídica de propietario de los medios de producción, tiene derecho a apropiarse de estos excedentes. Marx descubrió y explicó de manera convincente que en el proceso de producción capitalista se viola el principio de equidad en los intercambios. Durante cierto tiempo el obrero trabaja para él, para obtener sus medios de vida. Pero el tiempo remanente de la jornada laboral es para su dueño y durante ese tiempo el obrero produce plusvalía que, en palabras de Marx, “sonríe al capitalista con todo el encanto de algo que brotase de la nada”⁸. Ya desde los manuscritos de 1844 veía Marx que en las prácticas productivas capitalistas el trabajador enajena su

8. Karl Marx, *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, 1968, Vol. 1, p. 164.

fuerza laboral y “no se afirma a sí mismo, no desarrolla libremente sus energías físicas y mentales sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente” y mientras más se consume trabajando, “más poderoso es el mundo ajeno de objetos que crea y más pobre es su mundo interior”⁹.

Sin embargo, no es sólo el obrero alienado el resultado de las relaciones de producción capitalista. La sociedad capitalista en su conjunto es alienante, porque fomenta necesidades unilaterales, egoístas y compulsivas y por el carácter instrumental y conflictivo de sus relaciones sociales. Estas relaciones adquieren una forma fetichista muchas veces, al metamorfosear el carácter social e histórico de las cosas en formas naturalistas. Por consiguiente, el capitalismo estimula deseos inhumanos, sofisticados y no naturales, convierte el dinero en medida de todas las cosas y degrada al hombre al convertirlo en medio e instrumento. En suma, la sociedad capitalista es el hogar de las alienaciones.

En resumen, lo que Marx nos comunica es que la sociedad capitalista no es un simple conglomerado de hombres libres, iguales y racionales, sino un mundo estructurado de relaciones sociales que, a nivel individual, fomenta la alienación y obstaculiza el libre desarrollo universal de las potencialidades humanas. Marx cree que el destino de todo hombre es el desarrollo integral de sus habilidades [La ideología alemana, 1845]. La alienación es una carencia objetiva de libertad, que se expresa muchas veces con sentimientos menguados de autoestima, de aislamiento de la comunidad y de ausencia de mutualidad. Aboga por una sociedad en la cual “la expresión individual de mi vida exprese también la vida de los otros y confirme mi verdadera naturaleza humana, mi naturaleza comunal” [Manuscritos, 1844].

9. K. Marx y F. Engels, *Obras fundamentales*, Fondo de Cultura Económica. La sección sobre el trabajo enajenado (p. 595) es una denuncia filosófica y dramática de la condición del trabajo bajo el capitalismo. Dice Marx: “Si mi propia actividad no me pertenece, ¿a quién pertenece entonces? No a los dioses ni a la naturaleza sino al hombre mismo”. “Si el producto del trabajo no pertenece al trabajador y se enfrenta a él como una potencia ajena, sólo puede ocurrir que pertenece a otro hombre”. “No es en los dioses ni en la naturaleza donde hay que buscar esa potencia ajena, sino en el hombre mismo”. “La enajenación religiosa como tal sólo opera en el plano de la conciencia, del interior del hombre, pero la enajenación económica es la enajenación de la vida real”.

Las sociedades organizadas sobre bases capitalista no son, por consiguiente, comunidades. Son, a lo sumo, comunidades ilusorias que esconden la dominación de clase sobre sus miembros. Para los oprimidos no es solamente una comunidad ilusoria, sino una nueva esclavitud, aunque generalmente no la perciben como tal. Estas relaciones fundadas en la explotación pueden solamente abolirse sometiendo las creaciones humanas al control de la comunidad. Solamente dentro de la comunidad es posible la libertad personal y, por tanto, el desarrollo de las potencialidades humanas de todos.

Ya se ha insinuado en lo anterior que el concepto marxista de comunidad no puede estudiarse independientemente del concepto de libertad individual. Es necesario, pues, abocar su estudio. La concepción marxista de la libertad es compleja. No acepta la concepción kantiana de libertad, como condición de una voluntad racional y autónoma que se autodetermina bajo los preceptos de una ley moral formal que se da a sí misma. Tampoco cree en una libertad social o colectiva, fundamentada en reconocer y creer lo que es común a una totalidad, llámese Estado o comunidad. Desconfía de las libertades que se preocupan más por la libertad de oportunidades que por el ejercicio de la libertad misma. Esta concepción de libertad acepta el mundo social como es, como un ámbito de posibilidades y de restricciones, en el cual el individuo es determinado desde afuera, y su actividad libre se convierte en mera satisfacción sensible en un mundo dado. Salvo algunos pensadores liberales como Mills, la mayoría desconoce la autenticidad, la autonomía y la autorrealización como esenciales para un hombre libre. Marx criticó el utilitarismo, sobre todo por su obsesión con la utilidad o satisfacción de los deseos, sin preocuparse por el sentido y significado de las acciones y de las relaciones sociales. Las relaciones de la comunicación y el amor que expresan cualidades de los individuos, son para los utilitaristas meras relaciones utilitarias sin ninguna cualidad peculiar [*La ideología alemana*, 1845]. En general, las tradiciones liberales prefieren los arreglos políticos y sociales que son neutrales respecto a los proyectos individuales de vida. Se trata de una libertad de solitarios, una libertad, que, como muy bien expresaba Hayek, es el estado en el cual un hombre no es sujeto a coerción alguna por la voluntad arbitraria de otro u otros¹⁰. La visión marxista de la libertad encuadra dentro de las tradiciones de Spinoza,

10. F. A. Hayek, *The Constitution of Liberty*, 1960.

Rousseau, Kant y Hegel según apreciaciones de S. Luke¹¹. El sujeto marxista de la libertad es un ser que se autodirige y se realiza en la comunidad, en los procesos de cooperación y de identificación con los otros. Por consiguiente, para los marxistas existen restricciones ideológicas, cognitivas e inhibitorias de la libertad. Las diversas formas de alienación dentro del capitalismo son verdaderos obstáculos para el despliegue de la libertad. Ya hemos visto cómo las relaciones económicas capitalistas limitan la libertad, porque favorecen la heteronomía, imponen desde fuera la motivación utilitaria de la acción humana. Toda la libertad de escoger que otorga la sociedad capitalista, enmascara el hecho real de las limitaciones a la libertad.

Marx miró con desconfianza las libertades burguesas¹² por su vínculo con el egoísmo y el interés privado. Pero destaca al mismo tiempo la importancia y el sentido de estas libertades si se comparan con las restricciones a la libertad en la Edad Media. Por otro lado, Marx señala que la libertad y la igualdad de los trabajadores en sus relaciones de intercambio con el capitalista tienen un carácter formal, y enmascaran su dependencia respecto del capital como un todo y de la clase capitalista¹³. El contrato es una ficción jurídica en la cual las partes se comportan meramente como individuos. Como individuo el obrero aparece allí, como alguien con un gran menú de elecciones, es decir de libertad formal. El obrero actúa como un agente libre; debe asumir sus propios gastos y es responsable ante sí por ello; aprende a controlarse, en contraste con el esclavo que necesita un Señor¹⁴. No obstante, estas mismas libertades han sido y son

11. Steven Luke, *Marxism and Morality*, Oxford University Press, 1985.

12. Son (i) las libertades o derechos económicos relacionados con la propiedad privada (libertad de empresa o industria; libertad de ejercer la actividad que uno quiera, como quiera y donde quiera; la libertad de contratación; la libertad de apropiación que tiene que ver con la utilización de bienes, comprar y vender, enajenar y traspasar como herencia); (ii) las individuales y políticas (libertad de pensamiento, de conciencia, y de expresión; libertad de asociación y organización). En el *Manifiesto* se habla con claridad de que la revolución era en el fondo una “violación despótica del derecho de propiedad”, y entre sus primeras tareas estaría la expropiación territorial y la abolición del derecho de herencia. Sobre los derechos individuales nada se menciona.

13. Marx dice que la esfera de la circulación es “el verdadero Paraíso de los derechos del hombre. Dentro de estos linderos sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham” (Cap. I, Vol. 1, Fondo de Cultura Económica, p. 128.

14. *El Capital*, Vol. 1.

fundamentales en las luchas mismas de los obreros, para mejorar sus condiciones laborales y económicas y para hacer emerger condiciones nuevas para el despliegue de la “verdadera libertad”. Este punto no es enfáticamente reconocido por Marx.

Después de escuchar las críticas ulcerantes de Marx al capitalismo, parecería que sólo nos queda la lucha por la destrucción inmediata del monstruo. Conviene, pues, escuchar el relato que hace Marx de la otra cara del capitalismo.

El capitalismo, en su conjunto, es una condición necesaria para la liberación humana. Es una etapa en los procesos emancipatorios del hombre, en la que existen obstáculos para el despliegue de la libertad, sobre todo las alienaciones sociales. En *La ideología alemana* plantea Marx que todos los procesos emancipatorios llevados a cabo hasta ahora, se han basado en un insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas. La producción que estas fuerzas generan ha sido insuficiente para toda la sociedad, y hace que el desarrollo sea posible solamente si unas personas satisfacen sus necesidades a expensas de otras, y por consiguiente, algunas –la minoría– obtiene el monopolio del desarrollo. Marx plantea con esta tesis el problema de la justicia distributiva en sociedades en las que reina la escasez: un juego azaroso de suma-cero, en el que lo que ganan unos es igual a lo que pierden otros, y que seguramente aviva la violencia. Su elogio a la burguesía en el *Manifiesto* llega casi a los límites de la admiración. “La burguesía, a lo largo de su dominio de clase ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. *¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?*”¹⁵. Y luego agrega: “Las relaciones burguesas de producción y de cambio que han hecho surgir como por encanto tan potentes medios de producción, se parecen al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros”. En esta frase se sintetiza plenamente toda la crítica marxista a la sociedad burguesa: una sociedad enajenante que ha creado las condiciones

15. *Ibíd.*

básicas para la emancipación total del hombre, para el control pleno del hombre sobre sus propios productos sociales.

En esta lucha por la emancipación humana planteada por Marx, es preciso considerar que la sociedad capitalista actual es ciertamente muy diferente al capitalismo del siglo XIX. Pero, estructuralmente, su fundamento sigue residiendo en la explotación. La economía capitalista es viable si y sólo si mantiene una tasa de explotación positiva¹⁶. Ha desarrollado aún más las fuerzas productivas, pero continúa siendo una sociedad alienante y explotadora. Las luchas de los trabajadores, y de muchos otros sectores sociales, por la emancipación humana, han dejado su impronta en muchos aspectos de la vida actual. El derecho laboral moderno ha dignificado el trabajo humano. El derecho constitucional reconoce los derechos sociales y económicos al lado de los derechos liberales clásicos. La propiedad privada ya no es un derecho absoluto, como se expresaba en el código civil napoleónico de 1808, pues le han asignado responsabilidades sociales y en casos de conflicto el interés privado debe ceder ante el interés público, como reza en la Constitución Política de Colombia, por ejemplo. El Estado ha asumido funciones económicas impensables en el siglo XIX. Los derechos sociales de estirpe netamente socialista ya se han incorporado al cuerpo de los derechos humanos, al lado de los derechos liberales clásicos. En suma, las luchas por la emancipación humana dentro del capitalismo no han sido estériles.

La construcción de una comunidad socialista es un proceso de largo alcance. Es una tarea diaria de lucha en muchos frentes de la vida moderna. Es la lucha por los derechos humanos. Es la lucha por la ampliación de la democracia política y social. Es la lucha por el desarrollo de formas socialistas de la propiedad. Es la lucha por un desarrollo sostenible que respete los equilibrios con el entorno natural. Es la lucha contra los modelos neoliberales de desarrollo económico. La lucha política en la actualidad es global, nacional, local y familiar. Se desarrolla en los ámbitos de las empresas, de la educación, de la cultura, de la familia, de los sindicatos, de los partidos políticos, de la ética y de los valores. De especial importancia es la lucha en los medios de comunicación de masas, para romper la hegemonía informa-

16. Ver, por ejemplo, el conocido texto de Michio Morishima, *Marx's Economics, a Dual Theory of Value*, Cambridge University Press, 1973, p. 63.

tiva y cultural de las clases dominantes. No es solamente una lucha de resistencia, sino también de construcción.

Hoy como ayer, sigue vivo el proyecto de Marx de oponer a la civilización capitalista globalizadora un proceso de construcción de una cultura socialista liberadora, que permita el florecimiento pleno de una auténtica ética humanista. Mucho hemos avanzado en este propósito desde que Marx descubriera, en su estancia en París de 1843, que el capitalismo no puede destruir la capacidad liberadora de los hombres y su capacidad para la fraternidad y la construcción de formas sociales más humanas.

Segunda Parte

La fase actual del capitalismo

*Historia universal
y globalización capitalista.
¿Cómo se presenta
y en qué consiste el problema?*

*Rubén Zardoya Loureda**

La literatura al uso desborda en signos de admiración por las trascendentes modificaciones que se operan en la sociedad contemporánea. Una multiplicidad aparentemente inconexa de términos –recién lanzados al mercado, resucitados o beneficiados por la coyuntura– da cuenta de esta admiración: “cambio civilizatorio”, “sociedad posindustrial”, “sociedad posburguesa”, “sociedad del postrabajo”, “era tecnocrática”, “era del vacío”, “posmodernidad”, “fin de la historia”, “mundialización”, “globalización” son algunos de ellos. ¿Qué les confiere unidad y los convierte en momentos unilaterales de una misma concepción? Por lo general, el desplazamiento o eliminación de las determinaciones de clase, modo de producción y formación económico-social; en una palabra, el rechazo a la concepción marxista de la historia.

* Las ideas expuestas en esta ponencia son resultado del trabajo de un colectivo de autores integrado por Rafael Cervantes Martínez, profesor del Instituto Técnico Militar “José Martí”, Felipe Gil Chamizo, funcionario del Departamento de Relaciones Internacionales del Partido Comunista de Cuba, Roberto Regalado Álvarez, coordinador del equipo de análisis del mencionado Departamento y Rubén Zardoya Loureda, decano de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Con muy diversas acepciones, el término *globalización* –muy discreto antes de la desaparición de la Unión Soviética y los países socialistas de Europa– es el que se utiliza con mayor frecuencia para hacer referencia a la metamorfosis por la que atraviesa el modo de producción capitalista. Aunque es posible clasificar las teorías de la globalización a partir de las diferencias en los criterios analíticos utilizados, no existen explicaciones consensuales de este término; a lo sumo, se encuentran diversas elaboraciones que combinan –y, con frecuencia, confunden– las causas, expresiones y consecuencias del proceso histórico que se intenta designar con su ayuda. No pocos autores renuncian a ofrecer una explicación coherente de la transfiguración del mundo contemporáneo que vaya más allá de calificativos tales como “complejo”, “paradójico” o “contradictorio”. A ello suele asociarse la idea de que nos hallamos ante varias “globalizaciones simultáneas”, lo cual induce a la búsqueda de una “definición general” mediante la combinación ecléctica de “definiciones parciales”. Estas definiciones no sólo ponen el acento sobre un momento unilateral de las transformaciones que tienen lugar a ojos vista en el capitalismo contemporáneo, asociadas al desarrollo de la ciencia y la tecnología, el papel del mercado mundial, los flujos de capitales, la flexibilización del proceso productivo, la erosión del poder del Estado-nación o la “porosidad” de las fronteras, sino también proyectan la imagen de un proceso inexorable en su forma capitalista, fuera de la comprensión y el control de las naciones, las sociedades y los seres humanos. Si diéramos crédito a buena parte de la literatura contemporánea, tendríamos que llegar a la conclusión de que la civilización de entre milenios se encuentra postrada ante la globalización: le rinde culto como a un dios, o invoca a otros dioses para que protejan de ella a los mortales comunes.

La “globalización”, nos aseguran, ha hecho perder sentido a todos los aparatos categoriales –económico, político, social e ideológico– que articulaban el pasado inmediato, y ha desplazado al ser humano del papel de protagonista de la historia. “El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo”; su centro “ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría, mayoría, opinión pública (...) De ahí nacen la sorpresa, el encanto y el susto. De ahí la impresión de que se han roto modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular”. Por lo general, las teorías sobre la “globaliza-

ción” aluden a ella como a un proceso que comienza con la súbita explosión del desarrollo económico, científico y tecnológico experimentado por el capitalismo durante las últimas décadas. Al comparar esta explosión con “las drásticas rupturas epistemológicas representadas por el descubrimiento de que la Tierra ya no es el centro del universo según Copérnico, el hombre ya no es hijo de Dios según Darwin, el individuo es un laberinto poblado de inconsciente según Freud”¹, Ianni –y no sólo él– va aún más allá: renuncia de manera explícita a considerar al capitalismo de nuestros días como resultado de un proceso histórico susceptible de ser comprendido por vía científica.

En uno de los estudios más representativos de los puntos de vista predominantes sobre el capitalismo contemporáneo, *Los límites a la competitividad*, publicado por el Grupo de Lisboa, se identifican en la literatura existente siete “tipos de globalización”, con sus correspondientes teorías. Vale la pena enumerarlas: 1) la *globalización de las finanzas y del capital*, que supone la desregulación de los mercados financieros, la movilidad internacional del capital y el auge de las fusiones de las empresas multinacionales; 2) la *globalización de los mercados y estrategias, y especialmente de la competencia*, basada en la unificación de actividades empresariales, el establecimiento de operaciones integradas –y de alianzas estratégicas a escala mundial; 3) la *globalización de la tecnología, de la investigación y desarrollo y de los conocimientos correspondientes*, a raíz de la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación –consideradas como “enzima esencial”– que facilitan el desarrollo de redes mundiales en el seno de una compañía y entre diferentes compañías (la globalización como proceso de universalización del “toyotismo” en la producción); 4) la *globalización de las formas de vida y de los modelos de consumo (globalización de la cultura)*, asociada a la transferencia y el trasplante de formas de vida dominantes, la “igualación” de los medios de consumo, la transformación de la cultura en “alimentos culturales” y en “productos culturales”, la aplicación del GATT a los intercambios culturales y la acción planetaria de los medios de comunicación; 5) la *globalización de las competencias reguladoras y de la gobernación*, vinculada a la

1. Ver Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, Siglo Veintiuno Editores, México D. F., 1995, pp. 3-4.

disminución del papel de los gobiernos y parlamentos nacionales y a los intentos de diseño de una nueva generación de normas e instituciones para el gobierno del mundo; 6) la *globalización de la unificación política del mundo*, asentada en la integración de las sociedades mundiales en un sistema político y económico liderado por un poder central; y 7) la *globalización de las percepciones y la conciencia planetaria*, derivada del desarrollo de procesos culturales centrados en la idea de “una sola Tierra” y de movimientos que promueven el concepto de “ciudadano del mundo”. Como colofón, los autores declaran que “ninguno de los anteriores tipos de globalización ilustra del todo satisfactoriamente la naturaleza del proceso; de ahí que ningún especialista pueda pretender estar más cerca de la verdad que los demás”².

A diferencia de estas visiones insatisfactorias, el Grupo de Lisboa declara que su definición de globalización está muy cerca de la que proponen McGrew y sus colegas:

La globalización hace referencia a la multiplicidad de vínculos e interconexiones entre los Estados y las sociedades que construyen el actual sistema mundial. Describe el proceso a través del cual los acontecimientos, decisiones y actividades en cualquier lugar tienen repercusiones significativas en muy alejados rincones del mundo. La globalización se manifiesta en dos fenómenos diferentes: el del alcance (o extensión) y el de la intensidad (o profundización). Por un lado, define una serie de procesos que abarcan la mayor parte del globo o que operan a escala mundial; el concepto tiene, pues, una connotación espacial. Por otro lado, también implica una intensificación en los niveles de interacción, de interconexión o interdependencia entre los Estados y sociedades que integran la comunidad mundial³.

Aunque, según estos autores, la “globalización no significa que el mundo venga a estar políticamente más unido, ni que económica-

-
2. Ver Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella), *Los límites a la competitividad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, p. 52. Con este último criterio coincide Luis Javier Garrido, quien afirma que “las políticas llamadas ‘de la globalización’ han constituido un desafío al que hasta ahora los intelectuales no han sabido responder con claridad, y la confusión sigue prevaleciendo”. Luis Javier Garrido, “Nuevas reflexiones sobre el neoliberalismo realmente existente”, Introducción a *La sociedad global*, de Noam Chomsky y Heinz Dieterich, Editora Abril, La Habana, 1997, p. 7.
 3. Citado por Grupo de Lisboa (bajo la dirección de Ricardo Petrella), *op. cit.*, p. 53.

mente se haga más interdependiente o culturalmente más homogéneo"⁴, no cabe duda de que, también en este caso, nos hallamos ante una de las tantas definiciones sincrónicas y asépticas de la globalización "en general", que hacen caso omiso de la historia del modo capitalista de producción, desligan el proceso en cuestión de las necesidades de la reproducción del capital en cada etapa histórica concreta de su desarrollo y se regodean en consideraciones abstractas acerca de la "interacción", la "interconexión" y la propia "interdependencia", con el consiguiente escamoteo de las relaciones de dominación, subordinación y aplastamiento características del proceso de expansión del capitalismo.

Según el Grupo de Lisboa, "un nuevo credo recorre el mundo": el de la *competitividad*, "un medio convertido en fin y dotado del devastador sentido de confrontación y aniquilación de los rivales", "una ideología que se instala, aún más allá, en el santuario de lo incuestionable". La competitividad, se nos dice, es una deformación grotesca y evitable de la *competencia* (capitalista), considerada esta última como "una de las primeras causas de movilización, creatividad e, incluso, de convivencia..."⁵. La esencia del problema radica en que la inexorable globalización capitalista de la economía desatará fuerzas destructivas incontrollables hasta tanto la humanidad no sea capaz de construir un "gobierno mundial eficaz" que imponga límites a los desenfrenos de la competitividad. La tarea consiste en alcanzar mediante la negociación, cuatro "contratos sociales globales"⁶ entre los representantes de los gobiernos, las empresas transnacionales y la "sociedad civil mundial" (sic!), capaces de sentar las bases de la institucionalidad global por construir, a saber, "el contrato con las necesidades básicas", que garantice el suministro de agua a 2500 millones de personas, alojamiento a 1500 millones y electricidad a 4000 millones; "el contrato cultural", que promueva la tolerancia y el diálogo entre las culturas; "el contrato

4. *Ídem.*

5. *Ibid.*, p. 11.

6. Por "contrato global" –escriben los autores– "se entiende la definición y promoción de principios, fórmulas institucionales, mecanismos financieros y prácticas conducentes a someter la asignación de los recursos materiales e inmateriales del mundo al interés general y, más concretamente, a la satisfacción de las necesidades esenciales de los pueblos más pobres. El objetivo de cada contrato global "social" es estimular el desarrollo de la riqueza mundial en la forma más aceptable desde el punto de vista humano, social, económico, medioambiental y político". *Ibid.*, p. 188.

democrático”, que elimine “la creciente discrepancia entre un poder económico organizado a escala mundial mediante redes globales de empresas y un poder político que sigue anclado en el marco nacional”, y “el contrato con la Tierra”, llamado a “acelerar la puesta en marcha de los compromisos y preceptos” adoptados en la Cumbre de la Tierra, celebrada en Rio de Janeiro en 1992⁷.

No es nueva en la historia esta postura teórica y práctica que explica el origen de las instituciones sociales a través del establecimiento de “pactos” entre los hombres y apela sin descanso a las buenas voluntades y las buenas razones, sin tomar en cuenta las leyes inmanentes del proceso histórico; en este caso, de la producción capitalista (en particular, la ley de la plusvalía). Los espectros de Hobbes continúan haciendo de las suyas, ahora “de forma globalizada”. En condiciones en que, bajo los efectos de una libertad incontrolada, el hombre continúa siendo “el lobo del hombre” y la vida en sociedad se presenta aún como una “lucha de todos contra todos”, los individuos y grupos sociales no tienen otra opción que la de ceder una porción de su soberanía a una autoridad superior capaz de garantizar, aun a costo de la tiranía, las condiciones indispensables para que los unos no terminen devorando a los otros. El quid del asunto radica en la capacidad de negociación, de lograr un consenso, pactar, suscribir compromisos (tanto más efectivos si son refrendados por las leyes), de modo tal que se pueda alcanzar una forma de organización social en la que, según palabras de Lenin, los lobos estén hartos y las ovejas intactas. En el caso que nos ocupa, son aplicables por entero las célebres palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* referidas al socialismo burgués:

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente en ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado en ella⁸.

7. *Ibid.*, pp. 186-202.

Una idea clave constituye el cimiento de todas estas construcciones: el derrumbe del socialismo eurosoviético ha devuelto a la historia su “cauce natural”: el de la ampliación indetenible –y deseable– del “área geográfica del mercado” o, sin eufemismos, el de la universalización del capitalismo. La globalización, se nos instruye, constituye el fundamento inexorable del “nuevo orden” “poscomunista” mundial. Vivimos en una “aldea global”, vale decir, en una comunidad capitalista mundial en proceso de armonización y homogeneización, poblada por toda suerte de aparatos electrónicos que acortan tiempos y distancias y universalizan las condiciones de vida y las “fabulaciones” humanas. La aldea global viste, calza, come y sueña las mercancías producidas en una “fábrica global”, un universo de relaciones capitalistas de producción cualitativa y cuantitativamente nuevas, que no conoce departamentos estancos y ha recibido de una deidad ignota el mandato de absorber los restantes modos de producción y organización social. Las economías nacionales y los diversos sectores económicos se convierten en talleres de esta fábrica, se “entrelazan” progresivamente y revelan su carácter “complementario”. Esta interpenetración favorece la “movilidad de hombres y capitales”, con los consecuentes beneficios en términos de “libertad individual”. Supuestamente, la apertura de la competencia internacional es justamente lo que beneficia al mayor número de empresas y de consumidores, con independencia de su procedencia nacional, clasista o de cualquier otra índole. La “interconexión” de los mercados financieros logra, incluso, cubrir el déficit de capital en los países en que existe “un excedente de fuerza laboral”, lo cual –repárese en ello– favorece su desarrollo. La prosperidad y estabilidad del mundo capitalista desarrollado “se derrama” en las economías de los países subdesarrollados que comercian con ellos, con lo cual se confiere un mayor equilibrio al balance económico mundial. La producción y la circulación de la riqueza se libran de las ataduras territoriales y de la soberanía de los Estados nacionales, y un nuevo tipo de soberanía, basada en la “cooperación”, la “interdependencia”, la “reciprocidad”, la “cohesión” y la “solidaridad”, renace bajo la forma de la supranacionalidad. La globalización, en fin, fomenta una significativa ampliación del “área de la modernidad” y un aumento de la “sintonía” entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado. Parecería

8. Carlos Marx y Federico Engels, “Manifiesto del Partido Comunista”, en *Obras Escogidas en 3 tomos*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 135.

que el imperialismo –ese sujeto al que debíamos y podíamos derrotar– se ha esfumado y, en su lugar, ha aparecido un sujeto nuevo e invulnerable, “la globalización”. Se trata, insistamos, de un proceso inexorable; todo intento de resistirse a él u orientarlo en un sentido diferente constituye una quimera. Una “nave espacial” sin piloto transporta a los habitantes del planeta hacia un sitio desconocido y perdido en el cosmos.

Las construcciones científico-tecnológicas –basadas en el amontonamiento factográfico de los más inverosímiles descubrimientos e innovaciones– constituyen el fundamento más generalizado de estas explicaciones. Ha llegado a convertirse en un lugar común la deducción de todos los cambios que se producen en la “aldea global” a partir del desarrollo de la ciencia y la tecnología, consideradas, como norma, al margen del análisis de las leyes sociales, en particular, económicas. De ciencia y tecnología se habla con independencia de la reproducción del valor del capital y de las clases sociales en pugna, en una palabra, de su forma capitalista. Parecería que ambas figuras mitológicas van andando con sus propios pies y que asistimos boquiabiertos a una carrera desenfrenada en pos de ellas. Así las cosas, no sólo el individuo común y corriente debe ajustar sus normas de conducta y su vida al poder impersonal de la ciencia y la tecnología, sino también, y en no menor medida, los grandes dueños de este planeta: los monopolios transnacionales.

A pesar de la noción de inexorabilidad que conlleva este determinismo científico tecnológico, los hombres y mujeres de carne y hueso podemos hacer algo más que cruzarnos de brazos. Si bien es cierto, nos dicen, que la globalización implica un “mayor bienestar generalizado” y entraña un amplio ramillete de “oportunidades”, no cabe duda que también comporta determinados “riesgos” y “retos”, a saber: puede provocar cierta asimetría en los niveles de desarrollo, no procurar a todos las mismas “ventajas”, destruir vetustas redes de solidaridad y lazos sociales y territoriales, provocar pérdidas de seguridad y crisis de identidad por parte de diversos sectores de la población, poner en jaque la cultura y la tradición histórica de los pueblos, conducir al aumento de las migraciones y al resurgimiento de fundamentalismos nacionales y religiosos, dificultar la determinación precisa de los “límites de desigualdad aceptables”. Al nivel de Estado –y aquí comienzan las recetas–, se impone la creación de estructuras “capaces de afrontar la competitividad”, “burocracias eficaces”, el establecimiento de “un rigor financiero muy severo”, “flexibilidad laboral”, “revisión del Estado social”. Se impone, así mismo, alcanzar un “pacto de gobernabilidad

global”, encontrar normas adecuadas para “gobernar el mundo globalizado”, “reglas legitimadoras” de las decisiones a escala mundial, congruentes con la globalización económica⁹, en cuya formulación participen por igual los “países del Norte” y los “países del Sur”, gobiernos y organizaciones no gubernamentales, comunidades locales e instituciones internacionales. Estos y otros retos y riesgos deben ser afrontados de consuno por todos los “actores” mundiales, so pena de que se reproduzcan las condiciones que provocaron las conocidas “revueltas contra el mercado” que agitaron todo el siglo XX.

En particular, los países del Tercer Mundo han de poner todo su celo en la observancia de un pequeño número de imperativos ineludibles: garantizar la “apertura económica”, privatizar y liberalizar “con espíritu pragmático”, crear espacios económicos sin fronteras capaces de generar riqueza y “amortiguar los riesgos de la globalización”, ingeniárselas para obtener la “colaboración” de socios capaces de asegurarles ganancias; “adaptar” los Estados de forma tal que resulten aptos para la competencia, consolidar las “instituciones democráticas”, promocionar las “libertades fundamentales” y los “derechos humanos”; reanudar el “diálogo” con los países desarrollados e incrementar su “participación” en las organizaciones internacionales; aceptar someterse a “controles de eficacia, de democracia, de competitividad”; renunciar al nacionalismo y a las posturas “antioccidentales”, asumir el modelo de las naciones desarrolladas, sustentado en el espíritu empresarial, la innovación tecnológica y la capacidad de dirección, trabajar “de conjunto” con ellas y ofrecer la misma respuesta que ellas a la globalización. Aprender, en fin, a “medirse con el mundo moderno”. Las “peculiaridades” nacionales y regionales no interfieren con las tendencias generales. Ha terminado la era de un mundo subdesarrollado no homologable con los países del Primer Mundo¹⁰.

Los teóricos de la globalización neoliberal –que suelen presentarla como un dios caído del cielo en las postrimerías del siglo XX– apenas recuerdan el largo camino de la noción de una historia uni-

9. “Esa es la gran contradicción que tendremos que enfrentar en el siglo XXI: a la globalización del sistema productivo, del área económica, no le siguió en la misma proporción una definición, también global, en el plano del poder”. Fernando Henrique Cardoso, “Gobernabilidad y democracia: desafíos contemporáneos”, en *Gobernar la globalización*, Ediciones Demos, México D. F., 1997, p. 19.

versal (“global”), asociada por los iluministas franceses y, posteriormente, por el idealismo clásico alemán, a la noción del progreso y de la humanidad como un todo único, con orden, significado, sentido, fuerzas motrices y finalidad –externa o inmanente–, como sucesión de formas que constituyen momentos de un devenir absoluto. En efecto, a diferencia de la concepción medieval clásica de la historia, basada en la idea de una providencia divina que se expresa en ella y la dirige, la Ilustración tenía como una de sus premisas fundamentales la existencia de leyes históricas naturales. A través de la obra de Condorcet, Herder, Voltaire, Montesquieu, Rousseau y otros tantos pensadores del “siglo de las luces”, la historia humana comenzó a ser vista como un progreso único sin desviaciones de lo inferior a lo superior, que no sólo involucra los acontecimientos políticos, sino la cultura toda, entendida en sentido amplio mediante la aplicación temprana del método comparativo. Los idealistas clásicos alemanes –Kant, Fichte, Schelling, Hegel– partían de premisas análogas: en su filosofía, el desarrollo social se presentaba como un proceso necesario y sujeto a leyes, aunque esta necesidad no fuera deducida de la

-
10. Ver Lamberto Dini, Conferencia Magistral dictada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 10 de junio de 1998 (material repartido entre los asistentes). Un plan de acción “ante la globalización” –más edulcorado e igualmente irrealizable en los marcos del capitalismo– es presentado por los participantes en la “Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, realizada en Brasilia en julio de 1997, quienes también parten del supuesto de la inexorabilidad de la globalización capitalista e intentan reformarla sobre la base de “principios éticos y democráticos”: “Los principios democráticos se expresan hoy como política de la inclusión. Ésta exige de nosotros cuando menos ocho compromisos. El primero, desterrar la corrupción de la política. El segundo, resolver los conflictos de intereses dentro de los países, en democracia y por la vía del diálogo y la negociación. El tercero, detener el armamentismo, especialmente de alta tecnología, propiciado por los países productores de armas, y proscribir la guerra como forma de solución de disputas fronterizas. El cuarto, procurar la seguridad y la paz para todos. El quinto, darle prioridad a la infancia y a la juventud en la solución de los problemas sociales (...) El sexto, eliminar la impunidad de las autoridades públicas y de todos los poderes fácticos, y propiciar la capacidad de los ciudadanos para ejercer el debido control del poder. El séptimo, impartir educación para todos a lo largo de toda la vida, garantizando la igual calidad de la misma. El octavo, conservar el medio ambiente, la biodiversidad y la calidad de la vida urbana”. “Plan de Acción de la Cumbre Regional para el Desarrollo Político y los Principios Democráticos”, Brasilia, 6 de julio de 1997, en *Gobernar la globalización, ed. cit.*, p. 234.

propia historia, considerada como un movimiento de realización paulatina de determinadas ideas abstractas. A pesar de que, por lo general, esta filosofía de la historia se hallaba divorciada de los acontecimientos empíricos y de que, en no pocos casos, subrayaba su desprecio por ellos, partía de la idea de que sólo el estudio de la historia universal hace posible comprender la racionalidad del proceso histórico. No se trataba de meras especulaciones, sino de expresiones parciales y, como norma, unilaterales e hiperbolizadas, de las transformaciones en la vida económica, política y cultural que se iban verificando en la sociedad europea con el desarrollo y el afianzamiento del capitalismo y de su política colonial.

Pero no es éste el único olvido en que incurren los cultores del fetiche de la globalización: tampoco constatan que uno de los pilares de la concepción marxista de la historia moderna es la idea de la ruptura necesaria y objetiva de las barreras de todo tipo, incluidas las nacionales, que obstaculizan el libre desarrollo de las relaciones sociales. Frente a esta amnesia, es preciso insistir en que el pensamiento emancipador marxista tiene como premisa el reconocimiento de que, a partir del afianzamiento de las relaciones capitalistas de producción y del surgimiento de la gran industria y del mercado mundial, la historia de la humanidad deviene en *historia universal*, se va constituyendo progresivamente como una totalidad universal con respecto a la cual cada uno de los pueblos y naciones constituyen momentos orgánicos¹¹. “Cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones –escriben Marx y Engels en *La ideología alemana*–, tanto más la historia se convierte en historia universal...”¹². Y en el *Manifiesto del*

11. “La unidad de la economía mundial, con la integración de todas sus partes sin excepción en un sistema de relaciones labrado por el capital y colocado bajo la dominación de los países capitalistas centrales, es una realidad desde hace un siglo. El ‘mercado mundial’ ya estaba constituido cuando Marx escribía y había evolucionado en su constitución sistémica cuando aparecieron los escritos clásicos sobre el imperialismo de Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding, Nicolás Bujarin y Vladimir Lenin”. François Chesnais, “Contribución al debate sobre la trayectoria del capitalismo a finales del siglo XX”, en Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997, p. 400.

Partido Comunista consignan con palabras que parecen más bien una premonición:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual¹³.

A diferencia de la visión que resulta de las geniales especulaciones del pensamiento precedente, Marx y Engels demuestran que la historia universal no existió siempre, sino *constituye un resultado del proceso histórico*, a saber, el proceso de progresiva y necesaria universalización de las relaciones capitalistas de producción. En los marcos

-
12. Carlos Marx y Federico Engels, "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (I Capítulo de *La ideología alemana*)", en *Obras Escogidas en 3 tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, p. 36. "La gran industria –escriben más adelante los autores– universalizó la competencia (...), creó los medios de comunicación y el moderno mercado mundial, sometió a su férula el comercio, convirtió todo el capital en capital industrial y engendró, con ello, la rápida circulación (el desarrollo del sistema monetario) y la centralización de los capitales. Por medio de la competencia universal obligó a todos los individuos a poner en tensión sus energías hasta el máximo. (...) Creó por primera vez la historia universal, haciendo que toda nación civilizada y todo individuo, dentro de ella, dependiera del mundo entero para la satisfacción de sus necesidades y acabando con el exclusivismo natural y primitivo de naciones aisladas, que hasta ahora existía. (...) Finalmente, mientras la burguesía de cada nación seguía manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria creaba una clase que en todas las naciones se movía por el mismo interés y en la que quedaba ya destruida toda nacionalidad..." *Ibid.*, p. 60.
 13. Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *ed. cit.*, p. 114.

de las formaciones sociales primitiva, esclavista y feudal, la historia de la humanidad se desarrollaba como una serie de procesos locales paralelos; a pesar de que, en su decursar, los nexos e influencias mutuas entre los pueblos (el comercio, las migraciones, y las relaciones culturales), se hacían cada vez más estrechos y estables, éstos tenían un carácter episódico y, lejos de constituir una necesidad interna para su desarrollo, eran destruidos con frecuencia por la influencia de diversas causas externas. Las sociedades precapitalistas se encontraban tan aisladas del resto del mundo que, con frecuencia, al ser barridas por la historia, se llevaban consigo su cultura material y espiritual¹⁴. Sólo el capitalismo, al crear un mercado mundial único, dio origen a un proceso de universalización de la historia en sentido estricto, es decir, transformó el nexo casual y episódico existente entre los pueblos, en un nexo necesario y constante, llamado a superar el enclausamiento precedente de las diferentes comunidades humanas.

Desde este punto de vista, la universalización de la historia no constituye una tendencia abstracta *–per se–* hacia la interconexión de los destinos humanos, inscrita en alguna página del libro de la Providencia o en las conclusiones de una doctrina filosófica, política o económica, sino la *forma histórica necesaria en que tiene lugar la formación, la consolidación y la expansión del modo capitalista de producción*. Desde sus propios orígenes, este modo de producción desató el proceso de universalización de las relaciones humanas, al barrer con las trabas de las sociedades anteriores y simplificar la estructura social, suprimir el fraccionamiento de las relaciones económicas, la propiedad y la población. El agente transformador de esta historia fue el capital *–no la carabela, la brújula o el astrolabio–*, con su inmanente tendencia expansiva y su necesidad de conquistar nuevos territorios. *La formación de la historia universal tiene lugar a través de la creación del sistema colonial del capitalismo y la explotación –en primer término, la esclavización– de la enorme mayoría de la humanidad por la burguesía de un grupo de naciones europeas*. Marx y Engels no sólo destacan la decisiva significación de las colonias para la instauración de la sociedad burguesa, sino establecen un vínculo orgánico entre el proceso de acumulación originaria del capital y la consolidación del

14. Ver Carlos Marx y Federico Engels, "Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista" (I Capítulo de *La ideología alemana*), ed. cit., p. 54.

modo de producción capitalista a escala universal, por una parte, y el surgimiento y desarrollo del sistema colonial, por otra:

La manufactura y, en general, el movimiento de la producción experimentaron un auge enorme gracias a la expansión del trato como consecuencia del descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias orientales. Los nuevos productos importados de estas tierras, y principalmente las masas de oro y plata lanzadas a la circulación, hicieron cambiar totalmente la posición de unas clases con respecto a otras y asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra y a los trabajadores, al paso que las expediciones de aventureros, la colonización y, sobre todo, la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, que ahora se hacía posible y se iba realizando día tras día, daban comienzo a una nueva fase del desarrollo histórico (...) La colonización de los países recién descubiertos sirvió de nuevo incentivo a la lucha comercial entre las naciones y le dio, por tanto, mayor extensión y mayor encono¹⁵.

Sin embargo, es importante señalar que, según Marx y Engels, la sociedad capitalista sólo es capaz de crear las condiciones para una auténtica universalización de las relaciones entre los hombres, identificada por ellos con el proceso de liberación de cada individuo concreto en la multiplicidad de sus nexos sociales. En su opinión, la historia sólo puede convertirse totalmente en historia universal o, lo que es lo mismo, en verdadera historia humana, bajo las condiciones de una revolución comunista mundial:

15. *Ibíd.*, p. 56. Ver también Carlos Marx y Federico Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *ed. cit.*, p. 112. Si bien durante el período de la acumulación originaria del capital, el saqueo había sido la característica fundamental de la relación de las metrópolis europeas con sus colonias, ya hacia mediados del siglo XVII estas últimas comenzarían a convertirse también en mercados de consumo y contribuirían a incrementar el comercio exterior de las metrópolis. Con el advenimiento del capitalismo industrial, la importancia del comercio exterior con las colonias alcanza tales proporciones que éstas se convierten en eslabones imprescindibles del mercado mundial. Ver "Prólogo" a Carlos Marx y Federico Engels, *Sobre el sistema colonial del capitalismo*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1964, pp. 7-25. Sustituyendo el término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, David Harvey escribe con toda razón: "Ciertamente desde 1492, e incluso desde antes, empezó el proceso de globalización del capitalismo y nunca ha dejado de revestir una profunda importancia en su dinámica. Por eso, la globalización ha sido una parte integral del desarrollo capitalista desde su mismo nacimiento". David Harvey, "La globalización en cuestión", en Renán Vega Cantor (Editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la Historia y del Socialismo*, *ed. cit.*, p. 420.

Con el derrocamiento del orden social existente por obra de la revolución comunista (...), la liberación de cada individuo se impone en idéntica medida en que la historia se convierte en historia universal (...). Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales, se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar de esta multi-forme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de todos los hombres). La dependencia omnímoda, forma plasmada espontáneamente de la cooperación histórico-universal de los individuos, se convierte, gracias a esta revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas¹⁶.

Esta es exactamente la perspectiva de Lenin, quien asume como punto de partida teórico y práctico el hecho de que Marx y Engels habían demostrado el carácter inexorable del movimiento del capitalismo hacia una totalidad mundial y que este movimiento sólo podría concluir con la superación histórica de esta formación económico social y la construcción de la sociedad comunista. Sobre esta base, su atención se centró en la comprensión de la *forma histórica concreta* en que tenía lugar el proceso de universalización del capitalismo y de las *contradicciones antagónicas* que este proceso engendraba en el período de transición del capitalismo premonopolista al monopolista. En otros términos, *su atención se centró en el estudio del imperialismo, que inauguraba una nueva etapa en el proceso de universalización de la historia*, signada ahora por el imperio del capital monopolista sobre los destinos humanos. El interés de Lenin no era sólo teórico: de las conclusiones a las que arribara dependían la estrategia y las tácticas de lucha del partido bolchevique, orientadas a acelerar la revolución comunista mundial o, lo que es lo mismo, a impulsar por vía comunista la universalización del proceso histórico.

El propósito de Lenin no era constatar de forma abstracta la nueva escalada en el proceso de interconexión de todos los pueblos y naciones, en virtud, digamos, de la generalización del ferrocarril, el automóvil, la incipiente aviación u otras “maravillas” de la ciencia y la tecnología, sino en demostrar que la concentración del capital, el monopolio y, en consecuencia, la negación de la libre competencia, habían conducido a que la

16. Carlos Marx y Federico Engels, “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista” (I Capítulo de *La ideología alemana*), ed. cit., pp. 36-37.

universalización del proceso histórico desde las primeras décadas del siglo XX tuviera lugar a través de la expansión imperial (en “sentido moderno”) de las principales potencias capitalistas y de un nuevo reparto del mundo entre ellas, realizado por la fuerza:

El capitalismo ha desarrollado la concentración hasta tal extremo que ramas enteras de la industria se encuentran en manos de consorcios, trusts, asociaciones de capitalistas multimillonarios; y *casi todo el globo terrestre está repartido entre estos “reyes del capital”, bien en forma de colonias o bien de países envueltos en las tupidas redes de la explotación financiera*. La libertad de comercio y la competencia han sido sustituidas por la tendencia al monopolio, a la conquista de tierras necesarias para invertir en ellas capital, sacar de ellas materias primas, etcétera¹⁷.

Por supuesto, Lenin no se regodea con palabras incoloras e indeterminadas del tipo “interacción”, “interconexión” e “interdependencia”; su exposición, por el contrario, desborda en términos precisos y “duros”, en correspondencia con la naturaleza objetiva de los procesos históricos que analiza: “opresión”, “saqueo”, “anexión”, “conquista a sangre y fuego”, “maquinaria de exterminio”, “explotación de las colonias”, “explotación de negros, hindúes”, de “indígenas tratados bestialmente”, “conversión del mundo ‘civilizado’ en un parásito que vive sobre el cuerpo de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civiliza-

17. Vladimir Ilich Lenin, “El socialismo y la guerra”, en *Obras Completas*, t. 26, pp. 331-332 (el subrayado es nuestro). “El mundo –puntualiza Lenin– está ya repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan en el gran saqueo y opresión de las naciones. Cuatro grandes potencias de Europa –Inglaterra, Francia, Rusia y Alemania– con una población de 250 a 300 millones de habitantes y con un territorio de unos 7 millones de kilómetros cuadrados, tienen colonias con una población de *casi quinientos millones* de habitantes (494,5 millones) y con un territorio de 64,6 millones de kilómetros cuadrados, es decir, casi la mitad de la superficie del globo (133 millones de kilómetros cuadrados sin la zona polar). A ello hay que añadir tres Estados asiáticos –China, Turquía y Persia–, que en la actualidad están siendo despedazados por los saqueadores que hacen una guerra de “liberación”, a saber, por el Japón, Rusia, Inglaterra y Francia. Estos tres Estados asiáticos, que pueden denominarse semicolonias (en realidad, son ahora colonias en un 90%), cuentan con una población de 360 millones de habitantes y una superficie de 14,5 millones de kilómetros cuadrados (es decir, casi el 50% más que la superficie total de Europa). (...) Así es como, en la época del más alto desarrollo del capitalismo, está organizado el saqueo de cerca de mil millones de habitantes de la Tierra por un puñado de grandes potencias. Y en el capitalismo es imposible cualquier otra organización”. Vladimir Ilich Lenin, “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, en *Obras Completas*, t. 26, pp. 375-376.

dos, “consolidación de la esclavitud en las colonias mediante un reparto más ‘justo’ y una explotación más ‘aunada’ de las mismas”, “prolongación de la esclavitud asalariada”¹⁸.

Por otra parte, aunque, como norma, la literatura contemporánea lo ignora o se esfuerza por ignorarlo, desde las primeras décadas del siglo, la eventualidad de una integración supranacional del capitalismo monopolista se había situado en el centro del debate teórico. Al revelar el carácter apologetico de la teoría del “ultraimperialismo” de Kautsky y de la concepción del “interimperialismo” de Hobson, según las cuales el desarrollo de los monopolios conduciría a la atenuación de las desigualdades y de las contradicciones de la economía mundial, Lenin resaltaba los hechos económicos, políticos y sociales que evidenciaban la agudización de los conflictos existentes entre las principales potencias imperialistas, y demostraba que la expansión del capital financiero conduce a la acentuación progresiva de las contradicciones en sus ritmos de crecimiento y que las únicas vías –siempre temporales– para la solución de estas contradicciones son la crisis y la guerra. Así mismo, ponía de manifiesto que las mayores conquistas alcanzadas por el naciente imperialismo en materia de concentración económica se verificaban, fundamentalmente, en el plano nacional. Aunque Lenin no descartaba la posibilidad de una transnacionalización del imperialismo, partía del supuesto de que esta tendencia –por cierto, muy abstracta en su época– estaría condicionada por la resistencia y la oposición que éste encontrara en su desarrollo, en especial, por los plazos históricos en que tuviera lugar la revolución mundial contra el capital. La forma y los límites del desarrollo transnacional del capitalismo monopolista de Estado estarían determinados de forma sustancial por los desafíos políticos que lograran imponerle las fuerzas del trabajo que, a su pesar, él mismo contribuía a organizar.

No cabe duda –afirma Lenin– de que la tendencia del desarrollo es *hacia* un trust único mundial, que absorberá todas las empresas sin

18. Ver en las *Obras Completas* de Vladimir Ilich Lenin, por ejemplo: “El derecho de las naciones a la autodeterminación”, t. 25; “La bancarrota de la II Internacional”, t. 26; “El socialismo y la guerra”, t. 26; “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, t. 26; “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, t. 27; “El programa militar de la revolución proletaria”, t. 30; “El imperialismo y la escisión del socialismo”, t. 30; “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, t. 37.

excepción y todos los Estados sin excepción. Pero ese desarrollo se opera en tales circunstancias, con tal ritmo, en medio de tales contradicciones, conflictos y conmociones –no sólo económicos, sino también políticos, nacionales, etc., etc.– que sin duda alguna *antes* de que se llegue a un trust mundial único, a una asociación mundial “ultraimperialista” de los capitales financieros nacionales, el imperialismo deberá inevitablemente estallar y el capitalismo se transformará en su contrario¹⁹.

Este contrario, por supuesto, es la *revolución comunista* que, en una determinada fase de su desarrollo, tendría a los “Estados Unidos del Mundo” como “forma estatal de unificación y libertad de las naciones”²⁰, por oposición a la idea de un Estado mundial imperialista destinado a garantizar las condiciones políticas necesarias para asegurar el imperio de un eventual monopolio económico universal.

Rebasaría los límites de este artículo referirnos con detalle a tres procesos históricos que incidieron de manera decisiva en la marcha hacia la universalización de las relaciones humanas: por una parte, la revolución de octubre de 1917 y el surgimiento del campo socialista mundial tras el fin de la segunda guerra mundial –que abrieron una oportunidad malograda de facilitar el avance de la humanidad hacia la construcción de una totalidad orgánica universal comunista, por oposición al entonces incipiente proceso de transnacionalización del capital monopolista–; y, por otra, la desaparición de la Unión Soviética y los Estados socialistas europeos, como proceso regresivo que sirvió de catalizador de la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional y constituyó el fundamento objetivo de las más recientes apologías del modo capitalista de producción cobijadas bajo la bata esterilizada de “teorías de la globalización”.

De manera que “globalización” en modo alguno constituye una *nueva categoría*, una nueva tendencia o forma histórica de organización de las relaciones sociales de producción material y espiritual, sino apenas una *nueva manera de designar* un proceso histórico de larga data, intuido por la filosofía de la historia de los siglos XVIII y XIX y explicado científicamente por Marx y Engels. En todo caso, la

19. Vladimir Ilich Lenin, “Prefacio al folleto de Bujarin ‘La economía mundial y el imperialismo’”, en *Obras Completas*, t. 27, p. 103.

20. Ver Vladimir Ilich Lenin, “La consigna de los Estados Unidos de Europa”, *ed. cit.*, p. 377.

idea de que la humanidad representa un todo único, o bien progresa hacia una totalidad histórica universal, llegó a convertirse en una plaza fuerte e, incluso, en un lugar común para lo más avanzado del pensamiento filosófico y social de aquella época. Por consiguiente, la tarea no consiste hoy en demostrar por enésima vez que la humanidad avanza hacia una totalidad mundial, mediante la sustitución del término clásico de *historia universal* por el de *globalización*, *mundialización* o cualquier otro. La reedición en nuestros días de las consideraciones y discusiones abstractas antaño suscitadas al respecto no pasa de ser un divertimento académico o la ejecución de una estrategia diseñada para desviar la atención de uno de los problemas cardinales que se alzan ante el pensamiento revolucionario: el problema de *la forma capitalista, incluida la forma imperialista*, en que ha tenido y tiene lugar la universalización (o, si se quiere, la “globalización”) de la historia, el problema de sus fuerzas motrices y de sus determinaciones y contradicciones históricas concretas –económicas, políticas, sociales e ideológicas. Las teorías actuales de la globalización, como norma, no hacen más que regresar en forma vulgar al nivel de desarrollo conceptual alcanzado por el pensamiento premarxista. La renuncia voluntaria o involuntaria al método marxista de análisis del modo de producción capitalista y su sustitución por un pluralismo metodológico difuso y por una amalgama de datos empíricos y elucubraciones de carácter general conduce, también en este caso, a la volatilización de las determinaciones capitalistas del proceso de universalización de la historia humana, a la hiperbolización e hipertrofia de unos u otros momentos suyos –neutros en apariencia con respecto a toda determinación de formación económico social–, sobre todo de aquellos que presentan el espurio “rostro humano” de los adelantos científico-tecnológicos. El cuadro idílico que resulta de esta maniobra de ilusionista se aviene en grado sumo con los intereses del sector de la burguesía que promueve un “nuevo orden” capitalista transnacional e intenta presentarlo como “el mejor de los mundos posibles”.

Por supuesto, nada hay que objetar a la utilización del término *globalización* en el sentido de la *forma* actual en que tiene lugar el proceso de universalización del desarrollo histórico de la humanidad, salvo que se pasen por alto las sutilezas que se esconden detrás de sus resonancias cabalísticas. Tenemos en cuenta, *primero*, la idea engañosa de que es posible distinguir la “globalización como tal” (en sí o por sí) de la globalización del capitalismo, mediante una abstracción del proceso histórico

real de reproducción del capital que constituye su contenido; en tal caso, se supone implícitamente que las abstracciones tienen una existencia real junto a los objetos o procesos de los cuales constituyen un momento y, en correspondencia, que al lado o por encima del proceso de globalización del capital, existe alguna otra globalización en abstracto (por lo general, la globalización de la ciencia y la tecnología consideradas como sujetos autodeterminados); *segundo*, la representación de que la globalización supone una ruptura radical con la historia precedente del capitalismo (y no únicamente una *metamorfosis* de este modo de producción), de la cual se deriva buena parte de la diversidad infinita de pseudoconceptos iniciados con el prefijo “post” que engalana la literatura de las dos últimas décadas y pretende desvirtuar el aparato categorial elaborado por Marx para el análisis de la sociedad burguesa; *tercero*, la representación difusa de que existen “muchas globalizaciones” yuxtapuestas, destinada a arrojar sombra sobre la determinación esencial de este proceso único: la forma actual en que tiene lugar la reproducción del capital; *cuarto*, la hiperbolización, implícita en imágenes tales como “aldea global” o “sociedad global”, de los niveles reales alcanzados por el proceso de universalización de la historia humana, que contribuye a ocultar o atenuar las contradicciones y conflictos reales que gravan este proceso; *quinto*, la noción desmovilizadora, promovida por el discurso neoliberal, de que la humanidad avanza hacia una totalidad social (capitalista) homogénea de la que todas las naciones y todos los ciudadanos del planeta son o serán beneficiarios; *sexto*, la tendencia a sustituir con el término *globalización* –utilizado con frecuencia en un sentido aséptico– los conceptos de capitalismo, imperialismo, colonialismo, neocolonialismo, dominación y otros que expresan de forma adecuada la esencia de la etapa actual de universalización de la historia humana; *séptimo*, la percepción de que la expansión global de la dominación capitalista ha cerrado toda posibilidad a las luchas de los explotados y los oprimidos contra el capital, o, en otros términos, el reconocimiento implícito o explícito de la impotencia de las fuerzas revolucionarias para transformar el mundo.

La mejor forma de someter a crítica la ideología imperialista de la globalización es ofrecer un estudio del capitalismo contemporáneo en su condición de capitalismo monopolista de Estado que avanza hacia la transnacionalización. No se trata exclusivamente de ofrecer una “respuesta ideológica” –necesaria, sin duda–, al efecto desmoralizador de semejante ideología, sino también, y ante todo, de *esclarecer las circunstancias históricas concretas en que se desenvuelve la lucha de las fuerzas revolu-*

cionarias en la actualidad. No es indiferente para estas fuerzas la *forma* en que tiene lugar la universalización del capitalismo, sus *contradicciones* inmanentes, las *tendencias* de su desarrollo, los espacios que reproduce y crea para la organización del proletariado y, en general, de los sujetos oprimidos, para la lucha revolucionaria.

En nuestra opinión, la esencia de la metamorfosis histórica que se intenta captar con el término “globalización” puesto de moda tras la bancarrota de la URSS y el campo socialista europeo, se expresa adecuadamente con la idea de la *transnacionalización desnacionalizadora* del capitalismo monopolista de Estado. Se trata de una *transnacionalización* subordinante de la aplastante mayoría de las naciones y pueblos del mundo, no de una *internacionalización* en la que cada pueblo y nación integre su cultura material y espiritual al acervo común de la humanidad, en pie de igualdad con los restantes. El contenido real que se expresa, se encubre o se hiperboliza con el término *globalización* es la *metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en capitalismo monopolista transnacional*²¹, un proceso de ruptura de las barreras nacionales –economías, fronteras geopolíticas,

-
21. La comprensión científica de la formación económico social capitalista es, en importante medida, una conceptualización de sus metamorfosis históricas. *Metamorfosis* es una de las categorías clave de *El Capital*, indispensable para comprender el modo en que se desarrollan sus contenidos, la deducción lógica e histórica que realiza Marx de las diferentes formas económicas, unas a partir de otras. El objeto de la investigación dialéctica –es decir, de la investigación de la sociedad como una totalidad orgánica, como un organismo en desarrollo– se presenta siempre como una *forma*; no como una *forma externa*, sino como una *forma de contenido estructurada*, como una *forma de organización del contenido*. Considerar el objeto de investigación como una forma significa que se le está enfocando en el proceso de su génesis y desarrollo, de su movimiento histórico, no de un simple cambio coyuntural. Este movimiento histórico es el de la metamorfosis (la transformación, la transfiguración). Con la categoría *metamorfosis* se expresa el *proceso de cambio de la forma*, a partir de un mismo *fundamento*, una misma *sustancia*, una misma *esencia*: justamente el *proceso*, no sólo el *resultado*. A nuestro juicio, esta categoría –probablemente la más utilizada por Marx en sus obras económicas, junto con las de *forma* y *forma metamorfoseada*, con ella emparentadas– es la más adecuada para explicar los cambios históricos en la esencia del capitalismo, en particular, el cambio de forma del capitalismo monopolista de Estado al cual asistimos en la actualidad. En relación con esta poderosa categoría del pensamiento dialéctico, las categorías de “reestructuración”, “reorganización”, “reconversión” y otras en boga, no pasan de expresar momentos parciales, unilaterales, aislados, de las modificaciones que se operan en el capitalismo contemporáneo.

Estados, códigos jurídicos, culturas e identidades— que obstaculizan el libre desarrollo de los monopolios transnacionales, en beneficio de una élite burguesa que ha logrado apropiarse de la mayor parte de las riquezas del mundo. La concentración monopolista transnacional del capital y el poder político, la transnacionalización del monopolio y del Estado imperialista, constituye la esencia de la metamorfosis del capitalismo contemporáneo y es, al mismo tiempo, el hilo conductor que nos permite desentrañar la embrollada madeja de las “globalizaciones”.

Al plantear el problema en estos términos, el énfasis no se pone en la constatación, hoy día trivial, de la creciente interconexión de los destinos históricos de la humanidad contemporánea, sino, en primer lugar, en el hecho de que *el capital ha alcanzado un nivel transnacional de concentración, cuya forma dominante y cuyo sujeto fundamental es el monopolio transnacional, personalizado en una nueva oligarquía, la burguesía financiera transnacional; y, en segundo lugar, en la ley del desarrollo desigual inherente al modo de producción capitalista, en particular, a su fase imperialista, en la constatación de la forma antagónica en que tiene lugar el proceso de universalización de las relaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas*, es decir, en el reconocimiento de que este proceso transcurre bajo el signo de la explotación del trabajo asalariado y la marginación subordinante de franjas crecientes de la población mundial, y en medio de agudas confrontaciones económicas y políticas entre las diferentes clases y sectores sociales, nacionalidades, naciones y regiones, entre los diversos espacios geoeconómicos y en el interior de ellos, entre los diferentes sectores de las burguesías y en el interior de estos sectores.

Lo anterior supone, en primer término, deshacer el mito de que, desaparecido el campo socialista eurosoviético, el mundo asiste a un proceso inexorable de universalización y homogeneización del capitalismo, a la victoria histórica y a la extensión lógica del sistema de relaciones sociales basado en la compraventa del trabajo asalariado; y consignar, en segundo término, el hecho decisivo de que *la transnacionalización del capitalismo monopolista de Estado no universaliza la relación capital-trabajo, que constituye el fundamento del modo de producción capitalista, sino, por el contrario, lleva aparejada la acentuación de los efectos sociales de la ley de la población formulada por Marx en El Capital, una colosal e insostenible superproducción de población con respecto a las necesidades reales del capitalismo, que no sólo crea la situación paradójica —constatable a partir de estadísticas simples— de*

que, en el mundo de la fibra óptica y las computadoras de enésima generación, casi dos terceras partes de la humanidad nunca han levantado un teléfono, y más del 98% de ella jamás ha visto una de las imágenes de *Internet*, sino que convierte en un *estorbo* a la mayor parte de la población del planeta. Un modo de producción cuya condición de existencia es la destrucción de los modos que le precedieron en la historia, está obligado a perpetuarlos, en un proceso de inclusión excluyente, antinatural y preñado de contradicciones escandalosas.

Elementos de economía política de la reestructuración capitalista

*Jairo Estrada Álvarez**

El presente trabajo tiene por objeto el análisis –desde la economía política– de las tendencias más generales del proceso de reestructuración capitalista en su etapa actual. En desarrollo de ese propósito, se han considerado tres dimensiones de estudio: en primer lugar, se consideran las tendencias de la reestructuración en su forma más abstracta, esto es, en cuanto generación de nuevas condiciones para la reproducción de la relación social capitalista. En segundo lugar, se abordan algunos rasgos de la reestructuración en América Latina. Y por último, en tercer lugar, se muestran los lineamientos de la reestructuración en el caso colombiano. En estas tres dimensiones se pretende develar la naturaleza esencialmente contradictoria de la reestructuración: al tiempo que se ha propiciado una salida capitalista de la crisis, se han generado nuevas fuentes de conflictividad social y de clase que devienen en nuevas tendencias a la crisis. El escrito privilegia en todo caso las transformaciones del capital; los cambios del trabajo vivo apenas aparecen sugeridos.

Algunos rasgos generales de la reestructuración

En diferentes análisis marxistas el inicio de la reestructuración se comprende como una respuesta a la crisis de fines de los sesenta y principios de los setenta¹. La reestructuración se comprende como una nueva fase de la domi-

* Profesor de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia.

nación y de la explotación capitalistas, fundada en la imposición de un nuevo régimen de acumulación y un nuevo modo de regulación. La nueva fase supone un proceso de redefinición de la totalidad capitalista, que aún se encuentra en pleno despliegue y, por tanto, no está concluida. Ese carácter inconcluso de la reestructuración, y el hecho de que las nuevas formas de la totalidad capitalista coexistan aún con aquellas de la fase anterior, se manifiesta en caracterizaciones teóricas provisionales de la nueva fase².

La nueva fase ha sido caracterizada como *fase posfordista* cuando se hace énfasis en las transformaciones ocurridas en el modo de producción. En los cambios tecnológicos asociados a la revolución microelectrónica, a las nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones, a la sustitución de materiales y a la biotecnología y la ingeniería genética, entre otros, se aprecia la base de la transformación radical del proceso de producción y reproducción capitalista y, con ellos, de las relaciones sociales sobre las cuales descansa dicho proceso. De tales transformaciones se deducen, igualmente, nuevas tendencias de la estructuración flexible del capital hacia la “terciarización” o hacia la “hiperindustrialización”³.

La nueva fase ha sido también caracterizada como *fase del capitalismo monopolista de Estado transnacional*, para enfatizar un nuevo ciclo de la instrumentalización del Estado capitalista por el capital financiero, tendiente a la negación de los Estados nacionales en sus formas actuales y a la movilización de los dispositivos estatales hacia su autonegación, en dirección a una nueva forma Estado supranacional fundada en la dominación y explotación del capital financiero transnacional⁴.

-
1. No es propósito de este trabajo analizar las causas de esa crisis y los rasgos asumidos por ella. Según diferentes perspectivas teóricas y de acuerdo al énfasis en el objeto de estudio, la crisis ha sido caracterizada como una crisis del modo de producción fordista; también como crisis del consenso keynesiano de acumulación; igualmente, como crisis del llamado Estado de bienestar, e incluso como crisis del capitalismo monopolista de Estado.
 2. En este trabajo se reseñan algunas de ellas; sólo se pretende mostrar la complejidad del análisis de la reestructuración y las variadas posibilidades de aproximación a su caracterización.
 3. Ver por ejemplo, Joachim Bischoff y Richard Detje, *Massengesellschaft und Individualitaet. Krise des Fordismus und Strategie der Linken*, VSA-Verlag, Hamburgo, 1989.
 4. Ver Roberto Regalado, Rubén Zardoya y otros, *El capitalismo monopolista transnacional*, La Habana (mimeo), 1998.

La nueva fase ha sido definida como *fase neoliberal*, para destacar las transformaciones del Estado y, sobre todo, los cambios en el modo de regulación generados por la crisis del llamado consenso keynesiano de acumulación, orientados a la flexibilización, la desregulación, la privatización, en suma, a la imposición de criterios genuinamente capitalistas de mercado⁵.

Desde otro ángulo, la nueva fase ha sido concebida como *fase del Estado nacional de competencia*⁶ o del *Estado schumpeteriano de competencia*⁷, cuando se trata de caracterizar la nueva forma de regulación social del régimen posfordista de acumulación que pretende la superación del Estado de bienestar, forma de regulación social propia del fordismo. La constitución de ese nuevo modo de regulación se aprecia conflictiva y contradictoria, y comprendería diferentes discursos y prácticas neoliberales, neocorporativistas y neoestatistas.

En las diferentes conceptualizaciones de la nueva fase existe un elemento en común: la fase comprende un *proceso de extensión y profundización de la relación social capitalista*, tendiente a la superación de las fronteras del Estado-nación y del régimen de acumulación fundado en el mercado interno, las políticas de demanda agregada, la valorización del capital productivo, la relativa centralidad de la relación capital-trabajo en la forma del contrato laboral y sindical, y una cierta institucionalidad del llamado Estado de bienestar. Todo ello, con el propósito de desatar y potenciar nuevos escenarios de constitución y realización de la relación social capitalista y de valorización del capital, hacia niveles de negación relativa de los límites que, en todo caso, caracterizan al capitalismo como formación social y económica.

Ese proceso ha sido conceptualizado, no obstante, mediante diversas acepciones⁸. El concepto de *globalización capitalista* parece tener un mayor posicionamiento dentro de los diferentes análisis de la fase. Pese a que éste podría prestarse para equívocos, al sugerir una orientación de la acumulación y de la reproducción del capital hacia la homogeneización mundial de la relación capitalista, en diferentes contribuciones se ha enfati-

-
5. La noción de fase neoliberal ha tenido mayor difusión –sobre todo en la bibliografía latinoamericana– con la denominación de *modelo neoliberal*.
 6. Joachim Hirsch, *Der nationale Wettbewerbsstaat. Staat, Demokratie und Politik im globalen Kapitalismus*, Edition ID-Archiv, Berlín - Amsterdam, 1995.
 7. Bob Jessop, “¿Hacia un Estado de trabajo schumpeteriano?”, en *Crisis del Estado de bienestar. Hacia una nueva teoría del estado y sus consecuencias sociales*, Siglo del Hombre Editores, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1999.
 8. En la bibliografía marxista alemana es de común aceptación el término *Durchkapitalisierung*.

zado en la naturaleza desigual y contradictoria de la globalización, y en su encadenamiento con nuevas formas regionales y locales de la acumulación y de la reproducción⁹. En otras acepciones se habla de la mundialización del capital¹⁰, o de la internacionalización del capital¹¹, o de la transnacionalización del capital¹².

Todas ellas presumen la historicidad de la relación capitalista, de tal suerte que las acepciones en cuestión, antes que tener la pretensión de conceptualizar transformaciones esenciales del capitalismo, buscan más bien mostrar nuevas *formas* asumidas por el proceso de acumulación y reproducción del capital en la nueva fase.

Esas *formas* poseen actualmente diversas manifestaciones que resultan de:

- * La nueva organización de la propiedad privada capitalista.
- * La generación de nuevas condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo.
- * La nueva estructuración sectorial, por rama y regional de la economía productiva.
- * La nueva estructuración de las relaciones entre la economía monetaria financiera y la economía productiva.
- * La redefinición de las modalidades de inserción de las economías nacionales en la economía capitalista mundial.

-
9. Palacio prefiere hablar de *globalizaciones*, y desarrolla el concepto de *glocalización* para mostrar la compleja relación entre las nuevas tendencias globales y aquellas locales de la acumulación y de la reproducción. Ver, Germán Palacio, *Globalizaciones, Estado y narcotráfico*, Universidad Nacional de Colombia, Unidad de Investigaciones Jurídico-Sociales y Políticas "Gerardo Molina"-Unijus, Instituto para el Desarrollo de la Democracia "Luis Carlos Galán", Santafé de Bogotá, 1998.
 10. Ver Renán Vega Cantor, "La actualidad del Manifiesto Comunista. Tres tesis sobre la mundialización del capital, trabajo y lucha de clases", en *Herramienta*, Revista de debate y crítica marxista, No. 6, Buenos Aires, 1998.
 11. Dentro de las diferentes caracterizaciones, ésta parece ser la más débil, si se considera, de una parte, que el capital es por esencia internacional. De la otra, por cuanto la noción de internacionalización implica constitución de relaciones desde el Estado-nación, concepto justamente en entredicho en la fase actual.
 12. Acepción asumida por el autor, por considerar que ella es suficientemente explicativa de las relaciones de dominación y de explotación existentes, en y desde el capitalismo central hacia el capitalismo periférico.

- * La reestructuración del Estado capitalista, con la consecuente redefinición de sus funciones de acumulación y de legitimación.

La configuración de esas *formas* se acompaña de transformaciones en las *formas* de la regulación, esto es, en las normas e instituciones que hacen (o pretenden hacer) corresponder el comportamiento individual y colectivo con las nuevas condiciones del proceso de acumulación y de valorización. Se trata, justamente, por la vía de la regulación, de propiciar condiciones duraderas y estables para la reproducción de la relación social capitalista. La regulación no debe comprenderse, por tanto, como un proceso técnico de dirección macroeconómica y macrosocial, sino como una forma de la reproducción de la explotación y de la dominación de clase. En palabras de Gramsci: hegemonía blindada con coacción. No obstante, el conflicto social y de clase que caracteriza las sociedades capitalistas relativiza las posibilidades –por cuanto les impone límites– de una regulación “funcionalmente” asegurada. La regulación es, en ese sentido, un proceso sujeto a la objetividad de la crisis y a la interrupción de la “funcionalidad”.

La reestructuración en su fase actual puede ser definida partiendo de la naturaleza esencialmente transnacional de la relación capitalista, independientemente de las formas históricas –espaciales o temporales– que ésta pueda asumir. La reestructuración representa un nuevo ciclo del proceso de subordinación real de la totalidad de las relaciones sociales bajo lógicas capitalistas. La reestructuración implica, en ese sentido, que el proyecto capitalista no está concluido, y que el capital posee aún una fuerte capacidad de despliegue.

Tal capacidad de despliegue tuvo un aplazamiento histórico, ocasionado por la misma naturaleza contradictoria de la relación capitalista. En efecto, el desarrollo del movimiento obrero y social revolucionario, el triunfo de la revolución bolchevique de Octubre, los procesos de Europa del Este –independientemente de la valoración que hoy se tenga de ellos–, los mismos proyectos socialdemócratas del Estado de bienestar y los movimientos de liberación nacional, le impusieron límites objetivos al proyecto histórico del capital. La política y la cultura proletarias –en sus variadas formas– lograron erigirse como fuentes de contención a la pretensión capitalista de imposición generalizada de unas relaciones de explotación y de dominación con arreglo exclusivo a la ley del valor.

El capital tuvo que autonegarse para poder reproducirse. Ahí se situó la fuente más abstracta de la crisis de la anterior fase de acumulación, y también la posibilidad de una salida capitalista de la crisis, pues la autonegación

devino, de una parte, en institucionalización del conflicto social y de clase en todas sus dimensiones, en poder constituido, en consenso asimétrico de clase, en equilibrio intersistémico de las relaciones internacionales. La naturaleza revolucionaria del sujeto del poder constituyente cedió a la consolidación de condiciones relativamente duraderas y estables de la reproducción de la relación social capitalista. De la otra parte, en la vigencia del proyecto capitalista, en cuanto despliegue de su potencialidad reproductora, sobre la base de la negación de lo negado, mediante la pretensión de restauración de la ley del valor en su integridad, lo cual suponía la derrota histórico-concreta del sujeto revolucionario.

No se pretende analizar aquí las causas de tal derrota. Pero, ha de señalarse, que la reestructuración se funda también en ella, que se habla de una nueva fase de acumulación precisamente por ella, que el actual despliegue –en extensión y profundidad– de la relación capitalista radica, esencialmente, en las nuevas posibilidades de la ley del valor. Pero, al mismo tiempo, debe decirse que en esas nuevas posibilidades se encuentran las posibilidades del sujeto revolucionario, la potencialidad del poder constituyente proletario, la necesidad de desatar la política y la acción desestructuradoras.

Las posibilidades de la ley del valor, y con ellas la salida capitalista de la crisis a través de la reestructuración, se encuentran en variadas formas:

1. En la extensión y profundización de la espacialidad capitalista, independientemente de sus formas transnacionales, nacionales y territoriales; localizadas o deslocalizadas.
2. En la extensión y profundización del tiempo capitalista, independientemente de sus formas de secuencialidad o simultaneidad, de sincronía o asincronía.
3. En las nuevas formas de organización del capital –desde la forma Estado hasta la formas de organización capitalista de la propiedad–, que pretenden dar cuenta de esos espacios y tiempos capitalistas, y de la institucionalidad requerida para ejercer la dominación política y cultural y la explotación económica.
4. En las formas más específicas, derivadas de los aspectos a que se refieren los puntos 1 y 2, que se expresan:
 - a) En una nueva estructuración del capital sobre la hegemonía del capital-dinero (o capital financiero) sobre las formas del capital productivo.
 - b) En la creciente mercantilización del ecosistema, del espectro electromagnético y de la órbita geoestacionaria.

c) En la mercantilización de aquella esfera de lo público, que por la acción del sujeto revolucionario había debilitado la lógica capitalista, al obligar a ésta a constituir condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo con los sistemas de servicios públicos y los gastos sociales.

d) En el despliegue de nuevos dispositivos de dominación y explotación tecnológica, científica y comunicativa.

e) En la mercantilización del conocimiento, de la producción de conocimiento y de la intelectualidad productora de conocimiento.

f) En la estructuración de diversas modalidades “ilícitas” de la acumulación, que subvierten la “legalidad” establecida por el capital.

En estas posibilidades de la ley del valor, que no agotan desde luego toda su potencialidad, apenas se destacan los campos en los cuales se aprecia con mayor avidez la voracidad capitalista por garantizar la reproducción de la relación capital-trabajo, por preservar condiciones estables y duraderas para la valorización y la acumulación. Tales campos son, al mismo tiempo, fuente constitutiva de nuevas tendencias a la crisis¹³.

En efecto, para el capital la ley del valor no es una opción, es un imperativo de ordenamiento de las relaciones sociales. Ahí radica su debilidad, la fuente de su negación. La restauración total de la ley del valor, hoy liderada por la estrategia neoliberal, obliga al capital a colocarse en el terreno de la confrontación abierta con el mundo del trabajo. La contradicción fundamental del capitalismo, que para algunos no es más que una abstracción histórica, se muestra de manera descarnada. El creciente carácter social de la producción —en sus formas materiales e inmateriales— choca con la pretensión de arrasamiento y de devastación que implica la apropiación privada capitalista de sus resultados. Si como producto de algunas interpretaciones del proceso capitalista se había mostrado que con la jerarquización y segmentación de la clase obrera en la fase fordista de acumulación se contradecía la ley general de la acumulación capitalista, desarrollada por Marx,

13. En este trabajo no se abordan las transformaciones del capital productivo, ni otras nuevas formas de existencia del capital, asociadas a la posibilidades de la ley del valor ya descritas. Sin duda, de ellas se podrían derivar otras tendencias a la crisis que escapan a los propósitos del análisis. Apenas se señalan fuentes objetivas de crisis en sus formas más abstractas: primero, como consecuencia de la contradicción fundamental del capitalismo; segundo, como resultado de la contradicción entre las condiciones generales de la producción capitalista y las condiciones de realización; tercero, como expresión de la contradicción entre el movimiento del capital ficticio y el movimiento del capital productivo.

hoy parece evidente que la polarización social y de clase es un rasgo esencial, inherente a la reproducción del capital. Otra es la discusión sobre las formas de existencia de la clase. En tal contradicción se mantiene la objetividad de la crisis, la posibilidad de nuevas salidas capitalistas o de salidas revolucionarias.

Sin embargo, la fuente de contradicción del sistema en la fase actual no se agota allí: los nuevos tiempos y espacios capitalistas chocan con las posibilidades de realización de la producción en sus nuevas configuraciones. Tales tiempos y espacios se están construyendo sobre los supuestos de ampliación ilimitada de la oferta y de la construcción de una especie de ciudadanía de mercado. No obstante, la dinámica de la ley del valor imposibilita ese proyecto, pese a los esfuerzos desplegados por el Estado capitalista para garantizar una vinculación generalizada del trabajo asalariado al mercado. Las armas de la crítica que el capitalismo erigió contra las relaciones de servidumbre feudal para crear el mercado capitalista, se convierten en armas para su negación. El capitalismo es incapaz de desarrollar el mercado a plenitud. La exclusión de centenares de millones de seres humanos de la demanda es una fiel representación de tal incapacidad, y una demostración de los límites de la utopía capitalista.

Las nuevas formas de organización del capital –desde la forma Estado hasta las formas de la organización de la propiedad privada– si bien pretenden producir una reducción del riesgo y la incertidumbre, pues la ley del valor impone el cálculo económico, obligan al capital a desplegar en toda su intensidad los dispositivos del capital ficticio. La financiarización del capital –bajo la forma de la expansión y desarrollo del mercado de capitales, de las capitalizaciones, de la fiducia, de las titularizaciones, del endeudamiento, de la especulación bursátil–, si bien se convierte en fuente de provisión de dinero de las transacciones capitalistas y de nuevos escenarios de valorización, al mismo tiempo conduce a una autonomización de tal envergadura, que pone en peligro las mismas estructuras capitalistas. La pretensión de evadir el riesgo sitúa al capital en el riesgo mismo, en la incertidumbre. La posibilidad regulatoria de las políticas monetarias y cambiarias queda sepultada, aunque resucite de manera incesante. Las llamadas burbujas financieras, el crecimiento al debe, los flujos especulativos devienen en arma mortífera. El capital no puede con sus propios engendros.

A lo anterior se agrega el hecho de que las tendencias a la crisis, provocadas por las transformaciones de la fase, se encuentran fuertemente sincro-

nizadas con las tendencias a la crisis propias del ciclo económico. En efecto, a la fase expansiva del ciclo, iniciada después de la crisis de la economía capitalista mundial 1980-1983, y prolongada en 1989¹⁵ hasta mediados de los noventa luego de tendencias críticas superadas en razón del expediente de la agresión imperialista¹⁶ y del derrumbe del socialismo de administración burocrática centralizada, le siguió una etapa de estancamiento y de tendencias recesivas, aún no superadas completamente, en la que el ciclo monetario-financiero se ha encadenado con el ciclo productivo para estimular con mayor vigor la incertidumbre del capital. La reestructuración inconclusa se muestra, por tanto, afectada por el ciclo y, a diferencia de la fase anterior, en la que el nuevo régimen de acumulación y el nuevo modo de regulación se fundaron en un largo período de crecimiento y prosperidad capitalistas, en esta ocasión la estabilidad de un capitalismo renovado permanece en cuestión.

Considerando las tendencias a la crisis descritas, lejos se está, en consecuencia, de la culminación del proyecto capitalista, pero, también de un proyecto revolucionario, porque el movimiento obrero y social apenas despierta de su derrota, porque el movimiento todavía está preso de las nostalgias del pasado, porque el movimiento apenas comprende las nuevas tendencias del capital para el desarrollo de la acción política, porque aún se mueve en el terreno de la respuesta, apenas transita hacia la resistencia y el despliegue de la capacidad desestructuradora –desde formas de acción directa hasta aquellas de confrontación mediada con el capital–, sin erigirse todavía en fuerza alternativa.

Algunas tendencias de la reestructuración en América Latina

El proceso de reestructuración en América Latina hace parte del proceso de reestructuración de la totalidad capitalista. Sobre él vienen incidiendo al menos tres aspectos:

a) El desarrollo de tendencias supranacionales de la acumulación y de la regulación.

15. Ver Jairo Estrada Álvarez, "Crisis y posibilidades de superación del socialismo de administración burocrática centralizada", en *Taller*, Revista teórica de convergencia, No. 2, Santafé de Bogotá, 1990.

16. Se trata de la agresión imperialista estadounidense a Irak en 1989.

b) El desarrollo de tendencias desarticuladoras de las economías nacionales.

c) El estrechamiento de las capacidades regulatorias del Estado, en la perspectiva de políticas nacional-estatales.

Las formas supranacionales de la acumulación y de la regulación parecen marcar, de manera contundente, las tendencias regionales. En efecto, está en marcha la consolidación de una red de la dominación y de la explotación capitalistas, que se estructura con fundamento en una compleja interacción de relaciones e instituciones del capital transnacional. Se trata, en primer lugar, de las relaciones e instituciones de la acumulación y de la regulación de las diferentes formas del capital, constituidas y en algunos casos reformadas con el propósito de imponer condiciones de garantía para el libre movimiento del capital allende las fronteras nacionales¹⁷. Dichas relaciones e instituciones se acompañan de renovadas formas de organización política y militar del orden supranacional, que atienden, legitiman o imponen, mediante el uso de la fuerza, las políticas del capital¹⁸. En segundo lugar, se trata de las relaciones e instituciones constituidas por las empresas multinacionales que operan a nivel mundial, erigidas en verdaderos Estados supranacionales, con poder económico y político mayor que el de muchos Estados nacionales¹⁹. En tercer lugar, se trata de las relaciones e instituciones generadas por la nueva distribución económica y territorial del mundo entre los Estados del capitalismo central²⁰.

17. Se trata del Fondo Monetario Internacional - FMI, como institución regulatoria de los flujos del capital dinero; de la Organización Mundial del Comercio - OMC, como institución regulatoria del capital-mercancía; de los estatutos supranacionales para la protección de las inversiones directas, y más recientemente, del proyecto de estatuto para el libre movimiento del capital a nivel mundial, conocido como el proyecto de Acuerdo Multilateral de Inversiones - AMI.

18. Se trata, por ejemplo, de la Organización de Naciones Unidas - ONU, hoy representativa de la hegemonía del capitalismo central; de la Organización del Tratado del Atlántico Norte - OTAN, erigida en institución de agresión militar supranacional, más allá de las fronteras de los países miembros del Tratado.

19. En los últimos años se aprecia una potenciación del poder de estas empresas, en razón de la ola de fusiones que ha acompañado la reestructuración capitalista. Se observa que las principales fusiones han ocurrido entre empresas cuyo capital de origen es de las principales potencias capitalistas.

20. Aunque tal distribución es definida de manera eufemística con la acepción de "bloques económicos", en realidad se trata de una distribución entre los *centros de dominación imperialista*, conformados en torno a Estados Unidos, Europa occidental (en cabeza de la República Federal de Alemania) y Japón. Tales centros

La existencia de esta red de dominación y de explotación del capital transnacional, impone en América Latina una desarticulación de sus economías nacionales en función de las tendencias transnacionales de la acumulación. La reestructuración capitalista parece conducir a un nuevo tipo de dualización: de una parte, algunos sectores de la actividad económica son vinculados a los circuitos transnacionales (mercado de capitales, telecomunicaciones, información, energía, biodiversidad, tráfico de narcóticos), al tiempo que otros se *desindustrializan y reprimitizan o terciarizan* de manera precaria y atienden frágilmente los mercados internos²¹.

En ese contexto, los Estados nacionales evolucionan contradictoriamente hacia agencias de política para la implantación de estrategias transnacionales, la atención de algunas condiciones internas de la reproducción y la regulación de conflictos locales²².

La relativa celeridad con que viene ocurriendo la reestructuración en América Latina, sobre todo en cuanto hace referencia a la constitución del marco jurídico institucional y regulatorio, se explica en buena medida por el terreno abonado por las dictaduras militares y los gobiernos autoritarios de los setenta, que derrotaron mediante el expediente de la fuerza las opciones populares y democráticas entonces en ciernes. En los ochenta, las crisis de la deuda externa favoreció las pretensiones reestructuradoras del capital, al estimular tendencias hacia la homogeneización de las políticas nacional-estatales, por la vía de los llamados programas de ajuste económico impuestos por el Fondo Monetario Internacional.

Junto a lo anterior, concurren otros factores como la precariedad y débil consolidación de los aparatos productivos y de las instituciones del bi-

relativizan las tendencias globalizadoras del capital y las hacen aparecer como una globalización regionalizada.

21. Debe advertirse, en todo caso, que durante la fase anterior no se logró en América Latina la configuración plena de economías nacionalmente articuladas.
22. Desde luego que la tendencia general está matizada o incluso aplazada por diferentes trayectorias "nacionales". Mientras la mayoría de estas trayectorias aparecen funcionales a la reestructuración transnacional, de manera aún intermitente se presentan algunas disfunciones, como el caso reciente de Venezuela. El tránsito de los Estados hacia agencias de política transnacional supone, como es lógico, un proceso de reestructuración del Estado, de sus instituciones y de su orden jurídico. La "legalidad" de la reestructuración la hace aparecer revestida de democracia.

enestar en América Latina, así como la exclusión histórica del mercado capitalista de amplios sectores de la población, en una especie de informalidad estructural, que abona el terreno para los propósitos reestructuradores²³. En esa misma dirección actúa el proceso político, que se desenvuelve sin formas de oposición política antisistémica o, eventualmente, con formas de oposición política que apenas negocian un lugar más favorable dentro de la reestructuración²⁴. Igualmente, debe destacarse el papel desempeñado por sectores importantes de la intelectualidad: de una actitud severamente crítica en los setenta y aun en los ochenta, han transitado a la complacencia y a la cooptación para el diseño de las políticas reestructuradoras²⁵. Su “posicionamiento” en el mercado también ha ocurrido con arreglo a la ley del valor.

Independientemente de las formas nacionales, la tendencia predominante de la reestructuración capitalista en América Latina conduce a una acentuación de las relaciones de dependencia y a una creciente limitación

-
23. Las estrategias reestructuradoras en su versión neoliberal han desarrollado un discurso de modernización de los aparatos productivos con fundamento en las reglas del mercado, lo cual ha estimulado en realidad tendencias a la desestructuración industrial y al retorno a las ventajas comparativas. Así mismo, el desmonte de las precarias instituciones del bienestar ocurre en nombre de su necesario fortalecimiento y de la extensión de su cobertura a los sectores más pobres de la población, pues su existencia se asocia a privilegios de algunos segmentos de la población obtenidos en razón de la contratación laboral. De paso, ha quedado al descubierto la incapacidad histórica del capital para desarrollar y estructurar una base productiva, un Estado de bienestar y un mercado interno incluyente de las mayorías desposeídas. Tales especificidades muestran ciertos límites de los proyectos reestructuradores, pues éstos –al tiempo que vinculan a nuevos sectores sociales– se fundan en nuevas formas de exclusión social y de precariedad de las condiciones de existencia de la fuerza de trabajo.
 24. El hecho de que la reestructuración aparezca como un imperativo, ha propiciado un cierto pragmatismo político: como ella resulta inevitable, no hay otra alternativa que “negociar” la vinculación a las estrategias reestructuradoras. La reestructuración deviene en neocorporativismo de organizaciones políticas democráticas, de movimientos sociales y sindicales, de organismos no gubernamentales. Opciones anticapitalistas quedan reducidas a campos de acción estrechos.
 25. Ello ocurre con sectores de la intelectualidad abiertamente “institucionalizados”, que ocupan importantes cargos en los aparatos estatales decisorios de política, o en los organismos de regulación supranacional del capital, o simplemente con otros productores de discurso político en función de la demanda en el mercado.

de sus posibilidades regionales, nacionales y locales. Las modalidades de inserción en la actual fase de acumulación son desiguales y diferenciadas, y pueden ser comprendidas según la importancia de los respectivos países para la reestructuración transnacional, o de acuerdo a grupos subregionales que pretenden formas de inserción negociada.

En la perspectiva de grupos de países, podrían considerarse al menos tres: en primer lugar, se encuentran Brasil, México y en menor medida Argentina, cuyas economías –en razón de su tamaño y de su participación en los flujos monetario-financieros– resultan de la mayor importancia para el proyecto reestructurador transnacional²⁶. Seguidamente están Chile y Colombia, cuyo lugar puede considerarse intermedio, con capacidad de incidencia débil sobre los movimientos mundiales del capital. En tercer término, se ubican países como Perú, Venezuela, Ecuador, seguidos de aquellos de Centroamérica y del Caribe, cuyas posibilidades de afectación de las tendencias reestructuradoras son aún más débiles que en el caso anterior. La importancia de Centroamérica y del Caribe parece más geopolítica que económica, sobre todo si el asunto se aprecia a partir de la geografía de la dominación que acompaña los proyectos reestructuradores.

En la perspectiva de grupos subregionales, resultan más evidentes las tendencias predominantes de la reestructuración capitalista. Pese a que aún prevalece un discurso formal integracionista, en realidad lo que se viene imponiendo son acuerdos de libre comercio. La complejidad propia del proceso de integración ha quedado reducida a una visión de libre mercado, que en todo caso ocurre de manera diferenciada y contradictoria. Mientras que el Tratado de Libre Comercio reproduce de manera limitada aún (sólo tres países) lo que puede ser un futuro “mercado libre americano”, organizado de acuerdo a los intereses de las multinacionales estadounidenses, Mercosur y el Pacto Andino (éste más precariamente) expresan de manera desigual las pretensiones de conglomerados económicos locales por negociar un tipo de inserción, que les permita participar de los nuevos negocios de la reestructuración²⁷.

26. La forma inmediata como el capital reaccionó –con verdaderas operaciones transnacionales de salvamento– frente a las tendencias a la crisis de México en 1994 y de Brasil en 1998, da cuenta de los efectos que, aun desde economías periféricas, se pueden generar sobre el movimiento mundial del capital. Distinto ha sido el trato, por ejemplo, frente a la crisis de Venezuela o de Ecuador. Su peso en la economía mundial no les permite tener, y ni siquiera desencadenar, impactos desestabilizadores, cuestión que se ve reforzada por la tendencia a la desvalorización capitalista del petróleo.

Las tendencias reestructuradoras cuentan con un obstáculo difícil de eludir: la altísima concentración y centralización de la riqueza, acompañada de profundas desigualdades sociales y de una pauperización en aumento²⁸. Por ello, las preocupaciones de la política de reestructuración se centran recientemente en la atención a los más pobres dentro de los pobres. Se trata de buscar su vinculación al mercado (aunque sea intermitente), a tiempo que se desarrolla un nuevo tipo de populismo que genera efectos legitimadores del proyecto global de la reestructuración. Con ese propósito, las estrategias neoliberales se han visto complementadas –sobre todo en la segunda mitad de los noventa– con políticas de corte neoinstitucionalista²⁹.

-
27. En ese contexto se explica la “ola” de alianzas entre grupos económicos locales y empresas multinacionales, que pretenden avanzar en el control de mercados subregionales. Los acuerdos estatales de reducción de aranceles –con la perspectiva incluso de su eliminación– se constituyen en plataforma de un “mercado libre” continental construido desde las subregiones. Los rasgos de nuevos negocios en el mercado de capitales, las comunicaciones y la energía (como es el caso de la interconexión eléctrica) relativizan la noción de mercado subregional, proyectándolo a dimensiones continentales y, en algunos casos, mundiales. La existencia de contratendencias no es descartable, como lo demuestra la reciente pugna de intereses colombo-venezolana en el mercado andino del transporte de bienes.
28. Es evidente que el proyecto reestructurador a tiempo que ha permitido la inserción en los nuevos mercados de algunos sectores medios de la población, ha afectado a la mayoría de éstos de manera contundente, en particular en razón de las nuevas políticas de financiación del Estado, que se orientan a una nivelación social por lo bajo. La mejor posición social alcanzada por sectores de trabajadores en la fase anterior es definida, actualmente, como un privilegio que ha de terminar. La nueva pobreza que genera el proyecto reestructurador proviene de los llamados sectores medios. Al fin y al cabo los pobres absolutos no lo pueden ser más, a no ser que sean empujados a la indigencia.
29. El neoinstitucionalismo se ha erigido en un complemento útil y sugestivo para el neoliberalismo: primero, por cuanto representaría una superación de la visión de la sociedad en la exclusiva lógica del mercado, al señalar que es necesario incorporar el análisis de las instituciones en la economía. Su crítica al neoliberalismo no es fundamental. No se trata de desconocer las fuerzas de mercado, sólo que debe reconocerse que éstas interactúan con una gama muy variada de instituciones. Segundo, por cuanto a la visión institucional subyace una visión desde la teoría general de sistemas. La sociedad (el sistema) está conformada por un conjunto de elementos (instituciones) interrelacionados e interactuantes. Esa visión de interrelación/interacción excluye el antagonismo, puede reconocer el conflicto pero funcionalmente (o como disfunción transitoria), presume relaciones de poder horizontales, excluye por tanto la dominación y la explotación, posibilita desarrollar un discurso de unidad, de concertación, de participación, de no exclusión, “democrático”. Tercero, la

Considerando las tendencias descritas, se podrían considerar tres escenarios posibles sobre la orientación que puede tomar la reestructuración en América Latina:

Primero, lo más probable es que se asista a una profundización de la reestructuración en la forma de estrategia neoliberal-neoinstitucionalista. No obstante, es factible, segundo, que se genere una tendencia hacia la configuración de un nuevo bloque histórico, liderado por sectores del capital –especialmente productivo– castigados por la tendencia actual (neoliberal) de la reestructuración, sobre supuestos de inclusión negociada de sectores del movimiento obrero y social afectados también por las políticas reestructuradoras. Tal tendencia implicaría una revalidación del corporativismo bajo la forma de un nuevo consenso negociado³⁰. En tercer lugar, no es descartable la agudización de la conflictividad social y de clase, y el tránsito de movimientos populares contestarios, todavía gremializados en razón de instituciones aún existentes de la anterior fase, hacia movimientos de otro nivel de comprensión de la política: de acción política fragmentada y atomizada, a acción política general, incluso de carácter abiertamente anticapitalista. Sus posibilidades serían mayores si se lograsen articular en la forma de movimiento supranacional³¹. En este caso, como lo señala Perry Anderson al explicar el triunfo del neoliberalismo, la perseverancia en los propósitos de política es fundamental; la no renuncia a principios pese a situaciones adversas, una necesidad³².

visión neoinstitucional permite apreciaciones críticas –no sólo apologéticas– del capitalismo, lo cual amplía el campo de acción y de incidencia de las políticas, hacia un necesario funcionamiento eficiente de las instituciones como requisito para el funcionamiento de los mercados.

30. La estabilidad y durabilidad de una tendencias de este tipo se muestra precaria si se considera el contexto mundial de la reestructuración. Posibles bloques, bajo la forma de alianzas en la defensa de la producción nacional y el empleo, tendrían un trámite más bien coyuntural.
31. Dadas las condiciones generales de la reestructuración, la opción de movimiento se comprende en cuanto capacidad de generar tendencias desestructuradoras, más tímidamente en cuanto opción alternativa. La posibilidad de una nueva derrota histórica del capital dependerá, en buena medida, de la maduración de las condiciones constitutivas de la nueva fase, así como de los nuevos conflictos que ella inevitablemente generará. Si la reestructuración aún no está concluida, distantes estamos de una nueva crisis general del capital.
32. “Si miramos las perspectivas que podrían emerger más allá del neoliberalismo vigente, buscando orientarnos en la lucha política contra él, no debemos olvidar tres lecciones básicas dadas por el propio neoliberalismo. *Primera*

Algunos rasgos de la reestructuración en Colombia

La reestructuración capitalista se caracteriza en su actual etapa por el abandono, de parte del bloque dominante de poder, del proyecto de construcción de una economía nacional organizada en torno al mercado interno³³; en consecuencia, por la pretensión de reestructurar las relaciones de propiedad privada capitalista para atender, principalmente, nuevas necesidades estratégicas de acumulación y rentabilidad. La economía tiende a organizarse como un lugar de producción y de prestación de servicios que ha de responder a lógicas mundiales o regionales de la acumulación y del flujo de capitales, antes que a la lógica de un proceso nacional de reproducción. En ese sentido, la función del Estado se orienta a propiciar tendencias hacia la mayor desnacionalización de la economía, y a generar nuevas modalidades de inserción en la economía capitalista mundial, mediante el estímulo y la promoción de la competencia monopólica y de nuevas formas de organización del capital. Al mismo tiempo, dispone importantes recursos del gasto público para el fortalecimiento de sus aparatos represivos, especialmente de seguridad y defensa. Componentes sociales de las finanzas públicas quedan reservados para la legitimación demagógica y la constitución de una base social que facilite la cooptación, al proyecto hegemónico, de importantes sectores de la población, incluso del movimiento popular.

La reestructuración puede caracterizarse de manera más precisa con las siguientes tendencias:

lección: no tener ningún miedo de estar contra la corriente política de nuestro tiempo (...). Segunda lección: no transigir en las ideas, no aceptar ninguna dilución de los principios (...). Tercera lección: No aceptar como inmutable ninguna institución establecida (...)". Perry Anderson, "El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda", en Renán Vega C., (editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y del socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Santafé de Bogotá, 1997, pp. 365-366.

33. En sentido estricto, el compromiso con un proyecto de acumulación basado en el despliegue del aparato productivo industrial y el desarrollo del mercado interno fue precario. La temprana alianza de la burguesía industrial con el latifundio y el capital imperialista estadounidense propició, más bien, un capitalismo rentístico (cultivo y comercialización del café, explotación de yacimientos petrolíferos), con una débil base industrial, una agricultura atrasada y una explotación minera y energética sujeta a intereses transnacionales.

1. El nuevo régimen de acumulación, aún en proceso de constitución, supone la redefinición de las relaciones entre el capital y el trabajo. De tal redefinición dan cuenta, primero, las transformaciones normativas –en el sentido positivo del derecho burgués–, que buscan constituir una compleja red de regulación estatal de la economía con fundamento en el predominio del interés privado capitalista sobre el interés público, como en el caso de las reformas de la llamada apertura económica. Ello ha permitido la irrupción de nuevos espacios para el negocio y la ganancia capitalistas, que permiten estimular nuevas modalidades de valorización estratégica del capital. Segundo, el nuevo ciclo de transnacionalización de la economía, caracterizado por nuevas formas de penetración y de control de la actividad económica en general por parte del capital extranjero. La flexibilización de la normatividad estimula los flujos de capital hacia sectores de alta valorización histórica como la minería, y hacia nuevos escenarios de acumulación (en las telecomunicaciones, los servicios públicos, la biodiversidad y los mercados monetario-financieros). Tercero, el favorecimiento a los principales grupos económicos (Santodomingo, Ardila Lulle, Sarmiento Angulo, Sindicato Antioqueño), que mediante la repartición de la riqueza a través de las llamadas alianzas estratégicas, no sólo concentran y centralizan el capital, sino que proyectan negocios en economías y mercados subregionales. Cuarto, la redistribución regresiva de la propiedad y del ingreso en detrimento de los fondos de consumo de la población y en favor de los fondos de acumulación capitalista³⁴.

2. Se mantiene y desarrolla el papel de actividades del sector primario, particularmente a través de la explotación minera (petróleo, gas, carbón,) como fuente importante de generación de recursos para la financiación del Estado (a través de las regalías) y del crecimiento macroeconómico³⁵. Consciente de la importancia estratégica de esta actividad,

34. El marco normativo se acompaña de propósitos de “democratización de la propiedad”, que en realidad encubren los verdaderos lineamientos hacia su mayor privatización y concentración. Tal es el caso, por ejemplo, de la ley 226 de 1995 que regula –entre otros– la enajenación total o parcial a favor de particulares de acciones o bonos obligatoriamente convertibles en acciones de propiedad del Estado y, en general, de su participación en el capital social de cualquier empresa, y las modalidades de acceso de los trabajadores a la propiedad objeto de privatización.

35. Tal propósito se ha visto afectado, en razón del ciclo depresivo de los precios del petróleo de fines de los noventa, impuesto por las multinacionales a escala mundial.

el Estado capitalista propicia cambios en la normatividad vigente para favorecer las transnacionales y estimular nuevas formas de asociación y de organización del capital. Otras actividades del sector primario como la agricultura quedan expuestas a los juegos de “libre mercado”, que conducen a una “desagrarización” de la economía que castiga incluso el capitalismo agrario y las economías de plantación (los llamados en otro tiempo cultivos modernos), liquida la economía campesina, estimula la dependencia alimentaria y desplaza la cuestión de la producción para privilegiar nuevas formas de concentración de la propiedad con base en la expropiación masiva del campesinado pobre y la generalización de la violencia latifundista y paramilitar hacia nuevas formas de acumulación originaria regional de capital.

3. Se consolida el negocio capitalista especulativo del sistema financiero como uno de los negocios más lucrativos de la actual fase de acumulación. La política económica y la legislación económica favorecen profusamente los negocios en los mercados monetario, de capitales, de divisas y de otros mercados financieros. El proceso de acumulación se acompaña, en consecuencia, de una redefinición estratégica de las relaciones entre la economía real y la economía monetaria y financiera. La salud, los riesgos profesionales y la seguridad social a través de instituciones privadas bajo la forma de fondos, los recursos de presupuesto en la forma de contratos de administración por fiducia, los subsidios públicos a la educación y, especialmente, a la vivienda, y el estímulo a la titularización de activos y de deudas, se constituyen en nuevas modalidades de valorización capitalista financiera y se unen a otras ya existentes –desde la década pasada– asociadas al recaudo privado de los impuestos.

A lo anterior se agrega el negocio proveniente del creciente servicio de la deuda pública, que al incrementarse de manera vertiginosa en el último quinquenio, impone una mayor transferencia de recursos del presupuesto público hacia el sector financiero. A manera de ejemplo, dicho servicio habrá crecido de 9.6 billones en 1997 a 15.6 billones de pesos en el año 200000, lo cual significa que en este último año absorberá el 36,2% del total del presupuesto anual de la nación.

4. Se propicia la incorporación de recursos de acumulación generados ilícitamente a los circuitos legales. El capital “legal” expropia para sí dineros generados por el tráfico de narcóticos; persigue el comercio ilícito y emprende una campaña contra la corrupción. Los recursos así recuperados han de constituirse en fuente financiadora de crecimiento y de saneamiento de las finanzas públicas. De paso su política anterior –de complacencia y con-

vencia— queda socialmente saneada en razón del despliegue de capacidad autopurificadora.

5. Se configuran nuevas condiciones para la acumulación privada en el negocio de las telecomunicaciones, que —junto al sector financiero— se muestra como uno de los más rentables de la fase de reestructuración. La política estatal conlleva la renuncia a largo plazo de la actividad empresarial del Estado en ese campo, bien sea porque se recurre a modalidades de privatización mediadas por las “alianzas estratégicas” con el capital privado, o a procesos de capitalización que desdibujan el papel de la propiedad estatal o, simplemente, porque se renuncia a cualquier participación estatal en nuevos “negocios”. Es el caso de la telefonía de larga distancia, de la telefonía local, de la telefonía celular, de la telefonía inalámbrica, de la telefonía de comunicación satelital personalizada, de los negocios de transmisión de información en red, de la televisión digital por vía satélite, de los canales privados de televisión, de la adjudicación privada de programación en los canales públicos y de la adjudicación de frecuencias de radio en FM, entre otros.

6. Los procesos de privatización de la propiedad en las empresas de servicios públicos domiciliarios apenas se encuentran en su etapa preliminar. El interés inicial se ha localizado en las empresas de energía eléctrica (principalmente en generación), pero debe esperarse que pronto habrá de cubrir otros servicios. La obligada transformación de la naturaleza jurídica de las empresas de servicios públicos (de derecho público) en sociedades por acciones (de derecho privado) —conforme a lo establecido por la ley 142 de 1994— se ha constituido en el argumento máspreciado para dotar de legalidad la expropiación de que es objeto la sociedad colombiana en este campo. El mandato de la ley esconde la voracidad de los nuevos negociantes de servicios.

7. El Estado renuncia —con legislación permisiva o, sencillamente, con desidia— a fuentes estratégicas de riqueza, como la representada por la biodiversidad. Bien es sabido que la biotecnología y la ingeniería genética han sido constituidas por las transnacionales en campos exploratorios de nuevas modalidades de valorización capitalista.

8. El comercio interno tiende a reorganizarse sobre una mayor concentración de las ventas en el comercio mayorista, los almacenes de cadena y los hipermercados, pues el comercio tradicional minorista (tiendas de barrio, plazas de mercado) canaliza aún el 54% de las ventas. Se encuentran en

proceso de introducción, estrategias de grandes comerciantes que aspiran a producir en el mediano plazo una recomposición del mercado interno³⁷.

9. Mientras se producen las mencionadas transformaciones, el mundo del trabajo enfrenta una tendencia al deterioro de sus condiciones generales de vida. El ingreso real de los trabajadores se ha visto menguado, entre otros, por los siguientes factores:

- * Los reiterados aumentos tanto de la tasa como de la cobertura del IVA, registrados a lo largo de la década de los noventa.
- * El autoavalúo, los impuestos de valorización, otros impuestos regionales y locales y la generalización de las sobretasas (a la gasolina) y las contribuciones.
- * El aumento de tarifas de servicios públicos, bien sea por desmonte de subsidios o por reestratificación municipal.
- * El desmonte gradual –hacia de la privatización– de funciones sociales en educación, salud, vivienda, seguridad social, que aunque de manera precaria, en todo caso desarrollaba el Estado y favorecía a importantes sectores de la población.
- * La creciente flexibilización del mercado de trabajo, que genera un abaratamiento de la fuerza de trabajo³⁸.

Así mismo, se deteriora el empleo por mayor desocupación (más del 20% de la PEA), precariedad en la remuneración (cerca del 80% de la PEA devenga menos de dos salarios mínimos legales), incremento del subem-

37. Tal objetivo se ha visto aplazado parcialmente por la crisis cíclica, que ha generado una contracción transitoria de la demanda y ha estimulado más bien el consumo al detal.

38. Al impacto generado por la ley 50 de 1990 y a las deducciones e impuestos propios de los contratos de prestación de servicios de los trabajadores no asalariados, se agregan políticas de remuneración sujetas a propósitos macroeconómicos (de control de la inflación y de reducción del déficit fiscal) o a metas de productividad. Más recientemente, se proyecta una nueva reforma laboral que pretende flexibilizar aún más la jornada de trabajo, eliminar las remuneraciones especiales por dominicales y festivos y por horas extras, restringir los recargos nocturnos, introducir el salario integral para fuerza de trabajo joven, estimular la contratación por horas, facilitar el despido indemnizado de trabajadores antiguos y afectar las contribuciones parafiscales; en suma, generalizar el contrato a destajo y los llamados “contratos basura”. A ello se adicionaría una nueva reforma al régimen de pensiones que aumentaría la edad de jubilación y las contribuciones de los trabajadores.

pleo (cerca del 25% de la PEA) y del trabajo temporal (cerca del 18%), y mayor “informalización” (cerca del 57% de la fuerza laboral). También se agrava la situación de la población bajo la línea de pobreza.

En suma, la reestructuración comprende –de una parte– un nuevo ciclo de concentración y centralización de la riqueza y del capital. De otra, una creciente exclusión de amplios sectores de la sociedad y del mundo del trabajo del acceso a las fuentes de riqueza y a su distribución democrática. La reestructuración en su versión neoliberal³⁹ polariza la sociedad, reproduce y profundiza mediante determinaciones de mercado las diferencias sociales. Pero, pretende, en todo caso, configurar una base social con “beneficiarios” de los nuevos negocios y de los nuevos escenarios de valorización capitalista.

La reestructuración posee, no obstante, límites que se encuentran en el cuerpo de contradicciones sobre el cual ella descansa:

1. La necesidad de valorización del capital mediante la reducción de la esfera de lo público al interés capitalista privado, y la “recuperación” de la porción del ingreso “cedido” históricamente a los trabajadores, de una parte, choca con las condiciones histórico-concretas de lo público constituido y con la capacidad de consumo histórico-concreta de la población, de otra. El Estado capitalista no pudo desarrollar una esfera de lo público “técnicamente” funcional a las necesidades de valorización del capital en general, por la corrupción y el clientelismo, principalmente. Así mismo, se mostró incapaz de generar un mercado de la fuerza de trabajo que vinculara a la mayoría de la población al mercado de bienes y servicios y al mercado monetario-financiero. En consecuencia, aunque el capital identifica la reestructuración con un proceso de modernización capitalista, tal propósito posee límites que provienen de su incapacidad histórica para constituir una economía penetrada completamente por la lógica de las relaciones mercantiles capitalistas. Por ello, las pretensiones de valorización del capital colisionan con las condiciones reales de realización estratégica de la producción (reproducción) capitalista.

2. La salida capitalista a tal contradicción por la vía de la ampliación y la profundización de las relaciones mercantiles capitalistas, sujetas a la lógica del capital financiero y de la economía monetaria, ha provocado otras contradicciones en el seno del capital. En efecto, el proyecto de crecimiento macroeconómico se edifica principalmente, como ya se dijo, sobre

39. También en el caso colombiano es constatable la incorporación de elementos ya referidos de política neoinstitucionalista.

la ampliación del mercado financiero, en detrimento del aparato productivo, lo cual produce una fragmentación de los intereses del capital: se asiste a una fase de crecimiento especulativo empujado por la constitución de verdaderas “burbujas financieras”, a tiempo que se debilitan las bases (estratégicas) de la economía real. Las tendencias desindustrializadoras son evidentes; la crisis agraria se agudiza a tal punto que se pone en duda la precaria seguridad alimentaria. La política monetario-financiera –anti-inflacionaria, crediticia, del mercado de capitales y de divisas– prevalece sobre políticas de producción (industrial y agraria) y de empleo⁴⁰.

3. El desarrollo de estas contradicciones se expresa, de una parte, en acciones defensivas o contestarias del movimiento social y político democrático y de izquierda, de protección de lo público y del ingreso. De otra, en las presiones de las facciones del capital, especialmente productivo, por obtener medidas favorables de política sectorial para compensar los efectos de la política macroeconómica global. Frente a la población y los trabajadores, el Gobierno, según las circunstancias y posibilidades, fragmenta su política: recurre a la represión violenta, o aplaza la política, o difiere la política, o simplemente concede...

4. El capital no logra aún la seguridad económica –en cuanto estabilidad monetaria y cambiaria– anhelada. Las políticas anti-inflacionarias de corte monetarista producen efectos recesivos, que además de impopulares, generan resistencias de facciones del capital y afectan los propósitos reestructuradores, pues desplazan acciones estratégicas de regulación por acciones de tipo coyuntural y estimulan, además, modalidades de crecimiento al debe⁴¹.

5. La seguridad económica se encuentra influida, adicionalmente, por la crítica situación de las finanzas públicas. Las políticas de control del déficit fiscal no logran aún los dividendos esperados, asunto que, en presencia de una guerra contrainsurgente, resulta por demás preocupante para los propósitos reestructuradores. En este sentido, las políticas de gasto se desenvuelven contradictoriamente: a tiempo que han de sujetarse a los propósitos de regulación

40. Incluso en situaciones de depresión del ciclo financiero es notorio este privilegio, como lo demostraron las medidas que el gobierno pretendió imponer con la declaratoria de “emergencia económica”, en especial con la expedición de los decretos 2330 y 2331 de 1998.

41. En particular, debe destacarse el costo de sostenimiento de la banda cambiaria, instrumento principal de la política monetaria y cambiaria. Pero, también, la generación de tendencias a la deflación que limitan las posibilidades de negocios montados sobre la desvalorización de la moneda, como es el caso del negocio financiero en Colombia.

macro-económica, deben atender de manera simultánea necesidades de legitimación (gasto para los más pobres dentro de los pobres) y exigencias de financiación de la guerra⁴². La perspectiva de redefinición de los procesos de descentralización fiscal –en atención a resultados no previstos en cuanto a su impacto sobre la situación fiscal del gobierno central– hace prever escenarios de conflicto entre el aparato central del Estado y los aparatos regionales y locales⁴³.

6. A lo anterior se adiciona el fuerte encadenamiento de las tendencias reestructuradoras con la tendencia depresiva del ciclo económico. Tal encadenamiento posee un doble impacto: de una parte, relativiza la tendencia reestructuradora, pues hace aparecer ésta como causante de la crisis cíclica. De otra, la refuerza, en tanto que la crisis aparece como producto de una reestructuración inconclusa, que debe profundizarse. Sobre ese conflicto se montan las posibilidades del movimiento obrero y social, pero también aquellas de la política del capital. Luchas sociales en ascenso coinciden con pretensiones de culminación de la estrategia reestructuradora.

7. La persistencia de una guerra contrainsurgente –con asomos de solución política negociada a largo plazo– le imprime al proceso de reestructuración en Colombia una particularidad de la mayor trascendencia en relación con otras experiencias internacionales. El tiempo y la espacialidad de la reestructuración no es coincidente con el tiempo y la espacialidad de una posible negociación. En principio podría tratarse de dos procesos distintos, pero complejamente relacionados. Desde la perspectiva de algunos sectores del capital, profundizar la reestructuración implica transformar el concepto y las condiciones de la negociación, pues ésta, antes que sobre una crisis, se situaría sobre las posibilidades de despliegue estratégico del capital que comprende la reestructuración. El evento de no negociación, esto es, de escalada de la guerra con posible intervención militar estadounidense, preferido por otros sectores, ampliaría los escenarios de confrontación,

42. El campo de acción para la acumulación estatal o para la financiación de políticas de acumulación privada queda restringido por la reducción real de los presupuestos para inversión pública. El Estado se limita a generar “condiciones marco” para propiciar el financiamiento privado. Tal es el caso, por ejemplo, en la ley del Plan Nacional de Desarrollo, Cambio para construir la paz (508 de 1999).

43. La previsible reforma de los regímenes de transferencias y de regalías representa la disputa por el control y la distribución del presupuesto público. Desde el gobierno central, se aspira atar la disposición de recursos a resultados (eficiencia), con base en criterios impuestos centralmente.

afectando de manera inevitable el comportamiento de la economía y los propósitos reestructuradores. Sus dividendos resultarían de la rentabilidad de la guerra y de una pretendida derrota militar de la insurgencia que posibilitaría la conclusión del proyecto reestructurador⁴⁴.

Finalmente, debe señalarse que la reestructuración conlleva la acumulación de contradicciones, que el capital ha sabido aplazar o diferir, a través de diversas formas de regulación estatal de la economía. De ahí la necesidad de consolidar una acción política en condiciones de desplegar una fuerte capacidad desestructuradora, que acompañe todas las formas de oposición y lucha anticapitalistas. Si una reestructuración capitalista exitosa presume la desestructuración de la clase obrera y de los trabajadores para doblegarlos como una suma de individuos, la desestructuración del capital –en los diferentes escenarios de la contradicción y el conflicto social y de clase– aparece como opción válida, independientemente de su transitoriedad o de su alcance estratégico, o de las formas que asuma. Las luchas sociales del pasado próximo han mostrado, de variada manera, las nuevas posibilidades que se le abren, aunque sea –por ahora– de manera defensiva o contestaria, al movimiento popular en su conjunto.

44. La existencia del movimiento insurgente se ha constituido, de facto, en elemento compensatorio de la debilidad de la oposición política democrática y en única opción política anticapitalista, en razón de la crisis de las organizaciones de la llamada izquierda revolucionaria. Ello es al mismo tiempo una expresión de la tendencia a la militarización del proceso político colombiano.

Transnacionalización y capital financiero

*Daniel Libreros Caicedo**

Desregulación del dólar y liberalización financiera

Quiero iniciar esta presentación destacando dos hechos que determinan en gran medida las características de lo que puede definirse como “globalización financiera”.

El primero de ellos es la desregulación del dólar, oficializado en los inicios de la década del setenta, fenómeno que acompaña el despegue de la mayor internacionalización económica en la historia del capitalismo, y el cual, ahora me interesa resaltar, en cuanto significa privatización de la moneda internacional, en cuanto significa apropiación privada de los flujos financieros internacionales¹; y el segundo, en ese mismo contexto de la privatización, es el

* Profesor de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

1. El giro en el sistema financiero internacional (1971) con la desregulación del dólar, no sólo marca el inicio de la hegemonía del capital financiero, sino que significa, ante todo, un cambio en las formas jurídicas de la acumulación y la circulación del capital en favor de los grupos privados transnacionales. Efectivamente, los grupos financieros son organizaciones capitalistas a gran escala, que combinan el negocio empresarial con el comercial y el crediticio; en su organización interna se dividen entre una sociedad matriz que controla los movimientos financieros de las sociedades filiales o “ejecutoras”, en función de la rentabilidad del total del capital comprometido. Este arbitraje permanente de la sociedad matriz sobre las tesorerías de las filiales es el que le confiere al grupo el carácter de financiero, derivándose de ello sus formas de organización interna y de gestión (ver Calmann-Levy en F. Morin, “La structure financière du capitalisme français”, citado por Claude Serfati en François Chesnais, *La Mondialisation Financière*, Editorial Syros, París, 1996, cap. V.) El capitalismo de finales de siglo “se encuentra estructurado en torno a estos grupos” (B. Marois, O. Pastré, París, 1997, citado igualmente por C. Serfati, *op. cit.*).

de la separación entre flujos financieros y economía real, entre economía monetaria y economía real, por decirlo de otra manera.

Deteniéndome en el primer aspecto, la desregulación del dólar como sinónimo de la pérdida de los Estados nacionales del monopolio de la administración de las divisas, como inicio de la privatización de los activos financieros estatales², implica, desde la perspectiva de la economía política –y éste es un punto que no se ha resaltado suficientemente–, la liquidación paulatina del llamado “capital social”, capital resultado de la intermediación financiera del Estado, tanto en los mercados internos como en el comercio exterior³. Esta forma de capital “desmercantilizado”, le permitía al Estado ser agente económico directo, garantizar la intervención económica y durante el período del Estado de bienestar, asumir parte del llamado “salario indirecto”, los costos laborales como seguridad social, salud, educación que se pagaban en los presupuestos públicos.

La privatización de las divisas, entonces, no fue tan solo el inicio de un nuevo sistema financiero internacional controlado por los grupos transnacionales, sino que, al mismo tiempo, significó la liquidación paulatina del capital social-estatal. El keynesianismo fue derrotado por cuanto la globalización financiera erosionó la base económica sobre la cual se sustentaba⁴.

-
2. Esto toma la forma de la inclusión de las divisas y los títulos gubernamentales en los mercados de capitales. “Los mercados públicos obligatorios se han constituido en la espina dorsal de los mercados obligatorios, aceptando la expresión del propio FMI (aproximadamente el 25% de los activos financieros mundiales). La liquidez está asegurada por el movimiento de los mercados secundarios donde los títulos se transan constantemente; sin embargo, no debe desconocerse la importancia del mercado de divisas (aproximadamente el 32% de los mercados obligatorios durante el año 1992), aunque es cierto que viene perdiendo terreno frente al de títulos. Así, en 1980 el mercado de divisas representaba el 43% de los mercados de cambios cayendo, según datos estadísticos de 1992, al 32%. Por el contrario, las transacciones de títulos subieron del 18% al 25% en el mismo período”. Serfati, *op. cit.*
 3. La intermediación estatal del crédito, oficializada con la creación de los bancos centrales, fue el resultado de la necesidad de mantener un flujo de crédito constante hacia la industria, dado que el mercado monetario controlado por los bancos privados dependía de la acumulación individual, anárquica y desigual de la producción capitalista. (Ver Michel Aglietta, “Orden monetario y bancos centrales”, *Cuadernos de Economía* No. 24, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, primer semestre 1996, pp. 58 y ss.
 4. El keynesianismo fue ante todo una propuesta de reforma política del Estado, para integrar a los trabajadores al funcionamiento del capital, en momentos en que el ejemplo de la revolución rusa y la movilización de los trabajadores, en

Esto llevó a la “liberalización financiera”⁵, a la comercialización de los bienes públicos, a la mercantilización de los mismos, a la expansión ilimitada de la ley del valor, la cual, tal y como lo demostró Marx de manera brillante en sus textos, explica “en última instancia” el movimiento de la sociedad capitalista. Las implicaciones de este hecho en las transformaciones institucionales han sido reconocidas públicamente, a la manera de una confesión, por los voceros de la escuela que inspiró la reforma institucional en Colombia, escuela conocida como de la “escogencia pública”. Los tecnócratas que asesoraron la reforma institucional, incluyendo la Constitución del 91, manifiestan enfáticamente que una de las diferencias importantes entre el liberalismo económico de corte clásico (Smith y Ricardo) y el actual neoliberalismo que ellos pregonan se encuentra en el desconocimiento de los clásicos de la economía de las posibilidades de comercialización de los bienes públicos⁶. Lo estamos constatando a diario

medio de la crisis de los años 30, abría las posibilidades de revoluciones anticapitalistas. El Estado de bienestar, la forma estatal que asumió la política social keynesiana, recuperó la estabilidad política capitalista institucionalizando, al tiempo, la concertación laboral como política pública (ver Antonio Negri, “John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el 29”, *Revista Estudios políticos*, México, 1990). *A mediados de la década del setenta la aplicación de las políticas neoliberales, en cuanto contrarreforma política-social, debió esperar a un cambio en la “correlación de fuerzas” entre las clases, a escala internacional a favor del capital.*

5. La liberalización financiera fue una determinación política tomada por los gobiernos de los países sajones más fuertes, Inglaterra y Estados Unidos (Thatcher y Reagan) en el inicio de la década del ochenta. Esta liberalización posibilitó el aumento de las privatizaciones expandiendo el circuito de los negocios-crédito en el contexto de la globalización financiera. Aquí hay también una historia de imposiciones políticas transnacionales, la cual comienza en 1983, cuando Reagan presionó y logró la apertura del sistema financiero japonés, historia que continúa con las exigencias de las agencias internacionales para lograr el desmonte de los controles del cambio en Europa y la creación del mercado único de capitales en el 90. Otro capítulo de la misma lo conocemos los latinoamericanos desde hace varios años, desde cuando los planes de ajuste del FMI empezaron a exigir lo mismo como contrapartida a la declaratoria de insolvencia en la región, o como requisito para obtener nuevos créditos. Nuevamente se confirmó que la imposición política es una fuerza económica. César Giraldo y Daniel Libreros, “Globalización financiera y reformas fiscales”, FESCOL, 1997, documento publicado en el periódico *Caja de Herramientas*, julio de 1998, p. 3.
6. Al respecto, ver James Buchanan, textos varios y, en el caso colombiano, Eduardo Wiesner, *La efectividad de las políticas públicas en Colombia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1998.

con la concesión de carreteras, con la privatización de las empresas de servicios públicos locales, con la creación de un “mercado social” para la educación y la salud.

De paso, debe decirse que la propuesta de paz de Pastrana se ubica en la perspectiva del fortalecimiento del modelo neoliberal dependiente, al proponer, en el contexto de una negociación política y de una territorialización de las guerrillas, una ampliación de la inversión de capital en zonas que hoy están deprimidas, y que son estratégicas por la cantidad de recursos naturales que contienen, incluyendo biodiversidad; es lo que ha sido presentado como “Plan Marshall” para la Paz.

Acompaña esta propuesta la actual fórmula, generalizada por el capital, según la cual todo lo público: el aire, los ríos, los océanos, pueden someterse a las reglas de la propiedad privada. Es el diseño del famoso Acuerdo Mundial de Inversiones –AMI–⁷, bajo la tesis de que la propiedad privada debe copar lo público. Aquí hay un reto para el movimiento democrático, el cual va más allá de la respuesta de resistencia económica al modelo, de la defensa de los derechos sociales de los asalariados y las poblaciones, cual es el de una concepción alternativa del manejo de lo público.

Neoliberalismo y lucha de clases

Igualmente, la globalización financiera consiguió trasladar una parte importante del pago de salarios (capital variable) a la esfera de la ganancia-crédito. Éste es el caso del salario diferido, el salario que no se le reconoce al trabajador de manera inmediata, sino que se difiere hasta que cumple con requisitos de edad o tiempo de servicio; es el caso de las pensiones y las cesantías. La globalización financiera convirtió el salario diferido en flujo financiero, y hoy, los fondos de pensiones norteamericanos y europeos son decisivos en la inversión financiera transnacional.

Esto hace parte de una decisión tomada por el capital internacional desde los inicios de la década del setenta, la cual consistió en reducir capital variable en beneficio de la acumulación capitalista, en momentos en que se

7. Como se sabe, el AMI quedó en punto muerto por la presión social en Europa y, en particular, por las contradicciones que esta misma presión le planteó al gobierno Jospin en Francia; sin embargo, las mismas reglas que se intentaron oficializar con el AMI, ahora, los voceros internacionales del gran capital las pretenden incluir en la OMC.

evidenció una caída en el promedio internacional de la tasa de ganancia⁸. Ello se ha confirmado como una tendencia para el período. La imposición de esta forma de acumulación se resolvió en la arena política de la lucha de clases⁹, con el desconocimiento de la negociación colectiva de los trabajadores, con el desmonte del llamado “Estado de bienestar”.

El neoliberalismo requiere abaratar el trabajo. No sólo surgió como resultado de la crisis del fordismo en general, sino, específicamente, por cuanto esta crisis se acompañó de una baja en la tasa de ganancia, lo cual presionó a los capitalistas a depreciar el trabajo, a “flexibilizarlo”; en otros términos, no estamos asistiendo tan sólo a la cristalización de un nuevo modelo de acumulación, sino a una redefinición de las reglas de juego entre capital y trabajo, a favor del primero. El posfordismo es, ante todo, precarización del trabajo, inestabilidad laboral, abre la posibilidad de desalojar trabajadores de manera permanente. Y esto lleva a otra caracterización: el neoliberalismo combina plusvalía absoluta con plusvalía relativa; es una forma de acumulación que utiliza al máximo las ventajas tecnológicas de la computarización y la informática, combinándolas con la extensión de la jornada laboral, con el trabajo migrante en el universo desarrollado del capital, con el abaratamiento del salario femenino, el trabajo infantil, y demás.

Así, se confirma una de las contradicciones centrales en el funcionamiento de la sociedad del capital analizada por Marx, cual es aquella que se manifiesta entre la renovación técnica incesante de los procesos in-

-
8. Ernest Mandel realiza un cálculo, para ese período, de la tasa media de ganancia en Inglaterra y USA, sobre la base de las utilidades netas de las sociedades industriales y comerciales, y deduciendo los costos de la depreciación de los *stocks*, demostrando que mientras en Inglaterra en el lapso 1950-1954 la ganancia bruta de estas empresas llegaba al 16,2%, en el lapso 1960-1964 había caído al 13% y para el año 1970, al 9,7%; a su vez, en USA, en el lapso 1951-1955 esta misma tasa de ganancia se encontraba en el 14,3%; en el año 1970, después de pequeñas oscilaciones, (entre 1 y 2 puntos) cayó al 9,1%. Otro dato que confirma esta tesis es el de la baja en la utilización de la capacidad instalada en USA: mientras que en el año 1966 el porcentaje de la misma se encontraba en el 92%, para el año 1970 había caído al 78%. Ver Ernest Mandel, *La crisis*, Editorial Fontamara, Barcelona, España, mayo de 1977, pp. 21 y 22.
 9. Esto remite a la caracterización de que el neoliberalismo pudo imponerse, desde mediados de la década del setenta, como proyecto de contrarreforma política y social, sobre la base de una derrota parcial de los trabajadores y las poblaciones a escala internacional durante ese período. Sobre este tema y para el caso de Inglaterra, ver John Holloway, “La Rosa Roja de La Nissan”, *Revista Brecha* No. 4, México, D.F., 1987, pp. 47 y ss.

dustriales, obligada por la competencia intercapitalista, y la necesidad de obtener ganancias extraordinarias, y la baja tendencial de la tasa de ganancia que esta tecnificación produce al desplazar trabajo vivo por trabajo muerto (incremento de la composición orgánica de capital). Esta contradicción, a su vez, manifiesta los límites históricos del capitalismo, de una sociedad que preserva la apropiación individual de la riqueza, a pesar de que colectiviza y desarrolla al máximo las fuerzas productivas. La desindustrialización y el desempleo en el “Tercer Mundo” y en vastas capas del planeta, no evidencia, tal y como se quiere presentar, una crisis del trabajo, o de la clase obrera; por el contrario, confirma las limitaciones históricas del funcionamiento de la ley del valor.

La financiarización de la economía

Asociado con lo anterior, el otro aspecto que quiero desarrollar es el siguiente: lo que aparece como separación entre lo financiero y lo industrial, no es otra cosa, en términos marxistas, que el desplazamiento de la inversión industrial hacia la inversión financiera. La hegemonía del capital financiero¹⁰ fue uno de los resultados de la crisis del modelo de acumulación fordista; así, desde el inicio del mercado de eurodólares –mercado que antecedió a la desregulación del dólar, por cuanto operó por fuera de los controles gubernamentales–, ya se había constatado un traslado importante de capital de las multinacionales norteamericanas hacia la esfera financiera. La desregulación del dólar optimizó la ganancia financiera y obligó a los propios consorcios industriales a crear bancos o instituciones crediticias¹¹. La cen-

-
10. Ver Giraldo y Libreros, *op. cit.*, p. 3: “La transnacionalización de la acumulación de capital, debida a la emergencia de un espacio financiero internacional es la base de la explicación de las transformaciones neoliberales. La hegemonía del capital financiero sobre el industrial, de la ganancia usurera sobre la que se obtiene en las empresas, es otro de los rasgos esenciales de esta nueva espacialidad. El crédito, la forma a través de la cual actúa el capital financiero, se ha filtrado en todas las esferas de la actividad económica; el endeudamiento generalizado es uno de los signos de la época”. Citan, a su vez, a Clairmont en *La Mondialisation Financière*, François Chesnais, Editorial Syros, París, 1996: “La deuda mundial (comprendida la de empresas y gobiernos) ha rebasado los 33.100 billones de dólares, lo cual significa el 130% del PIB mundial y progresa a una tasa entre el 6% y 8% año, un poco más de cuatro veces el crecimiento del PIB mundial...”.
 11. “Para comprender la manera como las firmas multinacionales se han adaptado al nuevo paisaje financiero mundial, parece indispensable tomar en cuenta la

tralización de capital, considerable en este período¹², se explica en mucho por la expansión del negocio-crédito. Igualmente debe explicarse la reorganización interna de las multinacionales bajo la forma de grupos financieros.

Esto tiene implicaciones en la interpretación de la coyuntura política internacional y, en particular, en la discusión a propósito de la posibilidad de una alternativa de los trabajadores frente al modelo neoliberal. Aceptar que la actual hegemonía financiera es la consecuencia inevitable de las contradicciones históricas de la acumulación capitalista, obliga a centrar los esfuerzos en la construcción de una alternativa política independiente de los asalariados. No se trata de que ahora, a la manera de una calificación maniquea, los industriales son los buenos y los financieros los malos; se trata de realidades históricas que obligan a opciones de clase diferentes.

Además, porque la financiarización exige un monto mayor de plusvalía absoluta al exigido por la baja en la tasa de ganancia industrial, agravando las difíciles condiciones laborales y sociales de los asalariados. En la actualidad estamos ante la evidencia de que los países que logran mayores incrementos en el producto interno bruto son aquellos en donde el trabajo es más precario, incluso en el “Primer Mundo”. El incremento del PIB de Estados Unidos durante esta década se explica en gran medida por el abaratamiento del trabajo; con lo que hoy se pagan cuatro trabajadores norteamericanos en la década del ochenta tan sólo se pagaba un trabajador¹³.

importancia creciente de su compromiso con operaciones financieras que pueden estar muy lejos de su vocación esencialmente industrial de origen. Numerosas firmas tradicionales activas en la producción, funcionan como grupos financieros que aseguran los arbitrajes permanentes en función de la rentabilidad de los capitales en juego en sus diferentes actividades y filiales. Podemos entonces, hablar de grupos financieros con dominio industrial... Para gestionar estas actividades financieras, la mayoría de los grupos industriales estableció bancas de empresas e instituciones de crédito. Según un estudio llevado adelante por la firma MacKinsey en alrededor de 325 grupos multinacionales, el éxito pasa por la creación de tales bancas...”. Eric Toussaint, *Deuda externa en el Tercer Mundo – las finanzas contra los pueblos*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998, p. 57.

12. Según la revista económica norteamericana *Fortune*, quinientas compañías multinacionales han incrementado su participación proporcional en el Producto Interno Bruto mundial del 17% a mediados de los años 60 al 24% en 1982 y a más del 30% en 1995. Citado por Frédéric Clairmont en “Ces deux cents sociétés qui contrôlent le monde”, publicación mensual de *Le Monde Diplomatique*, abril de 1997, p. 16.
13. Son múltiples los análisis, a propósito de este tema, que han llevado a cambios hasta en la forma de contabilizar la participación del trabajo en las cuentas

Hacia una nueva división internacional del trabajo

Paso a otro aspecto que creo necesario comentar. La reestructuración de los métodos de trabajo en las empresas, el posfordismo, no fue tan sólo el resultado, a la manera que lo describen los regulacionistas, de un cambio en la forma de ejecutar las orientaciones gerenciales. El posfordismo recupera para el capital el mando, cuestionado en su momento por la negociación colectiva, en la toma de decisiones y en la totalidad espacial de las empresas. La lucha de clases explica el cambio en los métodos de trabajo¹⁴; sin embargo, en la presentación de quienes priorizan lo administrativo-laboral sobre las transformaciones en las relaciones sociales, este fenómeno “aparece al revés”, negando esta realidad de la lucha social y política. Así, insisto, el neoliberalismo expresa en el plano internacional una correlación de fuerzas a favor del capital. Por lo anterior, no comparto la acepción “globalización”, entendida como equivalente a una internacionalización económica neutra.

Igualmente, la globalización es desigual; homogeneiza la circulación financiera, pero aumenta las desigualdades productivas entre los países. Así, estamos asistiendo, a escala planetaria, a la transición hacia una nueva división internacional del trabajo. Marx analizó, en el tomo I de *El Capital*, cómo el surgimiento de la máquina-industria en los países que accedieron a la “revolución industrial”, se acompañó de una reorganización espacial, en donde unas regiones se especializaron en la producción de bienes de capital y otras en la producción de materias primas, quedando condenadas al atraso secular. En la fase imperialista inicial, la exportación de capitales focalizó la inversión en la rama de las materias primas; la crisis del 30 permitió una industrialización parcial en el “Tercer Mundo”¹⁵.

Actualmente esta división internacional del trabajo viene cambiando. El neoliberalismo intentó, con la reestructuración empresarial posfordista, no sólo recuperar la tasa de ganancia, sino, igualmente, salir de una rece-

nacionales. La informalización del trabajo norteamericano (“Macdonalización”) y el desmonte del otrora “Estado de bienestar” ha sido mayor en USA que en Europa, debido a que la capacidad de respuesta de los trabajadores es menor.

14. Esta forma de interpretar los cambios en los métodos laborales, que afortunadamente se está generalizando en el marxismo contemporáneo, ya había sido desarrollada por Gramsci, a propósito del fordismo en la década del 20. Un análisis serio, desde esta perspectiva, es el de Ruy Braga, *A Restauração do capital*, Xama-Editora, São Paulo, 1996.

sión internacional oficializada desde 1973, sin que hasta ahora haya logrado este cometido. El promedio de crecimiento del PIB mundial en la presente década ha sido del 3% aproximado mientras que en los "años gloriosos" del *boom* de la posguerra este mismo promedio llegó a estar en el 10% aproximado. La financiarización permitió canalizar el "capital ocioso" que dejó la reducción de la inversión productiva, pero, dadas las transformaciones en el sistema financiero internacional, terminó imponiendo condiciones al conjunto de la acumulación capitalista, limitando, aún más, las posibilidades de recuperación del ciclo económico declinante. Desempleo generalizado y reducción de la inversión empresarial, son fenómenos resultado de una "crisis de sobreproducción" internacional. Esta crisis bloqueó el comercio internacional a los países del Tercer Mundo en los inicios de la década del setenta, dando inicio al período del endeudamiento externo, particularmente en las ramas de la producción que habían realizado una reestructuración tecnológica para incrementar exportaciones, colocando en una encrucijada el modelo de sustitución de importaciones. De hecho, la participación de las regiones subdesarrolladas en el comercio mundial venía cayendo, por efecto de las desigualdades en la productividad media, las cuales toman la forma de intercambio desigual¹⁶.

-
15. Ernest Mandel muestra, en *El capitalismo tardío*, que esto tiene una explicación en el propio desarrollo de la sociedad del capital. En condiciones normales de funcionamiento del capitalismo, el incremento de la composición orgánica de capital lleva a un abaratamiento del capital fijo y del salario, por efecto del aumento de la productividad social media; en términos relativos a este descenso, el costo de las materias primas sube. "La intervención directa del capital occidental en el proceso de acumulación originaria de capital en los países subdesarrollados fue determinada, pues, en gran medida por la presión compulsiva sobre este capital para organizar la producción capitalista de materias primas a gran escala...". La incorporación masiva de capitales, en los países desarrollados, en el área de las materias primas desde la década del 30 de este siglo, y la producción masiva de las mismas con la inclusión de procesamientos químicos (materiales sintéticos) llevó a un cambio parcial en la división internacional del trabajo. "Después de la depresión mundial de 1929, sin embargo, y especialmente después de la segunda guerra mundial, el modelo de exportación de las industrias imperialistas cambió cada vez más hacia las industrias de máquinas, vehículos y bienes de equipo...". Esto obligará a transformaciones políticas importantes basadas en "ideologías desarrollistas". Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, 1979, pp. 59 a 65.
 16. La participación del Tercer Mundo en el comercio mundial cayó de cerca del 32% en 1950 a aproximadamente el 17% en 1970. E. Mandel, *op. cit.*, p. 69. Además, los términos de intercambio se siguen degradando en contra de los

La transferencia masiva de capitales del Sur hacia el Norte a título de pago de la deuda externa erosionó la base productiva resultado de la industrialización parcial conseguida con la “sustitución de importaciones”, especialmente en Latinoamérica¹⁷.

Posteriormente, las reformas estructurales exigidas por las políticas de ajuste fondo-monetarista estabilizaron, hacia los inicios de esta década, un modelo económico que favoreció el ingreso de capitales especulativos, permitiéndoles una rentabilidad elevada al garantizarles altas tasas de interés con inflaciones bajas. Así, los países atrasados terminamos convertidos en “mercados emergentes”¹⁸, en espacios de inversión de capitales-crédito que circulan sin control y conforme a las condiciones que se les ofrecen en los mercados internos de capitales. La globalización financiera desigual terminó por imponer un modelo de exacción de riqueza por la vía del pago de préstamos usureros.

De esta manera, el capital financiero obtiene una transferencia de valor mediante el endeudamiento generalizado de los Estados y mediante imposiciones políticas, por la vía de los presupuestos públicos, del incremento de las tarifas de los servicios públicos domiciliarios, de la reducción de la calidad de vida de las poblaciones en general. No es casual que hoy estemos discutiendo, aquí en Colombia, otra reducción brutal del presupuesto público para poder pagar las acreencias del endeudamiento estatal (aproximadamente el 33% del presupuesto por ejecutar en el próximo año).

El papel secundario de nuestras regiones en la cadena productiva internacional tiene costos, el hecho de que sólo representemos el 20% del

países subdesarrollados, “Los países del Sur, aun cuando exporten productos manufacturados, en general, pierden en sus intercambios con el Norte: de 1980 a 1990, los precios de los productos manufacturados exportados por los países del Sur, han aumentado en valor nominal un 12% aunque los precios de los productos manufacturados exportados por los países industrializados miembros del G7 aumentaron un 35%...”. Eric Toussaint, *op. cit.*, p. 97.

17. “Las Naciones Unidas dan las siguientes cifras: monto total de la deuda externa en los países en desarrollo en 1980, 567 mil millones de dólares; en 1986, 1.086 mil millones de dólares; en 1992, 1.419 mil millones de dólares (citado por Khor, 1994). A finales de 1995, alcanzaba 1.940 mil millones de dólares. Según las Naciones Unidas, de 1980 a 1992, el pago de intereses representó 771,3 mil millones de dólares, a lo cual hay que agregar el pago del capital a la competencia por un monto de 890,9 mil millones de dólares. En total, en doce años, los países del Tercer Mundo han reembolsado 1.662,2 mil millones de dólares, una cifra tres veces superior a su deuda en 1980. E. Toussaint, *op. cit.*, p. 93.

comercio mundial se manifiesta en la inevitable dependencia de los capitales financieros. Igualmente, se manifiesta en dependencia política. La “apertura económica” fue una imposición política; los desmontes arancelarios obligaron, en el Sur, al consumo de los excedentes productivos del Norte; mientras tanto, ese mismo Norte continúa subsidiando la producción agrícola (cerca del 50% de los gastos de la Unión Europea lo constituyen los subsidios a la agricultura). Obviamente que esta apertura aumenta la desindustrialización y la crisis agrícola en las regiones subdesarrolladas. A cambio, nos están dejando las maquilas. La reorganización espacial de la producción, la disminución del tamaño de las empresas transnacionales, como resultado de la separación entre el proceso de ensamblaje y el proceso de piezas, viene transformando la geografía industrial. El capital, hoy día, tiene la capacidad a escala planetaria, de fragmentar la producción sacando al exterior de la fábrica convencional la producción de piezas hacia las regiones en donde el costo del trabajo es menor. Las maquilas hacen parte de la transición hacia una nueva división internacional del trabajo, que degradará aún más la calidad de vida de las poblaciones en el Tercer Mundo. El ejemplo de Monterrey-México es significativo, convertido en zona clave de maquilas del capital norteamericano, en donde se garantiza desregulación es-

-
18. Para el caso colombiano, anota Édgar González: “La reducción del déficit fiscal, como instrumento de política esencial para controlar los desequilibrios macroeconómicos como la inflación y el desajuste del sector externo, así como para permitir la canalización de los recursos indispensables para el pago de la deuda externa, tiene en este escenario una importante conexión con la reforma tributaria en sus aspectos sustanciales y procesales –de índole administrativa–, con la expedición del nuevo Estatuto Orgánico de Presupuesto y con la descentralización administrativa y fiscal ahondada con la expedición de los estatutos de 1987. En una palabra, con importantes frentes de acción de la Administración Pública...” en *El Laberinto Institucional Colombiano 1974-1994 – Fundamentos de Administración Pública*, publicado por Universidad Nacional de Colombia - FESCOL - ESAP, 1997, p. 206.

Las causas de este cambio en el modelo económico se explican por “la necesidad de los países de financiar sus reformas de ‘ajuste estructural’, lo que significa traer recursos externos para canjearlos por los activos del Estado (privatizaciones), pagar las acreencias acumuladas y salir así de la crisis de la deuda, solventar la inversión extranjera hacia los sectores económicos desregulados (de los cuales los principales son el financiero, telecomunicaciones y seguridad social) y, finalmente, desarrollar un mercado de capitales en donde los fondos extranjeros puedan obtener sus ganancias en divisas. César Giraldo, y Oliver Mora, “Hegemonía del capital financiero internacional y Política económica en América Latina”, en *Crisis fiscal y financiera en América Latina*, Tercer Mundo Editores - ESAP, Bogotá, 1998, p. 13. Este último aspecto es el que apunta a la definición de “mercados emergentes”.

tatal, flexibilidad laboral sin límites y ausencia de tributación, ha terminado por conocer casos de niños que nacen sin la parte superior del cerebro a causa de la polución. Este camino ya lo hemos iniciado aquí en Colombia, en el área del norte del Cauca, definida para ese propósito por la ley Páez. Los pactos de integración regional también incluyen el tema de las maquilas. La propuesta del ALCA extiende a la región lo definido por el TLC para el caso México con relación a Canadá y Estados Unidos: garantizar “zonas libres” al capital imperial. Igualmente incluye, implícitamente, propuestas de “reprimarización de la economía”, ofertas de negociar las “ventajas comparativas” de nuestros países en recursos naturales y biodiversidad¹⁹, obviamente sobre la base de que como no tenemos la capacidad técnica-investigativa para explotarlos, debemos venderlos baratos. Éste es otro aspecto del papel al cual estamos siendo relegados en la nueva división internacional del trabajo.

La desindustrialización termina reflejándose en las balanzas cambiarias, aparece como déficit comercial, obligando a un mayor endeudamiento para compensar en la cuenta de capitales ese déficit, resultado de la caída de las exportaciones²⁰. Esta manifestación en lo local de la separación entre finanzas y producción termina en “burbujas especulativas”²¹, burbujas que se desinflan cuando el achatamiento de la demanda interna es de tal magnitud que interrumpe la línea de continuidad de transferencia de valor; entonces los “capitales golondrina” salen, buscando refugios más seguros. Ello obliga a devaluaciones masivas que aumentan las deudas. Y de

-
19. La biotecnología está presupuestada por el capital internacional como uno de los grandes negocios del próximo siglo. Permite la reconversión de la industria energética y la industria alimenticia a gran escala. Por esta razón, los bosques del “Tercer Mundo”, particularmente en la zona del Ecuador han adquirido importancia. La “patentización” de la selva amazónica y el recelo de las multinacionales por preservar la propiedad intelectual de esas patentes deben ubicarse en esa perspectiva.
 20. La crisis mexicana de diciembre de 1994 es un ejemplo típico de lo que venimos anotando; la imposición del TLC es previa al estallido de la crisis financiera. En el caso de las economías del sudeste asiático pesó mucho la competencia de China continental en el comercio mundial después de la derrota de las movilizaciones estudiantiles en 1989, cuando la burocracia del PC consiguió una férrea disciplina salarial y social que le permitió relanzar exportaciones baratas.
 21. “La burbuja consiste en que la entrada de capitales, al superar las necesidades de financiamiento de la economía o, en otras palabras, ser superior al desequilibrio en la balanza corriente, produce acumulación de divisas y, en consecuencia, una revaluación de la tasa de cambio...”. Giraldo y Mora, *op. cit.*, p. 32.

nuevo, el FMI entra en escena para imponer un coloniaje más abierto y exigir mayores ajustes, ahora, pretextando esos aumentos. Esto es lo que explica los “colapsos económicos” de México en 1994, el del sudeste asiático en 1997 y los que se presenciaron en Rusia y Brasil durante 1998. Debe resaltarse el hecho de que estos colapsos se están presentando en las economías más importantes del Tercer Mundo, lo cual aumenta las dificultades del comercio internacional.

La actual crisis del capital y la respuesta de los trabajadores

Esto remite a una caracterización de contexto. A lo que estamos asistiendo en la actualidad en el plano internacional, es al inicio de una crisis de las magnitudes de los años 30; incluso con la misma secuencia, el fantasma del 30 vuelve a aparecer. Aquélla empezó igualmente como una crisis financiera, como una crisis en el mercado de capitales. Ayer como hoy, ésta es la forma como el mercado elimina la separación entre capital ficticio y capital productivo. En el universo de la globalización financiera desigual, estos capitales especulativos que están saliendo de los “mercados emergentes”, irán a Estados Unidos, irán a Europa, abaratando allá el costo del dinero y propiciando un círculo virtuoso de inversión durante dos o tres años, aumentando la oferta de productos en el momento en que se evidencia una contracción de la demanda en los mercados internos y en el comercio internacional. Hasta que se generalice la crisis internacional.

Pero, por sí solo el capitalismo no se va a derrumbar. Las alternativas de solución a esta crisis van a depender de la correlación de fuerzas entre las clases. Reivindicamos el leninismo en este aparte: no hay posibilidad de respuesta anticapitalista automática de los trabajadores ante la degradación de la calidad de vida; no hay formas de respuesta automáticas en la conciencia de los trabajadores ante la degradación de sus condiciones de vida. No, vendrán luchas sociales reivindicativas y, ante todo, una disputa por la conciencia de los asalariados, por la posibilidad de generar proyectos políticos alternativos con plataformas democráticas y anticapitalistas, que permitan derroteros claros a los trabajadores en el período de recesión generalizada que se acerca.

Añado otro elemento: esta recesión económica se combina con una crisis de dirección política de la burguesía en el plano internacional. George Soros, el gran multimillonario norteamericano de origen húngaro, el que produjo la crisis en Tailandia por efecto de una operación especulativa que le per-

mitió a su grupo financiero ganar en un solo día cerca de dos billones de dólares, produciendo en cascada las secuelas que ya conocemos en la economía internacional, ese mismo George Soros, a la manera de una exculpación pública, pide consensos transnacionales para recuperar la regulación financiera.

Más allá de la anécdota, Soros está tocando una de las llagas de la actual dominación del capital, cual es la imposibilidad de lograr una racionalidad de conjunto para las clases dominantes en época de crisis; el desplazamiento en la toma de decisiones de los Estados nacionales hacia los centros financieros internacionales ha colocado el interés del lucro privado inmediato por encima de los intereses de la dominación política²².

Esto, en un contexto en donde 300 multinacionales controlan el 30% aproximado del Producto Interno Bruto mundial y continúan concentrando riqueza, y compiten como piratas pagando espionaje para detectar secretos industriales, sobornando gobiernos, responsables técnicos de decisiones transnacionales y demás.

La última tesis que quiero presentar tiene relación con los retos que la crisis globalizada le plantea a los trabajadores en la perspectiva de conseguir una respuesta internacional: lo primero, obvio, la internacionalización es hoy más vigente que nunca. Pero, esa vocación internacionalista debe ser una práctica política cotidiana de las organizaciones que representan a los trabajadores y no una simple declaración de buenas intenciones. La respuesta de los trabajadores a los planes de ajuste del FMI exige coordinaciones regionales, inicialmente por rama de la producción o por actividad-servicios. La coordinación de las organizaciones políticas alternativas debe servir para acompañar esos procesos y para diseñar un programa de acción para el mediano plazo.

Ese programa debe tener en cuenta, a nuestro entender, que la globalización ha cambiado el horizonte de las luchas: las reivindicaciones inmediatas, las nacionales y las anticapitalistas solamente se pueden resolver cambiando las condiciones que los grupos financieros han impuesto en el

22. Robert Rubin, secretario del Tesoro del gobierno Clinton, y anteriormente gerente de Wall Street Goldman Sachs, importante consorcio financiero, comparte esta misma preocupación. El 3 de junio de 1998, declaró al *International Herald Tribune*: "Estoy profundamente preocupado –y puedo decir que el Presidente comparte esta preocupación– por el debilitamiento de los soportes públicos a favor de la mundialización en un momento en que los intereses económicos de la seguridad nacional y de la geopolítica de los países requieren lo contrario...", citado por Serge Halimi en "Le Naufrage des Dogmes Libéraux", *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1998, p. 19.

espacio económico internacional. La decisión del IRA y la de los vascos de iniciar negociación política es ilustrativa al respecto. Según los sectores que en estas organizaciones mantienen una estrategia anticapitalista, esta negociación debe servir para rearmar las trincheras ideológicas y de la acción. Ello, por cuanto el problema nacional ya no se resuelve en el enfrentamiento con el gobierno de la Gran Bretaña, o con la burguesía madrileña, sino confrontando las políticas definidas por la tecnocracia de la Unión Europea. Ya Marcos había anotado cinco años atrás que una solución al problema de la tierra y al problema “nacional-chapateco” exigía la derogatoria del TLC. El fantasma del *Manifiesto Comunista* sigue recorriendo el mundo. Ayer, tal como hoy, las luchas de los trabajadores son nacionales en su forma pero internacionales en su contenido, con un elemento adicional: el Estado-nación ahora es súbdito del capital transnacional. La lucha por transformar las orientaciones políticas en estos Estados cuestiona de manera directa el actual modelo de acumulación del capital y obliga inexorablemente a una respuesta internacional de los asalariados.

Una última preocupación: ¿Cómo enfrentar el universo del fraccionamiento, la dispersión y la individualización consumista que genera la versión contemporánea del capital? Contestaríamos: con un proyecto social que unifique a todos los oprimidos. Esto implica transitar hacia organizaciones de masas, hacia la unificación de los asalariados industriales con los estatales, con campesinos, estudiantes y líderes populares. Esto es particularmente válido en un Tercer Mundo cada vez más desindustrializado. Porque el neoliberalismo obtiene rentas no sólo bajando salarios, sino también disciplinando al conjunto de la sociedad, y el constatar este hecho posibilita plataformas plurales. Contestaríamos igualmente: con organizaciones políticas anticapitalistas que disputen en contra del capital en todos los terrenos, en lo social y en lo cultural. Grandes retos para los oprimidos en el futuro inmediato.

Acumulación de capitales, transnacionalización y dependencia

*Nelson Fajardo Marulanda**

Abordar esa triple relación entre la acumulación de capitales, la transnacionalización y la dependencia sugiere comprometerse con una temática supuestamente obsoleta y rebasada también por los “nuevos descubrimientos teóricos”, hechos a la luz de las impresionantes transformaciones que se gestan actualmente en las fuerzas productivas y los cambios que se han conformado en las relaciones socioeconómicas mundiales de la humanidad. Quien asume el reto de abordar dicha temática tiene muchas más dificultades, si pretende realizar ese esfuerzo a propósito de los 150 años del *Manifiesto del Partido Comunista*.

Ahora bien, la importancia de dicho reto radica en que las transformaciones mencionadas anteriormente no han modificado sustancialmente las relaciones socioeconómicas entre los seres humanos, pues ellas persisten dentro de un sistema económico hegemónico, en el cual la dominación, la explotación, la subordinación y la subyugación constituyen la sustancia de dicho sistema, el capitalista. Así, entre la actualidad y el lanzamiento del *Manifiesto* hace 150 años, dicha sustancia sigue siendo la misma, aunque las formas de su expresión varíen.

* Economista, investigador y profesor universitario.

El contexto del Manifiesto del Partido Comunista y sus elementos vigentes

Hace 150 años apareció, por primera vez el *Manifiesto del Partido Comunista*. Al celebrar tan importante acontecimiento, corresponde recordar que debemos evitar incurrir en muchos defectos propios de la conversión del marxismo en una especie de religión, que tiene respuesta para todo y en todo momento.

Estos defectos hicieron, de una parte del marxismo del siglo XX, un marxismo escolástico y petrificado, que contrastaba con los propósitos que buscaba el mismo Marx. En aras del debate ideológico, la dimensión social y científica del aporte teórico fue deprimida, cuestión que debe exigir el rescate del marxismo teniendo en cuenta la proporcionalidad entre ideología, política, ciencia y sociedad. Es más, rescatemos el planteamiento hecho por los fundadores, en el sentido de ver la dialéctica materialista como la piedra angular de su pensamiento, y su pensamiento como tal como una parte que desarrolla esta dialéctica.

Ahora bien, asumir el marxismo como parte global de la construcción histórica de la dialéctica es exigente desde el punto de vista de la necesidad de fortalecer el criterio polémico y cuestionador de la realidad planteado desde los clásicos. Esto es hoy muy importante, por cuanto la confrontación entre los grandes sistemas teóricos no ha concluido; por el contrario, dicha confrontación asumirá nuevas y muy dinámicas formas de expresión, en la perspectiva de principios del siglo XXI y del tercer milenio.

Respecto a estos planteamientos iniciales, considero pertinente recordar tres afirmaciones históricas sobre el *Manifiesto*:

1. El *Manifiesto* tiene su biografía propia. En el momento de su aparición fue saludado entusiastamente por la pequeña avanzada de entonces del socialismo científico (...), pero fue arrumado muy pronto por la reacción, a raíz de la derrota de los trabajadores parisinos en junio de 1848 y, finalmente, declarado ilegal por “los caminos judiciales” a través de la condena de los comunistas de Colonia en noviembre de 1852. Con la desaparición del movimiento trabajador, que data de la revolución de febrero, el *Manifiesto* es sacado de los espacios públicos y entra en la clandestinidad¹.

1. Federico Engels, Prólogo de Londres, 1o. de mayo de 1890, p. 45. Dietz Verlag, Berlín, traducción Libre.

2. Cuando la clase trabajadora europea volvió a fortalecerse lo suficiente, se inicia un nuevo ciclo contra el poder de la clase dominante y surge la Asociación Internacional de los Trabajadores. Ésta tenía como finalidad la fusión de la totalidad de los trabajadores de Europa y América en un gran cuerpo poderoso. Para ello, no podía pasar por alto los fundamentos derrotados y plasmados en el *Manifiesto*. La Asociación tenía que poseer un Programa que no le cerrara las puertas a los tradeunionistas ingleses, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles así como a los lasallanos alemanes. Este Programa fue introducido por Marx, con genialidad reconocida incluso por Bakunin y los Anarquistas².

3. Dieciocho años antes, en 1872, Carlos Marx escribió el 24 de junio el Prólogo de Londres al *Manifiesto*. En él planteaba:

Frente al inmenso desarrollo de la gran industria en los últimos veinticinco años y de la organización partidaria desarrollada por ella en la clase trabajadora; frente a las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y mucho más allá, con la Comuna de París, donde el proletariado se tomó el poder por primera vez durante más de dos meses, este Programa está envejecido desde el punto de vista de su ubicación. Se trata de que la Comuna proporcionó la prueba de que la clase trabajadora no se puede tomar simplemente la máquina de Estado completa y colocarla al servicio de sus fines³.

Si observamos detenidamente las afirmaciones hechas por Engels y Marx, ellas contienen elementos para abordar la vigencia o no vigencia del *Manifiesto* con un sentido dialéctico, necesario para evaluar su importancia en el momento actual.

A sus 150 años, la biografía del *Manifiesto* es más compleja y, en términos genéricos, es fácil comprobar que su aceptación durante el siglo XX fue más prologada y constituyó un texto valioso en la formación anticapitalista de amplias generaciones a nivel mundial. Sin embargo, Engels nos sugiere, metodológicamente, la existencia de ciclos en la aceptación o rechazo del texto, teniendo en cuenta el nivel en que se encuentra la confrontación entre el capital y el trabajo.

La crisis del mal llamado socialismo real, cuyo punto álgido va de 1989 a 1992, abrió espacios al capital para emprender una dura arremetida mundial contra los trabajadores, a través del modelo de acumulación neo-

2. *Ibid.*, pp. 46 y 47.

3. Carlos Marx, Prólogo de Londres, 24 de junio de 1872, *op. cit.*, pp. 12 y 13.

liberal de capitales, que profundiza la transnacionalización procedente de otros modelos de acumulación, con una sofisticación creciente de las formas de subordinación y dependencia económica de las zonas menos desarrolladas de la tierra. Esto se acompaña de una ofensiva ideológica del fin de la Historia, que entierra supuestamente al marxismo. Se trata, entonces, de una fase del ciclo del enfrentamiento entre los dos grandes sistemas teóricos de la modernidad, en la que vuelve a dominar, que no triunfar definitivamente, el capitalismo.

Sin embargo, advierte Engels, que cuando los trabajadores vuelven a fortalecer su capacidad de lucha y amplían su nivel de organización y coordinación a nivel mundial, hoy global, se debe recoger la experiencia de los errores del pasado. Es esto precisamente lo que plantea la exigencia del momento; ante todo, el requerimiento de dar mayor globalidad a la lucha de los trabajadores.

No se trata, entonces, de hacer una lectura del *Manifiesto* con el propósito de calificar o descalificar su vigencia; se trata, más bien, de estudiar su contenido para encontrar la sustancia cognitiva y metodológica de la obra, que permita la reconstrucción del pensamiento revolucionario y dialéctico para el presente y el futuro. Aprendamos de Marx cuando baja el perfil de la actualidad del mismo *Manifiesto* a la luz de los acontecimientos de la Comuna de París. Los textos clásicos del marxismo, incluido el *Manifiesto*, deben ser estudios con un criterio dialéctico materialista, que vaya más allá de una aprehensión sentimental y fanática, que no permite dar a estos aportes una dimensión y una validez histórica racionales.

Algunas tesis para la discusión desde la perspectiva del Manifiesto

Una primera tesis consiste en no considerar acertado ubicar en el *Manifiesto* el mayor y más sublime grado de madurez en la construcción de la teoría económica marxista; en calidad de texto fundamentador y estructurador de los principios de la obra teórica y práctica de Marx y Engels, el *Manifiesto* esboza críticamente la realidad de la sociedad moderna capitalista, y plantea que ella puede ser superada, por cuanto es un fenómeno histórico que crea las condiciones para dicha superación.

Tomando en cuenta esa apreciación, es importante elaborar algunas tesis sobre economía política marxista desde la perspectiva del *Manifiesto*.

Al emprender una lectura del *Manifiesto* en alemán, encontramos que literalmente se utilizan los términos *clase trabajadora* y *proletariado* de manera indistinta. Este uso amerita discutir sobre la visión que redujo esta categoría exclusivamente a una determinada capa de la *clase trabajadora* ligada a las relaciones más avanzadas del capitalismo de la época de Marx y Engels; es decir, al obrero articulado a la fábrica capitalista. A él, el *Manifiesto* lo caracteriza como el sector más combativo y beligerante de la clase en general o del proletariado. Pero, desde este punto de vista, objetivamente argumentado, considero que fue un error hacer un uso restringido del concepto, para adjudicar al obrero de la producción la misión histórica de cambiar toda la sociedad y cambiarse él mismo.

Este reduccionismo no permite ver la proletarización como un proceso que no concluye en el sector productivo, y que abarca todos los espacios donde se han instalado las relaciones socioeconómicas capitalistas; instalación que no empieza ni concluye en el mundo de la producción. Es el mismo *Manifiesto* el que señala cómo todas las profesiones llamadas independientes y respetables están subordinadas a las relaciones capital-trabajo; por esta vía y en las obras de teoría económica más elaboradas se asume que la proletarización y el crecimiento del proletariado o clase trabajadora subordinada al capital es un fenómeno que exige ver a la clase más allá de sus manifestaciones específicas. La proletarización es un asunto global y sus expresiones específicas requieren formas de organización y coordinación del trabajo que tengan en cuenta los cambios que se dan en el mundo del trabajo, por los efectos tanto de las relaciones sólidas del sistema, como de los cambios revolucionarios en las fuerzas productivas.

Una segunda tesis que nos interesa discutir consiste en el reconocimiento que hace el *Manifiesto* a la burguesía clásica por las impresionantes transformaciones, aunque crueles, que logra al confrontar abiertamente los rezagos feudales que impedían el acceso a la modernidad burguesa. Esa construcción de la modernidad es un proceso que va de lo primario a lo elaborado. Al observar la cuestión desde la perspectiva de los nuevos trabajadores, Marx ve, que en sus inicios,

Aquella parte de los trabajadores, por el contrario, convencida del fomento de las transformaciones fundamentales de la sociedad y no de simples cambios políticos; esa parte se denominaba comunista. Esa parte era un comunismo forjado en el espacio del trabajo, instintivo y a veces primario, pero era lo suficientemente poderosa para producir dos sistemas del comunismo utópico: en Francia el Cabets "ikaro" y en Alemania el de Weitling. Socialismo significaba en 1847 un movimiento burgués; comunismo, un movimiento trabajador.

El socialismo era, en el continente por lo menos, apto para el salón; el comunismo era exactamente lo contrario. Y como nosotros, en ese entonces, éramos decididamente del criterio de que la emancipación del trabajador tiene que ser solamente la obra de los mismos trabajadores, por ello no podíamos tener ningún momento para dudar en cuál de los dos nombres se elegían. También, desde entonces, nunca se nos ha ocurrido negar nuestro nombre⁴.

Aunque la cita es bastante larga, conduce a reflexionar sobre el tipo de trabajador que tenemos y cómo logra elevar su formación para fortalecer su capacidad de presión sobre el sistema. Ese trabajador sumergido en la simple coyuntura de los cambios políticos primarios, que si bien son importantes, no tienen las condiciones para plantear y desarrollar transformaciones fundamentales. Las versiones que asimila sobre el socialismo pueden tener hasta contenidos burgueses o de franjas no proletarizadas de la sociedad capitalista que limitan su contenido a espacios restringidos y nunca logran una articulación seria con el movimiento social en pleno. El comunismo, en cuanto proyecto humano y humanizado, requiere pensar por encima de la inmediatez en que el capital sumerge el trabajo enajenado y alienado. Quienes llegan a estos niveles de convicción, son los que logran estar en la línea de la emancipación de los trabajadores y toman una actitud comunista consecuente.

Una tercera tesis parte del criterio de que “la transformación progresiva, las conmociones ininterrumpidas de todas las circunstancias sociales, la inseguridad y el movimiento externo diferencian la época burguesa de otras”⁵.

Si bien es cierto que hoy en día, más que una transformación progresiva se vive una regresión en las relaciones humanas, no es menos cierto que las fuerzas productivas de la sociedad han creado condiciones propicias para la superación de muchos problemas materiales de la humanidad. Sin embargo, la regresión planteada por el actual modelo global de acumulación capitalista torna las circunstancias sociales en altamente conflictivas y explosivas; es allí donde los comunistas deben fortalecer su presencia para cuestionar y profundizar la confrontación. Esas circunstancias sociales no se pueden ver restringidas al exclusivo mundo del trabajo, sino que afectan todo el tejido social.

4. *Op. cit.*, pp. 55 a 57.

5. *Ibíd.*, p. 97.

Finalmente, es conveniente reconocer a la burguesía moderna haber construido el Estado-nación; pero ella misma crea las condiciones para su superación. El *Manifiesto* asume primero el problema de la globalización cuando afirma que “en lugar del encierro y autosatisfacción nacional entra una comunicación multifacética y una dependencia multifacética de las naciones entre sí. Esto es válido tanto en la producción material como en la producción espiritual. Los productos espirituales de las naciones son transformados en bien común. La unilateralidad y limitación nacional se hacen cada vez más imposibles y con todas las literaturas locales y nacionales se construye una literatura mundial”⁶.

Esta apreciación tan magnífica del momento y su proyección contiene alta vigencia para las circunstancias por las que atraviesa actualmente la sociedad capitalista. Y nos está indicando la necesidad objetiva y menos sentimental de concebir el mundo del trabajo y su organización por encima de la estrechez nacional. La gran capacidad de globalización que tiene el capitalismo demuestra que el proceso de cambio nacional hecho en la perspectiva del socialismo, no puede lograr su consolidación si está desarticulado de la necesaria globalización del trabajo y sus luchas.

Ahora bien, la globalización es un fenómeno en gestación no consolidado, por cuanto persisten serias desigualdades en el desarrollo de las sociedades, naciones y regiones. Pero, estas desigualdades que fortalecen las conmociones ininterrumpidas de todas las circunstancias sociales, se profundizan con el fortalecimiento de la globalización del trabajo y sus organizaciones.

La actual globalización tanto de las fuerzas productivas como de las relaciones socioeconómicas, dentro de un modelo específico de acumulación de capitales, el neoliberal, se plasma a través de una transnacionalización que si no destruye totalmente el Estado-nación forjado por la propia burguesía, sí diluye o debilita su funcionamiento para crear las condiciones al supraestado que todo lo controla y regula, así no dirija de manera directa. Dicho supraestado valoriza o deprecia grandes zonas de la tierra y con ellas aquellos “Estados naciones” que no se adecuan a sus exigencias.

Al celebrar el 150 aniversario del *Manifiesto del Partido Comunista* debemos entender que los ciclos de confrontación entre los sistemas teóricos muestran, a largo plazo, sus debilidades y fortalezas en el terreno de la práctica social. Que la superación de uno por otro es una cuestión que va

6. *Ibíd.*, pp. 102, 103.

más allá del racionalismo inmediatista de Occidente, y que la profundización de la modernidad globalizada del capitalismo, con su proletarización creciente, crea condiciones para reanimar la búsqueda de una alternativa anticapitalista.

En este sentido, el comunismo es un proyecto estratégico propuesto a la humanidad y nunca ha tenido expresión en la práctica real de la sociedad. El alcance de dicho proyecto pasa por una construcción permanente y cotidiana de la democracia dentro y fuera del contexto capitalista globalizado. Pero, dicha construcción debemos completarla con la búsqueda de condiciones para la construcción del programa que necesitan los comunistas hacia el próximo siglo y el próximo milenio. Rescatemos el pensamiento dialéctico materialista en su capacidad de proyectar el futuro.

La globalización en el contexto capitalista

La globalización constituye una cuestión que no ha concluido, ni va a concluir en las actuales circunstancias por cuanto las condiciones en que se gesta no son lineales y uniformes; pero, ante todo, porque su contexto es eminentemente inhumano. La sociedad contemporánea es por excelencia contradictoria tanto desde la óptica de las relaciones socioeconómicas, como de las relaciones de los seres humanos con la naturaleza. A partir de ello, podemos considerar que el proceso es todavía incipiente y no alcanzará el rango de estructura plenamente consolidada, mientras dicho proceso incipiente se gesta dentro del sistema capitalista, pues éste impulsa la globalización a partir de un objetivo específico como es la permanente valorización del capital, cuestión que, siendo parte sustancial de la lógica del funcionamiento capitalista, hace que el impulso a la globalización sea deforme, e incoherente con la plena liberación del ser humano del mundo de la necesidad.

El tipo de globalización por la que estamos transitando no es más que la continuación del desarrollo acumulado de las fuerzas productivas y su acompañamiento bajo formas lógicas de manifestarse, tal como sucede hoy en día con la biotecnología, la creciente robotización y la revolución en la comunicación. Al respecto el *Manifiesto* afirma que “La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción y con ello todas las relaciones sociales”⁷.

Así las cosas, desde el punto de vista de las fuerzas productivas, las nuevas realidades que estamos viviendo son continuación permanente de la

creación del mercado mundial, a través del impulso de la producción masificada y bajo el dominio del capital.

Ahora bien, la globalización vista desde la óptica exclusiva de lo más avanzado de las fuerzas productivas conduce al equívoco contemporáneo de no analizar el otro polo de la relación, soportado en el factor político en torno al dominio de la economía concreta. Es este factor el que sigue determinando el tipo y las condiciones de participación de los seres humanos con respecto a la economía concreta.

Efectivamente, la burguesía subordina dicha economía a sus limitados intereses y modifica las formas de movimiento de sus propias relaciones de producción; pero, la esencia de ellas mismas permanece invariable; de lo contrario, dichas relaciones dejarían de existir. En este sentido la globalización contemporánea no es más que un proceso funcional a las necesidades de acumulación del capital, plasmadas básicamente en el llamado modelo neoliberal que desmantela el Estado y presiona unilateralmente aperturas económicas, con un propósito bien definido, la valorización global del capital.

Se trata de construir un nuevo orden económico mundial con una creciente apariencia de democracia y libertad, pero donde lo esencial consiste en la conformación de “instituciones del Estado transnacional, al igual que las de los Estados, (que) sirven en gran medida a otros dueños; en este caso, a las emergentes empresas transnacionales del ámbito de las finanzas y otros servicios, así como del sector manufacturero, los medios informativos y las comunicaciones; instituciones con una estructura interna totalitaria, bastante irresponsable, de carácter absolutista y con un poder inmenso. Quienes participan en ellas ocupan su lugar en una estructura rígida y jerarquizada, cumpliendo las órdenes que les dan desde arriba y transmitiéndolas a quienes están por debajo. Los que están fuera pueden intentar vender sus servicios a los propietarios y pueden comprar lo que producen: la mayor parte de la población no tiene muchas opciones donde elegir”⁸.

Paradójicamente, el gran avance de las fuerzas productivas conlleva una regresión a formas políticas del manejo de lo económico que implica niveles casi feudales, cuestión que corrobora el carácter manipulador de dichas formas políticas que expresan una apariencia democrática, pero sus-

7. *Op. cit.*, p. 106.

8. Noam Chomsky, *El nuevo orden mundial y el viejo*, Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1997, p. 231.

tancialmente envilecen las relaciones humanas al nivel del dominio de la economía concreta. Aquí juegan un papel muy destacado la subordinación y el sometimiento ideológico a través de los medios de comunicación, que generan mundos virtuales que restringen la compenetración y transformación del mundo real.

En síntesis, la globalización en términos genéricos es un proceso histórico y lógico permanente de las fuerzas productivas que se confronta con la globalización “modernizante” del conflicto político en torno a la economía concreta.

La transnacionalización como expresión del conflicto político en torno a la economía concreta

La falta de comprensión de la dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción propia de la construcción marxista de la economía política conlleva visiones unilaterales, que priorizando el componente de las fuerzas productivas, elaboran extrapolaciones que conducen a explicaciones políticas sobre lo económico que argumentan la superación de la modernidad y el arribo a un mundo posmoderno libre de los conflictos de la modernidad.

Desde nuestra perspectiva, no se pueden negar algunas señales de posmodernidad en el mundo actual como resultado de la fuerza productiva de la humanidad; pero estas señales son todavía incipientes y no conducen a considerar el fin la modernidad por cuanto ésta se sigue confirmando permanentemente. Un mundo posmoderno no podrá existir plenamente, en cuanto estructura, si el capitalismo no desaparece como sistema.

Estas aclaraciones son necesarias porque el lenguaje posmoderno, ubicado en la ciencia económica nos trae una serie de categorías tales como mundo interdependiente, mundo interrelacionado, país doméstico y otros países, entre otras categorías propias de una visión macroeconómica que trabaja con criterios positivistas dando carácter de neutral a estas y otras categorías que son proyectadas desde supuestos académicos, que no tienen en cuenta para nada la realidad económica como un todo complejo y contradictorio.

Ideológicamente se deriva de estas visiones la superación del Estado-nación y la irrupción de la famosa *aldea universal*, que se puede manejar y regular espontánea y libremente a través del mercado mundial que es igualmente “libre”. Detrás de ello se oculta y confunde la economía concreta con

la economía política o el problema del poder sobre la economía. Este último no sólo se oculta, sino que desaparece de la formación del economista, por considerarse el debate obsoleto para una supuesta sociedad posmoderna.

Así las cosas, los conceptos de transnacional y dependencia son considerados como términos propios de épocas antediluvianas, por cuanto no pueden explicar los nuevos acontecimientos. Dicha concepción de lo viejo y lo nuevo es propia de una corriente del pensamiento económico altamente dogmática, que pretende negar de manera radical el pasado (leáse la Historia), para construir un presente sin preocupación de futuro; es decir que se combina la amnesia histórica con una actitud acrítica y pragmática del presente, sin que importe la construcción de un futuro más humanizado.

A partir de estos puntos de vista, y si se acepta el doble carácter de la actual globalización, consideramos que la transnacionalización y sus estructuras transnacionales no pueden apreciarse sino desde la economía política o el poder político en torno a la economía.

Como el nombre lo indica, se trata de estructuras económicas que trascienden la nación; es decir, que no tienen patria que las identifique y constituyen especies de supraestados que pueden dinamizar o destruir procesos económicos en diversos espacios del globo terráqueo, bien sea por vía de su intervención directa o bien por vía virtual a través del poder sobre los sistemas de comunicación, que permiten el traslado inmediato de gigantescas masas de capital dinero de un lugar a otro de la tierra. Para ello son necesarias las instituciones que denuncia Noam Chomsky.

Ahora bien, la consolidación y profundización del papel de las estructuras transnacionales es el resultado de un movimiento histórico, que se inicia a finales del siglo XIX y se prolonga a lo largo del siglo XX, atravesando por períodos relativamente determinados en función de las exigencias de valorización del capital mundial.

Dichos períodos son visibles a la luz del caso colombiano en su similitud con los casos de la gran mayoría de países menos desarrollados bajo dominio capitalista.

La transnacionalización constituye un proceso exigido por el tránsito del capitalismo de la libre competencia real al capitalismo monopolista e imperialista. La expansión imperialista producto de la competencia entre los grupos monopolísticos de origen nacional, además de las guerras en cuanto conflicto militar, asume nuevas estrategias para el dominio económico de grandes zonas de Asia, África y América Latina. Ellas consistían, en términos de la economía concreta, en invertir directamente

grandes cantidades de capital en las mencionadas zonas, con el propósito de reducir costos de producción a través de la explotación de mano de obra barata y la obtención de materias primas para el procesamiento a precios bajos.

En términos de la economía abstracta, dicha inversión es considerada por Lenin como exportación de capitales (categoría de la economía política) por cuanto ella no sólo reducía costos de producción, sino que retornaba a los centros inversionistas altamente multiplicada. Consideramos que esta situación no ha variado sustancialmente.

El primer período del proceso de transnacionalización consiste, por tanto, en la exportación de capitales de tipo “nacional” de los centros a la periferia para su retorno valorizado, pero altamente articulada al sector primario y al desarrollo infraestructural de dicha periferia. Este proceso es característico hasta finales de la década del veinte.

El segundo período va de los inicios de los años treinta hasta mediados de los años cuarenta. Se trata de un período en que se restringe la exportación de capitales, por los problemas acumulados al interior de las potencias capitalistas, que se expresan a través de la depresión económica y la guerra entre las potencias económicas.

Esta situación, que afecta no sólo la base económica del capitalismo, sino la totalidad de la formación socioeconómica, conlleva la destrucción de capacidad productiva –incluido el ser humano–, cuestión que permite un auge económico temporal posbélico para los grandes grupos monopolísticos, principalmente estadounidenses, que salieron bien afectados del conflicto. La transnacionalización asume en este período una dimensión más bien endógena que exógena. Es un período en que el conflicto es horizontal (entre los grandes grupos monopolísticos del centro) y la configuración exógena baja su intensidad.

También es bueno recordar que la dimensión horizontal de la transnacionalización, en cuanto conflicto entre los grupos monopolísticos internacionales, dio un alivio a los países menos desarrollados para intentar su propia gestión económica, cuestión que permitió una relativa industrialización, ante todo, en América Latina.

El tercer período del proceso de transnacionalización, que ubicamos entre 1945 y 1967, consta de una combinación bastante interesante entre relaciones horizontales y verticales, así como de la confluencia entre factores endógenos y exógenos de la configuración.

Por un lado, el Plan Marshall auspiciado desde los Estados Unidos para la recuperación de Europa, le da una amplia capacidad de fusionar capitales propios con los capitales europeos y japoneses. Por otro lado, estos tres centros del capitalismo moderno se van a preocupar por retornar a sus relaciones de penetración y dominación sobre las zonas de Asia, África y América Latina.

A este segundo nivel, para el caso latinoamericano, la inversión estadounidense sigue penetrando en el sector extractivo y de construcción de infraestructura, pero complementa su presencia con inversión en los sectores de la manufactura y las finanzas.

Esta política económica trae como consecuencia el desmantelamiento paulatino de las medidas proteccionistas, que contribuyeron al desarrollo de la industria ligera a través de la sustitución de importaciones, lo que permite a los inversionistas extranjeros trasladar una buena masa de sus capitales, instalando filiales con el fin de producir muchos de los bienes que contribuirían al mercado interno.

La penetración de capitales norteamericanos se hace a través de la compra de acciones de otras empresas extranjeras que estaban operando en el país, la inversión conjunta con el Estado en la creación de nuevas empresas, la participación con los grupos monopolísticos “nacionales” en empresas mixtas y la instalación de subsidiarias de empresas estadounidenses.

El cuarto período comprende desde 1968 hasta la consolidación del modelo de acumulación neoliberal a mediados de la década del ochenta. Si bien es cierto que a principios de dicho período se fortalecen las tendencias antiimperialistas y concluye la presencia fuerte de las formas de dominación coloniales heredadas del siglo XIX en Asia, África y América Latina, también es cierto que su duración se debilita por la capacidad imperialista de manipular los procesos. La ofensiva norteamericana contra las posibilidades de avance de proyectos de corte democrático y popular, se refleja en el aumento de la participación porcentual de la inversión extranjera con el fin de amarrar más aquellos países a sus intereses; esto acompañado de estrategias contrarrevolucionarias de tipo político y militar, así como de bloqueos económicos durante la década del setenta e inicios de ochenta, como fueron los casos de Chile, Panamá, Bolivia, Ecuador y Nicaragua.

Se puede afirmar que en aquellos países donde se vivieron procesos democráticos y antiimperialistas se logró frenar relativamente la transna-

cionalización de la economía, pero en la medida en que el imperialismo logra desestabilizar y derrotar dichos procesos, se amplían las posibilidades de penetración en los países de la región. Por su parte, los países donde la fusión entre la oligarquía nativa y los monopolios norteamericanos es más fuerte, hay un debilitamiento profundo de las medidas que frenan la penetración del capital monopolístico extranjero, tal como sucede en Colombia.

La transnacionalización en su quinta etapa, dentro del contexto de la consolidación del modelo de acumulación capitalista neoliberal, es propia del período de mediados de la década del ochenta y hasta nuestros días y, en su versión vertical, se ha caracterizado por un amplio copamiento e incidencia de los grupos transnacionales en todos los espacios de la reproducción socioeconómica de los países menos desarrollados, principalmente de Asia y América Latina. La versión horizontal ha dado prioridad a la fluidez en las fusiones de los grupos monopolísticos financieros ante la creciente debilidad del Estado-nación que se ve obligado a subordinarse a las exigencias de los mencionados grupos.

Si de definiciones se trata, se puede considerar la transnacionalización como un proceso permanente de expansión de las relaciones socioeconómicas capitalistas a nivel mundial, con el propósito de globalizar esas relaciones a partir de fines estratégicos tanto en el plano cultural, político y social como económico. Ahora bien, dicho proceso en su manifestación endógena hace que las fusiones entre los grandes grupos monopolísticos trasciendan del plano nacional al internacional para, por esta vía, subordinar verticalmente grandes espacios del globo terráqueo a sus intereses expansionistas.

La dependencia económica como mecanismo de subordinación y explotación de los países menos desarrollados

Las relaciones entre los países capitalistas altamente desarrollados y los países del mundo menos desarrollados han sido y siguen siendo de desigualdad, subordinación y explotación. Aunque esto parece una verdad de perogrullo es conveniente reiterarla por cuanto se nos vende la idea de la desaparición del problema por vía de una distorsión ideológica del concepto de internacionalización de la economía.

Las formas históricas y existentes de la dependencia económica las encontramos en el intercambio desigual y el endeudamiento externo de la periferia con el centro del capital. Dichas formas tradicionales anteceden a

la consolidación del capitalismo, pero éste las apropia y las reorienta en función de sus intereses fundamentales.

Elas se complementan, a finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, con dos formas modernas basadas en la exportación de capitales a través de la manipulación de la inversión directa extranjera, y en la subordinación por vía de la ciencia, la técnica y la tecnología.

Estas cuatro formas de dependencia económica, tanto tradicionales como modernas, hacen que los países menos desarrollados sean altamente vulnerables a los ciclos económicos de los países capitalistas desarrollados, como lo muestra la situación actual por la que atraviesan algunas economías asiáticas y de Latinoamérica.

El intercambio desigual sigue soportado sobre una creciente brecha entre los países más desarrollados y los menos desarrollados, a favor de los primeros, con respecto a su participación dentro del volumen del comercio mundial. Brecha que tiende a profundizarse por acción de la irrupción de la biotecnología, que hace de las materias primas de los menos desarrollados productos con un valor agregado decreciente, con una baja capacidad competitiva en el comercio mundial. Por otra parte, los precios reales de los productos primarios y semielaborados tienden al descenso por las importaciones con precios de sustentación hechas por los grupos transnacionales hacia los países menos desarrollados, que obligan a la aceptación de precios internacionales impuestos, que obligan a exportar más volúmenes de productos por menos divisas. Es lo que se conoce como la famosa tijera de los precios.

La pérdida tendencial de presencia dentro del volumen global del comercio mundial y el efecto de la tijera de los precios se complementan con una baja variación, desde el siglo pasado, de la canasta exportadora de los países menos desarrollados. Si bien es cierto que la transnacionalización permite el traslado de procesos productivos del centro a la periferia, y ello ayuda a una industrialización precaria por sus bajos beneficios para la periferia, seguimos siendo básicamente exportadores de materias primas y manufacturas incipientes. En términos políticos, esta situación hace que nuestros productos, además de ser poco competitivos, no sean productos desestabilizadores de las relaciones de poder en el comercio mundial; esto con excepción de materias primas estratégicas cada vez menos significativas y de los productos resultantes de la economía "ilegal", como sucede con la cocaína hasta cuando sea controlada y manejada desde el capital. Finalmente, el bajo valor agregado y el precario nivel de competitividad

de nuestros productos tienen como causa los bajos niveles científicos, técnicos y tecnológicos de nuestras estructuras productivas.

La otra forma tradicional de dependencia está constituida por el papel y el peso de la deuda externa, que sirve como un mecanismo político de presión de los Estados capitalistas desarrollados y sus organismos internacionales políticos, económicos y financieros para imponer sus estrategias, sus modelos y programas económicos a los países menos desarrollados, cuestión que, de hecho, debilita la autonomía y la autodeterminación. La crisis de la deuda externa de 1984 pudo constituir un espacio propicio para reactivar el antiimperialismo de los años sesenta y setenta, pero la alta capacidad de maniobra de los organismos internacionales, así como el alto grado de subordinación de las oligarquías latinoamericanas y el debilitamiento de la capacidad de confrontación de los pueblos impidieron dicha reactivación.

Ésta es una muestra clara de los cambios sustanciales en las formas de regulación y control de las manifestaciones contra las estrategias del gran capital mundial que les permite dominar los conflictos fuera de los intereses particulares de los países y regiones.

La crisis de 1984 abrió las condiciones para que la transnacionalización en su versión vertical se profundizara. Ante la incapacidad de los países deudores de pagar sus deudas por el peso creciente de las tasas de interés, los Estados de las potencias y el capital financiero mundial logran crear las condiciones para globalizar el modelo de acumulación capitalista en América Latina, a través de los programas de ajuste, las aperturas económicas a los grupos transnacionales, y la profundización de la subordinación de los Estados nacionales a las exigencias de los Estados de las potencias.

El modelo de acumulación capitalista basado en el debilitamiento del papel del Estado en la economía y su reducción a simple gendarme y administrador, por un lado, y por otro lado, basado en la transnacionalización como proyecto global del capital con la falacia del mercado libre, que dejó de existir hace mucho tiempo, encontró en la crisis de la deuda externa la puerta abierta para la exportación de capitales del centro a la periferia y la expansión del dominio transnacional de todo el proceso de reproducción socioeconómica de América Latina, desde la producción hasta el sector financiero, cuestión que debilita cada vez más los sentimientos y aspiraciones nacionalistas, por lo menos en su capacidad de manifestación económica.

La cuarta forma de dependencia económica y forma moderna, es decir la dependencia científica, técnica y tecnológica, la consideramos como la forma más sofisticada y futurista de dominación tanto económica, como ideológica, política, social y cultural. En mi opinión, es ella la que además de impactar las realidades económicas de nuestros países de manera distorsionada, permitirá a los grupos transnacionales un dominio global y una subordinación total de los seres humanos a la dictadura y el autoritarismo capitalista; de esto ya hay pruebas significativas en los efectos de la intercomunicación y la informática sobre grandes sectores de la población, que al asumir mecánica y acríticamente estos nuevos productos son convertidos en una especie de zombies, que viven en un mundo virtual y han perdido toda capacidad de confrontar la realidad real para transformarla.

A este componente se agrega que seguimos importando técnica y tecnología estandarizada y masificada por los grupos transnacionales, en el mejor de los casos, pero que se complementa con desechos. Desde luego que ello tiene que ver con Estados oligárquicos bajamente interesados en estrategias de ciencia, técnica y tecnología con sentido autónomo a partir de la generación propia, o en la asimilación crítica de los productos internacionales.

Globalización neoliberal, transnacionalización y dependencia constituyen una tríada que ha permitido al capitalismo mundial una consolidación relativa al culminar el siglo XX, pero que, igualmente, sigue generando mayores condiciones para una confrontación global con unas relaciones socioeconómicas globalizadas que no permiten la superación global de la dominación, la explotación, la subordinación y la subyugación como mecanismos propios de una elite poseedora del poder económico que enfrenta crecientemente a la humanidad y a la naturaleza con tal de asegurar sus beneficios. Se trata de una elite crecientemente parasitaria que no tiene interés en el progreso global de la humanidad, que incluso a perdido las características clásicas de clase burguesa y que, hoy en día, centra su interés exclusivamente en la rotación veloz del capital dinero con el menor riesgo (especulación financiera) a tal punto que el globo terráqueo se convierte en una especie de casino global donde se juega a las apuestas y el que gana es aquel componente de la elite que “invierte”, es decir apuesta en óptimas condiciones y obtiene rápidamente las más jugosas ganancias con el menor esfuerzo.

Así las cosas, toda la humanidad y la naturaleza subordinadas a esa elite se verán obligadas a reaccionar para impedir que una élite financiera mezquina la conduzca por los caminos de su autodestrucción. A esta lucha hará una enorme contribución la globalización objetiva y real, que no sentimental, de las

formas de organización del trabajo, articuladas con las más variadas formas de organización y expresión de las luchas humanas en el ámbito de la vida cotidiana y social.

A propósito del Manifiesto

El recuerdo y la vigencia del *Manifiesto del Partido Comunista*, así como su relativa comparación con los tiempos modernos, plasmados en la globalización neoliberal en su dimensión transnacional, y la creación de sofisticados mecanismos de dominación y dependencia no sólo de países y territorios sino también de la sociedad en general ameritan un orden político que incluya lo nuestro (países menos desarrollados) y el futuro global de la humanidad.

Si bien es cierto que el capitalismo es hegemónico en las relaciones socioeconómicas de la sociedad contemporánea, no es menos cierto que dicha hegemonía no es expresión de consolidación y fortaleza. La existencia de cerca de 500 años de historia de este sistema también ha mostrado que los proyectos teóricos alternativos y sustitutivos de él, se han expresado de manera disímil e intermitente, ante todo, a partir del siglo XIX.

Por otra parte, cuando asumimos que el grado de conflictividad en las sociedades capitalistas contemporáneas ha trascendido, aunque incluye el conflicto clásico entre capital y trabajo, ello significa un nivel de trascendencia que enfrenta crecientemente al grueso de la humanidad, en sus más variadas expresiones, con una elite con unos rasgos típicos tales como la descomposición (ver el problema global de la corrupción en la sociedad contemporánea) y el parasitismo que centraliza y concentra la riqueza.

Al respecto vale la pena concluir con un planteamiento de Noam Chomsky, muy acertado, para el rescate de la búsqueda del cambio real de las circunstancias actuales.

Dicho planteamiento afirma que

es posible deducir la manera de cambiar el sistema leyendo la prensa independiente de la clase trabajadora de 150 años atrás... Eran trabajadores comunes, artesanos, las "chicas de las fábricas" de las granjas de Nueva Inglaterra, etc; sabían cómo cambiar el sistema. Y tú también. Se oponían duramente a lo que llamaban "el nuevo espíritu de la era: ganar riqueza, olvidarse de todo excepto de uno mismo". Querían conservar la cultura que ya tenían, la solidaridad, la compasión, el control. No querían ser esclavos. Creían que se luchó en la guerra civil para poner fin a la esclavitud, no para insti-

tuirlo. Todo esto son percepciones perfectamente razonables, perfectamente correctas. Puedes convertirlas en vías sobre las que pueda funcionar una sociedad mucho más libre⁹.

9. Noam Chomsky, *Lucha de clases*, Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 162.

Las clases sociales: fenomenología e historicidad

*Héctor León Moncayo**

Trataré, en estas notas¹, de un tema, ciertamente medular, que resulta de la lectura del *Manifiesto Comunista* cuya publicación primera conmemoramos en este año: las clases sociales. Abundante es la literatura al respecto y éstas son apenas algunas observaciones, por lo cual el título resulta algo pretencioso; sin embargo, las he considerado pertinentes porque ha sido uno de los temas de mayor debate y el lugar de algunas de las más socorridas refutaciones de la teoría marxista. Al parecer, Marx, desde una concepción esencialista y teleológica, habría previsto una clase obrera en capacidad de llevar adelante una misión histórica –la revolución social o comunista– deducida de esa “esencia”. Dicha capacidad resultó inexistente, a juzgar por todo lo ocurrido durante el siglo que va a terminar, y en cambio han sido muchísimas y variadas otras luchas sociales y políticas o movimientos (el feminismo, el ecologismo, etc.). Ese es, supuestamente, el gran desmentido histórico.

Recientemente, algunos sociólogos, de regreso del marxismo, o desde otros enfoques, han decidido, como intento de solución, abandonar la categoría o concepto de clase social. Eliminan o minimizan el de proletariado, buscan nuevos parámetros para categorizar, y encuentran sucedáneos, tales como los “movimientos sociales”, o los “actores sociales”, en la tradición de la sociología norteamericana o de la sociología de la acción, y en busca

* Profesor, Universidad Externado de Colombia.

1. Es una versión revisada y ampliada de la Conferencia que presenté en el Seminario “Marx Vive” que se llevó a cabo en Bogotá, del 26 al 28 de agosto de 1998.

de las explicaciones o descripciones de la “acción colectiva”². Otros más, llevando al extremo su refutación del pretendido esencialismo, niegan cualquier determinación –confundida entonces con determinismo– o categoría de “necesidad histórica”, y aunque reconocen la existencia de “agentes sociales empíricos” ven en ellos solamente la posibilidad de un conjunto, débilmente integrado, de “posiciones de sujeto” donde no habría unidad preexistente y mucho menos referida a un concepto análogo al de clase social en cuanto ubicación en las relaciones sociales de producción. La constitución de identidades colectivas sólo puede ser resultado de la articulación externa (¿episódica?) de dichas posiciones de sujeto (derivadas de múltiples y diversos antagonismos) a través de una práctica discursiva³.

En mi opinión, la mayoría de estas corrientes cambian algunos de los términos del problema pero dejan intacta su formulación, cuya principal falencia reside en la noción de sujeto, aplicado a la clase social –o a cualquier sucedáneo–, con atributos de unicidad, racionalidad, voluntad y libertad para transformar la sociedad intencionadamente. Es la pretensión de encontrar tales atributos imposibles, lo que ha llevado a falsear el debate. La noción de sujeto ha llevado, entonces, a fundamentar las propuestas de Partido, ese sí consciente, verdadero sujeto que representa y finalmente sustituye a la clase, cual Estado mayor que, según se pretende, ordena y dirige al “ejército proletario”. Las consecuencias prácticas de ello han sido deplorables. Este falseamiento del debate es aplicable, inclusive y paradójicamente, a quienes, desencantados, se vieron obligados a intentar demoler todas las premisas del pensamiento marxista para poder negar la existencia de sujetos sociales trascendentales⁴.

-
2. Existen en Colombia dos buenas reseñas de estas corrientes teóricas. Una en Leopoldo Múnera, “Rupturas y continuidades”, Ed. IEPRI, CEREC, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1998. Otra de Mauricio Archila N., “Poderes y Contestación”. Rev. *Controversia*, No. 173, Dic. de 1998, CINEP, Bogotá.
 3. Creo que casi no necesito mencionar el texto ya casi bíblico de Ch. Mouffe y E. Laclau, *Hegemonía y estrategia socialista*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1987.
 4. Varios comentaristas de Laclau y Mouffe (ver Múnera y Archila, por ejemplo) han observado acertadamente que el objetivo de estos autores no es propiamente el análisis de los movimientos sociales sino la fundamentación de una política, la de la “nueva izquierda”, que ellos sintetizan en la “lucha por la democracia radical”. Es en cierto modo una posición de Partido. Y qué mejor para esta pretensión que reducir la sociedad y la historia a pura subjetividad. Entre las posibles “prácticas articuladoras hegemónicas” ellos escogen una deseable: la democrática.

Es necesario, pues, un replanteamiento radical. Y el punto de partida es un enfoque renovado de las clases sociales, que dé cuenta de sus formas de expresión tal como realmente se encuentran en los procesos históricos. Es muy probable que la noción de sujeto pueda desprenderse legítimamente del pensamiento de Marx. Hace parte de lo que en otro lugar llamé sus flancos débiles, a partir de los cuales se han construido los dogmatismos⁵. Pero esta pesquisa no es nuestro objeto; se trata más bien de mostrar que, desde entonces, el trabajo en las ciencias sociales ha vuelto obsoletas muchas conceptualizaciones. Aquí me limitaré a exponer algunas inquietudes de orden teórico o metodológico. Y algunos desarrollos, que serían indispensables, quedarán solamente enunciados en la parte final. Sin duda, para quienes se desenvuelven fácilmente en los inquietantes arcanos de la filosofía estas consideraciones podrán parecer harto conocidas y hasta triviales, pero mi propósito no es de orden filosófico sino político.

La falacia del sujeto de la historia

La formulación original del problema

En términos simples, la pregunta por el sujeto de la historia (o los sujetos) nace de haber supuesto un cierto tipo de determinismo en la historia. Si en ésta podían encontrarse “leyes objetivas”, había que introducir, entonces, algún espacio para las realizaciones de la humanidad que parecían proceder de las libres voluntades de los seres humanos. En el fondo se trata de un eco de aquella discusión teológica acerca del “libre albedrío” del hombre. O, en un terreno epistemológico, de la diferenciación entre sujeto y objeto del conocimiento, que conduce a plantearse problemáticamente la sociedad, la cual sería a la vez sujeto y objeto.

La síntesis del pensamiento convencional del marxismo diría: una vez definida la existencia de clases sociales, lógico es concluir que la subjetividad reside en ellas. El problema, por supuesto, está en que el desenlace de la lucha, el triunfo de una de ellas, debería coincidir con la determinación impuesta por la estructura. La coincidencia sólo podría ser posible en la medida en que esa clase triunfante *conociera* el dictamen de las leyes objetivas y hubiera hecho lo posible por su cumplimiento. Un poco como si yo tuviera mi destino ya escrito y en lugar de contradecirlo, lo cual sería insensato, hiciera lo necesario para apresurar su verificación.

5. “Lo que el viento se llevó”, Revista *Resonancias*, No. 1, Bogotá, 1998.

Buena parte de los debates, dentro de las corrientes comunistas posteriores a Marx, ha girado en torno a la problemática del peso que habría de otorgársele ya sea a lo objetivo ya a lo subjetivo en la marcha de la historia. Una vertiente, llamémosla leninista para abreviar, escogió una solución de compromiso: *La subjetividad ingresa para hacer posible lo objetivo*. Para decirlo sencillamente, a propósito del fin del capitalismo: las condiciones objetivas de la revolución pueden existir todas las veces que se quiera, pero si no existe un proletariado consciente y capaz de hacer la tarea —es decir en cuanto sujeto histórico—, ésta se aplazará una y otra vez.

La búsqueda de subjetividad, responsable de la dinámica de la historia, inevitablemente toma a las clases como *unidades sociales dotadas de voluntad y razón*. Una vez “personificadas”, procede por analogía. Llega a lo mismo que se predicaba antes del sujeto individual, en cuanto ser consciente, libre y por tanto responsable. Una idea, como sabemos, muy apreciada desde el Renacimiento, consagrada por la filosofía de Descartes como primacía del Hombre en cuanto sujeto de conocimiento. En este sentido se encuentra siempre asociada con el culto a la razón: posibilidad de conocimiento, en principio como dominio sobre la naturaleza. Es así como resuelve el viejo problema de la libertad, enfrentada a la necesidad. Tiene, en principio, una factura individualista, pero no forzosamente pues ya sabemos que Hegel lo aplica a la totalidad.

Naturalmente, aun en sentido individual, los atributos del sujeto no están dados de por sí. Recuérdese la simpática disquisición sobre la “edad de la razón”. Todavía hoy, en el Derecho, es la base del concepto de “menores” (antes se aplicaba también a las mujeres). En el derecho penal se habla de la inimputabilidad para ciertas personas y en el mismo sentido, en el derecho civil, se niega la capacidad de contratar a quienes no se encuentran en “pleno uso de sus facultades”. Llevada esta reflexión al campo de las clases sociales, en el intento de “personificarlas”, a la dificultad de concebirlas como unidades de voluntad colectiva, se agrega la de suponer también una “razón” colectiva. En la solución tradicional aportada por el marxismo se trata de un proceso, sólo que de manera simple y dicotómica.

Refiriéndose a la clase obrera remite a la cuestión del paso de la clase “en sí”, aquella que es porque está ubicada en un lugar de las relaciones sociales de producción, a la clase “para sí” porque ha adquirido conciencia de ese lugar. Nuevamente el principio cartesiano del autorreconocimiento, de la conciencia de sí mismo, aunque en este caso en clave hegeliana. Pero eso no nos resuelve el problema sino que añade otro. Se tratará de examinar cómo llega o cómo se “introduce” en la clase, la razón, la conciencia, el conocimiento ya no sólo de su situación sino de las leyes de la historia.

¡Bastantes dolores de cabeza, como se dijo al principio, nos ha acarreado la pretensión de resolverlo en la práctica!

El sujeto individual y las revoluciones en la psicología

Pero ha pasado ya un siglo de nuevas reflexiones. No es posible volver a una psicología ingenua, que siguiera considerando la persona en una simple relación entre animalidad y razón. Desde finales del siglo XIX, Wundt, el padre de la psicología experimental, había encontrado muchas otras cosas. El problema del conocimiento ha sido replanteado, descubriéndolo en toda su complejidad. Como bien lo dice Piaget:

En la historia de las epistemologías clásicas sólo las corrientes empiristas recurrieron a la psicología... Pero como las filosofías empiristas, sensualistas, etc., nacieron mucho antes que la psicología experimental, tuvieron que contentarse con unas nociones procedentes del sentido común...

En cuanto a las epistemologías platónicas, racionalistas o apriorísticas, cada una de ellas creyó encontrar algún fundamental instrumento de conocimiento que fuera ajeno, superior o anterior a la experiencia. Pero no pasaron de su preocupación por caracterizar las propiedades que atribuían al citado instrumento (reminiscencia de las ideas, el poder universal de la razón, el carácter previo y necesario a la vez de las formas *a priori*) al negarse a verificar si éste se hallaba realmente a disposición del sujeto⁶.

Pero, el problema no se encuentra propiamente en el campo de las disciplinas psicológicas sino en sus implicaciones filosóficas, especialmente respecto al tema de la conciencia y la libertad. Si algo, por ejemplo, demostró el psicoanálisis, es que en la conducta del ser humano no todo es producto de la intención, de una conciencia transparente, sino de una actividad psíquica inconsciente. (Lo cual no quería decir que fuese inexplicable; por el contrario, todo el esfuerzo, desde Freud, ha estado encaminado a tal explicación), una verdadera revolución que despoja a la razón del lugar preeminente, de “gobierno”, que hasta entonces había tenido en el pensamiento moderno.

Esta revolución no fue aceptada fácilmente. La última gran confrontación al respecto se dio en la primera mitad de este siglo. En algún momento la corriente de la fenomenología, y especialmente el existencialismo (Sartre), negó airadamente este principio. Su concepción de que el mundo ob-

6. J. Piaget, *Psicología y epistemología*, Ed. Ariel, Barcelona, 1979.

jetivo es de alguna manera un mundo construido por el sujeto, les hacía poner todo el énfasis en la intencionalidad del “proyecto de vida” de cada quien. (Recíprocamente, la mayoría de los psicoanalistas, se enfrentaron a la fenomenología)⁷. Sin embargo, al final, estas dos corrientes encontraron una posibilidad de intercambio y beneficio mutuo. En realidad, para el psico-análisis también era cierto que lo verdaderamente relevante del mundo objetivo es que el sujeto le asigna un sentido y que, en cuanto tal, forma parte de un orden simbólico. A su vez la fenomenología reconocía que no se trataba de intenciones “conscientes”. Como ilustración, vale la pena citar a M. Merleau-Ponty en su libro *Fenomenología de la percepción* de 1945: “El proyecto existencial es la polarización de una vida hacia un objeto determinado/indeterminado del que esa vida no tiene ninguna representación y que sólo reconoce en el momento de alcanzarlo”⁸.

Ahora bien, lo más importante, volviendo al psicoanálisis, es que, como consecuencia, al descubrir el inconsciente se hizo necesario redefinir la conciencia. Y así se problematizó la noción misma de sujeto. Lejos ya de toda simpleza de la “edad de la razón” e incluso de la pretensión de unicidad, Freud, transformó la pareja consciente-inconsciente en la tríada Ello-Yo-Superyo. Pero fueron otras corrientes posteriores las encargadas de desarrollarla. Lacan, por ejemplo, disocia completamente el tema de la conciencia del de la subjetividad. El Yo tampoco se identifica con esta última. Y dice lo siguiente: “Quisiera darles una definición posible de subjetividad, formulándola como sistema organizado de símbolos que busca abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su sentido”⁹.

Como bien comenta Tabouret, Lacan termina con la idea de una conciencia que produce el sujeto como su propia evidencia. La subjetividad procedería, entonces, de un sistema organizado de símbolos que es la lengua. Pero se manifiesta a la vez en la palabra, de la cual es su soporte singular.

Hoy es posible discutir esta aproximación, digamos estrictamente lingüística, pero queda el sentido profundo del cuestionamiento. El sujeto individual se construye (socialmente, por lo demás): en un conjunto de relaciones interhumanas, comenzando por las que definen los objetos y figuras primordiales. La identidad aparece como problema, como un proceso de construcción, como un resultado dinámico necesariamente

7. Ver Estanislao Zuleta, *El pensamiento psicoanalítico*, Ed. Percepción, Medellín, 1985.

8. M. Merleau-Ponty.

9. J. Lacan, citado por Andrée Tabouret-Keller, “La conscience détrônée: de Freud à Lacan”, en *La Pensée*, No. 229. Sept-Oct., 1982.

complejo. Podemos decir, por lo menos, que el camino que conduce a la llamada “conciencia de sí”, es un drama interminable que significa algo más que autorreflexión y conocimiento.

El sentido de esta digresión es solamente mostrar que la teoría de los sujetos sociales, en buena parte no hace más que buscar analogías con un análisis del sujeto individual que ya está superado. Si se quisiera proseguir con las analogías, ahora actualizadas, diríamos que tendría que indagarse en *procesos de formación de la identidad social* y llegaríamos a dinámicas complejas que incluso forman parte de la misma historia, la cual, según se nos había dicho, era el resultado de la acción de los sujetos previamente conscientes. En verdad, la conciencia, interpretada como conocimiento, no tiene cabida. Y menos como conocimiento “científico”. Mucho más importantes son las formas de representación, las construcciones simbólicas (donde lo que menos cuenta es el grado de “verdad” del objetivo), siempre parciales pero de orden colectivo, que se alimentan y retroalimentan justamente con las acciones originadas en el antagonismo social.

De todas maneras, al final, la identidad social no llegará nunca a significar esa unidad dotada de voluntad y razón. Maurice Merleau-Ponty aludió a esta problemática en la obra que se citaba antes. A su juicio, el “en sí” y el “para sí”, a los cuales habría que añadir el “para el otro”, constituyen una móvil síntesis social. Allí encontramos esta luminosa afirmación: “El proyecto revolucionario *no* es el resultado de un juicio deliberado, la proposición explícita de un fin”¹⁰.

La razón en la historia, más allá de Hegel

En el fondo, antes que con el estatuto teórico de las clases sociales, la cuestión de la subjetividad tiene que ver con una reflexión sobre la historia. El debate, como se dijo, arranca en Hegel para quien la presencia de la razón en la historia es indiscutible. Pero no a la manera de los historiadores que ven solamente pura subjetividad y por tanto contingencia. La razón revela la necesidad interna del movimiento histórico, en oposición al azar. La reflexión inicial versa sobre el mundo natural: el movimiento del sistema solar, por ejemplo, se realiza según leyes invariables que son su razón. Pero hay una advertencia: ni el sol ni los planetas tienen conciencia de ellas¹¹. La clave está entonces en el concepto

10. *Ibíd.*

11. La referencia es de J. D'Hondt, *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1971.

“conciencia de sí”. Y es de suponerse que, en la historia, hecha por los hombres, dicha conciencia estaría implícita. ¿Pero cómo? La alternativa que encuentra es que no se trata de la simple racionalidad –conciencia de sí– de los individuos, sino la de la totalidad.

Hegel utilizó la expresión “astucia del hombre”, para referirse al hecho de que utiliza las leyes de la naturaleza para ponerla a su servicio. Y también la metáfora de la “astucia de la razón”. Cada hombre en sus acciones tiene conciencia de sí pero es también utilizado en la realización de la necesidad histórica. La conciencia individual está subordinada al espíritu del pueblo (o nación) y los espíritus de los pueblos, al espíritu universal.

Pero no se trata de una voluntad trascendental, ni supone una conciencia exterior sobre las “leyes” de la historia. Es inmanente y es un proceso: el espíritu universal se realiza en cada uno de los momentos de su desarrollo. La razón absoluta estaría expresada en el arte, la religión y la filosofía, en permanente desarrollo hacia la libertad y la racionalidad. La historia es precisamente la historia del espíritu absoluto que cada vez adquiere mayor conciencia de sí. Muchas discusiones, como se sabe, ha generado esta “fenomenología del espíritu”. Se admite, en general, que el propio Hegel no resolvió cabalmente los desafíos filosóficos que él mismo se había propuesto. En particular, si hay un momento de plena y definitiva conciencia de sí. La objeción del fin (final) de la historia apareció desde entonces. Ya Nietzsche comentaba irónicamente que, para Hegel, la historia había terminado cuando obtuvo su cátedra en Berlín. Y es verdad que Hegel celebró la revolución francesa casi como el triunfo definitivo de la razón.

No es necesario recordar que Marx no tomó de Hegel esta fenomenología del espíritu. No podía hacerlo. Es bien conocida su declaración de que el secreto habría de encontrarse en la “anatomía de la sociedad civil”. Y a pesar de que, para algunos, su dialéctica fuerzas productivas/relaciones de producción ocupa el mismo lugar de “viejo topo” que el espíritu absoluto, lo cierto es que la problemática de la conciencia de sí no es su preocupación. La subjetividad tiene otro lugar. Es difícil deducir la idea de que una parte de la humanidad, una clase, llegaría a conquistar por fin dicho atributo, resolviendo, supuestamente, la misma dificultad que se planteó Hegel¹². En verdad, hay que tomar con precaución sus metáforas hegelianas.

Todo esto a pesar de que recogió su noción de trabajo, no sólo en cuanto dominio sobre la naturaleza sino en cuanto permite que la humanidad del hombre se objetivice (sus fines subjetivos se realizan en el objeto producido). De allí se desprende una teoría del fetichismo de la mercancía y de la enajenación. Pero allí la cuestión de la subjetividad tendría un conten-

ido completamente diferente; estaría negada por la totalidad social. Es la mayor refutación de la doctrina hegeliana de la astucia de la razón¹³.

Hasta allí no dice nada, por tanto, de la problemática de la “conciencia de clase” y en ese orden de ideas, de su “subjetividad social” que sería otra cosa. Pero ya volveré sobre este punto. La cuestión está en que no tenemos por qué buscar en Marx una filosofía de la historia. En su indagación de la anatomía de la sociedad burguesa se aplica, como bien lo dice el subtítulo de *El Capital*, a la crítica de la economía política. De allí puede salir una primera teoría de las clases, pero solamente y a partir del examen del movimiento del capital global, en el lugar que abre la relación entre circulación y reproducción. (Recuérdese el reconocimiento que hace al carácter precursor de la doctrina fisiocrática). La teoría de la reproducción, sin embargo, lo que hace es abrir las puertas a una investigación sobre la historia que ha de desarrollarse *en otro plano*, en el de lo concreto real¹⁴.

La discusión sobre la Historia

Pero no estamos tampoco obligados a seguir a Marx; los desarrollos en la teoría de la historia alcanzados en este siglo avanzan en el mismo sentido.

-
12. Es cierto que algunos como G. Lukács parecen hacer este tipo de lectura. Ver *Historia y conciencia de clase*, Ed. Grijalbo, México, 1971. Curiosamente, opositores radicales a la posibilidad misma de una teoría científica del desarrollo histórico, como K. Popper, hacen depender ésta de una supuesta capacidad predictiva que resultaría de la identificación de leyes, las cuales a su vez permitirían proponer cambios sociales fundamentados en construcciones racionales. Obviamente así resulta fácil la refutación: “Las revoluciones sociales no las traen los planes racionales, sino las fuerzas sociales, como por ejemplo los conflictos de intereses”. *La miseria del historicismo*, Ed. Alianza-Taurus, Madrid, 1994.
 13. Hegel no estuvo exento de recurrir al argumento del mercado, igual que la Economía Política Clásica: “Vicios privados convertidos en virtudes públicas”. Ver J. D’Hondt, *op. cit.*
 14. Desde este punto de vista, la acusación de esencialismo que se le endilga a Marx es del todo injustificada. –Aunque muchos de sus seguidores sí la merezcan–. Él mismo se anticipó a hacer la crítica de la razón especulativa, en su *Contribución a la crítica de la economía política*, precisamente a propósito de Hegel. No tenía sentido un conocimiento que pretendiese reducirlo todo a su idea abstracta sin avanzar hacia la diversidad de lo concreto real. Ya lo había señalado con su proverbial ironía en *La sagrada familia*: “El mineralogista cuya ciencia íntegra se limitase a la comprobación de que todos los minerales son en realidad *el mineral*, sería un mineralogista... en su imaginación”.

Pudiera tomarse como punto de referencia a F. Braudel, para quien el objeto de estudio es precisamente la complejidad social en su dimensión temporal. Como se sabe, él encontró la clave en la multiplicidad de los tiempos. Aunque aspira, como todo historiador, a la reconstrucción más viva del pasado, rechazó la idea de una historia “sin problemas”. Una base habría de tenerse en las ciencias sociales. Por cierto, reconoce en Marx su aporte a la interpretación de los procesos de “larga duración”¹⁵. Aquí cabría una inquietud acerca del papel, en este orden de ideas, de lo que se llamarían los “modelos”. Hoy en día continúa la discusión sobre la relación entre la historia y las ciencias sociales y dista mucho de haber concluido¹⁶.

Respecto a esto último, no deja de ser curioso que, después de tanta artillería teórica destinada a demoler el supuesto determinismo económico de Marx, como su gran pecado, las corrientes contemporáneas más importantes sean tan burdamente economicistas. Un ejemplo es Douglass North, premio Nobel de Economía, 1993, el autor más mencionado de la corriente neoinstitucionalista de la economía. Ofrece una conceptualización de las “instituciones” —en cuanto “reglas de juego” o conjunto de normas, formales e informales— como el elemento faltante en los modelos de cooperación social basados en un equilibrio que fallaría en presencia de la incertidumbre. La historia sería entonces la historia del cambio institucional.

Pero, ¿cómo cambian las instituciones? Los precios relativos, los cuales guían las elecciones individuales, crean incentivos para construir instituciones más eficientes. Se introduce entonces otro concepto, en este caso de acción colectiva, el de *organismos*, los cuales son creados para aprovechar esas oportunidades; conforme evolucionan los organismos se alteran las instituciones¹⁷. Es sorprendente encontrar de nuevo el supuesto de los sujetos sociales racionales, en este caso como agregados (organismos) de racionalidades individuales. Marx jamás hubiera imaginado en semejante simpleza mecánica las relaciones entre “economía” e historia.

La cuestión de la subjetividad en la historia tiene que plantearse, entonces, muy lejos de los enfoques de la racionalidad y la intencionalidad, individual o social, para lo cual habremos de recurrir a ciertas discusiones contemporáneas en la sociología. En particular es útil la consideración del

15. F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza editorial, Madrid, 1995.

16. Ver “Segundas Jornadas Braudelianas”, París, enero de 1994, Ponencias publicadas por Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1995.

17. D. North, *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Ed. Fondo de Cultura Económica.

mundo cultural en la formación de las identidades sociales, a condición, claro está, de echar raíces en una teoría de las relaciones sociales cuya necesidad, como se ha visto, es reconocida por los historiadores¹⁸.

¿Por qué una teoría de las clases sociales?

Contra el individualismo metodológico

El derrumbe de la teoría del sujeto no arrastra consigo la categoría de clase social. No le era indispensable. Como he dicho, lo fundamental es encontrar la conceptualización adecuada para distinguir las *formas de expresión de las clases*. Esta perspectiva no es de fácil aceptación. La tendencia predominante es, por el contrario, prescindir de las clases para poder encontrar verdaderos sujetos¹⁹. Pero tampoco se trata de prescindir de la subjetividad para reivindicar la existencia de las clases. Sería volver al determinismo, probablemente en su forma estructuralista que, en los años sesenta, se ocupó largamente de postular a las clases como “soportes” (¿pasivos?) de las relaciones sociales. La cuestión consiste en que no necesitamos de aquella noción de subjetividad, de inspiración racionalista, para “probar” la existencia de las clases sociales.

El concepto de clases sociales responde verdaderamente a otra necesidad teórica, aquella que se deriva de la búsqueda de una interpretación de la sociedad. Se levanta, principalmente, en contra del *individualismo metodológico*. Una definición útil es la de K. Arrow: “El punto de partida del paradigma individualista consiste en el simple hecho de que todas las interacciones sociales pueden remitirse a interacciones entre individuos”²⁰.

18. No se me escapa, desde luego, que este tema ha sido planteado por varios autores en otro sentido, como reacción contra el extremo estructuralismo. En Toni Negri, por ejemplo, la reacción se orienta además contra cierta dialéctica, según la cual la lucha de la clase obrera sólo contribuiría a la reestructuración de las relaciones de producción y los mecanismos de poder (absolutización de la reproducción). Es decir, como parte del desarrollo capitalista (la contradicción que le daría movimiento). Al contrario, Negri postula la emergencia de una subjetividad social, completamente opuesta, en una relación de guerra, con voluntad destructiva, en cuanto poder constituyente. Es una perspectiva promisorio que se ubica en la discusión sobre los límites de la reproducción. Pero la crítica del determinismo no es mi tema. Ver T. Negri, *Fin de siglo*.

19. En efecto, la solución de los sociólogos de la acción que buscan “la subjetividad en la historia” pero sin que los “sujetos” coincidan con la definición de clase, continúa aspirando al mismo tipo de función para ellos, aunque con un resultado de tipo *probabilístico*.

20.

El paradigma individualista, sin embargo, no excluye forzosamente el reconocimiento de la existencia de agrupamientos sociales. En primer término, porque son empíricamente innegables. Se los supone formados por intereses comunes. Y llegan hasta admitirse acciones y confrontaciones, como en North y en varias de las corrientes de la sociología norteamericana y de la acción. Curiosamente, como se vio, recaen en el postulado de racionalismo propio de las ideologías del sujeto. Bien lo dice A. Giddens: “El fracaso de la filosofía anglonorteamericana de la acción en elaborar un interés por el análisis institucional se refleja en su excesiva concentración en la conducta intencional”²¹.

Pero, otra cosa es hablar de *relaciones*. Y de *contradicciones* o *antagonismos*. Es aquí donde encontramos la pertinencia de una teoría de las clases sociales. El capital, decía Marx en forma lapidaria, es una relación social. Significa un antagonismo en el cual se encuentran los seres humanos. Una *relación de poder*. Esa es la explicación, en la sociedad moderna, de su distribución necesaria en clases sociales. No resultan de la agrupación contingente de individuos con base en la identificación de intereses comunes. Toda reestructuración del proceso de acumulación es una reestructuración de la relación social que implica confrontaciones. De este modo, el producto social crece y la sociedad se transforma no a pesar de, sino gracias a ese antagonismo. La llamada estructura no es más que una abstracción de la ciencia social, *sólo existe, construida y reconstruida en la confrontación social* y no hay por qué preguntarse por la relación entre ésta y la primera; se trata de dos planos distintos del conocimiento.

Sin embargo, el proceso de individualización en la sociedad capitalista no es un simple “velo ideológico” sino una “ficción real”, necesaria en su estructuración. La particularidad de la determinación de las clases en el capitalismo es que, a diferencia de sociedades anteriores, se ubican en relaciones puramente de mercado. Muy diferente de la antigua sociedad estamental donde éstas son visibles, donde la diferencia social es abiertamente base de subordinación y aun de explotación. Por ello no es extraña la tendencia a ubicarlas en lo “económico”.

En síntesis: no es que las clases sociales salten de su idealidad –esencia– a una forma de ser que coincida –esa sí y por fin– con la esencia dada por las es-

Kenneth J. Arrow, “Methodological Individualism and Social Knowledge”, en *The American Economic Review*, mayo, 1994.

21. A. Giddens, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1997.

estructuras. El famoso paso del “en sí” al “para sí”. Se trata más bien de que las formas de expresión –históricas, concretas, vividas– son ya “la esencia” (no existe ninguna otra trascendental), una “esencia” dinámica, móvil, sin duda relacional si recordamos la expresión “para el otro”. Un poco, en los términos de la fenomenología.

La introducción de la historia real es una forma de recuperar la totalidad. Es claro que la complejidad del proceso de acumulación, visto en su conjunto, no se deja reducir a la noción de industria o de “fábrica” y ni siquiera a la de la relación salarial. Por ello la expresión del antagonismo conducirá a variados agrupamientos sociales y necesariamente tomará las formas más imprevisibles. Además, en cualquier sociedad históricamente determinada, encontraremos otras relaciones (de producción) y otras contradicciones. La sociedad capitalista es no sólo una relación de poder políticamente estructurada (Estado) sino un orden cultural y de civilización.

Los retos de la sociología

Estoy convencido, sin embargo, que no es deseable ni necesario limitarse a lo sugerido por Marx, fuente de incontables dogmatismos. Durante el siglo XX los diversos desarrollos de las ciencias sociales nos ofrecen no pocos indicios para reconceptualizar el tema de las formas de expresión de las clases sociales. La fenomenología, en sus muy variadas vertientes, fue una fuente de inspiración importante para algunas de ellas, principalmente la que podría denominarse fenomenología descriptiva y su impacto sobre las sociologías comprensivas²². Centradas en el examen de lo que piensan del mundo social quienes viven en él, y a pesar de su rechazo explícito a tratar de encontrar algo más como conocimiento “objetivo”, nos ofrecen un camino interesante, en especial como precaución frente a las recaídas en el esencialismo o el estructuralismo.

El objetivo de la comprensión a través de una reconstrucción vívida de la sociedad resulta, en mi opinión, de la mayor utilidad, a pesar de que son muchas las críticas que pueden dirigírseles, en algunas por sus acentos en la intencionalidad de los sujetos, en otras por su reducción a la interacción (intersubjetividad) mediada por el lenguaje, y en general por su omisión de la cuestión del poder.

22. Ver A. Giddens, *op. cit.*

Sin duda, como lo señala Giddens, la principal debilidad de estas corrientes sociológicas consiste en que son “fuertes en acción pero débiles en estructuras”, todo lo contrario de las funcionalistas y estructuralistas. Pero en ambos casos es claro que su paradigma básico es la dualidad individuo-sociedad. En las últimas, por cierto, la estructura aparece como el conjunto exterior de normas y valores que articulan la sociedad. En ese orden de ideas, si nos atenemos al principio de una sociedad dividida en clases, antagónicas de acuerdo a sus intereses, donde el principio de integración es la relación de poder, la fenomenología de lo social que se buscaría aprehender estaría acotada por este antagonismo. “Los hombres hacen la historia pero no en las condiciones por ellos escogidas”. Fenomenología descriptiva, de todas maneras fundamental si se quiere escapar a la tentación de suponer sujetos sociales racionales para encontrar, en cambio, *las formas como se representan su propia acción de construcción de la sociedad*.

Pero, debe añadirse que cualquier investigación tiene que suponer la sociedad en movimiento, esto es, un principio de historicidad. Las condiciones no escogidas de que se hablaba antes, en cualquier momento, son también heredadas. Sólo por razones de la práctica investigativa podríamos fijar una situación social y en ese caso sería un corte transversal en el tiempo. Una aproximación apropiada, en mi opinión, debería tomar en cuenta, además, los siguientes aspectos, que constituyen apenas una suerte de programa abierto de investigación:

a) Un principio de *unidad social*. Tomar como punto de partida la unidad de la sociedad humana y, a la vez, la multiplicidad de relaciones sociales. Remite a un punto de discusión muy antiguo de la sociología: ¿Es posible considerar la sociedad como un todo? Se diría que el principio de unidad es el capitalismo. Pero Giddens, por ejemplo, señala que, habitualmente, el sociólogo cuando habla de sociedad, en el fondo está suponiendo el Estado-nación²³. Pero, es también factible un espacio cultural común, un espacio de orden simbólico, basado en una estructura de intercomunicación. *En cada momento es un presupuesto de la diferenciación de clase*. Podría hablarse de diversidad cultural; ¿pero cabría distinguir subculturas de clase? En todo caso, la contradicción social sólo logra expresarse verdaderamente si acarrea rupturas culturales.

b) Un principio de *asimetría*. Hace referencia a la dominación. Las clases sociales en el capitalismo (como en todas las sociedades) no existen

23. A. Giddens, “The consequences of Modernity”, Policy Press, Cambridge, U.K. 1990.

de la misma manera. Estamos hablando de un terreno ya dado. De una construcción que es ya obra de la burguesía, comenzando por el mercado, pero también el Estado nacional, el conjunto de relaciones políticas, y todo tipo de relaciones en el plano cultural. Se parte entonces de la individualización. Para la diferencia y la confrontación ofrece como terreno de expresión la política, en su forma representativa. Las clases sólo pueden expresarse indirectamente. Pero ello sólo sirve a las fracciones burguesas. O si acaso, pequeño burguesas. No a las clases explotadas. No es su terreno. Existen sólo como resistencia.

c) Un principio de *diferenciación de las formas de expresión*. De acuerdo con lo que se acaba de decir, será conveniente distinguir entre: expresiones de resistencia, manifestaciones episódicas abiertas y expresiones de ruptura. Como se señaló antes, se trata en estas últimas de una escisión fundamental de la sociedad. Momentos excepcionales en que se disputan por lo menos dos opciones de sociedad. La oposición se manifiesta en un nuevo proyecto hegemónico. Supone, por tanto, un orden simbólico alterno, que se manifiesta en mentalidad revolucionaria de masas²⁴. Es, a la vez, una crisis de Estado en la cual la política se presenta como abierta lucha de clases. Desde luego, el lado de la “oposición” es un conjunto complejo, probablemente mayoritario, no reductible a un grupo social predeterminado como clase obrera.

d) Un principio *antievolucionista y de no linealidad*. Éste es fundamental para escapar de la tentación que surgiría de la anterior diferenciación. No hay inventario ni jerarquía de formas; siempre serán nuevas e imprevistas. La marcha de la historia, por supuesto, no es en vano: hay procesos de acumulación, es cierto, pero no de “aprendizaje”; las huellas que quedan en la memoria social son rearticuladas y cargadas de un nuevo sentido. Por ello convendría intentar periodizaciones. No podría entenderse, por ejemplo, el drama actual de la clase obrera sin tener en cuenta esas construcciones específicas del siglo XX que se llamaron “Estado de bienestar” y “Estado socialista”, ambos hoy derrumbados, los cuales le significaron una particular forma de ser y de expresarse.

Finalmente insistiría en que el punto de vista desde el que se analiza es fundamental: al final de cuentas toda esta atribución que se le hace a la clase obrera de ser un sujeto (colectivo) dotado de voluntad y racionalidad, tiene que ver con atribuirle libertad y por tanto responsabilidad. Facilita el repro-

24. M. Vovelle, *La mentalidad revolucionaria*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989.

che, el enjuiciamiento. Es una reacción moralista típica de la intelectualidad y corresponde al malestar de fin de siglo. La clase obrera era libre de hacer o no hacer la revolución. No la hizo o la hizo mal. En consecuencia es culpable. De esta rabia sale la búsqueda de hoy. Como la clase obrera no fue capaz, entonces será mejor buscar otro sujeto. Otros actores... nuevos movimientos sociales.

Actores y clases sociales

*Leopoldo Múnera Ruiz**

Dice el mito o la historia sagrada, que es lo mismo, que cuando Jesús resucitó, todos sus seguidores decían: “Jesús vive, Jesús está vivo”. Yo me siento un poco así en este seminario “Marx vive”. Claro que Marx vive, es que no ha muerto y no estamos frente a una resurrección, estamos frente a un pensamiento que sigue vivo; y eso voy a tratar de demostrar. Voy a tratar de demostrar esa dinámica del pensamiento marxista en el tema de las clases y los actores sociales. Primer punto o primer propósito.

Segundo propósito. Héctor Moncayo decía: “que la teoría de las clases sociales estaba atrapada en el individualismo metodológico y no sólo metodológico sino político”. Se le quedó en el inconsciente algo en lo que también está atrapada la teoría de las clases sociales: en el pensamiento teológico. Es decir, la teoría de las clases sociales se mueve entre dos horizontes simbólicos en términos del pensamiento. El primero: el del pensamiento teológico. Esa idea que siguió rondando en el pensamiento político de que existía algo, una fuerza extraordinaria que determinaba la historia más allá de la historia misma, eso que fue Dios en un época y que después se convirtió en la estructura o en el sistema. No hablemos de sujeto –nos dice, por un lado– porque es que los sujetos tienen el peligro de que caigamos en el individualismo, que es una amenaza. Hablemos de un fenómeno que está ahí en la penumbra, que no sabemos cómo llamarlo, llamémoslo a la manera de Spinoza –como intentó hacer Althusser–; llamémoslo a la manera estructural de Poulantzas, llamémoslo sistema. Es algo que está más allá de nosotros, son las relaciones sociales, es Dios, es

* Profesor Asociado, Universidad Nacional de Colombia.
Transcripción literal de la conferencia dictada en el seminario “Marx Vive”.

Dios que se mueve en las estructuras eternas; y nosotros estamos ahí esperando que las estructuras nos definan por dónde tenemos que movernos y por ahí nos vamos a mover. Hay mucho de pensamiento teológico en esa lucha, desde luego también hay mucho de individualismo, que es el segundo horizonte simbólico.

Yo creo que Héctor Moncayo lo planteó bien. Hay una pretensión de que existe un sujeto de la historia, con una conciencia, con una voluntad: un sujeto que va a construir la historia, el artesano de la historia, y que ese sujeto está predeterminado.

Entonces yo diría, nos movemos entre dos grandes monstruos simbólicos: el de la teología que sigue presente entre nosotros, y sigue presente bajo la forma de la estructura y el sistema; o el del individuo y del sujeto individual. Ambos son trampas, en términos de las clases y los actores sociales.

Finalmente, tercer propósito en esta intervención. Evidentemente el pensamiento de Marx no es sólo un pensamiento lógico. No es sólo una estructura lógica y racional, un planteamiento de ideas al estilo hegeliano o de la filosofía del derecho. No. Y afortunadamente no es así. El pensamiento de Marx y la teoría de las clases es algo proyectivo, proactivo, simbólico y racional, y tiende a construir mitos; y así tenemos que analizarlo porque esos mitos han servido para conducir la acción social, la acción colectiva y para mover las clases.

Podemos decir, en términos de las clases sociales, que hay varios mitos, varios mitos en el mejor sentido soreliano si ustedes quieren; varios mitos en el sentido de fantasías concretas que producen efectos concretos sobre la realidad social. Y empecemos por eso; en primer lugar, Marx trata de construir un mito indispensable para la transformación social en su momento y es el de la identidad de una clase como protagonista de la historia; y trata de decir: esta clase va a ser protagonista de la historia y tenemos que construirnos como protagonistas de la historia; hace esa propuesta y en torno a ella gira la construcción de la clase.

En segundo lugar, intenta construir un imaginario revolucionario. Un imaginario que se articule alrededor de un sujeto colectivo.

Me niego a aceptar como cree Héctor Moncayo que la noción de sujeto sea de raigambre netamente individualista. La noción de sujeto en la filosofía no es de raigambre netamente individualista, y hay que encontrar y ver el tipo de sujeto hegeliano, pero incluso el tipo de sujeto en Spinoza. No

quiero meterme en este sujeto, pero la noción de sujeto en la filosofía no tiene raíces sólo individualistas.

Decía, segundo punto dentro del mito: el imaginario revolucionario que trata de crear Marx. La clase tiene una identidad como protagonista de la historia, pero además de eso va a revolucionar la historia. Segundo elemento.

Y el tercer elemento: Tenemos un futuro necesario. De acuerdo con las leyes de la historia tenemos un porvenir que ya está marcado, y que está marcado por la lógica racional, que está marcado por la ciencia. Es un mito racional como casi todos los mitos de la modernidad.

Entonces, vamos a meternos también en eso. El pensamiento de Marx no sólo es una estructura lógica, sino que es una estructura extraordinariamente simbólica, y si algo lamentamos hoy en día no es que se nos haya caído todo el andamiaje lógico, porque es relativo que se haya caído; lo que podemos lamentar hoy en día es que se nos cayó el mito, se derrumbó el mito por el cual nos movimos durante tantos años y se movió tanta gente durante tantos años. Un mito construido racionalmente y con una gran capacidad de inventiva y de imaginación. Hay en el proyecto de Marx un proyecto imaginativo. Metámonos entonces en ese terreno. ¿Qué quiere Marx realmente con las clases? Hay dos elementos centrales en el problema de las clases, que de alguna manera ya han sido mencionados acá.

El primer elemento. Las clases implican una pertenencia objetiva a las estructuras. Es decir, la clase es la manera como los individuos y los grupos sociales se vinculan a la estructura en las relaciones de producción. En tal medida, lo que importa es que todos nosotros estamos vinculados de alguna manera en la estructura de producción; y ahí estamos y tenemos posiciones en la estructura productiva, y no sólo posiciones sino culturas que surgen desde las relaciones de producción, y no sólo culturas sino símbolos compartidos; es decir, se crean grupos estables desde las relaciones de producción. El elemento objetivo.

Segundo elemento. El elemento subjetivo que es muy claro en Marx. No es sólo que existe esa posición en las relaciones de producción, sino que a partir de esa producción podemos desarrollar una acción, una acción bien sea de dominación o de transformación de la sociedad. Y ahí empieza Marx a desarrollar: primero, para poder construir tiene que simplificar las contradicciones y eso es lo que hace en *El Manifiesto*, se simplifica en términos de las clases y se polariza entre dos clases fundamentales: el proletariado y la burguesía, burguesía que tiene una acción revolucionaria frente a su pasado, y proletariado que tiene una acción revolucionaria frente al futuro. Son las

dos clases simplificadas. Pero, además de eso, nos dice: “el proletariado tiene una subjetividad potencial que puede transformar la historia”. De lo objetivo se puede pasar a lo subjetivo y ahí está el reto, ahí está el conflicto, o si ustedes lo quieren, en otros términos, para no enredarnos en el problema del sujeto, lo que nos está diciendo Marx con una gran clarividencia es que “la historia no se mueve sola”, por más de que aquéllos a los que les gusta el pensamiento teológico lo piensen “la historia no se mueve sola”, la historia necesita gente de carne y hueso para que la mueva; la historia no tiene un funcionamiento maquinal ni divino que la haga mover por la estructura, sino que necesita algo que la mueva.

Entonces, ahí está el desafío que presenta Marx y, desde luego, que lo presenta con algunas fórmulas, fórmulas que son abiertas y que el marxismo demuestra que son abiertas.

Primera fórmula: Considera que puede existir un sujeto que represente los intereses comunes de toda la clase. Esto ya es complicado. Es decir, pasa de la complejidad de la clase que es esencialmente heterogénea, al monismo de la representación de un partido. Ya ese es un desafío complicado y es un salto bastante peligroso, pero por lo menos nos está diciendo: hay que pensar eso, hay que pensar cómo pasamos de lo objetivo a lo subjetivo; pensémoslo, pensémoslo de alguna manera, abordemos el problema.

En segundo lugar, nos habla de una vanguardia. No es sólo que va a representar los intereses comunes sino que va a liderar esos intereses comunes, y esa es la noción de partido.

Y en tercer lugar, entra en una pelea, que yo creo que vale la pena rescatar. Marx empieza a discutir y empieza a discutirle a la burguesía el concepto de ciencia y de verdad, y trata de articular la construcción de ese sujeto en torno a la verdad. Que hoy en día eso pueda verse superado porque tenemos otros conceptos de verdad, quizás, pero es una falta de perspectiva histórica. En un momento donde había una noción de ciencia dominante que giraba en torno al positivismo, Marx dice: aquí hay otra noción de ciencia y desde esa noción de ciencia podemos construir el cambio, y crea un mito científico también en ese sentido.

Desde luego, esto lo hace como lo hace todo Marx, con el veneno del activista contra todos sus adversarios, desde los anarquistas hasta los otros comunistas. Ustedes lo encuentran en el *Manifiesto*, yo no me voy a extender al respecto.

Bueno. ¿Qué nos interesa en términos de las clases y en términos objetivos? Que Marx establece una triple centralidad societal de las clases.

Primero, histórica. Nos dice: la lucha de clases está en el centro de la historia, es motor de la historia. Se puede discutir hoy en día, pero nos llama la atención sobre eso. Preguntémosnos hoy día si no ha sido un motor de la historia.

Segundo, estructural. Nos dice: la sociedad se articula alrededor de las clases y del espacio donde se constituyen las clases. Si queremos transformar la sociedad, tenemos que transformar el espacio donde se constituyen las clases. Y ese es un referente objetivo independientemente de lo que quiera el sujeto, ahí está y sigue estando en la sociedad contemporánea. No se ha transformado socialmente ese espacio donde se estructuran las clases, ahí está.

Tercero, y el más complicado. Establece que las clases tienen una centralidad en términos de la acción, que de pronto valdría la pena discutir. Es decir, que la simple noción de clase conlleva una acción necesaria y transformadora.

Sin embargo, esta triple centralidad necesaria dentro del marxismo presenta diferentes problemas, que son los que van a animar la discusión de ahí en adelante. ¿Cuáles son los problemas? Ya los veía Marx y los vieron los marxistas inmediatamente después de él. Primero, que las clases eran necesariamente fragmentadas y heterogéneas; por consiguiente, que saltar al sujeto no era tan fácil, porque la unidad en la heterogeneidad es bonita en el discurso, pero es terriblemente complicada en la práctica, y todos lo sabemos, y la izquierda colombiana lo sabe mejor aún. Nosotros no logramos la unidad en la heterogeneidad, sino la heterogeneidad en la heterogeneidad. Entonces, primer punto, la fragmentación y heterogeneidad de las clases. Segundo punto, los problemas para la unidad de acción. La idea de Marx es: tenemos que lograr una unidad de acción, olvidémonos si son sujetos o no, el hecho es que tenemos que lograr una unidad de acción. Cómo se logra esa unidad de acción, cómo se logra de alguna manera construir un actor colectivo y homogéneo. Y en tercer lugar, tenemos que aferrarnos a algo que nos mueva, a un símbolo. Y esos son los intereses objetivos y la ciencia y el marxismo, y en ese terreno se mueve Marx.

Lo más bonito de esto es que las respuestas fueron múltiples. Yo en eso no estoy de acuerdo con Héctor Moncayo, en que el marxismo se hubiera perdido de alguna manera en la cuestión del sujeto. No. Creo que trató de responder una pregunta que es terriblemente complicada: ¿cómo pasamos de lo objetivo a una acción y a una acción de transformación? Y creo que la fenomenología no nos responde esto porque hay un elemento mucho más complicado: cómo construir una acción transformadora, y en ese sen-

tido yo solo voy a resumir. Las respuestas comenzaron a aflorar: podemos decir que Kautsky y Plejanov tienen una respuesta teológica: la estructura nos dará la unidad de acción, cosa que era muy discutible. Es decir, casi que el mito de la historia nos va a dar la unidad de acción. Podemos decir que Adler y el austromarxismo consideraron que la unidad de acción la iba a dar la ideología, mediante la construcción de una ideología de clase; la iba a dar el pensamiento, era una posibilidad en torno a eso, era una propuesta esencialmente intelectual. Rosa Luxemburgo nos dice que la unidad de acción es una unidad esencialmente simbólica, no está ni en la ideología, ni tampoco en la estructura, sino que está en el significado que tiene un movimiento en un determinado momento. Podemos decir que Lenin dio una respuesta esencialmente elitista y voluntarista: la unidad de acción se da fundamentalmente en el partido, partido que viene del exterior, de la clase, y es un partido que tiene la conciencia y que ilumina la conciencia del proletariado.

Hay ahí una hegemonía y una noción de hegemonía bastante voluntarista y muy articulada en torno al sujeto y a la voluntad del sujeto. Podemos decir que Sorel nos da una respuesta esencialmente diversa y es una respuesta mítica: es el mito de la huelga general que va a producir la unidad de acción, y no es el mito en el sentido común, sino es ese mito de Sorel, ese conjunto de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las diferentes manifestaciones de la guerra que el socialismo lleva a cabo en contra la sociedad moderna. Podemos decir que Gramsci nos dijo que el elemento central de la construcción es un elemento cultural fundamental y esa es la noción de la hegemonía. No voy a extenderme en esto, simplemente lo dejo planteado. Quiero decir: hay una serie de elementos que deja planteados, pero todos esos elementos de alguna manera los recoge Tony Negri cuando dice: “No hay sujeto pero si hay una subjetividad potencial”. No importa si existe el sujeto, si existe el sujeto en un momento dado, en un momento histórico, importa que hay en una clase la potencialidad para transformar, que esa clase tiene elementos potenciales para transformar.

Desde luego que hoy en día los problemas se multiplican, pero digo que se multiplican porque el dilema planteado por Marx sigue siendo el mismo, y esta es la discusión con Héctor Moncayo, cómo pasamos de lo objetivo a una acción, a un sujeto, o como ustedes quieran llamar lo que transforme, es decir cómo lograr cambiar y cómo lograr hacer la revolución si partimos del hecho de que la revolución no se hace sola, ni se hace por la mano divina de un nuevo Dios de los pobres. En ese sentido los problemas se multiplican –decía yo– y ¿cómo se multiplican los problemas? Lo que decimos hoy es: “no hay acciones necesarias ni representaciones objetivas,

la construcción de lo político no viene dada por la estructura”, y ese es un desafío para pensar.

No tenemos representantes objetivos, y todos los que se nos plantean como representantes objetivos no son sino otras subjetividades que tienen la pretensión de anular otras subjetividades, dentro de una lucha de poder. No hay nada más temible que aquél que representa objetivamente mis intereses, porque como hacía el fundador del Opus Dei –que era el representante objetivo de los intereses del alma–, terminaba eliminando a los que no estaban de acuerdo con él para representarles sus intereses objetivos. Entonces, existe el problema de la representación de intereses objetivos y si eso realmente se puede hacer. No hay acciones necesarias ni representantes objetivos, necesitamos abrirnos a la construcción de lo político y no podemos evitar la esencia de lo político y la construcción cultural de las representaciones y de las acciones.

En segundo lugar, la acción, la praxis social no se mueve sólo en el eje de las clases y tenemos que asumir ese desafío. Estamos y hemos saltado de una concepción monocéntrica a una concepción policéntrica y quizás la mayor cachetada en eso, para el marxismo, fue la del feminismo, quizás la primera, quizás la esencial, cuando el feminismo le dice al marxismo: es que no sólo es una sociedad capitalista, sino que además –utilicemos esta expresión de las feministas gringas– es falocéntrica. Y en ese sentido, hay que aceptar que el falo es uno de los centros de la sociedad, de esta sociedad moderna y contemporánea, que es policéntrica la sociedad y eso es un desafío.

En tercer lugar, que en las acciones colectivas, y aquí me permito también una digresión para el debate con Héctor Moncayo, la noción de actor no se identifica con la noción de sujeto, la noción de actor implica una representación en el escenario social y tiene mucho de colectivo, la noción de actor viene del teatro y del teatro colectivo, y de ese teatro que se fue formando popularmente en el medioevo en Europa, no viene de la noción de sujeto. Las acciones colectivas, decía, tienen una estructura interna que no se puede deducir de las clases, que es irracional, que es simbólica y que tiene toda esa complejidad; por consiguiente, nos movemos en la complejidad del ser humano y no sólo en la razón.

Finalmente, las identidades colectivas se forman y transforman en la acción. En estos términos, podríamos decir que hay una gran distancia entre la clase y la acción, y que ese es un desafío que todavía tenemos y que ese es un desafío que dejó planteado Marx y que no hemos podido responder. Yo dudo mucho que lo podamos resolver por el camino de la fenomenología,

pero digamos que es un buen intento, y hay otros intentos, pero tenemos que responder definitivamente a ese desafío.

Finalmente, como empecé de alguna manera hablando del “Marx vive”, yo creo que el Seminario es muy importante, y es más importante en el sentido de que nos puede sacar de un ostracismo de pensamiento onanista, en el cual nos sumió la caída del muro, y, entonces, que empecemos a dialogar de nuevo y empecemos a discutir. Que volvamos a los debates y volquemos los debates sobre esos problemas. Que volvamos a discutir temas que dejó abiertos Marx, y que dejaron abiertos otros pensadores. Que volvamos a pensar que, curiosamente, los que leían más *El Manifiesto Comunista*, los que divulgaban más el *Manifiesto Comunista* eran aquellos seguidores de uno de los rivales de Marx que era Bakunin, eran los voceros bakuninistas, que llevaban en las fábricas, en los talleres y en las casas *El Manifiesto*. Qué bueno que volvamos al debate y que volvamos a plantear los términos del debate y, sobre todo, qué bueno que nos demos cuenta que no es que ahora tengamos realmente las respuestas, sino que seguimos de pronto con los mismos interrogantes planteados por Marx, y por eso *Marx vive*.

El debate sobre el sujeto político

*Libardo González Flórez**

El camino para discutir la idea de sujeto puede ser una encrucijada en la que se encuentran dos rutas: puede partirse de la discusión actual sobre “el último hombre y el fin de la historia”, que está de moda ahora por Fukuyama y otros más ilustres que lo han precedido, o puede partirse de la problemática marxiana-lukaksiana de la discusión sobre el sujeto de la historia, el que le da sentido y orden a una perspectiva futura. Necesariamente, cualquiera de ellas compromete la problemática de la otra, y no puede pasar de largo sin encontrarse el escollo que hay que quitar de en medio, si se desea continuar la marcha. Vamos a tomar la fase actual del capitalismo y los debates que se han presentado en los últimos tiempos sobre el sujeto histórico y político, con el fin de tomar el toro por los cuernos y enfrentar el debate actual con las diferentes tendencias de la derecha, de la izquierda desencantada y del centro liberal.

El pensamiento de derecha

El pensamiento que guarda mayor lealtad con el debate sobre el sujeto es el pensamiento de la derecha. El “partido idiota”, lo llamaba John Stuart Mill en el siglo pasado. Pero esa derecha ha estado siempre en la liza contra las revoluciones, tanto las que fueron promovidas por la burguesía en ascenso, como las del proletariado. Sus adeptos han sido ilustres pensadores como Burke o Tocqueville, en el siglo anterior, y Popper o Fukuyama, Hayek o Friedman en el presente¹.

* Profesor de Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Colombia.

La derecha conservadora concibe la historia como el resguardo y la veneración del pasado, de la historia o de la tradición ligada a la cultura nacional. Por esa razón tiende a perder su vigencia en la era de la globalización, ante la derecha innovadora y destructora de los mitos y las referencias nacionales o culturales en beneficio de un orden futuro. Milosevic asediado por la OTAN o Hussein por los presidentes de Estados Unidos, son apenas dos casos significativos de la nueva confrontación en el seno de la derecha, que cruza muchos senderos entreverados y oscuros, en los que la defensa del nacionalismo acude a la religión y los principios que son amenazados por las potencias externas. Al mismo tiempo, este nacionalismo es opresor de otros nacionalismos menos fuertes, como el de Kosovo o el de los kurdos, que deben someterse a la férula del nacionalismo mayor.

El pensamiento de la derecha tiene un enemigo en las reivindicaciones de nacionalismos pequeños, o de los grupos sociales o étnicos que se oponen a su paso. La derecha termina asumiendo un rol positivo, afirmativo de valores y tradiciones, propagador por la fuerza de estos valores. No es posible concebir una derecha pasiva, que en algún momento no pase a la acción directa para imponer sus fines. No obstante, tiende a revestirse de ideologías despreciativas, aristocráticas, de negación del enemigo, de eliminación suya por la vía del desconocimiento.

Así, Fukuyama y otros han defendido la tesis del fin de la historia como un expediente para borrar la lucha de clases, las clases mismas y su razón de ser, el capitalismo. De acuerdo con ellos, en la era actual se han eliminado todos esos fenómenos de la sociedad industrial, y se ha pasado a la sociedad posindustrial a través de un proceso que borra las clases y las difumina con su acción letal.

No se supone, eso no, que las desigualdades hayan dejado de existir, ni que la pobreza en el mundo esté menos extendida. Al contrario, suponen estas desigualdades una fase necesaria hacia el final de la partida, cuando el mundo será más equitativo y más rico. No es por azar que estén de vuelta las teorías del ingreso y el desarrollo de Kuznets, que prescriben una fase altamente inequitativa en la primera fase del desarrollo, para comenzar a compensarse y homogeneizarse en la fase más adelantada.

-
1. Sobre el pensamiento de la derecha, además de Simone de Beauvoir, *El pensamiento político de la derecha*, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, 1962, también se encuentra una buena exposición, desde un conservador que habla de su propio campo, en Russell Kirk, *The Conservative Mind*, Gateway edition, Chicago, USA, 1967.

Toda la fuerza discursiva de la derecha está empeñada, entonces, en la negación de las clases como un hecho incontrovertible de la sociedad capitalista, en la medida en que no podría hablarse ya de sociedad capitalista. Fukuyama no niega que su pensamiento es autoritario, cuando propone dejar de lado los escrúpulos democráticos para aplicar la fuerza, en el proyecto de hacer más viable el tránsito a la sociedad sin historia.

Como es sabido por los politólogos, existe una diferencia entre el pensamiento de la derecha radical, de los fascismos –o, en nuestro medio, de la familia Gómez–, con el liberalismo no demócrata, de Tocqueville o Burke. En los tiempos modernos, la derecha está más concentrada en el llamado neoliberalismo, en el cual se encuentran Hayek o Friedman, al tiempo que existen tendencias liberales no democráticas como las de Sartori o, en nuestro medio, del Partido Conservador colombiano y la mayor parte de la dirección del liberalismo.

El pensamiento de la democracia liberal

El pensamiento liberal, por su parte, es del tipo del que comparte los fines de la sociedad capitalista, pero no los grandes abismos que deja de miseria y pobreza, de superexplotación y de hambre generalizadas. Existe un liberalismo sin afán de cambio, puramente contemplativo y apologético, de tipo marshalliano. Para este liberalismo, existen las clases, pero no coliden necesariamente, si se proporcionan los ajustes necesarios al bienestar de cada uno².

En Keynes, por otro lado, se encuentra un liberalismo que reconoce la desigualdad, la aborrece, pero llevado de un pragmatismo innovador, propone la intervención del Estado para impedir que el capitalista le saque “todo el jugo al tulipán” y agote la posibilidad de contar con un capitalismo estable, tanto en la escena económica como en la política.

A este liberalismo de diversa índole está afiliada la visión de algunas posturas denominadas socialdemócratas, que tienen un fundamento en la

-
2. Marshall consideraba a la sociedad capitalista como la esencia misma del equilibrio y la paz. No desconocía, sin embargo, la existencia de las clases, como se muestra en el ensayo sobre “el porvenir de las clases obreras” (Alfred Marshall, *Obras Escogidas*, F.C.E. México, 1949). Allí pide mayor atención a los obreros por parte de los gobiernos que, a su juicio, tienen a su cargo la defensa de sus condiciones sociales, sin llegar a permitir su insubordinación.

idea liberal de la eternidad del orden capitalista y la posibilidad reducida de reformarlo, acción que sólo puede cumplirse en la concertación entre el capital y el trabajo.

El liberalismo de corte marshalliano lo encontramos en autores como Robert Dahl. En Colombia no hay ejemplos conocidos de esa tendencia, debido a la polarización política y al tipo de capitalismo dependiente, que obstruye esta vía liberal democrática.

El marxismo desencantado

Otro punto de vista sobre la existencia de las clases sociales lo proporciona el denominado revisionismo de los años finales del siglo pasado, fundamentalmente Eduard Bernstein y más adelante Karl Kautsky. Por el camino trazado por ellos han desfilado todas las corrientes de individuos y movimientos, que alguna vez compartieron la idea marxiana, pero fueron desencantándose hasta convertirse en sus renegados.

Su propuesta no es nueva, ni permanece circunscrita al campo del marxismo, porque ya el *Manifiesto Comunista* daba cuenta de los diferentes socialismos, y los mostraba en sus alcances y limitaciones. Al lado de Proudhon se encontraban también otros grandes dirigentes del proletariado francés o alemán, que llegaron a confiar más en sus conquistas parciales que en la revolución anticapitalista. Se quedaron sin proyecto estratégico, pero no desdeñaban la táctica de la lucha sindical o de barricadas para obtener algunas reivindicaciones. No estaba excluida la lucha armada, por supuesto. Entre ellos, Louis Blanc o los bakuninistas³.

En el marxismo desencantado figuran, en los últimos tiempos, diversas corrientes que se unifican en la negación de la lucha de clases, de las clases mismas o de su dilución en los llamados nuevos movimientos. Toda una extensa campaña se extiende de Alain Touraine a Pierre Bourdieu, Chantal Mouffle y Ernesto Laclau. A pesar de sus diferencias, esta tendencia ha concertado una idea fundamental, la de una disolución de las clases (por efecto de los nuevos avances del capitalismo) a partir de la desaparición de la sociedad industrial. El capitalismo ha perdido su esencia de productor de bienes, y se ha pasado al área del consumo, incluido el consumo cultural, con el cual domina al

3. Sobre el carácter reformista, en última instancia, del bakuninismo, es ilustrativo el texto de Engels *Los bakuninistas en acción*. Bakunin no creía en la lucha de clases, sino en la lucha del individuo contra la religión y el Estado.

mundo⁴. Estas transformaciones del capitalismo han provocado la disolución de la clase obrera, y del fin último de ella, porque el capitalismo ya no es localizable, ni está constreñido a la fábrica, sino que se ha difundido por todo el planeta y ha cambiado de naturaleza.

Desde diversos ángulos, esta teoría ha buscado nuevos referentes en los movimientos estudiantiles, o de las minorías oprimidas como en el caso de Marcuse, en Franz Fanon y en Régis Debray de la época de los sesenta. Más adelante cobró fuerza con otros autores, influenciados por el maoísmo, que se orientaron hacia el campesinado y los pueblos de las anteriores colonias. La rebelión de Chiapas en cabeza del Comandante Marcos, revela esta tendencia a diluir la lucha de clases en un ambiente cultural, y no de acuerdo con las diferencias de clase del capitalismo.

Los nuevos movimientos, generados a partir de los nuevos sectores sociales, como los estudiantes, las mujeres, las etnias y los ecologistas, serían los que sustituirían a la clase obrera, ya no en una perspectiva estratégica ni revolucionaria, sino en un cambio parcial, democrático, de sus propias condiciones de vida. Estos promotores de un nuevo orden no desprecian la acción, pero la circunscriben a un panorama estricto de reivindicaciones de cada grupo social en particular. Sus rozamientos con el liberalismo son frecuentes, a veces conflictivos y a veces integracionistas, como se puede ver en diferentes grupos de ecologistas, y es el caso de los Verdes alemanes ahora en el gobierno, convertidos en defensores del medio ambiente y de los inmigrantes, contra los reactores nucleares y el racismo; sus luchas se limitan a impedir acciones directas contra comunidades, sin mostrar desacuerdo con aspectos básicos de la política externa o interna⁵.

La tendencia a considerar desaparecida la existencia de la lucha de clases en el capitalismo tuvo su inicio en los últimos tiempos con el auge del estructuralismo, que concebía una sociedad no dividida en torno al modo de producción, sino enmarcada en un tejido complejo de estructuras.

-
4. Esta última es el aporte de Bourdieu, para quien el capitalismo se ha convertido en un monopolizador del capital cultural, más que en uno de bienes industriales.
 5. A esta tendencia de los nuevos movimientos sociales se ha opuesto con fuerza David Slater, en una reivindicación clara del marxismo y en su posición con respecto a la lucha de clases. Ver Revista *Foro* Nos. 4 y 8. Slater sostiene que estos movimientos no son nuevos y no tienen la autonomía que les confieren Laclau y Mouffle.

Por esa vía se pasó, luego, a la conexión del estructuralismo con la nueva tendencia foucaultiana del lenguaje, como base fundamental de todo discurso filosófico, lo que convirtió a la sociedad capitalista en un conjunto de micropoderes, establecidos a partir del discurso, y no de la realidad. Otros autores como Bourdieu, subrayan la existencia del monopolio cultural y de los dominios en la esfera de la cultura, más que de la estructura social.

La época actual está dando un mentís a estas lucubraciones. Los nuevos movimientos sociales no han logrado sustituir a la clase obrera en su lucha anticapitalista. Los sectores sociales mencionados atrás carecen de solidez en el régimen capitalista de producción; se dispersan y no tienen una línea de acción política definida. Tal se puede ver en los estudiantes, en los diferentes movimientos feministas, en los movimientos nacionalistas y aun en los movimientos guerrilleros, cuya cercanía con la clase obrera es epidérmica, más bien por el lado de la ideología revolucionaria del marxismo. Su capacidad para ocupar el puesto de dirección del proletariado está descontada como una ilusión, que muere cuando estos movimientos se integran a la sociedad, como puede verse en Centroamérica.

La defensa del Manifiesto

El *Manifiesto Comunista* parte de la necesidad de unir la filosofía y el proletariado, que se encuentra en la primera alusión de Marx a Hegel, en sus primeros escritos conocidos. La unión entre Razón y Verdad es un aspecto crucial en este panorama teórico, enfrentado por el joven Marx ante el desencanto de la Razón que ya percibían los hegelianos de izquierda. Del derecho a la filosofía, de la “ciencia administrativa”, como llamaba al Derecho, a la Ciencia de las Ciencias, oscilaba Marx para encontrar la razón de una época en la que se había producido la revolución burguesa, y su producto estaba comprometido en una enorme desigualdad entre las clases.

Al lado de este encuentro de Marx con el proletariado, que fue cauteloso y reservado, en Engels se encuentra desde la Economía y la Sociología. La *Condición de la clase obrera en Inglaterra* es un estudio de sociología que todavía merece una lectura cuidadosa, dado que allí está un análisis de las limitaciones de la clase obrera, para salir de su condición subordinada. El idealismo de Marx se combina felizmente con el realismo de Engels, que más adelante se reflejará en el *Manifiesto* en sus tres vías, la de una denuncia al régimen capitalista de explotación, la de la emancipación del proletariado, y la de los obstáculos que habrá que vencer para derrotar a un enemigo

tan poderoso, desde el mismo seno de la clase obrera, por ideologías espurias y laudatorias del orden existente.

La crítica de la economía política, emprendida en primer lugar por Engels en su conocido *Esbozo*, y luego por Marx en toda su obra de economista, no se propone otra cosa que profundizar en el análisis de las condiciones que conducen al dominio del capital, en el papel de los trabajadores y en los medios de que puede disponer para lograr su liberación total, teniendo en cuenta que no puede conseguir su emancipación si no busca la disolución de las clases, incluso la clase obrera.

Pero, para resolver estas contradicciones, lo primero que debe hacerse es un reconocimiento del campo minado del capitalismo, en el que saltan todos los instrumentos que el capital coloca para impedir el avance del socialismo. El capitalismo logra dar solución a la mayor parte de los retos que le coloca la clase obrera, menos el que proporciona su propia dinámica, la de las crisis. En ellas se muestra claramente su rostro, con todas las protuberancias y las ampollas, con la miseria y la superexplotación.

En los actuales momentos, la crisis capitalista ha puesto de relieve la verdad de a puño, que fue negada en todos los círculos de la derecha, del centro liberal y del marxismo desencantado. Ella ha puesto sobre el escenario un nuevo actor, el de los trabajadores europeos, que deben enfrentar la alianza de todos los regímenes capitalistas, incluido el gobierno de Italia dirigido por los antiguos comunistas.

La brecha que se ha abierto muestra la lucidez del *Manifiesto*, al señalar que el capitalismo se extendería a todo el orbe y que no respetaría fronteras geográficas, ni culturales, ni de ninguna otra índole. El capitalismo se ha extendido, y con él la desigualdad, el distanciamiento entre los que poseen los medios de producción y los que sólo tienen la fuerza de trabajo para vender en un mercado cada vez más competido.

La esencia del capitalismo es la producción del plusvalor, extraído del trabajo. Todavía no existe ningún bien, ninguna mercancía que no sea producto del trabajo, mucho menos si es producido por empresas de gran tamaño como las multinacionales. Las fusiones de la Daimler Benz y la Chrysler, la BMW y Land Rover, demuestran una realidad del capitalismo global, no la inexistencia del capitalismo.

Ahora bien, que esta nueva etapa del capitalismo traiga amenazas para el propio capitalismo, es precisamente la evidencia que traen los nuevos

teóricos de un nuevo modelo, entre ellos George Soros⁷. Estos anunciantes de la catástrofe no pertenecen, ciertamente, a ninguna corriente del marxismo. Son voceros autorizados, y Soros mismo es un representante genuino, de la era de la globalización. Su llamado consiste en mostrar la peligrosidad de una situación en la que el proletariado está más fuerte que nunca en su composición social, y el capital está cada vez más débil y reducido a pequeños círculos.

Esta mayor ampliación social del proletariado está centrada sobre la ampliación de las relaciones capitalistas de producción provocadas por el capital, que arranca de sus raíces a comunidades enteras de África, Asia o América Latina y las empuja a los mercados de trabajo⁸.

La crisis del capitalismo es una crisis histórica que ya tiene visos de crisis de dirección política y estratégica. La crisis del proletariado sigue siendo una crisis de dirección. Pero, en términos de composición social y de poder de transformación, el proletariado está mostrando que puede salvar a la humanidad de una catástrofe planetaria, porque de seguir bajo el dominio del capital, no existe una tabla de salvación.

Antes de definir la discusión sobre el carácter de la dirección que debe tomar la clase obrera, es necesario contar con la existencia de una contradicción cada vez más profunda entre el capital y el trabajo. Y esta contradicción ya no se encierra en los marcos estrechos de la nacionalidad, porque así como el capital debe fusionar empresas de distintas nacionalidades, el obrero tiene que enfrentarse a problemas universales con la aplicación de medidas en las que se compromete a todos, desde los trabajadores alemanes hasta los de Bangladesh o de Nigeria.

El capitalismo sigue existiendo; no ha cambiado de naturaleza, aunque sí ha debido quitarse la piel varias veces, para reaparecer con otra nueva. Y el enemigo del capital está ahí, como un gigante dormido, si paro-

7. El ilustrativo artículo de Soros, "The Crisis of Global Capitalism", publicado por *Newsweek* el 10. de febrero de 1999, es un llamado de alerta. Cambiar el sistema, antes de que sobrevenga lo peor, parece ser la consigna de Soros, que echa por tierra muchas apologías del capitalismo de intelectuales desertores del campo de la izquierda.

8. Ahora es más cierto que nunca el aserto de Trotsky, en el sentido de que el capitalismo es un sistema que universaliza y homogeneiza las relaciones de producción, pero no el desarrollo de las fuerzas productivas. Cada día hay más países integrados al sistema capitalista, pero en condiciones de desigualdad y de dependencia de los mercados y de las inversiones de los centros capitalistas.

diamos a Daniel Guerin. Algún día tendrá que despertar, pero el despertador no parece ser visible por ahora. En última instancia, el terremoto que ocasiona el paso acelerado y contundente del capitalismo lo despertará de su sueño, o morirá abrazado a su enemigo, bajo los escombros de la raza humana. Como decía Rosa Luxemburgo, la disyuntiva se encuentra entre el socialismo o la barbarie. No hay tercera vía.

El sujeto histórico y su complejidad

*Jaime Caycedo Turriago**

El *Manifiesto del Partido Comunista* pone especial atención en torno a las características originarias de formación, los rasgos estructurales, la función social e histórica, los procesos de ampliación y toma de conciencia del sujeto sociopolítico de los cambios y transformaciones en la abolición y superación del capitalismo.

No podría ser nada menos que esto. El *Manifiesto* trata, francamente, del sujeto revolucionario y su papel histórico. Ese sujeto recorre el mundo como un fantasma, como un mito vuelto un espectro por sus destructores, cuya función es meter miedo y convocar la defensa alarmada de los privilegiados. Existe como un no sujeto, como una realidad simbólica hueca que encarna, por sí sola, el mal. Aun así, la modernidad burguesa lo teme y lo conjura. Esa enajenación global, inducida por todos los reaccionarios de todos los rincones del mundo, de pronto requiere construir su propia realidad, desarrollar una identidad teórica y político-práctica compatible con los hechos, que lanza al escenario histórico a seres humanos reales, surgidos de las entrañas incandescentes del capitalismo y, a la vez, sus verdaderos opositores estructurales. El *Manifiesto* devela el espectro y lo transmuta en una realidad sociopolítica con cuerpo y alma, para que, en adelante, subvierta todos los órdenes injustos y tire los trazos gruesos de un proyecto socio-histórico renovador, el proyecto comunista¹.

* Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia.

Hacia una teoría del sujeto revolucionario

Conviene hablar del sujeto desde el Manifiesto. Se trata de un sujeto real, material, que se propone transformar el mundo. Se resume en él toda una posición filosófica y una teoría política en construcción. Para el Marx joven, la intervención de los seres humanos en el mundo era ya la mayor expresión de humanidad. Para el Marx de las Tesis sobre Feuerbach, la praxis dirigida a transformar el mundo no puede ser sino revolucionaria. El Marx de la primera experiencia política, el que rompe con el “socialismo verdadero” y el “socialismo utópico”, por razones y con argumentos muy diferentes, está poniendo sus ojos en el movimiento social, en el surgimiento de una nueva subjetividad, socializada por el desenvolvimiento impetuoso y fundante del capitalismo, en las particularidades de las luchas que este actor adelanta en su confrontación, cada vez más nítida, con la burguesía.

Sujeto y clase

La raíz de todo sujeto histórico está en la lucha de clases. Pero el sujeto mismo no es reductible a la clase. De hecho un sujeto puede unir o amalgamar varias clases, capas y categorías sociales. No remite, por tanto, sólo a una teoría de las clases sociales y de sus confrontaciones. La configuración de un sujeto socio-transformador pasa no sólo por las estructuras sino por la Historia real. Tres fases o momentos son destacables en una teoría de la formación del sujeto revolucionario, a partir del *Manifiesto*: a) el proletariado surge bajo la hegemonía burguesa; las revoluciones industriales (hoy podemos hablar de tres de ellas), asociadas al desarrollo de las fuerzas productivas y del capital, amplían la base social ligada a las formas asalariadas y dependientes en que se articula la

1. El mito anticomunista antecede el surgimiento del comunismo como proyecto histórico. Es un mito preventivo, una especie de vacuna previa frente al comunismo, en tanto mito social utópico engendrado en las utopías renacentistas y pensado por el pensamiento liberal como una amenaza a la propiedad privada, la relación social de producción esencial al surgimiento y funcionamiento del capitalismo. Es éste el enfoque de la burguesía francesa al mando de la Gran Revolución, al aplastar la insurrección comunista de Gracus Babeuf, en 1796. El mito anticomunista que teme al fantasma del comunismo quiere cumplir un papel ideológico y político desde la dominación, es decir, desde el poder político de clase. Es una función preventiva de desestructuración del sujeto posible, que se está formando en la acción cotidiana de la lucha social. El mito anticomunista fue, ha sido y sigue siendo una herramienta clave de la *enajenación global, en tanto campo ideológico del mundo contrarrevolucionario.*

fuerza de trabajo hasta abarcar la mayoría de la sociedad, primer momento; b) la “unión revolucionaria mediante la asociación” de los obreros dispersos en el plano nacional, pone de manifiesto la lucha de clases como una lucha política; el proletariado se constituye en “partido político”; en esta fase, la clase dominante todavía apela al apoyo del proletariado, pero no puede evitar que éste se cualifique, eduque, experimente y adquiera plena conciencia de su papel, segundo momento; c) el sujeto se hace fluido y se amplía aún más “en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace”: las clases dominantes tienden a desintegrarse y parte de ellas engrosa el proletariado, especialmente “ese sector de los ideólogos burgueses que se ha elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico”; este tercer momento cambia el sentido de la polarización hegemónica en favor del sujeto del cambio. Como lo indica el *Manifiesto*, el desenvolvimiento de estas fases esboza esa especie de “guerra civil” que es la lucha de clases, y que se transforma en “revolución abierta” mediante la cual el nuevo sujeto implanta su dominación².

La historia clásica del sujeto revolucionario o transformador admite comprenderla como un tránsito de lo simple a lo más complejo, de las expresiones de identidad y conciencia “naturales” o espontáneas a la autoconciencia; de la dispersión (el sujeto nace escindido “naturalmente”, primero como obreros aislados, que luego se integran en el plano nacional) a su unidad mediante la asociación; de su dependencia frente a la clase dominante, a su au-

-
2. Martha Harnecker sugería a mediados de los años 80 una sistematización de las experiencias latinoamericanas, en cuanto a la formación de la vanguardia y la perspectiva de contrarrestar su dispersión/multiplicidad por un criterio de vanguardia colectiva. *Vanguardia colectiva y problemas organizativos*, Ediciones de Gente Sur, Buenos Aires, 1990. Sintetizaba los pasos clásicos en las ideas de: 1) la formación de los “capitanes del futuro ejército”; 2) la articulación con el movimiento popular; 3) la conquista de la hegemonía. Los modelos propuestos aludían a las experiencias cubana, nicaragüense y salvadoreña, asociadas todas a desenlaces insurreccionales, con excepción del curso ulterior del proceso salvadoreño. Hoy en día la discusión se acerca más al tema de la relación entre las “vanguardias” y las masas del pueblo (la alianza de las diversas clases y capas populares, potenciales integrantes del sujeto transformador). Dicho de otra forma, al cambio del tipo de relación tradicional del “partido-guía” con las masas, destinadas sólo a seguirlo, y a la complejidad planteada por la diversidad de elementos y fuerzas, en lucha contra el capitalismo pero no todas ellas realmente anticapitalistas. Aquí esbozamos sólo algunas ideas iniciales en relación con la complejidad en la conformación del sujeto único (la búsqueda de la unidad de los revolucionarios y sectores avanzados) y del nuevo papel protagónico de las masas, sus formas de lucha y sus percepciones ideológicas del proyecto antimperialista, anticapitalista y socialista.

tonomía hegemónica que reúne la fuerza y la masa críticas para derrocar el poder existente.

La maduración del sujeto

El sujeto revolucionario potencial emerge de las condiciones de existencia materiales, que el régimen capitalista crea como una necesidad de su propio desarrollo, pero sólo deviene en sujeto eficaz, realmente revolucionario y transformador, cuando su conciencia política está plenamente constituida para alcanzar y ejercer la dominación e iniciar la implantación de su proyecto histórico. Esta maduración del sujeto no es, en forma alguna, espontánea. Es el resultado de la lucha social de clases, de la “guerra civil” oculta, de la “comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico”. En otras palabras, de la acumulación de las fuerzas propias tendiente a la unidad; de la acumulación de contingentes provenientes de otras clases y capas sociales que “se adhieren” y “se pasan” a hacer parte del sujeto; y de la calificación de los factores subjetivos, es decir, de la acumulación y sistematización de la teoría y de la experiencia en la lucha de clases política por un equipo humano, que domina los medios, pacíficos y no pacíficos, de acceder al poder “mediante la conquista de la democracia” en su propio ambiente nacional, derrocando a su propia burguesía, como parte de un proceso internacional, globalista podríamos decir hoy, de cambio y transformación mundiales.

Este modelo de formación y maduración del sujeto resume la experiencia clásica, al alcance de los teóricos de la revolución social a la altura de la mitad del siglo XIX. El Prefacio de 1872 reafirma los tres momentos arriba enunciados: crecimiento asociado al desarrollo industrial, experiencia teórico-política de dos revoluciones, 1848 y Comuna de París de 1871; aprendizaje, con esta última, del papel transformador del Estado por el proletariado, que “no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”, con lo que remite a *La guerra civil en Francia*, donde se sistematiza una comprensión del papel del sujeto en el tránsito revolucionario³.

El “partido comunista” es la fuerza del cambio, la corriente histórica de la transformación social, dirigida por una conciencia de su función, que mira adelante, por encima de las barreras nacionales, y se esfuerza por representar los

3. Ver el Prefacio de 1872 del *Manifiesto*, redactado conjuntamente por Marx y Engels.

intereses del movimiento en su conjunto, en todos los momentos o fases de la lucha por la emancipación social⁴.

La crisis del sujeto

Por eso el “partido” asume, en la historia de las revoluciones del siglo XX, las tareas de la liberación nacional frente al globalismo colonialista y al imperialismo, junto con las tareas de clase y las de la democracia. No siempre el objetivo democrático logró su desarrollo pleno en el socialismo histórico. En la experiencia real sufrió graves distorsiones, en su conjugación con la defensa y permanencia de las revoluciones (en los casos en que las hubo) y de las conquistas sociales avanzadas. Las vicisitudes históricas del sujeto en la vivencia del “socialismo histórico”, muestran una separación entre objetivos sociales transformadores mucho más exigentes y el desenvolvimiento del poder burocratizado y desligado de la base social que esos mismos cambios habían hecho surgir. El sujeto “aprendiz de brujo” no logra conjurar las fuerzas sociales que ha desencadenado, las expectativas que la nueva sociedad ha creado, el nivel cultural más elevado que la experiencia social puso en marcha, muchas veces sin las motivaciones ideológicas y éticas capaces de fundar liderazgo moral, cultural y político duradero por su solidez.

La deslegitimación del sujeto transformador que pierde sus referentes, desbordado por las nuevas necesidades y requerimientos que la sociedad ha engendrado es, sin duda, una de las razones del derrumbe del “socialismo real”. Su crisis, en los casos específicos de la ex-URSS y de Europa oriental, no pudo ser resuelta por la vía de la reestructuración del socialismo, carente de una sólida sustentación teórica y débil en la lucha ideológica, frente a los enemigos siempre vivaces de la enajenación redescubierta: el anticomunismo como “destino manifiesto”, el “mundo libre” como alianza de todos los oportunismos mundiales, la disgregación –sin

4. La idea de partido comprende dos acepciones que no son idénticas. Por una parte evoca el partido político moderno, en tanto organización, línea programática, militancia y presencia política definida. Por otra, lo que Jacques Texier denomina “partido”, en el amplio sentido de corriente, de movimiento, de tendencia”. El *Manifiesto*, en su cuarta parte, esboza una concepción de la política de alianzas, que representa una forma de plantearse la construcción de sujetos concretos, en torno a tareas históricas definidas, que se intercalan tácticamente en el camino hacia el objetivo previsto. Ver, Jacques Texier, *Révolution et Démocratie chez Marx et Engels*, PUF, París, 1998.

dolientes— de los aparatos hegemónicos del socialismo histórico, la desaparición del poder revolucionario.

Reflexiones sobre el sujeto en las condiciones de la periferia

La maduración del sujeto revolucionario en las condiciones de la globalización actual, en el período pos-bipolar, bajo la hegemonía capitalista de orientación neoliberal, no puede suceder bajo las formas de la historia clásica. Los procesos de reestructuración capitalista, de transnacionalización económica y desnacionalización política en el marco capitalista, aproximan los enfoques de la realidad actual al mundo global visionado por Marx y, a la vez, lo alejan de las experiencias concretas que ejemplificó con su extraordinaria capacidad teórica. Esto es muy importante para pensar el presente. Por eso bien cabe la pregunta: ¿En qué momento vivimos? ¿En qué momento de la construcción del sujeto transformador nos hallamos?

Para quienes sólo advierten el sentimiento de la derrota, del derrumbe de socialismo real en la ex-URSS y en Europa oriental, y apelan al retorno de los buenos viejos tiempos donde todo estaba “claro” o donde la fe en los textos restablecía los desequilibrios de la realidad, tanto como a quienes sueñan con este momento como el fin de la historia, la “paz en Colombia” como el final de la historia y el punto de llegada a un desarrollo armonioso con un pueblo “domesticado”, el dilema parecería estar entre la resistencia hasta la extinción o el abandonarlo todo al curso irresistible del globalismo capitalista. Como indica el mismo Prefacio antes citado, “la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes”. A ellas debemos, metódicamente, remitirnos.

¿En qué momento vivimos?

Inmanuel Wallerstein ha introducido una interesante reflexión acerca de las percepciones ideológicas del tiempo y el espacio, que han dominado las ciencias sociales conduciendo a dos modelos restringidos: el tiempo-espacio episódico o geopolítico y el tiempo-espacio eterno. La visión del suceso o del lugar puntuales, intercambiables, anecdóticos, y de un transcurrir siempre igual a sí mismo, inamovible, siempre permanente en un eterno presente. La dinámica de los actores sociales adscritos a la práctica socio-histórica en el desarrollo de la economía-mundo y del moderno sistema

mundial demuestra, para este autor, la existencia de otros modelos, menospreciados por las tendencias predominantes entre los analistas sociales. Los denomina el tiempo-espacio cíclico-ideológico, el tiempo-espacio estructural y el tiempo-espacio transformativo. En su opinión, es preciso examinar los procesos actuales del mundo global, tomando en consideración esta diversidad de formas de existencia del espacio y el tiempo surgida de las prácticas reales, tanto socio-históricas como científicas. El valor de este aserto está en que le da una dimensión creativa a los dos vectores que pueden actuar, con sentido dirigente, en medio de las incertidumbres que se agolpan con el desenvolvimiento de los sucesos globales: la lucha política y la lucha dentro del mundo del conocimiento⁵.

Para el objeto que nos ocupa, podemos decir que el *Manifiesto* nos ubica en un tiempo-espacio estructural y no sólo cíclico-ideológico. La fuerza del relato muestra la forma de la estructura y su eficacia transformadora, la profundidad de los factores que aseguran su dinamismo y la precisa identidad de los sujetos confrontados históricamente. Al mismo tiempo, nos ubica en el vértice de tiempo-espacios transformativos, donde existe la certeza de que el sistema cambiará, sin poderse determinar hoy con igual seguridad que ayer, en qué sentido lo hará; donde la lucha política más amplia y la acción más contundente de un sujeto revolucionario, con capacidad de ser plenamente consciente de su función histórica, puede ayudar a inclinar

-
5. Immanuel Wallerstein, "El espacio-tiempo como base del conocimiento", en *Revista Análisis Político*, No. 32, Sept./Dic. de 1997, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia. Quizás sea posible señalar un cierto estado del sujeto histórico en cada uno de estos momentos, las condiciones de su quehacer, de sus posibilidades de incorporar al grueso de las masas sociales en su proyecto de cambio, las vicisitudes unidas a las experiencias reales de la lucha, en la oposición al capitalismo o en el ejercicio, acertado o no, del proyecto, desde el poder. Postulamos la idea de que el sujeto no deja de estarse formando en cada momento del desarrollo del capitalismo como forma dominante en la economía-mundo; que la *diversificación del sujeto* en formas nuevas y diferentes, que se presentan como opciones en los momentos de crisis, pueden ofrecer alternativas de salida a la misma, pero es preciso discernir entre ellas cuáles apuntan en la perspectiva no capitalista; y que frente a cada situación de crisis el sujeto revolucionario debe redefinirse como opción antisistémica, a riesgo de quedarse rezagado ante las nuevas exigencias, expectativas y tareas transformadoras. El cabal conocimiento de la realidad y la lucha política, planteadas por Wallerstein acertadamente como elementos impulsores de las transformaciones, no bastan en general. Hace falta reasumir el tema del poder político como herramienta de cambio en la perspectiva del proyecto histórico, aun en las condiciones de la globalización. El punto es aquí cómo alcanzar el máximo de la hegemonía, que haga posible la autosustentabilidad de ese poder en manos del pueblo.

el resultado sobre un nuevo tiempo-espacio estructural con justicia social, humanización democrática y autosustentabilidad, como parte de una concepción estratégica del comunismo dentro de un panorama de larga duración.

Nos importa intentar mostrar las vicisitudes de la génesis y el desenvolvimiento del sujeto revolucionario, en las condiciones concretas de un país como Colombia. Vale decir, de un país periférico, relativamente estable desde el punto de vista político, con una inserción económica ambigua (legal e ilegal) en el mercado mundial globalizado, y con un conflicto político-militar interno que habla de la hondura de sus fracturas sociales y políticas no resueltas históricamente. Dos órdenes de factores, diferenciados y contradictorios, empujan al cambio en el plazo mediano: la globalización-adaptación económica y política, en el marco del hegemonismo transnacional con dominante norteamericana; y el creciente influjo de la lucha socio-política, armada y no armada, en la definición de los referentes más generales de la crisis política y nacional en franco desarrollo.

El proceso de constitución del sujeto revolucionario al que aludimos, a partir de la visión metodológica propuesta por el *Manifiesto*, ha creado, históricamente, acumulados significativos dotados de una concepción estratégica del cambio social y adaptados al ejercicio práctico de la lucha política y político-insurreccional, en escenarios diversos pero interconectados. Este hecho representa el punto de mayor preocupación del imperialismo y de las clases dominantes en la actual situación de Colombia. Se cumplieron, en cierta manera, los pasos clásicos en las condiciones del desarrollo agro-exportador, industrial y energético-exportador, marcado por la dependencia; el surgimiento de masas asalariadas históricamente activas, junto con un campesinado de excepcionales tradiciones revolucionarias, y sectores medios urbanos, oscilantes entre la acción social independiente y la cooptación política por los aparatos ideológicos del bipartidismo histórico. A comienzos de los años 60 se termina la fase del desarrollo más o menos en los moldes clásicos. Los esfuerzos de la dominación, principalmente oligárquica e imperialista por arrasar *in ovo* los factores antisistémicos que asediaban el régimen político frentenacionalista, como eventuales bases sociales de nuevos momentos insurreccionales en la lucha social agraria, desataron una guerra contrainsurgente permanente como política del Estado. La guerra interna ha separado los escenarios de acción de un sujeto relativamente calificado. Ha generado, para la dominación, un frente político y un frente armado contrainsurgente, uno y otro institucionalizados. El aparato que ejercita esa dominación es un régimen político y social que utiliza la violencia cotidiana como forma de imposición y soporte de su poder de clase; y combina herramientas limitadas de la democracia eleccionaria (representa-

tiva), con medios encubiertos y no encubiertos de terrorismo de Estado como formas de lucha contra el pueblo.

Sujeto y sociedad civil popular

La historia política nos muestra un sujeto transformador escindido formalmente por espacios y formas de lucha diferenciados, en el escenario general de la lucha social de clases. Esa circunstancia de la realidad no cambia la esencia de la identidad del movimiento popular, de sus objetivos históricos asociados a la lucha democrática, antimperialista, social y de base. En vano los teóricos de un concepto abstracto de sociedad civil, toman esta separación como dos mundos aparte, como dos sujetos distintos y contrapuestos. Esta ilusión ideológica pretende hacer de los escenarios históricos diferenciados, sujetos con intereses sociales de clase y políticos diversos, sin comprender un ápice de la profundidad de la crisis estructural del país, que es la que explica en definitiva las vicisitudes de la historia política. La escisión es un elemento de la complejidad del desarrollo del sujeto⁶. Es una característica peculiar de su crecimiento en las condiciones concretas históricas nacionales. Es un momento de creación y ampliación que, al diversificar, enriquece las luchas sociales y políticas con nuevas formas, adecuadas a las condiciones de la lucha de clases, de la conciencia democrática general, de los nuevos movimientos y fuerzas que se incorporan a la búsqueda del cambio revolucionario. Los factores de convergencia de sus objetivos inmediatos y estratégicos exigen una interacción creativa, tendiente a favorecer el crecimiento de la fuerza del movimiento histórico, que no es sólo el crecimiento de las formas militares sino, esencialmente, de la movilización, organización y lucha de masas generalizada, factor decisivo del cambio social y político transformador, es decir, revolucionario.

6. El sujeto surge escindido naturalmente, con lo que queremos decir, disperso. La burguesía hace lo posible por perpetuar esa dispersión, al desestructurar por diversos medios de lucha, en ejercicio de su dominación, el sujeto revolucionario. Aquí nos referimos a un problema más complicado: la separación de los espacios políticos definidos por las formas de lucha armada y no armada, genera también una separación de los componentes del sujeto, otras condiciones de dispersión y, en consecuencia, problemas nuevos en la búsqueda de la unidad de las masas, las fuerzas de izquierda y los movimiento guerrilleros, coincidentes en lo esencial en los aspectos programáticos del cambio sociopolítico. El único antídoto a esta dificultad es la reflexión, el trabajo y la paciencia para tejer los lazos de las nuevas relaciones en el desarrollo mismo de la lucha social y política.

Veamos más de cerca este sujeto complejo en sus formas de existencia. Los componentes no armados del sujeto representan, potencialmente, una masa muy grande de la población asalariada y de trabajadores independientes (en términos clásicos: proletarios, semi proletarios y capas medias en proceso de proletarización), con vínculos muy parciales de organización, espacios y formas de lucha de masas nacionales, regionales, etnosociales, juveniles y de género; débil organización política, débil desarrollo teórico y marcada dispersión político-organizativa. Masivamente, en los últimos 15 años, desvertebrar esta parte de la sociedad, en proceso de estructurarse como sujeto transformador, ha sido el objetivo de la guerra sucia del terrorismo de Estado y su cobertura paramilitar. Simultáneamente, la presión ideológica y de los medios de comunicación monopolizados, el encuadramiento clientelista del bipartidismo dominante y el debilitamiento de la izquierda política, actuante en el espacio legal, ha limitado la dinámica de la formación en sujeto. Un proceso contrarrevolucionario no generalizado (un fascismo dosificado), parcial y dirigido, ha bloqueado transitoriamente el progreso de esa dinámica, potencialmente decisiva para cualquier cambio social y político.

Por su parte, los componentes armados de ese sujeto constituyen un desarrollo avanzado de una especificidad de la lucha guerrillera con carácter prolongado. Algunos de sus destacamentos más avanzados adquieren los perfiles de un pequeño ejército popular. Han constituido, en las dos últimas décadas, un proceso revolucionario no generalizado, por tanto parcial, pero con fuertes ejes regionales y una incidencia nacional en movimiento hacia sus áreas de despliegue estratégico fundamentales: los ejes urbanos. La fuente de su dinámica no es, en la actualidad, la acción de masas de dimensiones significativas, pero sí el estado de ánimo del descontento latente, que explica por qué crecen las organizaciones guerrilleras, fenómeno que no podría ocurrir sin el apoyo del pueblo. El verdadero tamaño del proceso debe advertirse a partir de 1983⁷, cuando se puso en evidencia como realidad política y empezaron a surgir las premisas de un desenlace por la vía de la salida política negociada. El crecimiento de la guerrilla, su desarrollo como un pequeño ejército con capacidad de librar batallas a campo abierto, concentrar fuerzas en regiones y adelantar una guerra de movimientos en el caso de las Farc, muestra que el movimiento insurgente ha incrementado su

7. En 1983 el gobierno de Belisario Betancur suscribió con las Farc un histórico acuerdo de tregua en el municipio de Uribe, departamento del Meta, que permitió un intenso proceso de diálogo, interrumpido el 9 de diciembre de 1990 por el ataque militar contra el área de Casa Verde, por órdenes del presidente César Gaviria.

peso político relativo, y su avance no encuentra obstáculos insalvables en el tipo de accionar contrainsurgente del ejército estatal. La separación de las fuerzas guerrilleras en organizaciones diversas (Farc, ELN, EPL), tampoco ha impedido su desarrollo por separado, aunque, quizás, sí ha inhibido su capacidad de poner en juego potencialidades ampliadas, como en algún momento lo sugirió la existencia de la Coordinadora nacional guerrillera Simón Bolívar. Las consideraciones fundamentales de los estrategas del Pentágono apuntan a destruir el movimiento revolucionario colombiano en su conjunto, pero establecen prioridades y misiones específicas en ese propósito. La prioridad política y militar se dirige contra las Farc, mientras considera a las otras fuerzas guerrilleras como relativamente secundarias pero igualmente objeto de su política de “doble carril”. La intervención militar de EEUU, bajo forma de “ayuda” acrecentada, tecnificada, busca reestructurar la estrategia y el mando del Ejército colombiano bajo la orientación norteamericana, para cambiar la relación de fuerzas en favor de una solución política mediatizadora. La agresión militar, directa, o a través de aliados regionales, es el recurso supremo frente a un agravamiento de la situación en el contexto de la región andino-caribeña, duramente afectada por la crisis.

¿En qué momento de la construcción del sujeto estamos?

Al calor de las experiencias centroamericanas algunos teóricos marxistas, en los años 70 y 80, acuñaron el concepto de *vanguardias colectivas*, para significar la formación de un sujeto único a partir de una cantidad plural de integrantes, cada uno de los cuales cede algo de su identidad particular para hacerse parte de un todo orgánico más amplio, con base en una identidad mayor en un proyecto político unificador que asegura la convergencia. En varios casos (Nicaragua, El Salvador, Guatemala) los procesos convergentes cubrieron a las fuerzas guerrilleras, en el período de la lucha armada y en su reconversión civil, tras el triunfo en Nicaragua o las soluciones negociadas en los otros países. En otros casos, organizaciones políticas de la izquierda lograron unificarse dentro de procesos del tipo *frente amplio*, como en Uruguay, Brasil y México. Hoy todas estas experiencias están sometidas al escrutinio de los resultados políticos, del grado de consecuencia con los planteamientos más avanzados de transformación social y de compromiso con las necesidades y urgencias más radicales del pueblo. En algunos casos, la exclusividad de la práctica política electoral limita la proyección de estas fuerzas a una ac-

ción por el poder a cualquier costo, aun al costo del abandono de los proyectos movilizadores de izquierda que les dieron origen⁸.

El tema colombiano plantea una situación surgida de la complejidad que venimos analizando. En la fase actual, la dinámica está situada en los componentes armados del sujeto en comparación con el repliegue relativo de los no armados. Esta situación es móvil, porque la agudización de la crisis económica y social que se expresa en recesión y desempleo, despidos y fuga de capitales, quiebra del presupuesto y costoso endeudamiento público, además del altísimo costo de la guerra interior, provoca, inevitablemente, la protesta social de masas y las nuevas experiencias de paro cívico, movilización y negociación que cuestionan el modelo económico y político dominante. La agenda socio-política, resumida en los 41 puntos del Comando nacional unitario⁹ y la Agenda Común, convenida entre gobierno y Farc en El Caguán, muestran temas cercanos, puntos de convergencia sobre las prioridades a abordar y coincidencia en la necesidad de soluciones adecuadas a la crisis de estructura del país.

Partimos de la base de que son posibles los procesos revolucionarios, aun bajo las condiciones de la globalización. El creciente intervencionismo de EEUU en socorro de sus aliados estratégicos, para buscar una paz al estilo centroamericano, amenazar con actuar o hacerlo militarmente y, en todo caso, usar la presión económica para consolidar el modelo globalizador neoliberal y desmontar la lucha revolucionaria, son datos de la realidad que deben estar presentes al analizar las posibilidades de una vía insurreccional. Cambiaría el contenido del conflicto en una lucha de liberación nacional, a la vez que haría más complejo el tipo de solución con una potencia externa en trance de reacomodar su hegemonía global¹⁰.

La unidad estratégica del sujeto transformador, tanto en sus componentes armados como en los no armados, puede ser el factor articulador de la vanguardia colectiva, el que ayude a asegurar el alto nivel de conciencia y la coherencia necesaria para impulsar un programa de transición para superar la crisis nacional, determinada por el eventual colapso del régimen político y la intervención externa. La capacidad de acumulación de masas de la

8. Está claro que se trata de una noción limitada del poder político electoral que, en la mayor parte de las veces, deja en pie el modelo económico y social neoliberal dependiente, el control de los medios masivos y del poder militar real. Esta estructura de dominación es, justamente, la que está en discusión y la que debe ser modificada por la lucha social y política transformadora.

9. Se refiere al pliego levantado en el paro cívico del 31 de agosto de 1999.

unidad estratégica puede dar la medida de la profundidad de los cambios. La fuerza de masas de la unidad estratégica puede definir parámetros más anchos para las conquistas sociales, democráticas, los cambios en el modelo económico, en el papel de las fuerzas armadas y en el establecimiento de nuevas relaciones de poder. En las condiciones de un país con recursos y riquezas propios como Colombia, un sujeto revolucionario calificado puede alcanzar una parte sustantiva del poder social, económico y político, local y, nacionalmente hablando, un proceso de cambio político con una fuerte intervención popular.

El momento de la solución política negociada no puede menospreciarse. La salida negociada es compromiso. En las circunstancias del viraje, cuando hay giros favorables a la potenciación de una nueva hegemonía popular en surgimiento, en los límites de la acumulación de fuerzas posible, hay que decidir para consolidar avances y neutralizar el intervencionismo. En las condiciones actuales, el compromiso puede implicar una parte del poder, no sólo local como postulan algunos, sino en su proyección nacional. El compromiso puede abarcar desde el modelo económico y sus mecanismos de gestión, hasta las fuerzas militares, el parlamento, los medios de comunicación, la reforma agraria, la política energética y la institucionalización de los acuerdos por la vía de una nueva Constituyente. Sobra decir que esta perspectiva reafirma el papel decisivo de la fuerza de masas del movimiento revolucionario, entendido en sus diversos componentes socio-populares, etnoregionales y político-militares.

-
10. La intervención de EEUU, bajo cualquier forma, afecta una región subcontinental especialmente afectada por la crisis económica y social en la misma medida en que la integración andina tiende a ejercer un efecto dominó entre países profundamente interconectados histórica, cultural y económicamente, como son Colombia, Venezuela y Ecuador. Este último país, junto con Perú y Bolivia, han sido objeto, también, de distintas modalidades de ingerencia estadounidense so pretexto de la lucha antinarcóticos. Panamá vive el proceso de restitución de su soberanía sobre el Canal en medio de la presión de Washington por consolidar pretextos para legitimar su permanencia, más allá de los términos especificados. La tesis de que Colombia representa una “amenaza regional” encaja, perfectamente, en la concepción de asumir un motivo esencial que justifique actuar en orden a asegurar los objetivos estratégicos de la seguridad nacional de EEUU concebidos como el peligro de la pretendida “narcoguerrilla”. Los procesos que se desarrollan en Venezuela son causa de preocupación mayúscula para los estrategas de la Casa Blanca. Crear un foco de tensiones en la región es un objetivo clarísimo y concreto de la potencia hegemónica en la región.

El otro punto de la solución negociada para la unidad estratégica son las garantías para el proceso en el largo plazo. No puede haber confianza en la verificación institucional o de la comunidad internacional, dados los antecedentes históricos colombianos. Las guerras sucias, históricamente, han procedido a la liquidación de las generaciones transformadoras, de los cuadros activistas con arraigo social y apoyo de masas, para frenar la capacidad de lucha, de resistencia y defensa de lo conquistado por los trabajadores. La erosión provocada en el sujeto retrasa decenios el desarrollo social. Evitar el caso *Unión Patriótica* se convierte en una condición que no puede conseguirse al precio de abandonar los objetivos transformadores. El único que merece pagarse en lo sucesivo es el desmonte del terrorismo de Estado y de su cobertura paramilitar. Esto exige la lucha ideológica y política más decidida frente al fascismo y todas las concesiones que el espíritu liberal termina haciéndole, para que adquiera tan fuerte peso en la estructura estatal y en el seno de las fuerzas armadas. Derrotar el fascismo, institucionalizado y silvestre, es una condición decisiva de la lucha por las garantías. Desde el punto de vista de las garantías, deben considerarse los mecanismos que protejan y permitan actuar con confianza al pueblo en todo un período de transición de la guerra y la barbarie a un nuevo país. La permanencia de los mecanismos de garantía, que algunos sectores identifican con la permanencia de los factores armados, no desmovilización y no entrega de armas, requiere un gran respaldo de masas y de medios de control social para contener cualquier desbordamiento. La forma más acertada de resolver este problema es la conformación de un gobierno de reconstrucción y reconciliación, de carácter pluralista, que garantice el cumplimiento de los acuerdos y la transición a un nuevo régimen político y social en beneficio de las mayorías populares. El objetivo de la transición con garantías debe ser claro: asegurar la cristalización de un cambio hacia una nueva cultura democrática, basada en nuevas reglas que aseguren la igualdad política real, el libre juego para todos los sectores representativos del pueblo y el desarrollo, sin escamoteos, de las reformas sociales, económicas y políticas, de la reforma agraria democrática, necesarias para afianzar la convivencia. En esa nueva cultura democrática, las opciones de acceso al poder para aquellas fuerzas dispuestas a avanzar más allá del capitalismo deben ser claras.

De allí que la mejor garantía de un proceso de solución política es la formación de un gobierno pluralista, con participación del movimiento insurgente, de sectores populares y, naturalmente, de los sectores tradicionales como parte de un compromiso histórico para avanzar, en soberanía, hacia una nueva sociedad.

En cuanto al sujeto que asume la posibilidad de materializar, desde el poder político, pleno o compartido, su proyecto histórico, la tarea no es pequeña. ¿Cómo asegurar el poder en un sólo país bajo las presiones e interferencias determinadas por los intereses del entramado transnacional, el poderío de EEUU y las presiones globalizantes que desnacionalizan los estados? El sujeto que nace de una unidad estratégica con fuerte incidencia de masas y visión teórica cualificada debe tener claros los objetivos del corto, mediano y largo plazo. La globalización económica exige un modelo propio de inserción en ella, que no puede confundirse con el dejarse llevar por la corriente de las poderosas fuerzas del mercado, el control transnacional y el peso decisivo del capital financiero. La inserción en la globalización mediante un modelo propio, exige normas precisas de funcionamiento del mismo. Ante todo, el papel del Estado, principal herramienta de la construcción económica y político social; las formas de regulación de las inversiones extranjeras, de los negocios privados, de las empresas públicas estratégicas y de las empresas de la economía solidaria; las relaciones entre el desarrollo nacional y regional; la línea de explotación y comercialización de los recursos energéticos; la reforma agraria y la regulación del control sobre la propiedad de la tierra; los incentivos a la producción agrícola; las medidas de conservación y preservación del medio ambiente natural y de los recursos hídricos. El otro aspecto de la inserción en la globalización mediante un modelo propio, es el desarrollo de formas activas de la intervención ciudadana en el poder, la libertad política para el pueblo, la constitución de nuevas formas decisorias de poder democrático. El tema de la democracia no subyace, como lo piensan algunos, en su sola radicalidad, al margen de su eficacia, de su vinculación con la educación cotidiana y el cambio de las costumbres políticas asociadas a la dominación fundada en la violencia del poder. Inventar esa democracia propia, que no sea “calco ni copia”, es una tarea del sujeto revolucionario, es decir, del pueblo en movimiento.

Finalmente, es imposible concebir una perspectiva de resistencia y de alternativa a la globalización neoliberal sin proponerse el objetivo concreto de la integración latinoamericana y caribeña. En las condiciones de hoy es necesario potenciar las enormes reservas representadas por las riquezas naturales, el desarrollo cultural, la integración en infraestructura y comunicaciones, entre otros aspectos, que significan la capacidad de sumar esfuerzos y capacidades, en una escala hasta ahora no ensayada, históricamente, en el continente. Crear nuestro modelo de desarrollo propio, por una vía no neoliberal, en una proyección no capitalista y socialista es posible desde esta concepción global de la unidad que nos permita pensar en grande y romper las barreras de la dispersión y el sometimiento que han favorecido la domi-

nación imperialista. Estas tareas plantean una inteligencia del sujeto en dimensiones que sobrepasan el marco de lo puramente nacional y reclaman una visión suficientemente capaz de prever una nueva emancipación integradora y solidaria.

La memoria histórica de los vencidos

*Iván Cepeda Castro**

Lucha de clases

“La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”. Con esta proposición los creadores del materialismo histórico dejaron sentado en el *Manifiesto* su enfoque acerca de uno de los problemas más polémicos de la historiografía de todos los tiempos: la cuestión del sujeto de la historia.

Además de ser un principio orientador para la acción política, este nuevo concepto cambió radicalmente la comprensión del mundo social. Los viejos determinismos naturalistas o las imágenes fragmentarias de la atomización de intereses y del juego de voluntades individuales en la sociedad, fueron remplazados por este valioso instrumento de análisis. Desde el punto de vista sociológico, sirvió para explicar –principalmente en términos políticos y económicos– las relaciones de los diversos grupos de la sociedad, y para entender el fundamento real de los conflictos en torno al poder y al papel del Estado. En el campo de la historia, la teoría de las clases inauguró un nuevo sentido histórico, y brindó un punto de apoyo para desentrañar la lógica del cambio social, o para poder captar las diferencias y los confines relativos de cada época.

Como casi todos los otros aspectos de la comprensión materialista de la historia, la concepción de la lucha de clases fue, y ha sido, severamente criticada, unas veces desde posiciones ideológicas que impugnan su veracidad, otras desde posiciones teóricas que han mostrado sus límites explicati-

* Investigador, Fundación Manuel Cepeda.

vos. Sea en un sentido o en otro, a través del tiempo no ha dejado de mantenerse el reconocimiento del potencial teórico-práctico de esta concepción, y de su actualidad.

Tal reconocimiento, sin embargo, no debiera impedirnos percibir la serie de decisivas transformaciones de esta idea y de la realidad a la que alude. Se ha pluralizado la concepción y el ser de las clases de la era industrial —tanto de cada una, vista por separado, como del conjunto de sus nexos—. No es un secreto que los más trascendentales cambios en este terreno atañen al omnímodo impacto que en el contexto contemporáneo tienen el saber científico y tecnológico, el conocimiento, la información y la comunicación, que han transfigurado definitivamente la estructura, las funciones y, sobre todo, las relaciones de poder entre los sujetos sociales. Así, con la pluralización de las clases también ha venido el proceso de su globalización, de tal forma que podríamos afirmar que hoy los sujetos son más globales.

Al mismo tiempo, se ha enriquecido el panorama de esos mismos sujetos con el desarrollo de realidades culturales, étnicas, de género, religiosas o de edad que en el pasado permanecían excluidas o silenciadas.

Quiero citar un ejemplo sobre este particular que ilustra esta pluralización y que, por su origen y significado, nos es cercano. El sociólogo Orlando Fals Borda señalaba al conmemorarse el centenario de la muerte de Carlos Marx: “Mal haríamos al estudiar nuestra sociedad actual en Colombia en pensar que la expansión del capitalismo dominante hubiera ido desplazando de manera definitiva las formas anteriores de producción, que en nuestro caso son las que provienen del señorío colonial, del latifundismo, del pequeño propietario campesino (...) y aún más atrás, de las formas del comunitarismo primitivo”¹.

De esta pluralidad de formaciones históricas deduce Fals Borda que, en nuestras circunstancias, como en las de muchos otros países de América Latina, de África y Asia, la consideración de los sujetos sociales tiene que ser igualmente plural en el plano de relaciones multclasistas: “La lucha de clases no puede verse como se ha visto tradicionalmente, esto es, como un conflicto de oposición directa, entre contrarios, en una especie de relación binaria de oposición: la clase burguesa y la clase proletaria (...) En la práctica no existe esa lucha binaria, sino una lucha múltiple de clases. Son diferentes clases que hacen alianzas o que suman sus recursos frente a diversos enemigos”².

1. Orlando Fals Borda, “Marx y el Tercer Mundo”, en *El marxismo en Colombia*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1983, p. 17.

Las luchas, por tanto, también han diversificado su forma y contenido en consonancia con estos desarrollos. Ha estallado la transversalidad de las luchas sociales, la localidad de sus escenarios y la heterogeneidad de sus niveles y exigencias. A las formas tradicionales de la lucha política y económica se agregan los movimientos culturales y los modelos de pedagogía social, que se oponen a las nuevas hegemonías culturales y a las modalidades disciplinarias de saber/poder, o la resistencia a la depredación de la naturaleza.

Entre todas estas mutaciones, existen cambios de concepción que han contribuido a destacar el carácter activo y consciente de las clases oprimidas. La concepción materialista de la historia, en la versión de sus fundadores, no desarrolló en toda su complejidad el aspecto cultural de las luchas sociales, ni tampoco el problema de la identidad cultural de los excluidos y explotados. Fueron los pensadores marxistas posteriores, especialmente aquellos que representan al llamado marxismo occidental, quienes desarrollaron este aspecto de la teoría de las luchas sociales.

A continuación me propongo mostrar una de las orientaciones más fecundas en este campo. Voy a hacer referencia a la idea de Walter Benjamin acerca de la lucha de los vencidos, para luego señalar en qué forma ella es pertinente para la situación actual de nuestra sociedad.

Lucha de los vencidos

La novedad del pensamiento de Walter Benjamin consiste en que universaliza en términos históricos la lucha de clases, y con ello también la ética de la solidaridad entre las generaciones. Benjamin defendía la idea de que “nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia”, y de esta forma, que las derrotas de los excluidos no son definitivas en sentido histórico.

De esta forma, la lucha de los vencidos posee dos aspectos: es una lucha por la redención del pasado y, al mismo tiempo, consiste en el empeño porque el legado histórico de los vencidos no sea utilizado por los vencedores.

2. *Op. cit.*, p. 15.

La redención del pasado

La tesis de la irreversibilidad de la injusticia dice: “La injusticia pasada ha acontecido y ya no tiene remedio. Los asesinados están efectivamente muertos”. Frente a ella la historia de los vencidos afirma: el pasado se conserva en el presente mediante la universalidad temporal de la lucha social. Las injusticias, los crímenes, las vejaciones que en el pasado se cometieron contra los vencidos –contra quienes fueron esclavizados y excluidos– son susceptibles de ser reparadas por medio de la redención del pasado. Dice Benjamin: “Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra. Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una flaca *fuera mesiánica* sobre la que el pasado exige derechos. No se debe despachar esta exigencia a la ligera”³. La redención del pasado es un momento de la redención general.

Esa redención se hace posible cuando poseemos una visión crítica del futuro como progreso ininterrumpido, pues al contemplar sus efectos, sólo encontramos las ruinas que ha dejado a su paso. Desde la perspectiva del progreso percibimos el pasado como catástrofe.

Pero implica, simultáneamente, concebir el pasado en forma no historicista, es decir, desde la perspectiva que no legitima el *continuum* de las injusticias como un tiempo que ha transcurrido “vacío y homogéneo”. El sentido histórico de la lucha de los vencidos coloca su acento en el momento presente, en el “tiempo-ahora” en el que puede ocurrir la liberación de lo acontecido en el pasado. Ello significa que el presente “cita” al pasado, de acuerdo con la “actualidad” que este último tenga, deteniendo y haciendo saltar esa cadena ininterrumpida de injusticias. A este respecto Benjamin señala:

El historicismo se contenta con establecer un nexo causal de diversos momentos históricos. Pero ningún hecho es ya histórico por ser causa. Llegará a serlo póstumamente, a través de datos que muy bien pueden estar separados de él por milenios. El historiador que parta de ello, dejará de desgranar la sucesión de datos como un rosario entre sus dedos. Captará la *constelación* en la que, con otra anterior muy determinada, ha entrado su propia época. Fundamenta así un concepto de presente como “tiempo-ahora” en el que se han metido esparciéndose astillas del tiempo mesiánico⁴.

3. Walter Benjamin, “Tesis sobre la filosofía de la historia”, en *Discursos interrumpidos I*, Ed. Taurus, p. 178.

4. *Op. cit.*, p. 191.

De otra parte, la liberación del pasado supone la consideración de los particulares –de las vidas y obras, de los detalles y acontecimientos individuales–, como puertas a través de las cuales puede pasar, en cualquier momento, la redención. O en otros términos, considerarlos como mónadas. Afirma Benjamin:

En esta estructura, se reconoce el signo de una detención mesiánica del acaecer, o dicho de otra manera: *de una coyuntura revolucionaria en la lucha en favor del pasado oprimido*. Se la percibe para hacer que una determinada época salte del curso homogéneo de la historia; y del mismo modo se hace saltar a una determinada vida de una época y a una obra determinada de la obra de una vida. El alcance de este procedimiento consiste en que la obra de una vida está conservada y suspendida *en la obra, en la obra de una vida la época y en la época el decurso completo de la historia*⁵.

La defensa del legado de los vencidos

El peligro que amenaza al legado de los vencidos es el de prestarse a ser instrumento de la clase dominante, y en esta condición asume una doble connotación.

En primer término, dice Benjamin “ni siquiera los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence”, esto es, que los vencidos pueden ser víctimas de nuevas injusticias, y que la tradición que encarnan puede ser silenciada, olvidada o incluso subyugada de nuevo.

Pero, además, el peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a los que lo reciben. La usurpación que hacen los vencedores de este patrimonio, el botín que conquistan con su victoria es presentado como “bienes culturales”, de los que es borrado su origen. Estos bienes de la cultura “deben su existencia no sólo al esfuerzo de los grandes genios que los han creado, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie”⁶.

La historia de los vencidos, en consecuencia, toma posición crítica ante los documentos de cultura, intenta desentrañar la forma en que su esplendor encubre la tradición de los excluidos, cuestiona los medios de la transmisión de ese legado, pregunta por quién los detenta y por sus intere-

5. *Op. cit.*, p. 190.

6. *Op. cit.*, p. 182.

ses. En una palabra, la historia de los vencidos busca que los bienes de cultura se conviertan en objetos posesión de la humanidad.

Para Benjamin estas cuestiones son insoslayables de un programa político, y de búsqueda de la democracia. Al sujeto de la transformación histórica se le ha asignado junto con otras, la tarea de “llevar hasta el final la obra de liberación en nombre de las generaciones vencidas”. Por eso, una de las grandes críticas que dirigió a los socialistas de su época, a la socialdemocracia y al stalinismo, era su desconocimiento de la memoria de los vencidos y su aceptación pasiva e ingenua de la concepción del progreso capitalista.

Memoria social y construcción de la democracia

¿En qué sentido son pertinentes hoy, para nosotros, las ideas que encierra la historia de los vencidos como lucha social?

En la actualidad, somos una sociedad en transición, en la que se está definiendo un nuevo modelo de relaciones sociales, y por eso mismo un nuevo sentido del pasado y de la historia. Creo que todos somos conscientes de que esta transición puede llevarnos, tanto a un estado de mayor autoritarismo y ausencia de libertades, como también a escalar un nuevo peldaño en el proceso de democratización integral del país.

Mi interés ahora no es hablar de este intrincado proceso en su conjunto, sino centrarme en uno de los aspectos de este cambio: la cultura política y los proyectos pedagógico-sociales que en el presente están en curso.

Sabemos por los estudios que se han practicado en las últimas dos décadas desde la sociología y la historia, que en Colombia venimos asistiendo a una transformación cultural desde fines de los sesenta. Al espacio en el que viene operándose esta transformación se le ha dado el nombre de “vacío valorativo”. El problema consiste en que, por diversas circunstancias, desde mediados del presente siglo, la Iglesia católica dejó de ser la fuente normativa hegemónica en el seno de nuestra sociedad. Esto no quiere decir que la Iglesia haya dejado de ser una fuerza cultural muy poderosa, sino más bien, que perdió el control monopólico en la función de moldear las normas y valores éticos. Ante la ausencia de un nuevo referente que ocupara este lugar de “producción normativa”, surgió una situación de anomia social y de cuestionamiento sobre el lugar del derecho y la ley. Algunos especialistas señalan que el auge de fenómenos como el narcotráfico en estos años tuvieron, además de sus causas económicas, un terreno fecundo en esta condición anómica.

Desde finales de la década de los ochenta, sin embargo, esta situación se está modificando sustancialmente. El vacío normativo viene siendo remplazado por modelos y proyectos pedagógico-políticos, cuya concepción se fundamenta en postulados liberales.

Me refiero concretamente a dos modelos. En primer término, al de “democracia participativa” y, en segundo lugar, al de la llamada “formación ciudadana”. El primero, tomó su forma pública e institucional en la Constitución de 1991, y el segundo, en la administración de Antanas Mockus en la Alcaldía de Bogotá.

Ambos proyectos de cultura política persiguen crear un nuevo concepto de ciudadanía; han tenido un importante impacto social, y han alterado algunas actitudes propias de la política tradicionalista del país. En tal dirección, podríamos afirmar que su irrupción en el actual contexto ha tenido elementos democráticos.

No obstante, en la medida en que estos proyectos se afianzan, también dejan al descubierto sus limitaciones: crean una fe ciega sobre las formas jurídicas e institucionales, generan un falso sentido de la participación, restringen el problema de la ciudadanía al mercado/consumo y a una cívica de las “buenas costumbres”, excluyen del ámbito político a los sectores marginados socialmente.

Como lo mencioné anteriormente, lo que está en juego con el nuevo modelo político es también la construcción de un nuevo sentido de nuestro pasado social. Y ello es así adicionalmente, porque ante una eventual negociación del conflicto armado interno, una de las cuestiones a debatir será el asunto de la verdad histórica. Debemos preguntarnos, por tanto, en este contexto, ¿cuál es el concepto de historia de tales proyectos pedagógico-políticos?, o dicho de otra forma, ¿cómo se concibe desde su perspectiva la relación entre memoria y ciudadanía, entre memoria y democracia?

Una de las características de esta nueva pedagogía ciudadana es su énfasis en procesos y elementos de modernización de la sociedad, y su carencia de propuestas sobre cómo construir el sentido histórico del pasado. De igual forma, el constante llamado a cultivar el consenso y la tolerancia como formas necesarias para la reconciliación social coincide con la conocida fórmula de “perdón y olvido”.

Sobre este punto vale recordar la afirmación de la investigadora chilena Nelly Richards, quien al estudiar los problemas de la llamada “transición a la democracia” en los países del Cono Sur del continente, decía que allí no ha habido una prohibición explícita de recordar las atrocidades de las dicta-

duras, pero sí que la censura se ha hecho sutil y tácita bajo el argumento de que el consenso comunitario, imperativo para el restablecimiento de la democracia, es excluyente con la memoria colectiva y, a la vez, es compatible con el olvido curativo de las heridas del pasado.

Por estas razones es pertinente introducir en el debate actual sobre el nuevo tipo de ciudadanía que requiere nuestra sociedad, el problema de la memoria social: memoria entendida como la historia de los vencidos, como aspecto de la apropiación colectiva de la historia, y como parte del conjunto de cuestiones que debe abordar la construcción de una nueva cultura política.

Memoria colectiva como pedagogía social

Para concluir, quiero indicar un elemento indispensable, a mi juicio, dentro de este proceso de apropiación del pasado.

Considero que una de las cuestiones que debe abordar este empeño es la de ¿cómo hacer que se desarrolle en la sociedad la conciencia sobre la historia de los vencidos? Para ello es imprescindible que se eleve la incidencia sobre los mecanismos y las instancias de la transmisión cultural y, particularmente, de aquellos que conciernen a la elaboración del pasado.

En la última etapa se ha despertado en el país el interés por el patrimonio cultural de la Nación; está surgiendo, paulatinamente, la conciencia de que este patrimonio nos pertenece a todos, y de que el proceso de su institucionalización debe ser democrático.

Cabe sobre este particular, sin embargo, tomar la distancia crítica que recomendaba Benjamin frente a los bienes culturales, preguntar por cuál ha sido su origen, velar porque su difusión incluya también la historia de los excluidos, indagar por los documentos que nos hablan de las injusticias que acontecieron, en fin, hacer lo posible por rescatar la *materialidad* de la historia de los vencidos. No debemos olvidar que, a lo largo de nuestra historia, los vencedores han arrasado incluso con las ruinas, y que un trabajo de reconstrucción histórica tiene la colosal tarea de buscar entre las cenizas del pasado incluso estos vestigios.

Por otra parte, se precisa crear mecanismos alternativos de memoria social que tomen lugar en la vida cotidiana. El desarrollo de la concepción que encarna la *Galería de la memoria*, un espacio nómada que ha creado la Fundación Manuel Cepeda Vargas con la finalidad de rescatar la presencia

viva de víctimas de graves violaciones a los derechos humanos y de crímenes de lesa humanidad es un camino fecundo en tal dirección.

*La paz y la guerra en la estrategia
revolucionaria.
Tres casos contemporáneos*

*Juan Houghton**

Este es un análisis de la concepción de la paz y la guerra, en tres proyectos revolucionarios cercanos a nosotros: dos colombianos y el mexicano de Chiapas; no se hace una lectura de las condiciones que propician la guerra, ni de los aparatos armados o semiarmados de la burguesía.

A diferencia de la Edad Media, en estos tiempos la guerra tiene mala fama; por lo menos quienes más escriben sobre guerra son quienes están contra ella. Eso le da un sesgo a los estudios, explicable, pero que tal vez no ayuda a mirar en profundidad el fenómeno. Trataremos de eludir esa postura, y enfocarla desde otro ángulo: cómo aporta la guerra en la estrategia revolucionaria.

Para que el movimiento revolucionario y popular se coloque en condiciones de derrotar al capitalismo, requiere: a) agrietar la hegemonía burguesa y ganar para que el pensamiento revolucionario esté en mejores posiciones para dar el combate al pensamiento del capital; b) insurgir en el conjunto del movimiento popular; trabajar para que los trabajadores, los marginados y oprimidos compartan cada vez más lo que por comodidad llamaremos una cultura radical, donde el pensamiento revolucionario sea central; c) contar con un tejido social/un movimiento social altamente organizado y cohesionado, con autonomía, conciencia de sus intereses específicos y también de los intereses generales, y d) fundamentalmente, debe contar

* Investigador, Fundación para el Trabajo y la Vida.

con una fuerza revolucionaria, una organización política que transforme las diversas y dispersas luchas sociales que se presentan en la actualidad, en una lucha orientada programáticamente y con un horizonte estratégico anticapitalista.

Esto presume que el movimiento revolucionario es un sujeto constituido en la historia de la lucha de clases, pero sobre todo que es un sujeto constituyente, que otorga sentido a la movilización propia y pretende otorgarlo a la movilización general.

Pero, estar en condiciones de derrotar al capital no implica la caída inexorable del mismo. Hay que tumbarlo. De ahí que “Una organización política de la clase obrera, de los explotados y marginados, que cumpla este papel, debe por tanto (además de): 1) Disputarle a la burguesía la hegemonía ética, ideológica y cultural de la sociedad, considerando la forma transnacionalizada, mediática y de masas en que hoy se ha desarrollado esa hegemonía; 2) Disputar la hegemonía política y construir formas de poder alternativas”¹.

La diferencia entre construir las condiciones revolucionarias y pasar a la ofensiva por la hegemonía política y el poder, es el nudo de las estrategias militar-revolucionarias. ¿En qué momento se define el paso a una disputa por el poder y cómo se preparan las condiciones político-militares? Esta pregunta debe resolverse teniendo en cuenta que la guerra civil no es similar a la lucha de clases, sino que es un momento dentro de un largo proceso de acumulación política, en el cual las organizaciones revolucionarias despliegan diferentes actuaciones y recursos para ganar la voluntad y el reconocimiento popular, prerequisites para dar un salto a la disputa abierta del poder, vale decir, de la hegemonía política.

La guerra civil constituye una etapa determinada de la lucha de clases cuando ésta, al romper los límites de la legalidad, llega a situarse en el plano de un enfrentamiento público y, en cierta medida, físico, de las fuerzas en oposición. Concebida de esta manera, la guerra civil abarca las insurrecciones espontáneas determinadas por causas locales, las intervenciones sanguinarias de las hordas contrarrevolucionarias, la huelga general revolucionaria, la intervención por la toma del poder y el período de liquidación de las tentativas de levantamiento revolucionario².

1. *Presentes por el Socialismo*, 1998, a.

2. Trotsky, 1983, p. 110.

Pero este proceso de colocar al conjunto del movimiento popular en condiciones de derrotar al capitalismo no es, de ninguna manera, una tarea escolástica, líneal y tranquila. Es en el curso de las luchas reivindicativas parciales, sectoriales y locales, expresadas en lo político por las movilizaciones callejeras o electorales, que se van construyendo estas condiciones; y no en todas las regiones del mundo estas luchas reivindicativas cuentan con el espacio democrático para desenvolverse, sino que se caracterizan por darse en marcos de ilegalidad, de guerra sucia y de terrorismo de Estado. Porque, en estas condiciones de “contrarrevolución preventiva”, es donde surge la particularidad de la mayor parte de las luchas revolucionarias armadas que se presentan en el mundo contemporáneo.

Un breve relato

La lucha armada en Colombia, desarrollada por el ELN y las Farc, tiene como objetivos estratégicos la *toma* del poder, con todo lo problemático que resulte el término. Uno y otra se afirman sujetos. Es verdad que hay condiciones objetivas que la impulsan, la propician y la justifican, pero la guerra es una decisión y no una fatalidad; por eso hay una estrategia.

La lucha armada se ha desarrollado y alimentado en Colombia teniendo como funciones principales: 1) La defensa de los procesos sociales de organización económica, política y social, y la consiguiente destrucción de las fuerzas privadas de terratenientes y empresarios, principalmente en el campo. De hecho, en Colombia –dado el carácter criminal y retrógrado de las clases dominantes– ha servido, incluso, para resolver reformas democráticas que en otros países fueron impulsadas por la propia burguesía en su época de ascenso político, o para defender aun los derechos mismos que la democracia liberal ha consagrado en sus constituciones. 2) La defensa de la autonomía social y de la agresión criminal de las fuerzas de control ciudadano, principalmente en las ciudades; el auge de las formas de organización miliciana propiciadas por la insurgencia, han concentrado su lucha en la neutralización de las operaciones de limpieza social realizadas por comandos de la policía y grupos privados, organizados especialmente por comerciantes, en desarrollar acciones de control social y represión de los grupos de delincuencia común (bandas, pandillas) y, en menor medida, para evitar los operativos paramilitares contrainsurgentes. 3) La destrucción de fuerzas combinadas del Ejército, dirigida a neutralizar su eficacia en la represión y control social, a mermar su moral interna, y a la consolidación creciente de niveles de control territorial –entendido éste como control de poblaciones, de recursos

y de áreas militarmente estratégicas–, acciones insertas en una concepción de guerra prolongada que incluye acciones milicianas y guerrilleras.

El protagonismo y liderazgo político lo adoptaron las fuerzas insurgentes revolucionarias, que articularon –salvo el caso del M-19– y generaron tanto las formas de autodefensa, como un número importante de las milicias urbanas. Las acciones que se desprenden de estos tipos de concepción, subordinadas a la de guerra prolongada, se dirigen principalmente a enviar mensajes militares al enemigo, sea mediante la destrucción física de sus fuerzas, como neutralizando sus acciones. No obstante, los actores reconocen que sólo en una lucha de todo el pueblo, puede pretenderse vencer las fuerzas armadas y semi-armadas del capital. ¿Cómo se pretende resolver esto? Un proceso de acumulación que transforme la guerra de guerrillas/autodefensas en una guerra de ejércitos que se disputan el control territorial sobre áreas estratégicas económica y militarmente, y sobre las poblaciones.

El proceso de crear las condiciones para una guerra de la mayoría de la población –lo que se conquista con una población politizada, es decir, organizada y con alguna conciencia de sus objetivos anticapitalistas, o en una movilización anticapitalista explosiva, o una combinación de ambas– se concibe mediante un proceso de politización y organización posterior al control territorial, y por el efecto que las acciones político-militares van teniendo en los niveles de conciencia política. *La particularidad del caso colombiano es la existencia de una guerra insurgente sin guerra civil.* Tanto las Farc como el ELN son conscientes de esta fractura.

El rasgo diferencial se presenta a principios de los 80 con la incorporación en la UC-ELN de la concepción de “poder popular”. A las tareas de destrucción y neutralización de las fuerzas enemigas, se incorpora de manera más clara la de construir órganos de poder popular, en un contexto en el cual no hay sin embargo territorios liberados. Se trata de un poder popular clandestino, que no opera como interlocutor del gobierno burgués y que ante la presencia militar enemiga permanece marginal; su función se desarrolla en condiciones de presencia insurgente. No es casual, por lo mismo, que la construcción de poder hasta el presente haya sido definida con inexactitud: concebir el órgano de poder popular como célula del movimiento.

Las Farc, en desarrollo de su evidente crecimiento y de la ampliación de las zonas de influencia, han pasado a una fase de propiciamiento de formas de gobierno local diferentes a las estatales. Aunque no han expresado una teorización de “poder popular”, su insistencia en la realización de asambleas municipales-locales donde se eligen administraciones, tiene un

rasgo importante en esta dirección. No obstante, estas alcaldías —elegidas de forma extralegal—, se articulan al aparato estatal, principalmente por razones presupuestales y militares. Hay que ver, no obstante, que no se trata de municipios/alcaldías autónomos de la presencia insurgente; en zonas de más clara presencia de las Farc, el gobierno son ellas mismas, y no otra forma de poder comunitario; es claro, por supuesto, que en la mayor parte de los casos se trata de experiencias de gobiernos anti-bipartidistas antes que anticapitalistas.

En México, la insurrección zapatista tiene otros componentes. Salvo concebir la lucha armada como forma de defender los procesos sociales de organización económica, política y social, y el enfrentamiento de las guardias blancas de los ladinos ricos, terratenientes y algunos comerciantes, principalmente en el campo, la guerra se ha concebido en función de darle “voz y dignidad” a los marginados, pero no en sentido simbólico de “grito”, sino de conquistar condiciones materiales para “poder decir”. Por el hecho de que “La naturaleza y el sentido del zapatismo provienen de un actor social y cultural (étnico) que se lanza a un levantamiento armado proyectándose a la escena política”, la guerra es asumida por las comunidades como un mecanismo para el “reconocimiento”.

La irrupción zapatista que tiene como génesis la marginalidad, el desconocimiento y el abuso (recordar las reformas al artículo 27 de la Constitución, sobre la propiedad comunal de los ejidos) logra, en ese contexto, darle también sentido a la enorme movilización barrial que se presentaba, pero al mismo tiempo le da sentido nacional a la rebelión. Y sentido universal por el momento en que acontece: como lo reconoce Marcos, el contexto mundial para salir a una guerra es totalmente desalentador: desaparición del bloque soviético, pérdida electoral en Nicaragua, negociación en bajada en El Salvador; y es justamente por este sentimiento de derrota que la “dignidad” de la postura zapatista le otorga sentido a la reacción popular que se viene dando en México y el mundo. “El actor zapatista es étnico, nacional y universal. Se quiere mexicano pero sin dejar de ser indígena; quiere un México donde pueda ser reconocido y escuchado. Es universal, no *a pesar* de su propia identidad indígena, sino *a causa* de ella”³. La necesidad de trabajar con/desde el “Otro” (el otro soy yo) se consolida en un lenguaje y una actitud, que luego se potencia en la interlocución con la sociedad mexicana y la humanidad.

3. Le Bot, 1997, pp. 20 y ss.

En el aspecto político-militar, el EZLN consolida su fuerza en un campo particular: la fuerza simbólica; simbolismo de lo armado y no armas simbólicas, pues como señala Marcos, los zapatistas están dispuestos a morir... y a matar. La insurrección social y moral del zapatismo plantea una forma de interlocución radicalmente distinta a la que se aprecia en el caso colombiano. La particularidad de la guerra del EZLN es su decidida distinción del sujeto político de las transformaciones revolucionarias. Quizás en esto radique la ineficiencia militar que se le endilga; pero, más exacto es decir que la guerra ha sido concebida y desarrollada para algo diferente que lo que se le pide. *La guerra se define en dos direcciones: que sea guerra de la comunidad; que se transforme en guerra civil.* El objetivo de la lucha armada está centrado en la afirmación del sujeto político zapatista y la construcción del sujeto político mexicano, antes que en el desarrollo militar.

La primera de estas concepciones se expresa en la conformación de los municipios zapatistas. Esta posibilidad estaba dada desde antes de la aparición mass-mediática de los zapatistas. De hecho, se “transitó de la movilización de un actor social, por parte de una vanguardia político-militar, a la práctica del secreto y la clandestinidad compartidos por la comunidad”. Una comunidad que guarda el secreto durante un lustro sobre la presencia armada, que toma la decisión de cuándo y dónde atacar, que define si hay paz o no con el gobierno federal mexicano, no tiene dificultades para transformarse en municipio autónomo que toma decisiones económicas, políticas, sociales y culturales, y a los cuales el gobierno federal debe reconocer para la realización de obras.

La segunda concepción se hace evidente en el llamado permanente, real, a la conformación de un escenario de todos los sectores populares. La Convención Nacional Democrática, la formación del Frente Zapatista y el llamado a la Internacional contra el neoliberalismo, en la cual el EZLN no es más que uno más en términos de sujetos miembros, y un garante armado en términos militares, indican una manera especial de concebir quién es el sujeto del proceso revolucionario.

La referencia a Zapata no es casual ni propagandística, sino en términos de concepción del sujeto revolucionario. Hace referencia a un siempre recordado suceso. Tras la victoria de Zapata y Villa, el arribo a la capital se espera con inquietud. Los dos jefes militares se hacen tomar una placa de daguerrotipo en la oficina presidencial y luego regresan al campo, a trabajar. Más que un abandono de su función (no hay que olvidar que ambos protagonizaron levantamientos posteriores contra el “mal gobierno”), lo que hacen es entregar al pueblo (en ese momento un naciente proletariado, un gran campesinado y una capa burocrática radical) el poder.

Esta concepción de lucha armada desalienta a quien la concibe en un plano de disputa de la hegemonía política, pero mirado desde el plano de la hegemonía cultural y ética el resultado es notable, como veremos en seguida.

La lucha armada en la preparación de las condiciones revolucionarias

a) En la tarea de agrietar la hegemonía burguesa y ganar en el proceso de que el pensamiento revolucionario esté en mejores posiciones para dar combate al capital, vale decir, en la tarea y la función de producir análisis políticos, económicos, culturales y posicionarse/los dentro de las elites intelectuales y políticas, se destacan las diferencias de los tres proyectos que analizamos.

El discurso ético, el análisis más difuminado del sujeto histórico y la concepción del poder popular del ELN, logró en ciertos momentos extenderse a amplias capas de la intelectualidad colombiana, que encontraron más fácilmente un lugar para desarrollar sus análisis, incorporando así mismo elementos del ideario camilista-guevarista. Este campo ganado en una concepción amplia del pensamiento revolucionario permite (permitió) la coexistencia de sectores marxistas, procedentes de la teología de la liberación, y del radicalismo liberal, que se han sentido insertos en el proyecto, lo que dio posibilidades de mantener un margen de autonomía intelectual, al tiempo que se mantienen lazos de pertenencia. No obstante esta amplitud, se encontró con prácticas no inclusivas de la dirección política; el cambio en la línea de masas y el llamado a replegarse tras la crisis con la Corriente de Renovación Socialista, se tradujo no tanto en un distanciamiento de la intelectualidad del ELN sino de éste frente a estos sectores.

Las Farc, por su parte, más bien han recibido la influencia de escasos sectores intelectuales, antes que influir sobre ellos. De hecho la existencia del “intelectual colectivo” en la organización misma, resuelve en apariencia el problema de ganar presencia entre la intelectualidad colombiana como sector social; por otro lado, las diferentes alianzas desarrolladas con los liderazgos políticos y sociales tienen más un tinte orgánico regional, dirigido al control de las administraciones municipales, que ideológico nacional.

Otra perspectiva es la del EZLN. No tanto por haber sido definida de antemano, sino por la derrota sufrida ante la movilización notable de organizaciones sociales y ONG. Como señala Yvon Le Bot, “después del

formidable impacto del alzamiento, el nuevo zapatismo sufrió, a su vez, un fracaso. Éste no de orden militar, sino civil, impuesto por la sociedad civil y también por el poder –cosa que los zapatistas no reconocen con facilidad– mediante la decisión gubernamental de nombrar a un negociador y decretar un cese al fuego”. La iniciativa tomada por el gobierno, y la reacción –positiva pero contraria– de las organizaciones sociales y la intelectualidad, obligó a cambiar el sentido de la acción armada.

Las limitaciones de acción militar transforman el zapatismo de movimiento armado en fuerza política. “Las dimensiones de resistencia y revuelta armada siguen presentes, pero la violencia es contenida, controlada y encauzada hacia el objetivo de dar origen a una fuerza civil, cuyo proyecto pueda estar menos animado por la idea de invertir la pirámide del poder que por la de inventar una cultura y un sistema políticos al servicio de la sociedad, de la base”⁴.

b) Por otra parte, en desarrollo de una tarea de consolidar un tejido social/un movimiento social altamente organizado y cohesionado, con autonomía, conciencia de sus intereses específicos y también de los intereses generales, las acciones y propuestas de los tres proyectos se acercan y diferencian.

La postura y acción de las Farc al respecto en las zonas de influencia se pueden evidenciar en dos fenómenos de reciente ocurrencia. Tras (y antes de) la enorme movilización de los trabajadores cocaleros, donde tuvieron gran convocatoria las Farc, lo esperado es la consolidación de una organización social o gremial con formas análogas a las bolivianas, aunque con los ajustes pertinentes a la forma de la guerra colombiana. Sin embargo, todos los análisis realizados indican que no surgió este tipo de asociación, razón por la cual, entre otras cosas, fue derrotada rápidamente la movilización, liquidados sus voceros y rota la posibilidad de continuidad de la movilización, tanto para exigir el cumplimiento de los acuerdos como de ahondar en su formulación.

Esta fragilidad de desarrollo organizativo gremial y social se expresa en la postura política ante la presencia paramilitar en zonas cocaleras, donde se manifiesta el segundo fenómeno. El llamado de los distintos Frentes de las Farc a la comunidad es a organizarse al interior de la fuerza, disminuyendo la importancia a las autodefensas (las campesinas y populares, no la de los escuadrones de la muerte) que otrora fueran la forma utilizada.

4. Le Bot, 1997, p. 34.

Es claro que las Farc no defienden una tesis de renuncia al trabajo gremial; sin embargo, el hecho de que en las zonas donde tienen amplia presencia militar no se exprese un crecimiento similar de las organizaciones sociales, muestra algo más que el efecto de la arremetida de las fuerzas represivas.

No se trata de insuficiencia del trabajo político, pues es conocido el importante crecimiento de la Reunión Bolivariana como propuesta política orgánica al proyecto de control territorial que se viene desarrollando por las Farc. Por el contrario, es un efecto necesario de la concepción sobre el trabajo en el movimiento social, que produce lecturas insuficientes sobre los procesos urbanos, electorales y de luchas parciales, donde fenómenos como la reciente reducción del abstencionismo electoral en niveles considerables, la crisis ideológica de los dirigentes de las organizaciones sociales, es concebida como una prueba más de la necesidad y virtud de la estrategia militar- territorial y no, por ejemplo, de la urgencia de transformar las líneas de construcción de masas.

Esta última reflexión cabe también en la concepción del ELN sobre el trabajo organizativo. La amplitud ideológica del camilismo permitió una recepción importante entre dirigentes sociales, que no tuvieron la presión de una coherencia ideológica ni de una formación marxista, ni la obligatoriedad de la militancia, como sí ocurre con los partidos comunistas, sean ml, trotskistas o de la línea Kominform. El resultado es una adscripción política basada en lealtades éticas y de imaginario, más que en una concepción programática o ideológica, en la cual los dirigentes desarrollan los postulados emanados de la estructura militar pero no están obligados a la elaboración teórica.

Si la correa de transmisión y el vanguardismo (entendido como aislamiento de la vanguardia respecto de los procesos sociales) muchas veces fueron componentes de la práctica de las organizaciones leninistas, ellos se acentúan en las organizaciones político-militares donde la relación insurgencia-masas es de exterioridad. La crisis ocurrida con la CRS tuvo teóricamente este nudo, y la propuesta alternativa fue el basismo, ir a la organización social, trabajar con la lógica y objetivos de ella. Lo que se puso en evidencia es que ninguna de las dos concepciones facilitan la construcción de organización social para la revolución, porque ambas conducen a la despolitización de la sociedad: la primera, porque suplanta la tarea política de la clase; la segunda, porque renuncia a pensar en términos estratégicos. Pero la distancia de las dos posturas oculta una cercanía: la concepción exterior de la vanguardia armada o de la organización política frente a las organizaciones de la clase. Si se acepta que revolucionar la so-

ciudad, construir una cultura radical en el movimiento popular, son condiciones necesarias a la disputa por la hegemonía política, la ausencia de debate político en las organizaciones sociales es error central. Es necesario, dentro de una estrategia revolucionaria, que en la organización social se discuta política; si se hace basismo, no hay discusión porque no hay el interés; y si se hace vanguardismo, tampoco, porque nunca hay un encuentro del movimiento social con la organización política: con la correa de transmisión no se discute política, tan sólo se indica qué debe hacerse.

Los zapatistas pretenden romper con este problema, pero se encuentran con una barrera: el elevado nivel de institucionalización corporativa de la clase obrera mexicana. Esto los conduce a un atajo equívoco: interlocutar con sectores de la sociedad civil proclives al mensaje zapatista, para desde allí presionar la destrucción de la cooptación priísta del sindicalismo. Pero este distanciamiento de las organizaciones de masas, los pone frente a un número importante de ONG con altos niveles de incidencia comunitaria y social pero que no son formas de organización de esas comunidades, marcadamente compuestas por intelectuales, cuya debilidad orgánica los pone a la cola de los zapatistas, a vivir del prestigio del alzamiento. La Convención Democrática tuvo una respuesta amplia de intelectuales y ONG, pero el escaso peso social y el elevado protagonismo personal se tradujeron en una disputa por figurar, presionando una intervención autoritaria de los zapatistas para “llevar el orden”. EL EZ, a su pesar no ha podido “darle voz” a la sociedad civil, justamente porque su interlocución con la sociedad civil elude una caracterización precisa de intereses, niveles y peso organizativos, luchas de clases.

Sin embargo, esta limitación que se observa en la construcción de organizaciones sociales no puede mirarse de igual modo entre las comunidades chiapanecas. Tras la ruptura entre comunidades zapatistas y no zapatistas –que tuvo lugar antes de la irrupción pública del EZLN y que de hecho relativiza el éxito del trabajo de consolidación política–, la propuesta zapatista logra adoptar la línea de “mandar obedeciendo”. Lo cierto es que el mandar obedeciendo está asociado a la práctica del consenso indígena, que desde una mirada no indígena resulta antidemocrática, pues “excluye la disidencia, la abstención y el conflicto”. Los zapatistas han construido organización más allá de su fuerza militar; hay que decir, no obstante, que esta construcción de organización es diferente a la construcción de comunidad: la primera surge de una postura vietnamizante (la fuerza armada construye partido) y la segunda, de una crisis interna de las comunidades indígenas.

En lo que el EZLN sí es enfático es en atacar el distanciamiento entre organizaciones políticas y movimientos sociales, y en desarrollar una propuesta en la cual los líderes sociales/populares tienen un papel más protagónico y determinante en la acción política y en la propia constitución del movimiento. Los espacios social-populares de los municipios zapatistas son escenarios privilegiados del debate político y de la construcción de opciones, perspectivas de poder. La forma de hacer política de los zapatistas tiene un efecto indudable: transformar las organizaciones populares en su sentido y en su contenido, pues las coloca en un escenario de ruptura con la institucionalización corporativa y el gremialismo, que son taras del movimiento sindical mexicano desde los años 30. Lo cual no puede ocultar la ruptura e indiferencia (cuando no desprecio) por las comunidades no zapatistas y las fuerzas insurgentes que tienen una concepción diferente.

c) Queda claro en la historia y en la práctica de estas fuerzas insurgentes el aporte que hacen en la construcción de una fuerza revolucionaria, una organización política que transforme las diversas y dispersas luchas sociales, que supere la fragmentación de las luchas de clase.

El EZLN realizó una consulta internacional sobre la continuidad de su proyecto. El resultado fue la “orden” de la sociedad civil de transformarse en un movimiento político, a pesar de haber afirmado insistentemente en que un “partido más”, dedicado a las elecciones y las lides burocráticas era algo innecesario. Surgió entonces el Frente Zapatista de Liberación Nacional, un “partido más”. ¿Quiénes eran los otros, además del EZLN? Organismos no gubernamentales, mayoritariamente. De nuevo la fractura mexicana, la cooptación del sindicalismo, se interpone en la pretensión zapatista y es mínimo el número de organizaciones sociales que se suman. Pero, además, las fuerzas al interior del PRD –hacia el cual se dirigió gran parte del llamado– son remisas a contribuir a esta propuesta, que “sirve bien a crear hechos simbólicos” pero que importuna las aspiraciones burocráticas, y sólo un sector del PRT se desprende para sumarse a la propuesta; entre tanto, PRD y PRT acuden al EZ para recibir su aval moral previo a las elecciones, pero buscan otros escenarios para el ajuste de sus campañas políticas, que por cierto no lograron notables avances electorales en Chiapas. Esta respuesta era esperable: el sujeto social de las transformaciones no se sintió interlocutado, y el EZLN ha debido continuar cumpliendo una tarea de estimular los debates, de “propiciar la palabra” de los silenciados.

Resulta evidente el divorcio de la clase con la fuerza insurgente en lo orgánico, aunque se manifiesta insistentemente la cercanía en la producción de sentido. ¿Por qué? El discurso del Otro, en el que se construye la

universalidad de los zapatistas, diferencia y reconoce lo particular, y construye una idea de lo universal que se asemeja a la humanidad, y así se afirma. Pero, la propuesta implica una modificación de las prácticas políticas de las organizaciones sociales y políticas mexicanas, les corre el piso y conspira contra sus intereses. La ausencia de un discurso sobre los “propios intereses” resulta atractivo en la construcción de una ética, pero es precario en la movilización de cuerpos sociales generados justamente en torno de intereses (la mayor parte oportunistas en el caso sindical mexicano, es indudable, pero absolutamente pertinentes en la política).

Las Farc han lanzado una propuesta de organización política en la última época: la Reunión Bolivariana del Pueblo. Son notables las diferencias con la anterior propuesta conjunta con la UP, que concebía una alianza de fuerzas políticas y sociales con el liderazgo de la insurgencia. Lo cierto es que mientras las Farc participaron en ese proceso fueron líderes destacados; sin embargo, debe mirarse en detalle este liderazgo, pues expresaba una actitud positiva de la población ante los insurgentes, antes que una articulación orgánica del movimiento social con ese liderazgo, articulación que se desplegaba como tarea de las fuerzas políticas no armadas que confluían. Luego vendrían la represión criminal contra los militantes del movimiento, el obvio repliegue de las Farc, la salida o desaparición de las fuerzas políticas aliadas y los errores cometidos en la conducción del proceso, que implicaron una tendencia paulatina a la hegemonía del Partido Comunista y posteriormente a su fusión casi plena.

El genocidio contra la Unión Patrótica implicó un cambio en la concepción de las Farc frente a la construcción de organización política. En particular, hay una clara resistencia al trabajo abierto, una desconfianza en el liderazgo político no armado y, en consecuencia, una valoración crítica de las posibilidades de respuesta por parte de las organizaciones sociales a la agresión criminal de la burguesía colombiana. De ahí que el eje de la Reunión Bolivariana sea la aglutinación política de lo social, tras el proceso de consolidación de su poder territorial. Aunque se reconoce la presencia de otras fuerzas revolucionarias, es claro que el Movimiento Bolivariano ya no pasa por una unidad de la izquierda, sino por el crecimiento político militar de las Farc.

La viabilidad de esta propuesta puede ser vista desde la óptica del crecimiento de la influencia territorial de las Farc, de su enorme capacidad de destrucción de recursos militares del enemigo, y de su carácter de referente obligado para el actuar político; desde este punto de vista, sería razonable considerar que, a mediano plazo, las demás fuerzas políticas deberán sumarse a la estrategia envolvente que se desarrolla. No obstante, la caren-

cia en la construcción de organizaciones sociales y en la generación de pensamiento revolucionario y cultura radical le ponen límites al propio crecimiento de la propuesta.

Es posible que el propio crecimiento político del Movimiento Bolivariano obligue a un replanteamiento en este sentido y abra las puertas a sectores que se diferencien al interior de esa propuesta, y pretendan mantenerse diferenciados como tendencias. Un escenario menos optimista indica que el cierre a ser influenciados por otros sectores políticos revolucionarios, en medio de una coyuntura como la que se presenta en Colombia, se traducirá –en caso de una negociación– en actitudes apáticas de la izquierda; esta situación puede revertirse si hay una modificación de la concepción con que trabajan políticamente en el seno del movimiento social, en particular si se logra una articulación orgánica que no fue posible en el anterior proceso de la UP.

Paradójicamente, el ELN es más lento en lanzar una propuesta de movimiento político. Por un lado, expresa la necesidad de construir con otras organizaciones, llama a fuerzas políticas a los escenarios de negociación, interpela abiertamente a la sociedad civil. Sin embargo, es cauteloso en lanzarse a construir una organización política, y mantiene su línea de rodearse de amplios sectores que les reconocen coherencia pero no son militantes. En otras palabras, se combina una estrategia de Frente con una práctica interna cerrada.

Este comportamiento se hizo más evidente luego de la crisis de AL, en la cual la idea de apoyar la construcción de una organización política de masas se abandona, ante el proceso natural de autonomización del movimiento político. El límite de esta estrategia es, justamente, el proceso de empoderamiento de una organización política de masas, y la necesidad de subordinar la estrategia militar a las definiciones de la organización política, lo que por lo general se traduce en una práctica esquizofrénica: se avala y apoya el movimiento político, pero se actúa sin someterse a él y sin tener en cuenta sus ritmos de construcción.

La concepción de la tarea de insurgir en el conjunto del movimiento popular y construir organización política, muestran una idea sobre la forma de re-presentación de lo popular que tienen los sectores que venimos estudiando. La re-presentación política es el proceso de elaborar un imaginario sobre los intereses populares y las formas de expresión de los mismos, para ubicarse en un lugar frente a ellos, mediante mecanismos inclusivos de la pertenencia. La falsa tesis de que la insurgencia no representa a los sectores populares porque ellos no la han elegido está presa de la lectura liberal de

re-presentación por mecanismos electivos (el Estado, el sindicato, etc.), pero deja por fuera procesos más complejos, como la re-presentación, de los del Ejército, las estadísticas, las selecciones deportivas o los premios Nobel. El EZ concibe a las comunidades como auto-re-presentadas y niega la posibilidad de otros mecanismos distintos a la presencia directa, tales como la delegación; las Farc, en una tradición más claramente leninista, plantean la posibilidad (y la necesidad) de definir científicamente los intereses fundamentales y estratégicos de la clase y concentrarlos en su acción; el ELN combina una mirada dual, que requiere un componente que concentre los objetivos estratégicos y otro que recoja la diversidad y parcialidad de lo social. Un ejemplo donde se pone en evidencia este análisis es la forma como se plantean los procesos de negociación: mientras el EZLN no negocia, sino que lo hacen las comunidades zapatistas con la simple veeduría de los armados, el ELN reconoce la necesidad de elaborar una agenda de negociación con la “sociedad civil”, pero reclama el derecho y el carácter de negociador, y las Farc se asumen como el sujeto de la negociación y presumen ser colector de la participación de las organizaciones sociales y de la sociedad civil en su conjunto.

La concepción del sujeto político-práctico de la revolución (quién la hace, no cuál es el carácter de la revolución, si proletaria o no) queda en evidencia en el relato que hemos hecho para efectos de ilustración. Las Farc reafirman una concepción de vanguardia, que abre espacios territoriales y configura procesos de politización articulados a su propuesta militar, desde la cual van construyendo una fuerza política en el seno del movimiento de masas; el resultado es una concepción donde *el poder insurgente deviene poder de clase*. El ELN teóricamente se concibe como parte de un proceso más amplio, en el cual se van subordinando al poder popular que se construye, en un proceso de doble vía *donde no existe diferencia entre poder popular y poder insurgente*. El EZLN renuncia a concebirse como *el sujeto político* y transfiere esa función al conjunto del movimiento popular.

De esta manera, la forma como se abordan las tareas de preparación de las condiciones revolucionarias se diferencia, pues una concepción de vanguardia armada asume para sí la tarea de dirigir la creación de esas condiciones, una de vanguardia colectiva la plantea en términos de combinación de acciones propias y de otras, realizadas por organizaciones políticas diferentes, armadas o no, y una de no-vanguardia se subordina a procesos que se desenvuelven en otros escenarios sociales.

La lucha armada en la disputa de la hegemonía política y la construcción de formas alternativas de poder

La relación entre la concepción del poder y la construcción de condiciones revolucionarias, se articula en la disputa por la hegemonía política. Lo que hemos denominado la “disputa por la hegemonía política”, hace referencia a la capacidad y disposición de las organizaciones armadas para apuntalar el poder revolucionario y destruir o neutralizar el poder político y económico del capital. Ya hemos hecho una aproximación al primer punto, pues de hecho la construcción de cultura radical, organización social y organización política se consolida en formas y órganos del nuevo poder. Más compleja es la situación con la destrucción o neutralización del poder del capital. ¿En qué consiste ese poder, hoy, en México y Colombia?

Sin entrar a resolver la caracterización de la fase actual del capitalismo, que implica un debate necesario, hoy la hegemonía del capital financiero sobre el capital productivo es un elemento compartido por los analistas.

Esta preponderancia es la que ha acentuado el derrumbe del sector agrario en nuestro país y ha desencadenado el proceso de desindustrialización... En esta misma dirección, la necesidad de crear unas condiciones para lograr la recuperación de las tasas de ganancia, ha llevado al capitalismo a implementar medidas dirigidas a afectar directa y profundamente el salario real y los sistemas de contratación, extendiendo el subempleo y generalizando el desempleo.

Esta lógica de acumulación desde el capital financiero ha terminado impactando negativamente los presupuestos públicos que hoy se destinan al pago de la deuda interna y externa... Pero, el capital transnacional no sólo viene por los recursos del ahorro interno, a través del crédito público y la apropiación del presupuesto; también quiere imponer las condiciones para que no haya límites a su modelo. En esta perspectiva se ubica la negociación que se está dando, de espaldas a los pueblos, del *Acuerdo Multilateral de Inversiones AMI*, promovido por los capitales transnacionales, a través de la OCDE (Organización de Cooperación de Desarrollo Económico, donde se reúnen los países más desarrollados) y la OMC (Organización Mundial del Comercio), para garantizar la permanencia de la apertura de las condiciones favorables al capital en cada país; allí se resume el proyecto de poner a los Estados, ya no en manos del capital monopolista local, sino del capital transnacional... Este proyecto es convergente con la imposición de reglamentaciones supranacionales

sobre el acceso sin límites a los recursos naturales (biodiversidad) y los energéticos, y con la desnacionalización de las leyes sobre derechos de autor, patentes y producción de conocimientos... El cuadro se complementa con la adecuación de toda la infraestructura de servicios públicos y del ordenamiento territorial en distintos niveles, para facilitar la movilidad del capital y para poner a toda la población a pagar su instalación.

De la misma manera, el capital financiero transnacional busca hacer rentable la pobreza y lo marginal, logrando incrementar perversamente los niveles de explotación. En ese sentido, podemos empezar a hablar de una extensión de la extracción de la plusvalía a todos los segmentos de la sociedad. Esto se traduce en que casi toda acción humana hoy, es articulada y mediada por el capital financiero, que *concentra* así todos los circuitos de apropiación de la riqueza... Esta situación ha necesitado continuar enmascarando, a través de distintos mecanismos con los cuales se manipula, las distintas formas de control social y la localización y manifestación de los conflictos sociales. Se ubican en este campo la convocatoria desenfrenada a la participación ciudadana, que casi siempre conduce a descargar al Estado de sus responsabilidades sociales, desde la óptica de la autogestión. Igualmente, se inscriben en esta tendencia las políticas encaminadas a la *pacificación*, a través de lo que conocemos como solución pacífica de conflictos, las invocaciones a la convivencia y a la civilidad, y la implementación de mecanismos de seguridad y justicia comunitaria, que tienen más un objetivo de autocontrol para conservar el orden establecido que de democratización de la sociedad⁵.

Ante este escenario concreto, ¿qué significa disputar la hegemonía política? La lucha armada del ELN y las Farc ha tenido como objetivo la toma del poder, el socialismo, no obstante su papel importante en la contención de la agresión militar a las luchas y en la consecución de reformas que en otros países ha realizado la propia burguesía; ya señalamos el carácter preparatorio y alimentador de las condiciones revolucionarias que tiene la guerra para el EZLN, en función de darle “sentido” universal a las movilizaciones sociales. No obstante, las tres propuestas se conciben en una disputa de la hegemonía política, pues si bien el EZ ha expresado recurrentemente que no aspira al poder, lo que para todos es evidente –sobre todo para el gobierno federal– es que “ponen la política, la cuestión del poder, la cuestión política nacional, en el centro de la discusión”, y conspiran abierta y univer-

5. *Presentes por el Socialismo*, 1998, b.

salmente contra el Estado mexicano; en efecto, la reivindicación de autonomía política y el reconocimiento de los gobiernos indígenas, plantea una disputa y un enfrentamiento a la subordinación al poder del Estado. Es verdad que los Acuerdos de San Andrés no van más allá de lo “conquistado” por el movimiento indígena colombiano y que buscan “integración” a la sociedad mexicana, pero hay una diferencia notoria: estas transformaciones sólo pueden darse en el contexto de un cambio de todo el sistema político mexicano; su integración es a una sociedad distinta, con un sistema político modificado.

El centro de la propuesta zapatista al respecto es el desmantelamiento del sistema de partido de Estado. Aunque una transformación en tal dirección no tiene un carácter estratégico, en el sentido de enfrentamiento definitivo con el capitalismo y apenas si tiene efecto sobre la democratización de México, es seguro que el logro del mismo liberará (no se sabe hacia dónde) las fuerzas sociales represadas y domesticadas por el PRI, y replanteará el problema del poder de una manera esa sí estratégica, pues “repartirá de nuevo las cartas” y pondrá en un nivel de precariedad no sólo el sistema de Partido-Estado sino el Estado burgués en su conjunto.

La dificultad estriba en la pérdida creciente de influencia y radicalidad del PRD (desde sus inicios receptor de la izquierda marxista y el radicalismo liberal) y la incapacidad (imposibilidad) del EZLN de convertirse en el articulador orgánico de los desprendimientos del PRI-Estado. De esta forma, aunque la estrategia del EZ tenga éxito, la recomposición del capital financiero perfectamente puede darse al interior de un PRD adormilado y medroso.

Ahora bien, es claro que el EZ no ataca desde hace varios años. Las comunidades zapatistas pueden mantener su autonomía, en tanto el Ejército mexicano no rompa los límites políticos impuestos por los partidos políticos (incluido el PRI), las organizaciones sociales y de forma destacada las ONG, que le han obligado a jugar a la solución negociada. Pero, el control territorial es insostenible en un tiempo estrictamente militar para el EZ, de manera que su ganancia en la hegemonía cultural no se corresponde con la hegemonía política. Por otra parte, aunque el discurso contra el ALCA, el neoliberalismo, el capital financiero, está presente en la formulación zapatista, sus acciones militares no logran enfrentarlo, bloquearlo o neutralizarlo por la debilidad militar misma, por la presencia de sus fuerzas en zonas lejanas de las áreas petrolíferas y energéticas, de las maquilas, y porque no consideran que el momento político militar consista en esta forma de disputa abierta por el poder.

Al respecto, las Farc y el ELN han centrado su accionar táctico en varios ejes: régimen político, por un lado, como exigencia de desmonte y transformación del aparato represivo, o como neutralización de sus operaciones, y por el otro, en acciones de presión a las *elites* políticas regionales; sabotaje a la explotación de recursos energéticos o reforma del régimen de recursos naturales estratégicos; reforma agraria práctica mediante el esquema de control territorial directo o como reivindicación en un eventual proceso de reformas negociadas.

En mayor o menor medida, el manejo táctico se centra en el control territorial y el ataque a las fuerzas militares y paramilitares (a estas últimas en menor medida por su propia forma de acción centrada en el crimen sobre la población civil), donde se articulan a la estrategia de la guerra que se desarrolla. “Las recientes acciones de la insurgencia han demostrado la posibilidad de pasar a ejercer control temporal en las zonas de colonización y de golpear a toda estructura del ejército que allí se instale”.

No es necesario detenerse en la ventaja estratégica que significa la geografía colombiana para la guerra insurgente, y en el hecho de que la historia de la insurgencia la fue trasladando de zonas de influencia social a algunas áreas estratégicas de la economía y del control militar. Aquí radica gran parte de la capacidad de presión, negociación y neutralización de la insurgencia y, como han señalado varios analistas, el fondo de la estrategia militar y paramilitar del Estado. El mapa de la presencia e influencia insurgente coincide en varios lugares con el de los recursos de biodiversidad y reserva biológica, energéticos y eléctricos, transporte terrestre, corredores militares claves; en alguna medida en fuentes de agua y zonas agroproductoras. Esta presencia permanente puede darse por la peculiaridad de la economía campesina y agraria en su conjunto, donde el Estado sólo aparece represivamente y la autonomía agraria (pequeña parcela, colonizaje, reservas) permite la producción de medios de vida; y en zonas de cultivos ilícitos, donde la defensa ante la avanzada militar-paramilitar estimula en las sociedades la necesidad de reproducirse socialmente. La insurgencia resulta en estos casos una herramienta para sobrevivir socialmente, independientemente de que no se tenga plena conciencia de los objetivos estratégicos o de la estrategia de la guerra.

Sin embargo,

En la ciudad no se puede actuar con la lógica del poder territorial. No se puede construir desde lo armado, como en el campo, porque las reivindicaciones urbanas no se satisfacen con la simple defensa ante la agresión, como es posible en el campo... El agotamiento del modelo miliciano radica en eso: la simple defensa ante el crimen ofi-

cial no se traduce en medios de vida, ni en lucha social, colectiva, organizada.

Por otra parte, la transformación del capital y de sus formas de explotación, que sobre todo tiene lugar en las ciudades y que ha cambiado sustancialmente el papel del campo y de los recursos físicos (hoy, por ejemplo, el petróleo más que un activo físico se ha convertido en un activo financiero; igual ocurre con la biodiversidad) redimensiona también el carácter de las acciones militares⁶.

En especial, debe anotarse que los dos campos privilegiados de la explotación capitalista contemporánea no logran ser afectados, por ahora, desde una estrategia militar exclusivamente territorial. El capital y los flujos financieros, que tienen como palanca el aparato tributario-fiscal, operan en un espacio desterritorializado, y las inversiones capitalistas en comunicaciones-telecomunicaciones se desenvuelven prescindiendo del territorio, de manera virtual. No es casual la disposición de la tecnocracia neoliberal a entregar territorios, control militar y administraciones locales a la insurgencia en una eventual negociación, siempre y cuando se acepte el acceso de los capitales transnacionales a los recursos energéticos, de biodiversidad, y la autonomía plena de la banca central.

“No se trata de negar en términos absolutos la importancia de lo territorial, ni su espacialidad asociada al capital, sino de indicar que en la actualidad el capital tiene un margen tal de flexibilidad que puede ‘jugar’ a entregar a partidos y movimientos que provienen del movimiento popular, el gobierno de regiones enteras, e incluso países, como en el caso de El Salvador y Sudáfrica, seguro como está del peso de su hegemonía financiera y política internacional”⁷.

Pero, la insurgencia colombiana no está en guerra para negociar, sino para ganarla, aunque la eventualidad de una negociación esté presente. Es una incompleta tesis la que sostiene que la insurgencia ha venido incrementando sus acciones armadas para “posicionarse” ante la negociación o como parte de un programa táctico. La definición en 1982 de las Farc de convertirse en Ejército del Pueblo y las definiciones estratégicas de sus conferencias, así como la propuesta del ELN, dejan en claro que se trata de acciones con pretensiones estratégicas: en otras palabras, la insurgencia colombiana está pensando en *tomarse* el poder por las armas —entre otras cosas la única forma de hacerlo—, y actúa en desarrollo de ese objetivo. “Resulta ingenuo

6. *Presentes por el Socialismo*, 1998, a.

7. *Ibíd.*, 1998, b.

considerar que la continuidad de los últimos ataques masivos de las Farc es fruto del triunfalismo ante lo ocurrido en Las Delicias hace un año”; por el contrario, se trata de acciones concordantes con la estrategia revolucionaria que desenvuelven.

Como reconocen las diferentes organizaciones insurgentes y los analistas, el control territorial y el ataque a las fuerzas militares y paramilitares se conectan con los objetivos estratégicos en dos ejes: desgaste enemigo y acumulación.

Las escasas acciones bélicas realizadas por el ELN tras las negociaciones de Tlaxcala, se corresponden con la fractura de la CGSB que dejó de operar como unidad militar. El camino autónomo definido por las Farc y la mayor presión que tiene sobre el ELN la situación urbana que hemos anotado, ha impulsado que este último haya decretado un “repliegue” militar y una ofensiva política que es conocida en Colombia. La consecuencia de esta definición es lógica: la ampliación del control territorial se detiene y retrocede, los gérmenes de poder popular (que ya hemos caracterizado) se articulan mayormente al aparato estatal, y la fuerza bélica en gran medida se queda en un estado de potencia política, mas no de poder efectivo, o se destina a acciones tácticas de neutralización de acciones militar/paramilitares.

Las Farc han venido combinando las acciones de recuperación territorial en zonas donde se habían asentado los grupos paramilitares/escuadrones de la muerte y el ataque masivo a bases enemigas. Algunos sostienen que el cambio operado significa un paso de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones, e incluso otros, más osados, hablan de una guerra de movimiento o maniobra. Las Farc –a pesar de que mantienen una estrategia de control territorial– prefieren seguir hablando de zonas de influencia, antes que de territorios controlados permanentemente desde los cuales se desarrollan maniobras militares. Pero, esta modestia no puede ocultar una realidad geoestratégica: la imposibilidad de las fuerzas del Estado para controlar o ingresar en amplias zonas del país, el crecimiento del poder de fuego con artillería semipesada, la incapacidad del Ejército para seguir protegiendo a los paramilitares, y la crisis generalizada de la estrategia militar de contención a la insurgencia.

¿Para qué negocian, entonces? Aunque se siente una fatiga de amplias capas de la sociedad ante la guerra, no parece ser (y no debería serlo) ésta la razón de una negociación; tampoco la del empate militar, porque toda situación de equilibrio puede transformarse, si cambian las condiciones políticas de la guerra. Sostenemos una tesis optimista con un matiz de pragmatismo político: el crecimiento militar devela con mayor fuerza las insuficiencias

políticas, y esto obliga a un replanteamiento de las acciones dirigidas hacia y desde el movimiento social en su conjunto. En una situación de gran influencia militar como la que se tiene, la ausencia de resonancia en el movimiento social obliga a pensar en la necesidad del partido de la revolución, de organizar la protesta urbana, y los demás componentes de la estrategia de guerra popular. Esto es lo que empuja a las Farc a construir la Reunión Bolivariana del Pueblo, pero también a posicionarse en el seno del movimiento social y a consolidar sus zonas de influencia como zonas de control territorial permanente; ya hemos visto que la forma de pasar a construir el movimiento político adoptada por las Farc tiene límites evidentes, pero no se puede sostener que sea inconsistente. Por otra parte, la estrategia paramilitar del Estado rompe el tejido social, aunque no ataque el aparato militar insurgente, y justamente por ello afecta la política de las Farc.

Con lo que se muestra que la existencia de un ejército revolucionario no resuelve el problema del salto a una situación revolucionaria. Más aún cuando se reconoce que una parte importante de la base social de la insurgencia se mueve desde una óptica por la inclusión al sistema, antirrepresiva pero no anticapitalista ni socialista. Por otra parte, porque la definición del camino para dar este salto no depende de un análisis militar sino político.

El mando militar se las entiende con unidades combatientes organizadas, cuyo enlace entre sí ha sido cuidadosamente estudiado y combinado de antemano, gracias a lo cual el mando tiene, por así decirlo, sus ejércitos en la mano. Es evidente que no podría ser lo mismo en la revolución. Las formaciones de combate no están separadas de las masas, ni siquiera pueden acrecentar la violencia del choque, excepto en unión con el movimiento ofensivo de las masas. Desde ese momento incumbe al mando revolucionario asegurar el ritmo del movimiento, para fijar infaliblemente el momento en que debe tener lugar la ofensiva decisiva⁸.

“De esta forma, se configura una situación compleja: la insurgencia juega en el plano estratégico con insuficiencia de medios para definir el problema del poder, pero no interviene en el plano táctico coyuntural de la acumulación capitalista, porque está ubicada en un escenario donde su posibilidad de obstaculizar resulta parcialmente marginal”⁹. Pero, éste es el mismo problema de todas las organizaciones políticas revolucionarias, pues nuestra actuación táctica está marcada por el gremialismo, por no tener

8. Trotsky, 1987, 116.

9. *Presentes por el Socialismo*, 1998, b.

capacidad para abordar las peleas claves que hoy se nos presentan como imperativos.

Esto nos pone ante un reto: replantear el contenido del conflicto social y político del país. Tanto desde una estrategia revolucionaria, como desde una estrategia militar, requerimos intervenir para llenar la movilización política (sea la paz, la guerra o la lucha social) de contenidos de clase actualizados a la forma del capital, tanto a nivel táctico como estratégico. Ésta no es la tarea de una ponencia, sino de todo el movimiento revolucionario; pero algunas preguntas pueden ayudar:

– ¿Cómo bloquear, enfrentar y derrotar el capital financiero de forma revolucionaria y no sólo planteándole controles nacionales?

– ¿Cómo desarrollar una acción masiva contra el capital invertido en las telecomunicaciones/comunicaciones que hoy controla una parte considerable del PIB?

– ¿Cómo diseñar y ejecutar acciones de control masivo (incluida la insurgencia) sobre recursos estratégicos como la biodiversidad, el agua y el ambiente?

– ¿Cómo actuar políticamente en forma internacional (no sólo internacionalista) sobre instancias como el AMI, la OMC?

Como puede verse, esto constituye el reto y el nudo de la izquierda en Colombia, y no sólo de la insurgencia. Los límites de la insurgencia son los límites del movimiento revolucionario, independientemente de si se está armado o no. Si son más notables es por el peso específico que tiene la insurgencia en los contingentes revolucionarios.

Bibliografía

Le Bot, Yvon, *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1997.

Presentes por el Socialismo. Sobre la guerra y la paz. Aportes para definir una posición del movimiento popular y revolucionario, Bogotá, agosto de 1998.

Presentes por el Socialismo. Nuestras tareas para esta etapa de las luchas populares, No. 2, Bogotá, mayo de 1998.

Trotsky, L. "Doctrina militar y marxismo", en *Teoría y práctica de la Revolución permanente*, E. Mandel (ed.), Siglo XXI Editores, México, 1983.

Conflicto armado y perspectivas de una salida política negociada

*Alejo Vargas Velásquez**

Algunas consideraciones preliminares

“La historia humana es una historia de guerras, intercaladas de breves períodos de paz, que más exactamente deberían llamarse treguas”¹. La anterior frase es suficientemente explícita acerca de la persistencia de las confrontaciones violentas en la historia de las sociedades humanas, ya sea que éstas adquieran la expresión de la guerra, del terrorismo del enfrentamiento armado.

Si bien no es evidente que la violencia sea la única “partera” de la historia, sí parece claro que la mayor parte de los cambios institucionales han involucrado, en uno u otro momento, enfrentamientos más o menos controlados, sin los cuales los individuos o grupos que buscan proteger sus derechos adquiridos, o conseguir la consagración de nuevos derechos, no hubieran llegado a la obtención de sus fines².

Podemos entender la violencia política, en una síntesis de la perspectiva clásica de Harry Eckstein y de la de Michel Wieviorka, y señalar que la violencia política implica ataques con potencialidad y capacidad destructoras, llevados a cabo por grupos u organizaciones al interior de una comuni-

* Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia.

1. Citado por Diego Uribe Vargas, periódico *El Tiempo*, viernes 31 de agosto de 1990, p. 5A.
2. Yves Michaud, F. Bourricaud y R. Boudon, *Dictionnaire Critique de la Sociologie*, Presses Universitaires de France, 2a. edición, París, 1986.

dad política y que tienen como adversarios al régimen, sus autoridades, sus instituciones políticas, económicas o sociales, y cuyo discurso legitimador pretende estar articulado a demandas sociales, políticas y económicas³.

Igualmente, podemos anotar que la violencia política puede transformarse en acción revolucionaria en el sentido en que lo plantea Alain Touraine, “por la unión del pueblo y de la vanguardia, de la espontaneidad de las masas y de los dirigentes revolucionarios, del voluntarismo y del naturalismo”⁴. Lo anterior nos lleva a recalcar que la violencia política no se concibe sin la intervención, a nivel ideológico y a nivel de la acción, de agentes específicos, de elites dirigentes, que Lenin identificaba como “revolucionarios profesionales”.

Paul Oquist nos plantea que

la violencia ha sido un proceso estructurador importante y a veces decisivo a través de la historia colombiana... (esto) puede aparecer que el país ha tenido un pasado particularmente violento. Sin embargo, una historia violenta es común a la humanidad en conjunto. Una de las principales características de la violencia es su universalidad en los procesos estructuradores de las sociedades humanas. Sin embargo, éste no es el punto fundamental: más importante es el hecho de que los seres humanos son pacíficos bajo ciertas circunstancias estructurales, y son violentos bajo otras...⁵.

Una tesis central que hay necesidad de analizar y desarrollar (en este documento solamente la plantearemos embrionariamente) se puede enunciar de la siguiente manera: la desarticulación regional en Colombia es un factor altamente asociado a la violencia, pero en la medida en que las identidades regionales priman sobre la nacional, la superación de la violencia pasa por una rearticulación del Estado-nación basado en un fortalecimiento de la región.

-
3. Michel Wieviorka, *Sociétés et Terrorisme*, Librairie Artheme Fayard, París, 1988. Versión en español del autor del presente trabajo.
 4. Alain Touraine, *Production de la société*, Seuil, París, 1974. Versión libre al español del autor del presente trabajo.
 5. Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1978.

Telón de fondo y procesos originarios de la guerrilla en Colombia

Los diversos conflictos que atraviesan la sociedad colombiana, muchas veces desplazados hacia tratamientos violentos, tienen un telón de fondo que no se puede olvidar, ni minimizar, porque es dentro de éste que los conflictos se originan, se reproducen y se resuelven o agudizan.

La cultura política y la violencia

Una sociedad autoritaria produce comportamientos autoritarios. Sin duda la ideología del dogma, de la intransigencia y la intolerancia, la de suponerse “portadores de la verdad”, ha orientado conductas en los actores de la sociedad colombiana: los políticos (armados o desarmados) y los sociales. La tendencia histórica ha sido la de resolver las insatisfacciones sociales y políticas acudiendo a la violencia.

Igualmente, hay que señalar que a las luchas sociales históricamente se les dio un tratamiento de subvertoras del orden establecido; por tanto la respuesta fue solamente represiva. La parcialidad de las instituciones estatales en los diversos conflictos contra los intereses de sectores sociales subordinados, ayudó a deslegitimar al Estado y sincrónicamente se convirtió en elemento de legitimación de los actores que lo confrontan.

Las estructuras de exclusión: socioeconómica y regional

A pesar de sus intencionalidades, los modelos de desarrollo colombianos han excluido importantes grupos de los beneficios del desarrollo. Las políticas reformistas, en buena medida tan sólo el reflejo de una u otra ideología, no han tenido cobertura real en amplios sectores sociales, y por ello, antes que mejorar, ha tendido a empeorar.

No olvidemos que los procesos de consolidación de los Estados-nación han pasado por una mezcla de políticas de acumulación con políticas de redistribución, y que, en los últimos tiempos, marcados por los discursos neoliberales, la tendencia ha sido a priorizar la acumulación y a minimizar su redistribución.

Compartimos la idea consignada en el “Informe Nacional del Gobierno de Colombia” presentado ante la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social en Copenhague en marzo de 1995, cuando señala: “La persistencia de múltiples formas de violencia está relacionada en gran parte con la mencio-

nada incapacidad exhibida por el sistema económico de irradiar sus beneficios al conjunto de la sociedad, aunque también a la reproducción de una cultura de intolerancia que corroe profundamente las bases de la sociedad colombiana”.

Tradicionalmente el problema de la llamada exclusión regional se ha asociado a los procesos de construcción del Estado-nación, considerando, con José Jairo González, “el espacio nacional efectivo o integrado, aquél sobre el cual el Estado se despliega con toda su legitimidad”⁶, tanto en lo espacial, en la perspectiva seguida por quienes conciben la existencia de una especie de “polo central”, definido con André Louis Sanguin como “el espacio en el cual y alrededor del cual un Estado adquiere su origen y en donde su cristalización anima la integración”⁷, como en lo político, en lo cultural y en lo económico-social. Pero, esta perspectiva es problemática, por cuanto implícitamente conlleva un concepto de sociedad dual (“los de adentro” y “los de afuera”) y “tiende a reforzar la idea de una norma central: los de afuera no pertenecen a la sociedad. Se los mira solamente en función de su distancia de la norma central de la integración”⁸.

Es pertinente señalar que, cuando hablamos de exclusión, no estamos asumiendo la posición “conservadora” que entiende “la sociedad como una suma de partes separadas”, ni la perspectiva funcionalista y armónica de la vida social a la cual es necesario integrar a los excluidos. No. Estamos concibiendo con Ivan Dechamps “que la totalidad social no aparece más como un todo homogéneo, cerrado y más o menos equilibrado, sino como un campo dinámico de relaciones y de prácticas estructuradas en torno de las funciones sociales portadoras de la unidad social”⁹.

6. Citado por José Jairo González, *Espacios de exclusión. El estigma de las Repúblicas Independientes 1955-1965*, Colección Sociedad y Conflicto-CINEP, Santafé de Bogotá, 1992.

7. José Jairo González, *op. cit.*, 1992.

8. A partir del análisis propuesto para los conflictos urbanos en la Francia contemporánea, en, Didier Lapeyronnie, “Aceptar el conflicto”, en *Revista Politeia*, No. 16, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1995, adaptación y traducción de Anne Marie Sallenave.

9. Ivan Dechamps, “Quelques réflexions critiques à propos du couple intégration-exclusion”, en *Les Transparences de la Démocratie*, Contradictions No. 73, Bruselas, 1994. (Versión libre al español del autor). Las reflexiones sobre integración y exclusión están remitidas en el texto a los inmigrantes y a las poblaciones pobres.

La relación entre la región y la nación pasa por la construcción social de las regiones y ésta es un proceso histórico dinámico y conflictivo, en medio del cual se dio el surgimiento de las sociedades regionales y, simétricamente, la cimentación de la nación. Porque las regiones son producto de estructuras históricas, como producción social de larga duración y, por su parte, los Estados nacionales tienen como característica ser figuras de mediana duración¹⁰.

Igualmente, hacemos referencia a la exclusión ejercida por diversos actores para eliminar (física, simbólica o espacialmente) todo tipo de diferencia política o de oposición a propuestas de desarrollo (económico, político, social). Es la expresión, sin duda, de una cultura intolerante y fuertemente dogmática la que orienta sus actuaciones.

Es necesario, para modificar lo anterior, “hacer aparecer detrás de la lógica ‘objetiva’ integración-exclusión, la realidad de los conflictos sociales y de las relaciones de poder... es decir, aceptar los conflictos sociales y culturales como verdaderos conflictos que deben ser reconocidos, y reintroducir el punto de vista de los habitantes en el debate político”¹¹.

Las condiciones estructurales de las sociedades regionales, tradicionalmente excluyentes, han sido uno de los grandes generadores de violencia. En múltiples regiones, históricamente a la mayoría de sus pobladores se les ha considerado como “extraños en su propia región” y se les ha excluido de la participación en lo económico, negándoles acceso a las posibilidades de recursos para su reproducción familiar y social; de la participación política, monopolizada por mecanismos de intermediación clientelistas fuertemente basados en lealtades personalizadas; de la participación social, en la toma de decisiones que atañen a su vida; de la participación en lo cultural, al considerar los elementos culturales propios como algo proscrito. Sin embargo, la dinámica regional del conflicto interno armado no puede, ni por un instante, desligarse de su articulación con actores políticos armados.

Es evidente que la guerrilla es producto de procesos históricos y políticos particulares, pero en todos los casos lograron insertarse más o menos en problemáticas sociales y regionales que les permitieron consolidarse y reproducirse. Allí hay asociación entre el conflicto armado y conflictos de

10. A partir de ideas planteadas por Darío Fajardo en su exposición en el Seminario “Nueva Constitución, descentralización y ordenamiento territorial”, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, octubre de 1991.

11. Didier Lapeyronnie, *op. cit.*, 1995.

orden político y económico que afectan a diversos sectores y regiones de la sociedad colombiana.

Así, en el trasfondo del conflicto político armado está planteada una competencia de poder entre el Estado o los sectores dirigentes, de una parte, y las organizaciones insurgentes, de la otra.

En general, podemos decir que los orígenes de la guerrilla revolucionaria, además de los elementos del “telón de fondo” que atraviesan todo el período histórico colombiano, están asociados a los siguientes factores:

De tipo externo:

– el período de la “guerra fría”; denominado como tal aquel que sigue a la segunda posguerra mundial, y que llevó a plantear un enfrentamiento en todos los campos entre el llamado mundo socialista y el mundo capitalista, y que tuvo como resultado que los conflictos sociales en los distintos países tendieran a verse como un subproducto de ese enfrentamiento global y tratados en consecuencia. Para algunos analistas, en esta concepción se encuentran los orígenes de la denominada “doctrina de la seguridad nacional”, que orientó el actuar de los ejércitos latinoamericanos durante varios decenios;

– la “revolución cubana”, que genera un gran impacto en las juventudes latinoamericanas de la época. Es el surgimiento del “castrismo” como ideología revolucionaria, que privilegia la organización de tipo político-militar antes que la partidaria, y que coloca todo el énfasis en la práctica guerrillera como modalidad fundamental de acción política, para contribuir a crear las condiciones objetivas que posibiliten la realización de una revolución;

– la ruptura chino-soviética, entre los dos partidos comunistas más importantes de este campo, alrededor de las tesis soviéticas de la denominada “coexistencia pacífica” entre Oriente y Occidente y la respuesta china de la necesidad que tenían los comunistas de propiciar la “revolución mundial”.

Sin embargo, es necesario señalar que el conflicto armado colombiano tiene históricamente una centralidad mayor en relación con los factores internos que con los internacionales.

De tipo interno:

– el régimen político del Frente Nacional, que constitucionalmente excluyó a quienes no fueran liberales o conservadores de toda participación en la actividad política, en la administración pública y en la administración de justicia, creando constitucionalmente ciudadanos de primera y de segun-

da categoría, y que fue un elemento de justificación importante para acudir al uso de las armas; este arreglo constitucional es el que algunos analistas han denominado la “democracia restringida”;

– el surgimiento de la denominada “nueva izquierda”, para hacer referencia a organizaciones políticas de izquierda, distintas al Partido Comunista –como el MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, de influencia pro-china), el FUAR (Frente Unido de Acción Revolucionaria, de tendencia gaitanista) y las JMRL (Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, con gran simpatía por la revolución cubana)–, que van a estimular políticamente la idea de la lucha armada, van a tener gran influencia en la juventud de la época y aportarán buena parte de los cuadros de dirección a las nacientes guerrillas (especialmente al ELN y al EPL);

– la radicalización de los sectores juveniles y, especialmente, de los estudiantes universitarios, que los hacía proclives a aceptar los discursos radicales de la lucha armada, en boga al comienzo de los sesenta;

– los remanentes de las guerrillas liberales, núcleos campesinos que mantenían, así fuera simbólicamente, la esperanza de continuar su lucha guerrillera hasta cambiar las características del régimen político colombiano; pretendían, sin mucha claridad acerca de sus alcances, emprender un nuevo tipo de lucha guerrillera que fuera más allá del problema liberal-conservador, que había estado en el centro de la anterior violencia;

– la dinámica de protagonismo político nacional que vivía el movimiento estudiantil universitario, que venía de tener un gran rol en la lucha contra el gobierno militar del general Rojas Pinilla, y que mantuvo en los sesenta un gran dinamismo en cuanto a movilización social; no eran ajenas a estas dinámicas las influencias del MOEC, el FUAR, las JMRL y el debate dentro del Partido Comunista por la ruptura chino-soviética;

– la radicalización de sectores del sindicalismo, especialmente petrolero, que se planteaban la necesidad de articular las luchas sindicales a las luchas revolucionarias;

– el “renacer” del viejo problema agrario no resuelto, no porque éste hubiera desaparecido, sino porque fue clandestinizado por la violencia liberal-conservadora. Con la Alianza para el Progreso, como respuesta estratégica del gobierno norteamericano a la revolución cubana; apoyada por los demás gobiernos latinoamericanos, la reforma agraria se puso de moda y esto situó, de nuevo, el viejo conflicto agrario no resuelto, dentro de las prioridades de las luchas sociales y políticas.

Lo anterior dentro del marco de ese gran proyecto de pretensiones modernizadoras, así fueran tardías, que fue el Frente Nacional, buscando estimular el desarrollo económico, al tiempo que en la sociedad colombiana se vivían procesos de urbanización acelerada y desordenada, de ampliación del acceso a la educación, de ingreso de la mujer a los espacios públicos.

La guerrilla revolucionaria en Colombia es originada por dos grandes procesos, los que a su vez sintetizan múltiples dinámicas que convergen espacial y temporalmente:

a) Procesos cuyo origen es primariamente político, que se entrecruzan posterior o simultáneamente con dinámicas sociales y regionales que les van a aportar el tejido social sobre el cual se implantan y desarrollan; es la violencia política intentando transformarse en acción revolucionaria. En estos procesos prima la decisión política de iniciar una larga marcha hacia la construcción de un actor militar alternativo al Estado, que lo confronte, le dispute la influencia política sobre la sociedad y eventualmente lo sustituya. En cada uno de estos procesos va a estar presente una determinada teoría revolucionaria, como expresión de una utopía en relación con un tipo de sociedad y una práctica política para lograrla.

Dentro de estos procesos se ubican con claridad casos como los del ELN¹² y el EPL¹³, considerados por analistas como Eduardo Pizarro, como las guerrillas de la primera generación¹⁴, y casos como los del M-19 considerados como guerrillas de la segunda generación. Producto de procesos similares

-
12. En relación con el ELN, consultar Alejo Vargas Velásquez, "Una mirada analítica sobre el ELN", en Revista *Controversia*, No. 174, CINEP, Santafé de Bogotá, diciembre de 1998; Carlos Medina Gallego, *ELN: una historia contada a dos voces*, Rodríguez Quito Editores, Santafé de Bogotá, 1996; Alejo Vargas Velásquez, *Magdalena Medio santandereano: colonización y conflicto armado*, CINEP, Santafé de Bogotá, 1992, y "Tres momentos de la violencia política en San Vicente de Chucurí (De los Bolcheviques del año 29 al surgimiento del ELN)", en Revista *Análisis Político*, No. 8, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia, Sep.-Dic., 1989.
 13. Álvaro Villarraga y Nelson Plazas N., *Para reconstruir los sueños (Una historia del EPL)*, Fondo Editorial para la Paz-Fundación Progresar-Fundación Cultura Democrática, Santafé de Bogotá, julio de 1994; Olga Behar, *Las guerras de la paz*, Edit. Planeta, Bogotá.
 14. Inicialmente usadas estas denominaciones en Eduardo Pizarro, "El movimiento insurgente en Colombia. Raíces y perspectivas", ponencia a Seminario "La crisis política colombiana: estrategias de recomposición, violencia y movilización popular (1982- 89)", University of California-Universidad Nacional de Colombia, San Diego, 1989.

de predominio de la decisión política son el surgimiento del Movimiento Auto-defensa Obrera (ADO), el MIR-Patria Libre y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT).

Todas estas organizaciones, tanto en sus proclamas y consignas como en su práctica armada, reflejan una orientación ofensiva: se trata de sustituir al Estado, en unos casos, o al régimen político en otros.

b) Procesos primariamente ligados a dinámicas sociales y regionales o étnicas, y en las cuales las luchas por la defensa del territorio y de su propia forma de organización social va transformándose y entrecruzándose con dinámicas cuyos referentes son político-nacionales. Las modalidades de autodefensa son las que priman inicialmente como respuesta organizativa militar, aun cuando por momentos adquieran la modalidad de guerrilla móvil. Se trata de claros intentos de ligar la violencia política con la denominada violencia comunitaria (aquella en la cual la acción opone a una comunidad frente a un enemigo que ella percibe como extranjero o exterior)¹⁵, y transformarla así en acción revolucionaria. En estos procesos igualmente encontramos guerrillas de la denominada primera generación, como sería el caso de las Farc y guerrillas de la segunda generación, como sería el caso del Movimiento Armado Quintín Lame.

El peso histórico de la experiencia de autodefensa campesina se va a reflejar, igualmente, durante un tiempo, en las consignas y proclamas de este tipo de organización, así como en una orientación defensiva, durante un período, en su práctica militar.

En todas las organizaciones guerrilleras colombianas, independiente de sus procesos originarios, encontramos un cierto proceso de autonomización en relación con sus dinámicas iniciales, y la coexistencia de dos grandes dinámicas: la originada en el discurso político, casi siempre con referencia nacional, y la producida por las particulares condiciones de inserción de cada guerrilla en los diversos sectores sociales y en las diferentes regiones.

La lógica de acción terrorista no ha caracterizado a ninguna organización guerrillera en Colombia, en la medida en que la dinámica que las liga a sectores sociales o regionales a través de lazos de interpenetración contrarresta –por lo menos parcialmente– las tendencias que las jalonan hacia su

15. Eduardo Pizarro L., "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)", en Revista *Análisis Político*, No. 7, Instituto de Estudios Políticos-Universidad Nacional de Colombia, mayo-agosto, 1989.

conversión en agrupaciones terroristas –en el sentido de prácticas militares intimidatorias, de carácter indiscriminado y completamente desligadas de los sectores sociales–. Sin embargo, casi todas las organizaciones guerrilleras han acudido, en varios momentos, a métodos terroristas y algunas originaron en su seno disidencias de tipo terrorista (el PLA en el caso del EPL, el Frente Ricardo Franco de las Farc, la Coordinadora Nacional de Base del M-19) pero que han tenido una vida efímera.

A partir de lo señalado podemos afirmar que en cada organización guerrillera conviven varias tendencias, que se van a expresar en prácticas políticas diferenciadas, dependiendo de la particular inserción en cada región o sector social.

En sus inicios, todas las organizaciones guerrilleras colombianas pretenden presentarse como alternativas al reformismo, a partir de que su método privilegiado de lucha es el de la confrontación armada, y no tanto a partir del contenido de sus propuestas programáticas. Es decir, plantean la tensión entre Reforma-Revolución a partir de los métodos de la práctica social, pero con un alto contenido antiimperialista en su discurso, presentado como nacionalismo: si se prioriza la acción política no armada, se trataría de actividades reformistas, si por el contrario, el énfasis se da a la acción política armada, se trataría de actividades revolucionarias.

Lo anterior, independiente de que casi todos los programas y propuestas de las organizaciones guerrilleras (por lo menos en sus inicios) podrían ser catalogados claramente como reformistas, en el sentido de que pretenden el cambio de las relaciones sociales de los modos de producción subordinados, dejando intocables las relaciones sociales del modo de producción dominante. Pero es altamente probable que en situaciones como la colombiana la introducción de reformas sustanciales se puede considerar como una verdadera revolución. Sin embargo, el debate acerca del denominado carácter de la revolución estaba presente en las distintas organizaciones guerrilleras nacientes, como derivación de las distintas corrientes políticas que allí estaban presentes.

Esta perspectiva de mirar las organizaciones guerrilleras desde las dinámicas que les dieron origen, nos lleva a concluir que todas ellas han estado y están parcialmente integradas a las demandas de sectores sociales o regionales, a sus luchas, a su territorio y –simultáneamente– toda organización guerrillera, como expresiva que es de un proyecto político y militar global, privilegia por momentos y de forma variable a nivel regional o nacional su propia dinámica, al margen o por encima de las de los sectores sociales que dice representar.

Relación entre guerrilla y sectores sociales o el problema de la vanguardia

La guerrilla en Colombia irrumpe en el escenario social y político, dentro de un contexto de las siguientes características: la crisis parcial de legitimidad, que de manera recurrente se manifiesta, comenzaba de nuevo a asomarse después del lapso de recuperación parcial logrado con la estructuración del régimen político que conllevó el Frente Nacional y esto le daba un espacio a la legitimidad parcial, que por su parte, reivindicaban los actores guerrilleros para su confrontación político-militar al régimen político y al Estado. Pero, igualmente, debemos mencionar que la guerrilla aparece en un período caracterizado por el auge y expansión de la denominada “acumulación regulada” y del Estado intervencionista, con su extensión como Estado de bienestar (que en formaciones sociales como la colombiana, ante lo reducido de la cobertura de sus políticas sociales, se transforma más en una ideología que en una realidad).

Es por ello que las propuestas de las organizaciones guerrilleras en sus inicios se situaban en la tendencia del momento de las organizaciones sociales consideradas como “progresistas”: reivindicar una ampliación del intervencionismo estatal, en la medida en que estatización se asimilaba a socialización, y pedir una cobertura “real” de las instituciones del Estado de bienestar. Lo anterior enmarcado dentro de planteamientos estrategistas que visualizaban solamente la “conquista del poder”, que era asimilada a apoderarse de los aparatos de dominación (que son útiles sólo para ejercer y reproducir la propia dominación bajo otras formas y con nuevos fundamentos y referentes). La utopía era el inicio de la construcción de la sociedad socialista siguiendo los modelos del “socialismo real”, y el referente más cercano lo proporcionaba el triunfo de la Revolución Cubana, cuyo ejemplo orientaba a algunas de estas guerrillas.

Las guerrillas en Colombia surgen como actores políticos (con incidencias sectoriales o regionales y, en algunos casos, con protagonismo nacional); algunas van priorizando su dimensión militar durante un cierto período, pero el movimiento guerrillero en su conjunto mantiene su rol de protagonismo político (expresado en la incidencia que tienen en la vida política nacional, en su accionar político-militar y en su influencia sobre los movimientos sociales predominantes) y lo mantiene cada vez más fuertemente.

Para este momento, la relación entre guerrilla y movimiento social se puede caracterizar como de dependencia del segundo frente a la primera. El movimiento social, en particular el movimiento estudiantil, es concebido

como un “apéndice” y una “caja de resonancia” de la guerrilla y, adicionalmente, como una fuente privilegiada de militantes para ella. Podríamos señalar que había allí una comunicación posible entre la guerrilla y el movimiento social, al considerar el segundo a la primera como su “vanguardia”, y como la abanderada de las demandas verdaderamente revolucionarias.

En ese período podemos decir que la guerrilla tiene una gran “sintonía” con el movimiento estudiantil y una fracción del movimiento obrero. En relación con el movimiento campesino que cobra auge a finales de los 60, hay una relación ambivalente, producto del falso dilema que orientaba las luchas en ese momento: “reforma” o “revolución”, y frente al cual la lucha por la tierra era percibida por algunas de las guerrillas como una lucha reformista que desviaría a las masas campesinas de sus “verdaderos objetivos” de lucha por el poder total del Estado.

El protagonismo político de la guerrilla es fuerte a nivel sectorial (movimiento estudiantil, sectores del movimiento obrero y del movimiento campesino) y a niveles locales y regionales, e intermitente a nivel nacional.

Los años 70 se pueden caracterizar como los años de las crisis. En el primer quinquenio de esa década se evidencia la crisis de la fase de acumulación regulada, que también es la crisis del denominado “fordismo central” como modelo de acumulación, y se entra en un período de transición hacia la re-definición de una nueva fase de la acumulación. Lo anterior involucra también la crisis del Estado intervencionista y en su extensión como Estado de bienestar, al evidenciarse el agotamiento de éste como mecanismo regulador de las crisis capitalistas y empezar a mirarse su papel más como obstructor, que como posibilitador de los procesos de acumulación.

A nivel colombiano tenemos que con el inicio del proceso de desmonte del Frente Nacional se intenta re-editar la vieja competencia bipartidista, como mecanismo de recomposición de la siempre precaria legitimidad del régimen político; pero rápidamente se evidencia que no es posible el “retorno al pasado”, que las lealtades bipartidistas han sido gravemente erosionadas por el maridaje del Frente Nacional, y que la crisis de los partidos va más allá de lo que aparece en la superficie: ya no son los canalizadores de los diversos procesos y demandas de la sociedad, y cada vez cumplen menos el rol de “correas de transmisión” de los sectores subordinados de la sociedad frente al Estado.

En los años 70 irrumpen con fuerza en la escena social unas nuevas formas de lucha, que preludian de la aparición de nuevos actores sociales. Nos referimos a los paros cívicos, de una parte, y, de otra, a los denominados

nuevos movimientos sociales que agrupan sectores muy diversos, pero que a su vez tienen elementos de identidad común, que generalmente se asocian a la común pertenencia a un mismo territorio; se trata de los movimientos cívicos y regionales, pequeña avanzada de la irrupción posterior en la escena de un abanico amplio de nuevos movimientos sociales.

Simultáneamente, los tradicionales movimientos sociales –sobre todo el estudiantil y el campesino– van a entrar en profundas crisis organizativas y de identidad, que los llevarán a perder todo protagonismo importante en la vida nacional. El movimiento obrero, por su lado, continuará con su ya largo intento de búsqueda de su unificación.

En el campo de las organizaciones guerrilleras, el mayor protagonismo político corre a cargo del M-19, organización que en este momento aparece sintetizando las expectativas de los nuevos tiempos, y ligando la lucha guerrillera a la coyuntura política y haciendo que toda su capacidad operativa se volque hacia la consecución de un objetivo básico (campaña por la amnistía, la paz y el diálogo nacional, por ejemplo), sin dispersarse en propuestas estrategistas y aisladas; igualmente, plantea la operación militar con grandes contingentes, intentando desarrollar una “guerra de movimientos”, superando así la práctica tradicional de las guerrillas de operar a partir de pequeños destacamentos. Las organizaciones guerrilleras surgidas en los decenios anteriores van a vivir, igualmente, procesos agudos de crisis en los años 70, lo que las lleva a gastar todas sus energías en la resolución de sus propias crisis.

Podemos señalar que al meter la guerrilla en la coyuntura política nacional, ésta consolida un protagonismo político a este nivel como fundamental, sin olvidar otros protagonismos a niveles regionales y sectoriales.

Las relaciones de la guerrilla con los movimientos sociales van a estar caracterizadas por una interdependencia y un inicio de reconocimiento de la autonomía de los segundos en relación con la primera. Esto, a pesar de que el movimiento social sigue siendo considerado como una fuente de militantes y cuadros, pero se da un campo de acercamiento de las prácticas de unos y otros, lo que es más evidente en el caso de los nuevos movimientos sociales de inserción regional.

En los años 80 vamos a encontrar el entrecruzamiento de tres grandes crisis: la crisis cuasi-estructural de legitimidad, la manifestación de esa crisis de legitimidad en la coyuntura política –y que por momentos adquiere rasgos de una crisis de gobernabilidad– y la crisis de readecuación del Estado.

En la segunda mitad del decenio de los 80 (después del período de competencia por protagonismo político entre las Farc y el M-19 a raíz del proceso de diálogo con la administración Betancur) vamos a encontrar un protagonismo político bipolar, que rivaliza por imponer su propio proyecto. De un lado, el M-19, que con su tradición de jugarse políticamente en la coyuntura y de priorizar la creación de corrientes de opinión antes que estructuras organizativas propias, se inserta como fuerza política legal, confiando básicamente en su capacidad de convocatoria más allá de la izquierda tradicional; a este proyecto se suman (con sus peculiaridades) el sector mayoritario del EPL, el PRT y el Movimiento Armado Quintín Lame. De otro lado, están las Farc, el ELN y un sector minoritario del EPL, que a través de la Coordinadora Nacional Guerrillera Simón Bolívar buscan recuperar su protagonismo político perdido proponiendo un proceso de negociación con el gobierno Gaviria, alrededor de la Asamblea Constituyente, pero que aspira a condicionar cualquier tipo de solución negociada a la confrontación, a la realización de transformaciones en el régimen político, y a reformas socioeconómicas que difícilmente la actual estructura de poder puede aceptar, sin que la misma se recomponga; es lo que algunos han denominado el intento imposible de la “revolución por contrato”.

Adicionalmente, hay que señalar que el ELN, asumiendo las innovaciones en la práctica político-militar introducidas por el M-19, ha volcado toda su capacidad operativa hacia objetivos específicos: apoyar y estimular las reivindicaciones cívicas en el nororiente del país y exigir el cumplimiento de promesas incumplidas por el gobierno; con la campaña “Despierta Colombia... Nos están robando el petróleo”, intenta buscar la reversión de la política petrolera nacional, acudiendo preferencialmente a los atentados dinamiteros contra los oleoductos y a otras operaciones de sabotaje de la acción de compañías exploradoras y explotadoras del crudo. El ELN intenta re-encontrar sus raíces históricas que lo ligan al sindicalismo petrolero y sus luchas nacionalistas, y con la esperanza de poder articular lucha guerrillera y resistencia civil a partir de este nuevo tipo de accionar, que deja a un lado su estilo tradicional de plantear luchas genéricas estrategistas, aun cuando su proyecto global se mantiene en términos de la derrota político-militar del Estado capitalista.

En los 80 es clara la cercanía entre las propuestas del movimiento armado y las organizaciones políticas de la izquierda legal, así como también con expresiones de los movimientos cívicos regionales, lo cual es una clara evidencia del protagonismo político del movimiento armado y de que lo ha transformado en un actor fundamental de la vida política nacional. Esta alza del protagonismo parece estar relacionada con: a) la vehiculación por

éstos de algunas demandas de los sectores subordinados de la sociedad, que no encuentran eco dentro de los mecanismos institucionalizados; b) su capacidad militar, que logra golpear a la institución militar o a sectores neurálgicos de las clases dominantes, aun cuando no estén poniendo en riesgo su estabilidad; c) la solidaridad larvada que genera en sectores sociales, habituados a convivir con prácticas cuasi-ilegales, manifestaciones de actores que confrontan una institucionalidad parcialmente en entredicho.

Para esta época hay una mayor valoración, por parte de las guerrillas, de los movimientos sociales y políticos, y éstos parecieran haber ganado mayor autonomía frente a la guerrilla. Estaríamos frente a una situación en la que el movimiento social se sitúa como interlocutor de la guerrilla, y en una relación creciente de independencia, pero igualmente de articulación de los campos de sus respectivas prácticas.

Pero, la ideología predominante hoy día es la contraria a la intervención del Estado; se idealiza la privatización, y la democracia participativa se propone como respuesta a la fragmentación social y la individualización. Frente a estas nuevas condiciones, las propuestas de algunas organizaciones guerrilleras parecen mantenerse, igual que las de algunos movimientos sociales, en la idea de reivindicar el intervencionismo estatal y, de manera indirecta, las instituciones del Estado de bienestar. Otras, por el contrario, reafirman sus propuestas de sustitución del Estado y de construcción de un Estado socialista, cada vez más difuso, ante la crisis de los paradigmas del “socialismo real”, aunque en lo inmediato apelen a estimular reivindicaciones que acrecienten su protagonismo político y su influencia en los sectores subordinados de la sociedad.

En los 90 pareciera darse la presencia de dos tendencias: una que apunta en la dirección de considerar la organización guerrillera como la vocera de las demandas sociales, volviendo, sin plantearlo explícitamente, a la idea de “la vanguardia”, y otra que tiende a reconocer la importancia y autonomía de la sociedad en su diversidad, y a percibir a la organización guerrillera como una interlocutora o “socia” de ésta, pero sin abandonar del todo las pretensiones vanguardistas.

En los últimos tiempos, debemos considerar como elemento positivo la creación de movimientos que desde la sociedad colombiana buscan estimular las condiciones propicias para el inicio de un proceso de solución negociada al conflicto armado. Dentro de ellos hay que señalar a la Red de Iniciativas Ciudadanas por la Paz, el Comité de Búsqueda de la Paz, los Grupos de Empresarios por La Paz, la Red de Universidades por la Paz y la creación de varias Comisiones Independientes de Colombianos que buscan

cumplir papeles de aproximación, facilitación o de buenos oficios entre el gobierno colombiano y las organizaciones alzadas en armas.

Últimamente el término “sociedad civil” se ha convertido en una especie de muletilla que les resuelve problemas a los empresarios, periodistas, a algunas ONG, y también a muchos analistas. Detrás de dicho término se mimetiza un debate, no resuelto académicamente, que hace referencia a la diversidad y heterogeneidad que caracteriza a todas las sociedades contemporáneas y, en especial, a las del llamado mundo en desarrollo. En cualquier realidad social tenemos sectores y grupos sociales, más o menos organizados, con problemas diversos, a veces parcialmente coincidentes, en la mayoría de los casos contrapuestos y enfrentados, porque reflejan diversas necesidades, expectativas y aspiraciones sociales. A esta realidad conflictiva es a la que algunos han dado en denominar “sociedad civil”, escondiendo bajo esta denominación una realidad de visiones e intereses enfrentados y, por lo mismo, difícilmente representable por nadie. Dicho de otra manera, nadie puede representar a la sociedad civil, y los debates al respecto tienen un sabor bizantino.

Esto tiene pertinencia a propósito del problema de la paz o, para ser más precisos, de las posibilidades de negociación del conflicto interno armado. A algunos les ha dado por decir que como ya están conversando gobierno e insurgencia, y que además estamos en vísperas de la firma del “acuerdo nacional por la paz”, la llamada “sociedad civil” debe dedicarse a ejercer veedurías ciudadanas del proceso y no a tratar de entorpecer las negociaciones. En el trasfondo de esta afirmación están planteando que el gobierno es el representante único de esa diversidad social o, quizás, que parte de la misma la representa el gobierno y la otra la guerrilla. Equivocada percepción.

Porque justamente lo que se evidencia en el estado actual del conflicto armado colombiano es que los diversos actores, incluido el gobierno, son sólo parcialmente representativos y, por consiguiente, con legitimidades fragmentadas. Que la diversidad social no se siente completamente representada por el gobierno y mucho menos por la insurgencia, independiente de que tenga coincidencias propositivas con uno u otro en distintos momentos. Por ello está reclamando su participación directa en la mesa de negociaciones, para dejar oír allí su voz, argumentar sus propuestas y ayudar a construir consensos. Está pidiendo una negociación multilateral del conflicto interno armado, en el entendido que se trata de negociar las causas asociadas al conflicto y no la desmovilización de actores armados derrotados o fatigados de la guerra. Si se trata de esto último, entonces sí es un problema que resuelven gobierno y grupos guerrilleros. Pero como estamos

seguros que no se trata de esto, sino de renegociar el pacto social, ni más ni menos, ese es un problema que compete a toda la sociedad.

Habrán sectores que delegan su representación en la negociación, en el gobierno; esto es completamente legítimo. Otros, seguramente, si no tuvieran el riesgo inminente de que los maten, probablemente harían lo mismo con la insurgencia. Pero igualmente es respetable que otros consideren que ni el gobierno ni la guerrilla los representa adecuadamente y exijan su participación directa. Ciertos académicos, con añoranzas de despotismo ilustrado, dirán que esas son montoneras incultas que no tienen nada que decir y sí mucho que entabrar. Lo sentimos por ellos. Pero justamente se trata de comenzar a perfilar otra democracia, menos acartonada y formal que la realmente existente, que refleje más adecuadamente las verdaderas fuerzas sociales presentes y que sea un escenario de expresión de intereses contrapuestos y de construcción de acuerdos. Que ayude a definir qué paz queremos, porque ésta no es un ejercicio exclusivo de las élites dirigentes, sino producto de una construcción social. Negar esta participación, o pretender volverla sólo “comité de aplausos”, es darles la razón a quienes están invocando el cerramiento de la democracia para su guerra; es decirles que lamentablemente tienen razón, que todavía no ha llegado la hora de la paz.

La sociedad en su rica y creadora diversidad ha venido contribuyendo a explorar caminos de negociación y de paz. En primerísimo lugar, denunciando los atropellos contra la población civil no combatiente: llámense asesinatos selectivos, secuestros, desapariciones, masacres, detenciones ilegales, en fin, violaciones a los derechos humanos y al derecho internacional humanitario. Pero también ha ayudado a explorar caminos de negociación con los actores del conflicto armado, a construir escenarios, crear comisiones de facilitación y aproximación, proponer agendas, en el entendido que la solución al conflicto interno armado, que tanto dolor ha causado a los colombianos, no se puede resolver simplemente con la lógica de los bandidos que al final del asalto se reparten entre ellos el botín, sino que se trata de aprovechar la negociación para, entre todos, buscar soluciones concertadas a los graves problemas nacionales que han servido de motivación o de pretexto para que llevemos tantos años matándonos.

Y es así como se ha ido formado un movimiento social que congrega a las ONG, a los sindicatos, a los académicos, a los empresarios, a los campesinos, a los grupos étnicos, a las mujeres, a los jóvenes, es decir a todo el país que no está en guerra, unido alrededor de la causa de los derechos humanos, del derecho internacional humanitario y de la solución política negociada del conflicto armado. Jugando limpio, con nuestras diferencias y contradicciones, pero unidos en el rechazo a la guerra, a la barbarie, al terror, al ame-

drantamiento. Ese es el embrión de un protagonismo social creciente que está dispuesto a jugársela toda por construir un país, que sea de todos y todas, y no solamente de los más violentos, de los mejor armados, de los más ricos, o de los más vivos. Y en ese esfuerzo por ayudar a construir caminos de negociación y paz, los actores armados cometen arbitrariedades contra los no combatientes; no importa si lo hacen por “error” o “deliberadamente”, eso nunca lo sabremos, pero lo que sí estamos seguros es que se están equivocando profundamente si rechazan ese aporte social, esa cruzada civilista por un país con más democracia, con más justicia y desarrollo.

Dentro de este marco se inscriben los encuentros de miembros de la sociedad colombiana en Maguncia (Alemania) con representantes del ELN, tratando de encontrar aproximaciones para impulsar un proceso de conversaciones con amplia participación social.

Como constatación general, existe hoy día una mayor comprensión de la dinámica del conflicto interno armado y una mayor sensibilización hacia la búsqueda de salidas políticas negociadas al mismo. Esto es un nuevo elemento positivo de la mayor importancia, por cuanto refleja que existe cada vez más conciencia de los efectos devastadores de la confrontación armada en la sociedad colombiana y en sectores específicos de la misma.

Aunque es pertinente anotar que muchas de estas opiniones se deben probablemente a una percepción acerca de los costos crecientes del conflicto armado, es posible que no exista todavía una seria reflexión sobre los costos de la negociación política.

Persisten sectores de la sociedad que aún creen sinceramente en una salida militar a la confrontación armada. Pero debe anotarse, en aras del realismo, que algunos sectores dirigentes, sobre todo a nivel regional, aunque discursivamente comparten la idea de una solución política negociada, en privado apoyan salidas de confrontación, expresadas en simpatías o apoyos a los grupos de autodefensa.

El conflicto armado en los 90

Si bien los orígenes del conflicto armado colombiano se remontan al comienzo del decenio de los 60, y en algunos rasgos se entroncan con la violencia bipartidista de los años 50, es evidente que dicha confrontación adquiere en la década de los 90 particularidades que es necesario analizar y valorar.

Los grupos guerrilleros, más allá de reveses coyunturales, han mostrado en el largo plazo un crecimiento sistemático y continuado, y un proceso de expansión en todo el territorio nacional. “Es así como al comparar la presencia de las organizaciones armadas en 1985 con la más reciente, se descubre que (173) municipios registraban en el pasado presencia guerrillera, mientras que en 1995 ésta llega a (622)”¹⁶.

Esto resulta paradójico dentro de un escenario aparentemente poco favorable a los discursos asociados a políticas de bienestar y a un Estado interventor-benefactor, y menos aún a discursos políticos de raigambre socialista.

No obstante, los grupos alzados en armas colocan hoy día todo su esfuerzo en controlar o influir sobre los poderes regionales y locales, guardando frente a éstos una ambigua y contradictoria relación: se denigran como espacios de clientelismo y corrupción, pero al mismo tiempo se establecen relaciones de convivencia y adecuación recíprocas. Pareciera haber allí una especie de relación pragmática de mutuo beneficio, que para muchos hace bastante confusos los objetivos de la guerrilla, lo cual –de cualquier manera–, no se puede interpretar como un abandono en su pretensión de acceder al poder nacional.

Desde el punto de vista táctico-militar, la guerrilla ha tenido últimamente algún éxito en la concentración de un mayor número de fuerzas militares sobre objetivos específicos, en lo que parece un tránsito de una guerra de guerrillas a una guerra de movimientos. Esto ha creado una falsa sensación de triunfalismo militar y reforzado una cierta arrogancia política.

Por su parte, también hay un cambio en los grupos de autodefensa o grupos paramilitares. Cada día buscan construir mayores niveles de legitimación en las regiones donde tienen presencia, volviéndose abanderados de reivindicaciones regionales, y cada vez más críticos del Estado y del actuar de sus Fuerzas Armadas. Esto se acompaña con un esfuerzo por convertirse en un proyecto nacional que supere su característica fragmentación y especificidad regional. Lo anterior, sin embargo, no ha significado que hayan podido borrar su imagen de una organización que carga a costas múltiples crímenes horrendos. Estos grupos han venido desarrollando una táctica de copiamiento territorial de regiones, con un costo social y de violaciones de derechos humanos y del derecho internacional

16. “Observatorio de la violencia”, en *Informes de Paz*, No. 2, Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Santafé de Bogotá, octubre, 1996.

humanitario muy amplio, aunque –hay que reconocerlo–, con un relativo éxito desde el punto de vista estrictamente militar.

Se presenta, entonces, un crecimiento simultáneo de las organizaciones guerrilleras y de los grupos de autodefensa, lo que nos da indicios preocupantes acerca de la generalización del conflicto, por lo menos en el mundo rural. La táctica de las fuerzas enfrentadas parece orientarse cada vez más hacia la consolidación de territorios propios y a la disputa de los que están en poder del adversario. Pero en ambas situaciones se acude prioritariamente al control poblacional y territorial de las mismas. Hay en marcha una estrategia de creciente lucha en zonas anteriormente bajo influencia guerrillera por parte de las autodefensas, con costos muy altos para la población civil. Un ejemplo claro es lo que sucedió en los últimos tiempos en Urabá, Cesar, Meta, Guaviare, Caquetá, Putumayo y en el sur de Bolívar.

Sin embargo, es paradójico constatar cómo ese crecimiento militar de las guerrillas (también de los grupos de autodefensas) va acompañando de una pérdida de su capacidad de influencia política en el conjunto de la sociedad colombiana e, igualmente, cómo la presencia de los dos actores armados y el uso recurrente a prácticas similares de violencia en el tiempo, tiende a desdibujarlos y a hacerlos perder su diferencia frente al conjunto de la sociedad, lo cual a su vez retroalimenta lo anterior, al ser percibidos como factores de violencia.

Frente a este panorama, la Fuerza Pública parece estar en una acción táctica-defensiva, más ocupada en cuidar instalaciones fijas, incluyendo las propias, sin una clara estrategia de ataque sobre las fuerzas irregulares, lo cual acentúa la sensación, equivocada a nuestro juicio pero bastante generalizada, de pasividad y aun de derrota frente a las fuerzas irregulares, a pesar del esfuerzo en el último año de adelantar un proceso de reestructuración o reingeniería de las Fuerzas Militares. Esto genera una doble actitud, en ambos casos preocupante por lo que implica para la vida institucional: buscar un acomodamiento con las fuerzas de la guerrilla percibidas en consolidación, o bien, un apoyo irrestricto, abierto en algunos casos y soterrado en la mayoría, a las autodefensas, como las únicas con capacidad de infligirle derrotas a la guerrilla.

Los escenarios posibles del futuro

El conflicto armado colombiano presenta tres escenarios posibles:

a) *El de la victoria militar de cualquiera de las partes enfrentadas, que parece bastante improbable en el futuro inmediato, por cuanto los distintos actores armados institucionales o extrainstitucionales, cuentan con capacidad para golpear a su enemigo pero no para propinarle una derrota sustancial y definitiva.*

Pero es necesario anotar que tanto el gobierno nacional a través del proceso denominado de reingeniería de las Fuerzas Militares, como la propia guerrilla están preparándose para afrontar, bajo nuevas condiciones, un nuevo período de la confrontación militar. Esto por cuanto ambas partes consideran que las posibilidades de la confrontación militar no se han agotado y que una acumulación en este campo todavía es posible.

b) *El de la continuidad conflictiva, que parece altamente probable para el corto plazo y que implica una continuación de la situación actual, con incrementos sistemáticos, golpes tácticos militares de las dos partes, pero continuando la situación de indefinición militar y política, lo cual conlleva costos crecientemente en ascenso para el conjunto de la sociedad, acompañado de una progresiva inserción traumática a nivel regional, del poder de la guerrilla dentro del Estado regional.*

Este escenario adquiere relevancia en el corto plazo, adicionalmente, si tenemos en consideración que la guerrilla y otros actores armados como los grupos de autodefensa disponen de recursos de financiación muy amplios, particularmente derivados del “impuesto” a las actividades del narcotráfico, que les permiten una reproducción de la confrontación militar. Y paradójicamente, cada uno de los actores armados tiene, a su manera, la sensación de que está ganando la guerra y en esa medida hay poca disponibilidad a buscar caminos de solución negociada.

c) *La negociación política del conflicto interno armado aparece como un escenario altamente probable en el mediano plazo, sobre todo en la medida en que la continuidad conflictiva se incremente y los costos sociales tiendan a afectar cada vez de manera más significativa al conjunto de la sociedad.*

Este escenario adicionalmente se ha acelerado con el inicio del nuevo gobierno, que, como lo hemos observado, siempre en la historia colombiana actúa como un elemento creador de nuevas expectativas políticas y sociales, y, en segundo lugar, en la medida en que la sociedad colombiana comience a presionar de manera más activa a los actores del conflicto armado para que busquen una solución negociada, igualmente lo haga de manera más articulada la comunidad internacional sobre la guerrilla y el gobierno colombiano.

Las dificultades para la negociación

El problema de la negociación del conflicto armado en Colombia es bastante más complicado que un simple problema de voluntarismo. El problema no es tan sencillo como tener más o menos simpatías, más o menos buena voluntad¹⁷. Aunque como lo anota el proyecto de negociación de Harvard, “cuanto mejor sea la relación entre las partes, más fácil será la exploración conjunta de sus intereses y de las posibles opciones creativas para satisfacerlos”¹⁸.

Por supuesto que eso puede ayudar (una buena capacidad negociadora puede ayudar a superar obstáculos), pero no se puede perder de vista lo fundamental: se trata de un proceso de negociación política entre actores con poder (lo que no significa que sean poderes equiparables). No se trata de negociar la desmovilización de grupos guerrilleros virtualmente paralizados o descreídos de sus medios y sus fines, ni se trata de imponer las condiciones de la rendición a un enemigo derrotado. En el trasfondo del conflicto político armado hay planteado, como lo señalamos antes y aquí lo reiteramos, un conflicto de poder, entre el Estado y los sectores dirigentes de la sociedad, de una parte, y las organizaciones insurgentes que pretenden disputarles ese poder.

Colombia ha estado atrapada desde hace casi veinte años dentro de la lógica de paz y guerra: es decir, simultáneamente se desarrolla la confrontación militar mientras se hacen esfuerzos por buscar caminos de superación negociada del conflicto interno armado. Lo anterior es independiente de la voluntad de los actores del conflicto interno armado. Algunos analistas, con un poco de ingenuidad, denominan esto como la existencia de un supuesto Plan A, que apuntaría a la paz, y un Plan B, dirigido a la guerra, mostrándolos como la expresión perversa de los actores que no juegan limpio.

En los últimos dos decenios hemos asistido a la presencia simultánea de los dos escenarios, y producto de ello se han dado procesos de negociación con organizaciones guerrilleras, exitosos unos o frustrados otros, y el desarrollo de la guerra ha continuado incrementándose y mostrando caras

17. Utilizaremos aquí algunas ideas de nuestro trabajo, Alejo Vargas Velásquez, “Paz nacional vs. paces regionales”, en Revista *Historia Crítica*, No. 7, Departamento de Historia de la Universidad de los Andes, Santafé de Bogotá, Enero-Junio, 1993.

18. Danny Ertel (Compilador), *Negociación 2000. La colección de Conflict Management*, McGraw-Hill, Santafé de Bogotá, 1996.

cada vez más dolorosas, como lo son las facetas de toda guerra. Resultado de lo anterior fue la experiencia frustrada de construir una opción política, la Unión Patriótica, que permitiera la expresión en los ámbitos públicos y de masas de los sectores políticos excluidos y que apostaba a defender los intereses populares y democráticos de los colombianos. Pero igualmente se dieron experiencias exitosas de negociaciones con grupos guerrilleros como el M-19, un sector del EPL, la Corriente de Renovación Socialista, entre otros, que posibilitaron a grupos de colombianos alzados en armas, pero ya descreídos de sus métodos violentos, hacer el tránsito hacia una acción política legal. Asociado a estos procesos, sin duda, pero también como producto de más de un decenio de búsqueda de respuestas reformistas a las principales dificultades nacionales, se dio el proceso constituyente de 1991 que culminó con la expedición de la nueva Carta Política.

Las negociaciones del pasado reciente entre gobierno y guerrillas colocaron el énfasis en la desmovilización y la reinserción de sus miembros en la actividad normal de la sociedad, no sólo porque se trataba de organizaciones guerrilleras, pequeñas en su número y en su presencia militar, sino también porque se dio prioridad a negociar la desmovilización y no las causas que explican el conflicto armado interno, que debe ser la prioridad en las actuales negociaciones en ciernes.

Hay necesidad de centrar la negociación en los temas de la agenda, en los cuales la participación de la sociedad civil, además de las partes enfrentadas, es básica. Es la sociedad colombiana la que debe definir hasta dónde se está dispuesto a ceder en cada uno de los temas en discusión. En lo posible los temas de la agenda se pueden plantear como reelaboración de un nuevo Pacto Social que pueden tener expresión normativa en una nueva Constitución Política, o como desarrollos legales de la Constitución de 1991 (eventuales reformas en algunos casos).

La negociación del conflicto armado colombiano debe ser un buen pretexto para repensar colectivamente el país y su futuro como nación. Esto apunta a la construcción conjunta, entre todas las fuerzas de la sociedad, de un Estado que sea garante para todos del desarrollo de los conflictos sociales y económicos, normales en toda sociedad humana, que por naturaleza es diversa y contradictoria. Un Estado-nación que sea una especie de confederación de Estados de autonomías regionales, que en la medida en que integra los actores armados y su capacidad reguladora en determinados espacios regionales, logra incrementar y potenciar la propia. Es la creación de mecanismos dentro del Estado que posibiliten a todos los actores sociales expresar sus demandas, necesidades y problemas y encontrar solucio-

nes, producto de acuerdos, que como todos los acuerdos siempre tienen transitoriedad y hay que estarlos redefiniendo.

Y esto tiene mucho que ver con la participación amplia de la sociedad colombiana en el proceso. Es esta sociedad, en su diversidad y complejidad, la que debe en últimas definir qué tipo de decisión se adopta, combinando la democracia que da participación a las mayorías y la lógica del poder, que es la expresión de la gobernabilidad.

En el caso de las organizaciones guerrilleras Farc, ELN y EPL no es creíble que se van a cambiar 40 años de lucha guerrillera por la posibilidad de unos “foros de discusión” con diversos sectores sociales. Ojalá el problema fuera así de sencillo, pero en aras de un realismo hay que plantear que la situación es mucho más compleja, y que se trata de acuerdos reales sobre los factores generadores de violencia.

Se trata, a diferencia de los anteriores procesos adelantados en Colombia, de intentar una solución política negociada con unas guerrillas que no han renunciado a su proyecto político-militar y que se consideran con posibilidades de éxito, por lo menos en el campo militar. Esto sitúa las conversaciones en la perspectiva de encontrar soluciones a las causas estructurales asociadas al conflicto interno armado y no simplemente lograr condiciones de favorabilidad para la desmovilización y la reinserción. Por ello la situación es completamente diferente.

Las guerrillas anhelan que como resultado del proceso de negociación se produzcan reformas profundas en lo político, lo social, lo económico y lo militar, y no solamente que se acuerden procedimientos para realizar las reformas en un futuro, relativamente incierto. Es decir que en relación con cada punto de la agenda quieren, no simplemente que haya un debate académico y que una vez agotado éste se pase al siguiente punto de la misma, sino que hayan conclusiones y medidas de tipo inmediato, no simples expectativas hacia el futuro. Pretenden que como producto inmediato de la negociación se realicen las reformas que se han aplazado por decenios y que están en la base de la confrontación militar.

El establecimiento del país, por su parte, no acepta que ese vaya a ser el costo de la negociación y buscan, en el mejor de los casos, un modelo de desmovilización y reinserción como en los anteriores procesos; casos con mayor generosidad, seguramente, pero finalmente un modelo de reinserción. Ellos no se han planteado seriamente la posibilidad de una estructura de poder compartida con nuevos actores políticos y sociales, ni menos unas reformas que modifiquen sustancialmente el estilo de desarrollo, la distribución del ingreso, la estructura del poder político.

Lo anterior es una muestra de las distancias en que se encuentran las partes y la dificultad que de allí se deriva para un rápido avance en el proceso de conversaciones. Frente a esto las preguntas que hay necesidad de formular legítimamente para tener claras las posibilidades de desarrollo de las negociaciones son: ¿Qué está dispuesto a negociar el Estado colombiano y la sociedad? ¿Qué está dispuesta a negociar la Coordinadora Guerrillera? No hay que olvidar que toda negociación implica cambios de equivalentes o, si se quiere, gestos de reciprocidad mutua.

Aquí surge un problema de fondo, que sin duda se va a presentar en la futura negociación del conflicto armado colombiano: se trata simplemente de negociar unos procedimientos para adelantar reformas hacia el futuro o, por el contrario, la exigencia es hacer las reformas o por lo menos comenzar seriamente su realización y mientras se adelantan las mismas, las organizaciones guerrilleras obran como una especie de “veedor armado” del cumplimiento de lo acordado. Lo sucedido recientemente en Guatemala, donde se negaron en un plebiscito, con un altísimo nivel de abstención, algunos de los acuerdos pactados en la mesa de negociaciones, sin duda obrará negativamente en el caso colombiano.

Al respecto es necesario señalar que las posibilidades de una solución política negociada no se vislumbran en el corto plazo, por cuanto, si bien hay aparente consenso en los temas de una agenda de negociación –así lo muestra la que se acaba de acordar con las Farc en la zona de distensión–, todo indica que hay una gran distancia en lo relativo a la profundidad de esas reformas. Estaría allí implícito un debate entre unos retoques cosméticos y una pretensión de reformas estructurales de gran calado.

La negociación del conflicto armado tiene dos posibles escenarios de evolución: el pesimista, pero probable, es aquel que nos plantea un período de conversaciones de la guerrilla con la sociedad y el Estado, que no logra transformarse en una negociación en serio y que será acompañado de un nuevo período de recrudecimiento de la confrontación militar; el optimista y deseable, es aquel que posibilitaría el tránsito de un período de conversaciones hacia una negociación formal, que a pesar de estar acompañado durante un tiempo de enfrentamientos armados, logra marcar una ruta clara hacia la terminación de la guerra en el mediano plazo.

Las posibilidades de uno u otro escenario están asociadas, a nuestro juicio, a los siguientes elementos, que pueden obrar aislada o simultáneamente: a) una clara voluntad reformista de las élites en el poder, que permita acercarse a las aspiraciones de la insurgencia y transformarlas en reformas viables; b) la incidencia que pueda lograr la sociedad colombiana, en su di-

versidad y complejidad, sobre las partes en conflicto y posibilitar así fórmulas de acercamiento acompañadas de mecanismos de presión política hacia ambas; c) la presencia de la comunidad internacional (países, organismos, entidades) y su capacidad de presionar e incidir sobre los actores del conflicto armado, sin descartar la amenaza de sanciones o aun de modalidades de intervención.

Queremos señalar que la prioridad no es solamente terminar la guerra a cualquier costo y de cualquier manera, para seguir haciendo los negocios de siempre, sino echar las bases para construir la paz. Y construir la paz es posibilitar el desarrollo para las mayorías nacionales: quiere decir estimular estrategias de desarrollo regional diferenciadas a tono con las particularidades productivas, sin pretender uniformar realidades diversas; es el acceso a la tierra para todos los productores del campo; es la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas, la formación y capacitación para desarrollar iniciativas productivas que agreguen valor a la producción regional y creen círculos virtuosos de ganancia para la gente; es permitir la expresión y participación política de las mayorías sin que las maten los “enemigos agazapados” o sin que de antemano se encuentren derrotadas por el monopolio de los medios masivos de comunicación.

Con seguridad todos los colombianos desearíamos que no hubiera guerra, pero lo real es que existe. Por ello nos parece equivocado plantear el problema como un dilema entre paz o guerra, que ha orientado mucho el actuar de grupos que trabajan por la paz; porque si bien el dilema señalado plantea el deseo excluyente de la paz que los anima, o debiera animarlos, desconoce la presencia de la lógica de la guerra y la necesidad que tendremos, quienes apostamos a una superación negociada de la guerra civil en los próximos años, de movernos en medio de la presencia simultánea de los dos escenarios y ser capaces de apoyar y mantener las iniciativas que apuntan a la paz mientras el escenario de la guerra, desafortunadamente, sigue teniendo su desarrollo hasta tanto logremos superarlo.

La prioridad inicial de las negociaciones debe apuntar a sustraer a la población civil del conflicto, aunque la meta terminal de un proceso de negociación es superar el conflicto armado y sus consecuencias nefastas sobre la sociedad colombiana. Pero mientras esto se logra, hay que tratar de disminuir los efectos perversos de la guerra sobre la población no combatiente.

El reto es cómo hacer para que la salida al conflicto interno armado esté articulada a la construcción de una Colombia estable al final del milenio.

nio, esto es, con una gobernabilidad democrática y dentro de un Estado-nación con mayor nivel de consolidación²⁰.

Y esto implica repolitizar la sociedad y socializar la política y para esto es necesario colocar en el primer lugar de la acción política y social la *estrategia de negociación*, que es por esencia la lógica de la acción política y de la acción democrática. Los problemas relevantes de la sociedad, de los cuales se debe ocupar la política, deben ser definidos a través de mecanismos de negociación que permitan la participación de todos los actores interesados con los mismos. Hay que crear *mecanismos permanentes de concertación* de las políticas públicas, que junto con un Congreso que refleje adecuadamente la realidad social y política del país, sea el espacio por excelencia para la toma de decisiones en los asuntos que conciernen a todos los colombianos.

Pero si se considera que hay que construir una gobernabilidad democrática para la Colombia de fin de siglo, esto implica considerar a todos los actores relevantes y su poder relativo y hacer compatibles estos poderes con la representación propia del proceso electoral democrático, es decir, la de las mayorías. Se trata de combinar la lógica del poder o de la gobernabilidad, con la lógica electoral o de la democracia.

A lo anterior hay que añadirle un conjunto de reformas en las políticas sociales y económicas que incluyan a los sectores mayoritarios de la sociedad, hasta ahora excluidos de la dinámica del desarrollo. Porque no se puede pensar en construir una gobernabilidad democrática, excluyendo a grupos importantes de la sociedad que pueden ser factores de inestabilidad, y las políticas de desarrollo dominantes lo están haciendo.

Finalmente tenemos que afirmar con el equipo del Instituto Popular de Capacitación, de Medellín, que

violencia y paz son movimientos que cruzan todos los espacios de la vida pública y privada de nuestra sociedad, y que desorganizan y organizan simultáneamente nuestras estructuras en todos los terrenos... En una interpretación dialéctica del papel desarrollado por la violencia en nuestra sociedad, consideramos que ella constituye, en la actual realidad colombiana, un eje desestructurante-

20. Ver al respecto y de manera amplia nuestro ensayo, Alejo Vargas Velásquez, "Hacia la gobernabilidad democrática en Colombia al final del siglo", en *Constitución, gobernabilidad y poder*, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales - Universidad Nacional de Colombia - Universidad Industrial de Santander, Santafé de Bogotá, 1996.

estructurante-desestructurante de la sociedad. Esto quiere decir que, pese a significar una profunda destrucción y muerte, también contiene procesos de organización a su alrededor: aglutina diversos actores que hacen la guerra, que se aprovechan de sus consecuencias y que finalmente viven de la guerra. Por otra parte, se van constituyendo nuevos actores en rechazo a la violencia y a la guerra; incluso se generan movimientos sociales que claman por el respeto a los derechos humanos y por la paz²¹.

21. Pablo Emilio Angarita (Coordinador), *¿Hacia dónde va Colombia? Una mirada desde Antioquia*, Instituto Popular de Capacitación, Medellín, mayo de 1997.

Conflicto armado, reforma y revolución

*Álvaro Vásquez del Real**

El tema de este intercambio sugiere sobre todo una reflexión acerca del contenido y de los objetivos de la lucha del movimiento armado colombiano, la cual lleva por dentro el análisis de la viabilidad de la lucha armada misma. A la vez, ambos aspectos están incorporados en un universo más general, como es el de la validez de la propia lucha revolucionaria.

Por supuesto que esto no tiene nada de original ni de novedoso. El debate sobre estos tres temas en conflicto viene encendiéndose y adquiriendo fuerza sostenida, muy particularmente desde la crisis del socialismo europeo y la conformación de una nueva relación de fuerzas en el escenario internacional, con la consiguiente transnacionalización del capitalismo contemporáneo.

Núcleos muy destacados de analistas descalifican cualquier eventual utilización de las formas armadas de lucha, para realizar las transformaciones revolucionarias. Aferrados a consideraciones muy particulares sobre los cambios que se han producido en los últimos tiempos en el mundo y en la composición de las sociedades contemporáneas concluyen, en un alarde de creación de nuevos fundamentalismos, no sólo en la obsolescencia absoluta de la lucha armada popular sino también en la preclusión de los objetivos revolucionarios. En ciertos medios se identifica a la nueva izquierda democrática con estas posiciones.

Muy pegada al canto de tales formulaciones teóricas, consideradas parte del arsenal de la modernización, están las aseveraciones sobre la inviabilidad de soluciones revolucionarias en el orden nacional o aun regional

* Investigador, Centro de Estudios e Investigaciones Sociales - CEIS.